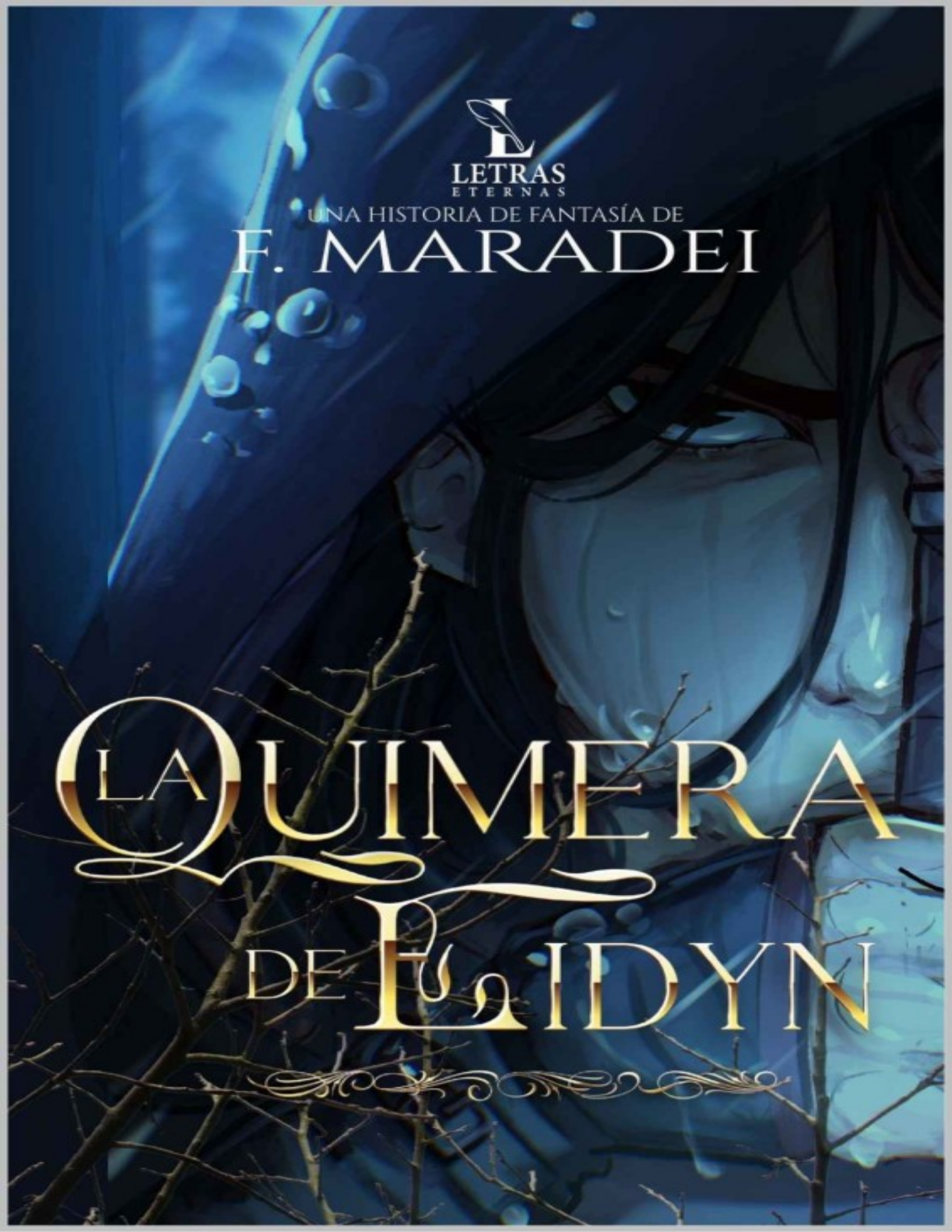

LETRAS
ETERNAS
UNA HISTORIA DE FANTASÍA DE
F. MARADEI
LA QUIMERA
DE EIDYN

La Quimera de Eidyn



F. MARADEI

Título original: La Quimera de Eidyn
1ra Edición 2025

Autora: Fernanda Maradei

Diseño de la ilustración: Katia Maradei
Diseño de portada: Fernanda Maradei
Sello Editorial: Letras Eternas Ediciones

Copyright © 2025

Todos los derechos reservados.
ISBN: 9798282130928

Registro de Propiedad Intelectual

1
Galt

Ese día, desde que el primer rayo de sol se asomó en el horizonte, la lluvia bañó las densas planicies del Cinturón de Arenisca. Siempre que ocurría aquello, la temperatura descendía con demasiada rapidez, portando con ella una neblina tan densa como las nubes grises que cubrían el cielo. Se deslizó perezosa hasta tocar las botas de cuero negro de Nótt. La chica la observó con tristeza y suspiró. Tenía el cabello y el abrigo mojados, y un nudo en la garganta que no la dejaba respirar bien. Todo salió mal y ahora pagaba las consecuencias de su torpeza y de su carácter temerario. Cerró los ojos y levantó la mirada al cielo buscando una respuesta que no llegaría. Las gotas dulces se deslizaron por su rostro empapado de lágrimas de remordimiento y tragó saliva.

El ritual finalizó con el cenit, por lo que la gente se marchó a sus casas cargando la congoja en sus corazones. Sin embargo, Nótt no se retiró. Sus ojos permanecieron clavados en la barca que alejaba la imagen de Kiel de los vivos. En ella, no reposaba ningún cuerpo porque no lo encontraron. Aun así, el pueblo quiso darle una digna sepultura a uno de sus mejores cazadores.

Nótt apretó los puños. Las aguas del estrecho de Brijan recibían a su amigo, como el fiel devoto que fue a los espíritus del bosque. Kiel siempre les rezó, a ellos y a los Vanir. Ahora, su cuerpo inerte navegaba hacia su mundo.

La chica, que lucía un cabello negro como el azabache trenzado en la parte superior, bajó el arco lentamente y observó el horizonte sin dejar de llorar. Su flecha fue tan certera que el fuego se extendió con rapidez por toda la estructura. Desde allí, podía oír a la madera crujir bajo un grito de guerra desesperado. Pese al torrencial aguacero, las llamas batallaban para evitar desvanecerse.

No era fácil vivir en los pueblos que quedaban al otro lado del muro. Sin embargo, nunca imaginó que algo así le sucedería. Perder a uno de sus mejores amigos fue un golpe muy duro. Quería verlo otra vez. Salir a cazar en su compañía, como lo hacían a diario desde pequeños. Pero sobre todas las cosas, que la bella Mei, la que fue su novia desde los trece, dejara de llorar por su culpa. Cerró los ojos y le rezó una vez más a los espíritus para que lo devolvieran, aunque supiera que era un imposible.

Todo pasó muy rápido. Ese día, la caza los llevó muy cerca de los grandes cenotes en las lagunas sagradas.

—¡Hey! No puedes subir hasta esa altura. —Kiel gritó para evitar que Nótt trepara como un gato de monte por uno de los árboles.

—¿Y por qué no? —preguntó Xander y salió corriendo tras su amiga.

Aventurarse con ella era considerar que debían perseguir a un pequeño primate que no se quedaba quieto. Aunque en ocasiones era testaruda e incluso irreverente, nadie podía negar que tenía tanta agilidad para trepar y correr que era difícil seguirle el paso.

—Porque se puede caer —respondió Kiel, molesto.

—Ya… Pues mírame. —Nótt lo retó, y sin detenerse, subió entre las ramas hasta llegar a la cima.

Se habían alejado del pueblo en dirección este, por lo que las estatuas inmortalizadas de los cinco kvasir se mostraron a unos cuantos pasos de ellos. Un poco más lejos, a varias varas a la redonda, se extendía una infinidad de arroyos que llenaban el valle y luego la gran muralla de piedra.

Cuando se instauró el nuevo mundo, el continente quedó dividido en dos: las tierras más allá del muro y los pueblos fuera de este.

—¡Tengo una idea!

—¿Ahora qué se te ocurrió? —gimió Kiel, inquieto. El descenso vertiginoso de su amiga lo hizo contener el aire.

Xander, en cambio, con una sonrisa en sus labios, la esperaba con los brazos abiertos en caso de que cayera. Con Nótt, cualquier cosa podía pasar.

La chica aterrizó dando una voltereta en el suelo para amortiguar la caída. Había tropezado, pero supo controlar su cuerpo hasta el

último momento. Se levantó de un salto e intentó arreglar su cabello desordenado.

—¿Estás bien? —Xander se acercó preocupado.

—Toma. —Le entregó varios huevos en su mano—. Son para la señora Yrsa, lleva una semana sin comer bien —explicó y saltó haciendo una pirueta en el aire. Miró a Kiel de soslayo y sonrió. Le encantaba molestarlo.

El chico torció los ojos y le arrebató los huevos a Xander para guardarlos entre sus ropas.

—Vamos —dijo Nótt y se introdujo en la vegetación, por lo que no les quedó otra que seguirla.

Diez minutos después, el paisaje había cambiado. Era inevitable no maravillarse de la imagen irreal que decoraba esa parte del bosque. Era como si el azul-violeta que cubría una gran porción del cielo de Galt hubiera descendido para pintar las flores de la pequeña colina. En ella, todavía podían verse los vestigios de la antigua estructura de madera y hierro que protegió al santuario siglos atrás.

Con el tiempo, el pueblo de Galt creció y los Athair, sacerdotes y fieles sirvientes de los Vanir, hicieron que aquel lugar de antaño perdiera su importancia espiritual. Además, aunque el área estaba aislada, innumerables depresiones subterráneas de aguas cristalinas la rodeaban. Eso hacía que fuera un espacio peligroso para deambular. Por eso, los peregrinajes cesaron con el tiempo. Los aldeanos no veían la necesidad de rezarles a las estatuas de los cinco kvasir, cuando tenían un templo consagrado a los Vanir en el mismo centro de la ciudad.

—Creo que… No deberíamos estar aquí —murmuró Kiel mirando con ojos nerviosos en dirección del bosque Huldrefolk.

Nótt hizo como si no lo escuchara y avanzó contemplando la belleza de las imágenes fabricadas en piedra oscura.

—¿Sabían que significan el pasado? —mencionó Xander sin dejar de mirarla. Aquella chica le gustaba demasiado.

—Ya… Aunque a mí me contaron otra cosa —contestó pensativa —. No recuerdo por qué eran cinco, pero sí que fueron Vanir. Además, Eivor me dijo que representan el abandono de las ideas del viejo mundo para dar paso al nuevo. —La boca de Nótt se torció y

botó aire a través de ella—. Si esto es estar mejor, no me imagino cómo era antes.

Detalló las estatuas con curiosidad. Xander también lo hizo, mientras que Kiel se mantenía fuera del círculo. El tiempo las había oscurecido, pero, sin embargo, podía verse el tallado con facilidad. Los creadores fueron muy cuidadosos; hasta los pliegos de las ropas quedaron congelados en el tiempo. Tal vez, salvo porque ninguna tenía rostro, para Nótt las imágenes eran obras maestras. Observó la que estaba más próxima a ella y levantó las cejas. A diferencia de las demás, tenía un brillo especial que rodeaba su superficie. Se acercó para mirarla, y de pronto, la imagen se desplomó a sus pies.

—¡¿Ahora qué hiciste?! —exclamó Kiel, alterado.

—Nada. —Se encogió de hombros.

El chico la miró con los ojos abiertos, nervioso. La reliquia se mantenía estable de las rodillas para abajo, pero el resto era solo escombro. Decenas de pequeños pedazos esparcidos alrededor de Nótt.

Ella sonrió más curiosa que antes. Xander, a su lado, se encontraba de cuclillas, examinando cada trozo con sus manos.

—¿Ya viste? Son huecas —dijo.

—Siempre pensé que eran de piedra sólida. —Nótt también se arrodilló— ¡Déjame ver!

—Ambos están equivocados —se quejó Kiel y cruzó los brazos—. En realidad, lo que representan es el alma de los grandes maestros que habitaron el bosque de Urth. Los Kvasir eran más fuertes que cualquier ser vivo en el planeta. Con decirte que ni siquiera los Vanir los superaban. Ellos. —Señaló las estatuas—. Eran capaces de destruir ciudades enteras con solo mirarlas y acabar con cualquier monstruo veinte veces más grande.

—¿Hablas de la leyenda del bosque de Urth? —bufó, expulsando aire por su boca—. Son solo cuentos…

—No, lo que ves no son simples rocas. ¿Lo entiendes, Nótt?

—Un zorro blanco que destruye una serpiente dorada… ¡Bah!

Detalló el rostro de cada una; no entendía la fe ciega de Kiel por una leyenda. Si existieron, nadie en la actualidad los había conocido. Por lo que todo lo que decían de los Kvasir eran simples quimeras.

—¿En verdad crees que fueron tan sabios y poderosos… y toda esa palabrería? Es que si fuera así, no entiendo por qué los derrotaron los mismos Vanir.

—Porque era necesario para cambiar.

—Ya… —respondió incrédula—. Eso no significa nada…

—Nótt. —La interrumpió y puso la mano en su hombro—. Va siendo hora de que aceptes la verdad de las escrituras.

Ella vislumbró la joya que colgaba en el cuello de su amigo de pupilas azules. Un zorro que devoraba a una serpiente, y esta a su vez, a un pez moribundo. La pieza estaba tallada en obsidiana, y era el símbolo de los Vanir. Dibujó una media sonrisa y lo miró a los ojos.

—Me pides demasiado.

—Que no creas en los libros sagrados no significa que lo que allí aparece no sea cierto. —Esta vez, el que habló fue Xander.

Kiel se giró para agradecerle su intervención. La devoción hacia los espíritus y todo lo que representa; sus historias y leyendas eran importantes. Incluso, conocer lo que sucedió con los Kvasir y cómo los Vanir los derrotaron era parte fundamental para entender las leyes que regían en el nuevo mundo.

—Ya… —Miró a Kiel fijamente—. Sin embargo, tu devoción tampoco lo vuelve una verdad. —El chico arqueó las cejas y Nótt siguió—. Aunque tengo que conceder una cosa.

—¿Qué?

—Son muy bellas. Un excelente tesoro para una bonita leyenda de superación y coraje.

Su amigo negó con la cabeza.

—Mejor vámonos de aquí. Este lugar es sagrado y peligroso al mismo tiempo —dijo Xander. No quería que nadie los viera. Los acusarían por destruir una de las estatuas y se meterían en graves problemas. Además, le preocupaba la cantidad de cenotes cerca.

—Está bien —concedió Kiel y tomó su arco para introducirse en la floresta.

Alrededor de la pequeña colina existían enormes huecos llenos de agua. Aquellas depresiones geográficas hacían que el lugar fuera uno de los más hermosos del Cinturón de Arenisca. Sin embargo, las

personas caían accidentalmente en los cenotes. Los agujeros no eran visibles sino hasta el último momento, cuando ya no había nada que hacer. Convirtiéndose en trampas mortales.

Kiel, al no sentir que Nótt lo seguía, regresó sobre sus pasos. Xander también lo hizo.

—¡¿Qué haces?! —gritó.

Nótt retiró la mano con la que acariciaba la estatua casi destruida. La chica puso sus ojos en blanco y dibujó un rictus de molestia con su boca.

—Nadie puede tocarlas —explicó Xander al ver el rostro incrédulo de Nótt.

—¡Eso es ridículo!

—No hables mal delante de los Kvasir —dijo Kiel con voz gruesa.

—No se lo estoy diciendo a ellos, porque evidentemente una roca no puede escucharme. Te lo digo a ti, cabeza de chorlito.

El chico apretó la mandíbula, molesto.

—¿Pueden parar? —ordenó Xander—. Es hora de regresar.

Pero en lugar de obedecer, Nótt volvió a acariciar la estatua destruida. Tomó un pedazo que brillaba en el piso y jugó con él, pasándolo entre sus nudillos con soltura. La textura era fría y húmeda a la vez.

—¡Augh! —gimió. Algo la había lastimado.

—¿Qué haces aquí, niña? —preguntó una voz y los chicos miraron hacia el lugar de donde venía el sonido—. ¡Lárguense!

La silueta de una mujer con pupilas ámbar se vislumbró en la penumbra. Su cabello cubierto por una capucha no dejaba ver bien sus facciones, aunque la cicatriz que atravesaba su rostro desde la ceja a la barbilla se resaltaba con facilidad. Nótt dio un respingo y retrocedió entre trompicones hasta la altura de Kiel. Su amigo tenía los ojos abiertos de par en par.

—¡FUERA! —gritó la recién llegada.

Los chicos se alejaron con la respiración entrecortada. Evitando mirar hacia atrás, por si la extraña mujer o los espíritus del bosque los seguían. Los árboles más viejos de Galt, gigantescos guardianes con troncos gruesos, se erguían en el horizonte, por lo que apresuraron la marcha sin olvidar que debían ser precavidos. Las

lagunas eran menos numerosas en esa parte, por lo que el peligro venía de los cenotes. Así que prefirieron desviarse para evitar caer en uno de ellos. Un sacudón de la tierra los estremeció de pies a cabeza y Nótt perdió el equilibrio. Se fue de bruces contra un pequeño riachuelo. Su abrigo se impregnó de agua sagrada de los Vanir y, por primera vez, miró nerviosa a sus amigos.

—¡Levántate! —espetó Kiel con severidad, ofreciéndole la mano.

Nótt se colocó de pie de un salto, pero cuando se disponían a partir, se dieron cuenta de que los espíritus los rodeaban. Las chispas azul-violeta brillaban con intensidad, mientras cerraban el cerco poco a poco.

—¿Qué hacemos? —balbuceó Xander, asustado.

—Háblales —ordenó Nótt en un suspiro. Kiel la miró sin entender —. Tú les rezas todo el tiempo, así que… Diles algo para que se detengan.

—Así no funciona.

—¡Pues haz que funcione! —refutó enseguida.

El chico cerró los ojos con fervor. Nótt observó que el aro incandescente crecía en altura y tragó saliva. Xander lo siguió, mientras ella no perdía ningún detalle de lo que ocurría. El manto se elevó frente a los tres y ella sintió que algo los miraba, aunque no tuviera rostro.

«No la toques, lo lamentarás». Le advirtió a Nótt una voz en su cabeza.

Ella no quiso escucharla y extendió su brazo. Quería saber qué se sentía acariciar a uno de los espíritus.

—¡NO! —gritó Xander abalanzándose sobre ella para protegerla.

La caída fue aparatosa. Su cabeza golpeó el suelo y giró varias veces hasta que por fin se detuvo. Aturdida, vio a Xander a su lado, pero no a Kiel. Se incorporó con parsimonia, buscándolo con la mirada, pero lo que vio le horrorizó tanto que contuvo el aliento. Su cuerpo olvidó cómo gritar.

Kiel se desintegraba en miles de haces de luz. El joven de tez blanca y cabello rubio la miró fijamente, incapaz de defenderse. Intentó hablar, pero no pudo. Su expresión de asombro e impotencia se quedó grabada en la memoria de Nótt para siempre. Vio como las

virutas formaron una espiral que subió hasta el cielo, y luego, vino el silencio.

Su amigo ya no estaba. Suspiró, inmersa en un infinito llanto sin saber qué hacer. Xander la abrazó tan acongojado como ella.

Los espíritus se habían llevado a Kiel para siempre.



Aunque la mente de Nótt viajaba al mundo de los recuerdos, su mirada nunca se despegó de la barca a lo lejos. Desde aquel día, las pesadillas no la dejaban en paz porque se sentía culpable por lo sucedido. El dolor en el pecho se convirtió en un pasajero permanente. Apretó la boca para no llorar, aunque sin éxito. Las lágrimas cayeron sin tregua y tuvo que limpiarse con el dorso de la mano para lograr ver el horizonte.

—Regresa a casa, pequeña. Aquí no hay mucho que hacer —dijo Eivor y ella se giró para verlo. Hasta él lamentaba la muerte de Kiel. Siempre decía que el chico era de lo mejor que había en Galt—. Sassa se fue hace rato. Debe estar preocupada por ti.

Nótt asintió, aunque no obedeció. No tenía ganas de regresar. Desde la muerte de Kiel, el silencio se convirtió en su compañero de vida. La bella Mei la culpó de lo que pasó y los padres de ella se la llevaron de Galt para evitar una tragedia. En cuanto a Xander, el chico desapareció por completo. Ni siquiera había asistido al funeral. Su madre fue a hablar con ella y le advirtió que nunca volviera a acercarse o lo lamentaría. Nótt intentó entenderla; nadie quería perder a un hijo en aquellos tiempos, donde la zozobra era el único dios que perduraba. Cada brazo en la familia contaba, si no se quería perecer de hambre.

Suspiró.

Se concentró en el pequeño punto incandescente que se veía a lo lejos y no se movió. La lluvia continuó mojando su cabello negro por un tiempo más, mezclándose con el frío que parecía apoderarse de su cuerpo. Temblaba.

—Nótt… ¡Vamos! —Eivor lo intentó de nuevo, pero ella se negó a partir—. ¿Sabías que los espíritus no escuchan de esa forma?

El comentario hizo que volteara a mirarlo.

—Entonces, ¿cómo?

—Son espíritus… Así que no entienden nuestras palabras, solo perciben los movimientos —explicó con serenidad—. Por eso, cuando los veas, siempre hay que permanecer lo más quieto posible. Es la única manera de ser invisibles para ellos.

Nótt recordó su huida precipitada del círculo de los cinco kvasir y apretó la boca.

—Mira, no soy experto en el tema, pero he visto que cuando los Athair hacen sus rituales, las chispas llegan. Ellos sí conocen la manera de hablar con los Vanir, y ya sabes que los espíritus protegen a ese pueblo.

—Entonces, tendré que ir con ellos.

—Solo los devotos pueden entrar al templo.

Nótt asintió sin convencimiento. Su cabeza pensaba en la manera de hablar con los Vanir. Cuando lo consiguiera, les pediría que se comunicaran con los espíritus del bosque Huldrefolk, y entonces, vería a Kiel. Se concentró de nuevo en el punto lejano, donde las llamas ya casi se extinguían. Las vio luchar, aunque la batalla con la lluvia estuviera perdida.

Eivor ya se había marchado. Estaba sola, contemplando cómo su amigo se despedía de este mundo. El viento se coló hasta en sus huesos e intentó cerrar su abrigo con los dedos temblorosos.

«Es injusto. Buscaré la manera de hablar con los espíritus. Te lo prometo, Kiel», pensó.

2
Mark

Siete inviernos más tarde…

Las primeras luces del alba hicieron que el azul-violeta que decoraba el cielo se intensificara. Los matices se mezclaron con la pureza blanquecina de las nubes. El viento también hizo presencia, portando su aire helado que venía de los nevados de Rhös. Este bajó silencioso desde la colina y atravesó de hito a hito el bosque Huldrefolk. Nótt, rígida como una roca, no se inmutó. Su atuendo de chaqueta y pantalón fabricado con piel de oso la cubría de pies a cabeza, por lo que las bajas temperaturas, en general, no la afectaban. Salvo quizás donde los guantes sin puntera dejaban al descubierto sus dedos. Sin embargo, no podía ser de otra forma; los usaba así para maniobrar su arco con mayor facilidad.

Una hoja resquebrajada por lo seca que estaba se clavó en una de las ramas en frente de ella. Por lo tanto, inclinó ligeramente la cabeza para no perder de vista lo que se encontraba en el claro. Debía llevar algo a casa; tres días sin conseguir una presa eran demasiados. Las deudas empezaban a ahogarla y postularse como voluntaria frente a los Rakkun para cruzar el muro no era una opción. Para empezar, ella nunca se convertiría en una devota, requisito imprescindible para presentarse.

El rocío de la mañana le empapó el rostro. Varias gotas se deslizaron perezosas por su piel canela hasta mojar sus labios. Las saboreó con la lengua, aunque no se movió. Estática, respiró despacio para evitar distraerse; tenía a un majestuoso ciervo a varias varas de distancia. El animal, con unas astas de más de siete palmos, masticaba desprevenido, sin poner atención a lo que ocurría a su alrededor.

Nótt miró al que era su compañero de caza ese día. Mark asintió con un ligero movimiento para confirmar su posición. Así que la chica tensó la cuerda lo máximo que pudo y afinó la puntería. Liberó la flecha con un grácil movimiento de su mano.

«Te observan», advirtió la voz ronca de su cabeza, pero ella la desestimó como la mayoría de las veces.

La pluma rozó su mejilla con gracia, mientras se dirigía sin piedad hacia su víctima. Pero cuando la saeta estaba a punto de llegar, los arbustos a su derecha se agitaron con violencia y su presa dio un paso hacia atrás, asustada.

Nótt suspiró; había fallado. Su tiro terminó en los troncos del fondo. Cazador y presa se miraron por un segundo. Él acusándola y ella desconcertada. Aunque intuía quién estaba detrás de todo. Vio al cuadrúpedo partir con rapidez y se giró en redondo para encontrar a la culpable.

—Annette, sal de ahí. Sé que eres tú —dijo con voz queda. Llevaba una semana de mala suerte. Su temeridad siempre arruinaba las cosas, y hoy, cuando todo iba bien, su pequeña hermana echaba a la borda una excelente caza.

Anne, al darse cuenta de que había utilizado su nombre completo para llamarla, se mordió los labios. Apareció de entre los matorrales con la cara roja de vergüenza.

—¿Qué haces acá? —bramó Mark, furioso. Avanzaba a grandes zancadas en su dirección.

Nótt levantó la mano enseguida para que su compañero se detuviera. No le correspondía a él educarla.

—Déjanos solas, ¿quieres?

El hombre de contextura delgada asintió apretando la boca, aunque no se movió enseguida. Las observó con expresión pétrea, al tiempo que negaba con la cabeza. Nótt insistió tanto, que no le quedó otra que ceder. Se alejó con paso lento, mirando de vez en cuando a las dos chicas. Desde que llegaron al bosque Huldrefolk, la ansiedad gobernaba el actuar de Mark. Así que su reacción no fue una sorpresa.

—Anne… —comenzó diciendo con ternura.

—Lo siento, Nótt. Me asusté cuando disparaste… ¡Es que si no se mueve, lo matas!

—Esa era la intención —respondió, levantando las cejas. Caminó hasta el tronco donde se encontraba la flecha y la tiró para desprenderla. —Mira… Un buen cazador abate a su presa de manera limpia. No iba a sufrir, te lo aseguro.

Sonrió al verla tan preocupada. La niña colocó sus manos hacia atrás sin contestar.

—¿En qué piensas? —Nótt se agachó para quedar a su altura.

—¿Cómo estás tan segura de que no iba a sentir dolor?

—Nunca te he mentido —respondió enseguida, pero Anne se cruzó de brazos. Esperaba una mejor respuesta que esa y Nótt sonrió—. Porque me encontraba en una buena posición para disparar. Su tórax estaba libre, por lo que la flecha iba directo a su corazón —explicó. Su madre biológica, Siriana, le enseñó bien cuando apenas era una chiquilla—. Créeme, sería incapaz de dejar a un animal agonizar por horas. —Acarició su cabello rubio rizado para tranquilizarla. El tono celeste de los ojos de Annette combinaba perfecto con su piel blanca llena de pecas—. Regresa con tu madre; aún tengo trabajo que hacer antes de partir.

—¿Vas a disparar contra otro animal?

—Anne, debo hacerlo.

—Pero…

—Necesito cazar o no podré pagar el alquiler. —dijo con voz queda. No quería meter a la pequeña en problemas que solo le concernían a los adultos, pero estaba segura de que si no le explicaba bien, ella nunca entendería—. Por eso vine con Mark; él me ayudará a cargar el ciervo para llevarlo al pueblo. Sabes que el señor Rick no nos dará más plazo y tu madre, por lo pronto, debe descansar para recuperarse. —La miró con dulzura. Anne podía ser tan testaruda como ella. Suspiró—. Regresa, este no es lugar para ti.

—¡Claro que sí! Tú comenzaste siendo más pequeña que yo, así que puedo estar en el bosque… —Hizo una pausa para mojar los labios—. Además… quiero que me enseñes.

—Ya… —La miró con una ceja levantada, incrédula—. ¿Ahora te interesa aprender? Pero si acabas de impedir que le dispare a un

ciervo.

—Porque creí que sufriría.

—Anne… —Se mojó los labios—. ¿En verdad quieres matar animales?

La pequeña apretó la boca. Dudaba.

—Anda, mejor regresa a casa. Necesito que me ayudes con Sassa para que se recupere pronto. —Su voz era suave. Ella no tenía ningún problema de asumir la carga, mientras pudiera proteger a su pequeña hermana de la cruda realidad en la que vivían.

—¿Por qué nunca le dices mamá?

—A veces lo hago —contestó, sonriendo a la pregunta.

Le sostuvo la mirada mientras pensaba cómo responderle. Las pupilas claras de Annette eran tan opuestas a sus ojos negros y rasgados. No tenían nada en común, eran como el agua y el aceite.

Se levantó despacio y miró al cielo. La mañana corría con demasiada rapidez y aún no había cazado nada.

—Ya lo hemos hablado antes. Sassa no es mi madre, aunque lo desee con todo mi corazón —susurró para que solo Annette escuchara.

La pequeña hizo un puchero. La abrazó a la altura de la cintura y ella se dejó hacer. Podían no ser familia, pero se querían como tal.

—Sigo sin entender por qué.

—Siriana tuvo que marcharse de Galt cuando yo era una niña y…

—No me vas a contar la misma historia de siempre, ¿cierto? —La interrumpió poniendo sus brazos en jarras.

No era fácil explicarle. Sassa fue la mejor amiga de su madre. Una extranjera que terminó viviendo en Galt porque se enamoró. Cuando este fue capturado por los Clovek y llevado al otro lado del muro como prisionero, Siriana decidió alejarse y olvidarlo. Quería comenzar de nuevo, pero tuvo que hacerlo sola. Los espíritus del bosque Huldrefolk no le permitieron llevarse a su hija. Entonces, Sassa la adoptó y desde ese día vivían juntas bajo el mismo techo. Todo eso ya lo sabía Annette, pero a la pequeña le costaba entender que no fueran hermanas de sangre.

—Mira… —empezó diciendo, pero el frío la calló enseguida.

Su piel se erizó. El descenso súbito de temperatura siempre le recordaba el día en que Kiel se desvaneció.

«Se acercan».

Nótt apretó la boca y miró a su alrededor. Las aves volaron asustadas y el mutismo se apoderó del lugar. En ese momento, algo se asomó en el fondo y enseguida corroboró de quiénes se trataban. El miedo se coló a través de su piel y tensó sus músculos por reflejo. Un remolino cargado de chispas, del mismo color azul-violeta del cielo, avanzaba a ras de suelo en su dirección.

—Anne, vete ahora —ordenó con firmeza.

—Pero…

—¡HAZLO YA!

Esta vez la niña obedeció sin protestar. Cualquiera sabía lo que ocurría en el bosque Huldrefolk. Las leyendas podían variar un poco, pero todas hablaban de lo mismo: de espíritus primigenios. Eran más antiguos que los Kvasir y habitaban en el bosque entre las inmediaciones del Cinturón de Arenisca y el muro. Su enlace a tierra eran los Vanir; un pueblo legendario dotado de magia y destinado a proteger a la ciudad de luz de cualquier invasor. La esplendorosa Eidyn, al sur, no permitía el ingreso de cualquiera y los Vanir cumplían su cometido a cabalidad.

«No te muevas. Son ellos», advirtió la voz que siempre le hablaba.

Anne se perdió entre los matorrales en el momento justo en el que el remolino tocó las piernas de Nótt. Aunque estaba cargado de chispas de energía, su contacto enfriaba la piel. Un escalofrío recorrió su cuerpo de pies a cabeza. Deseó salir corriendo de allí, pero no se movió. No quería alterar la esencia que la visitaba.

Después de lo que sucedió con Kiel, Nótt conservaba sus recelos frente a lo que representaban. Le molestaba el fervor de la gente hacia ellos, porque no les perdonaba lo que habían hecho con su amigo. Aunque era consciente de que no era la primera vez, ni tampoco la última, que se toparía con uno de ellos. Después de tantos años cazando en el sector, se los encontraba con frecuencia. Eivor tenía razón, y cuando los espíritus se cernían sobre ti,

quedarse quieto era la mejor estrategia para no meterse en problemas con los Vanir.

Mark, por el contrario, nunca había visto uno. Convencerlo para que la acompañara no fue tarea fácil. Los mitos alrededor de los misterios del bosque a veces lograban acobardar hasta a los más fieros. Sobre todo, cuando eran tan devotos a los espíritus como él. Nótt tuvo que prometerle que nada sucedería. Además, le aseguró que más de la mitad de las ganancias irían a su bolsillo. Fue eso, más que lo primero, lo que terminó convenciéndolo.

La criatura la cubrió por completo, acariciando su piel con miles de chispas suspendidas. El guardián le susurró algo inteligible al oído, como siempre, y luego se marchó. La imagen de su amigo se coló en su mente. De haber sido más prudente, él estaría vivo, pero lamentablemente no era así. Suspiró. Jamás dejaría de atormentarse por lo que ocurrió siete inviernos atrás.

Solo cuando se desvaneció y la serenidad retornó al bosque, Nótt se permitió respirar de nuevo. No fue la única; los pájaros también regresaron. Se concentró en su canto, y los latidos de su corazón acelerado menguaron. No era bueno subestimar a los espíritus y, aunque no era una devota de ellos, el tiempo la volvió precavida. Al fin y al cabo, eran guardianes con demasiado poder como para pretender ignorarlo.

Cuando logró retomar la calma y, lo más importante, recordar por qué estaba allí, buscó a Mark. Su compañero de caza debía encontrarse un poco más lejos, pero no lo vio. Lo llamó con insistencia durante un rato. Incluso recorrió un buen tramo en los alrededores buscándolo, pero nada. Era como si el hombre, de casi siete pies de altura, se lo hubiera tragado la tierra.

«Cobarde», pensó a su pesar. Lo más seguro era que hubiera regresado corriendo al pueblo, cuando el guardián apareció.

Desanimada y sin la posibilidad de cazar un animal tan grande como un ciervo, decidió ser práctica y acercarse al muro que protegía a la imponente Eidyn.

«Hazlo». La voz de su cabeza nunca dejaba de ordenar. Su forma de hablar siempre era tosca, sin una gota de dulzura.

Los árboles en esa área eran escasos a causa de las innumerables lagunas que bordeaban los límites de la ciudad. Por lo que en el pueblo de Galt consideraba que la influencia de los espíritus primigenios era menor. Además, el hecho de tener agua pura a raudales hacía que fuera perfecto para beber. Animales dóciles o fieros se asomaban sin temor, grandes o pequeños, eso no importaba. Sin lugar a dudas, la caza podía llegar a ser abundante de no ser por su característica sagrada y, por tanto, prohibida.

Lo pensó por un momento, pero desestimó el peligro. Estaba al oeste, muy lejos de las estatuas de los cinco kvasir, así que no debía preocuparse. Miró al horizonte y apretó la boca; la necesidad era más grande que su miedo, así que decidió partir. Se consideraba una buena cazadora; siempre la elogiaban por ser la más sigilosa de Galt. Aunque su problema era la torpeza. Por eso, cuando estaba cerca del muro, lo importante era actuar rápido y salir sin mirar atrás. Si lo lograba, podía regresar feliz a casa, con una buena presa antes del mediodía.

«Nunca piensas en tu familia».

—¿Crees que no lo hago? —murmuró exacerbada. Odiaba cuando la voz la presionaba de esa manera.

Se mordió el labio inferior y se introdujo en el valle en silencio. Debía mantener a raya a cualquier depredador. Aunque, para ser sincera, lo que más le preocupaba eran los centinelas de Eidyn. los Clovek, como se llamaban, circulaban regularmente por la zona y trabajaban de la mano con los Vanir.

«No debería estar aquí». Se recriminó e intentó regresar sobre sus pasos, pero sus problemas impidieron que lo hiciera. Era imperativo volver al pueblo con cualquier presa.

Mientras caminaba colineal al muro, lo observó. Estaba construido de piedra. En sus inicios, debió ser majestuoso, pero ahora solo era una mole sólida que separaba a Galt de la ciudad de luz. Desde allí no se veía la gran metrópoli, porque quedaba a varias leguas de distancia, aunque era fácil percibir la esencia mágica que la cubría. Según le contó Sassa una vez, la ciudad tenía una hermosa laguna en el centro junto a una arboleda de un intenso color ocre: el bosque de Urth. El aire de misticismo embelesaba a

más de uno. El tono azul-violeta del cielo se debía a ella, aunque nadie supiera en realidad el porqué. Los eruditos del pueblo decían que la urbe era tan vieja como el mismo mundo, y que prosperó con rapidez después de destruir a los cinco kvasir. Fue su ubicación estratégica y las minas de oro de sus tierras las que le permitieron preservarse y, con el tiempo, conseguir el control político y económico del continente.

Nótt pensaba que a veces las catástrofes traían cosas buenas, y Eidyn era una de ellas. Sin embargo, la magnificencia que encerraban sus muros no era para todos y los espíritus protegían a la ciudad de luz de la podredumbre del otro lado. Según entendió en algún momento, querían evitar que se repitieran las cosas horrendas que ocurrieron en el bosque de Urth y que mancharon su nombre. No querían personas como ella en su interior, salvo si su alma había sido purificada en el templo de los Athair.

La decena de poblados que hacían parte del Cinturón de Arenisca eran estigmatizados por su pobreza. Áreas enteras de humanos sin otra ventaja diferente a su capacidad de resolver problemas y sobrevivir. No eran gente mala, solo seres que luchaban a diario por forjarse un futuro, pese a que el mundo estuviera en su contra. A sus vidas las cubría el manto del temor. Amenazados por los espíritus, que en cualquier momento podían eliminarlos.

Nótt sacó su arco y colocó una de las flechas. Intentó no tocar el agua sagrada para no despertar a un guardián y que diera la alerta a los Vanir. Se posicionó lo mejor que pudo y esperó. Exploró un poco en busca de un conejo, pero estaban muy lejos. Si quería atinar, debía acercarse más. Sacó el cuchillo de su cinturón para probar y cerró uno de sus ojos para mejorar la puntería, pero de inmediato, negó con la cabeza.

«No lo lograrás». Aseguró para sí misma.

Entonces avanzó con cautela, hasta que encontró un sitio donde camuflarse. Desde allí, podía ver una gran porción del muro. Así que se ocultó entre las sombras y esperó.

Observó con detalle la mole de roca oscura que parecía no tener fin. Era curioso, porque a los ojos de cualquier desconocido era una simple pared, con un poco más de tres varas de altura. Además, las

garitas de vigilancia casi nunca estaban ocupadas. Las historias de lo que ocurría si alguien se acercaba demasiado eran tan increíbles, que nadie se atrevía a tocarla y mucho menos a trepar sobre ella. Así que, si querías pasar al otro lado, debías hacerlo con los Rakkun. Ellos eran la clave para ir a la ciudad de Eidyn. Cada tanto, abrían sus puertas y en ese momento, decenas de extranjeros llegaban de todas partes del continente a Galt con una sola idea en mente: probar suerte.

Sus tripas rugieron, recordándole que aún no había comido nada desde el amanecer. Respiró profundo y se concentró en un grupo de conejos que bebían de un pequeño afluente. Si mataba a seis de ellos, lograría conseguir parte del dinero. El señor Rick estaría tranquilo por varias semanas, y eso le daría tiempo suficiente para abatir a un ciervo. Aquel pensamiento la animó y quiso intentarlo.

Tensó el arco y disparó en silencio. El tiro fue perfecto. Repitió la operación dos veces más, pero en el último momento sus codos se deslizaron por el lodo y cayó de frente. Se apresuró a tomar de nuevo la posición, pero la manada huyó despavorida. Torció la boca, molesta. No había conseguido todos los que quería, aunque sí los suficientes para regresar con una sonrisa de victoria en su rostro.

Cuando se colocó de pie para tomar su merecida recompensa, el remolino azul-violeta regresó.

«Quédate quieta».

Nótt obedeció. Se sintió pillada y el miedo atizó con violencia su pecho. Maldijo su mala suerte y pensó en Anne. La dejaría sola. La recuperación de Sassa podía llevar unas cuantas lunas más y el señor Rick no esperaría. Juraría que las sacaría de patitas a la calle en menos de una semana. Aguantó la respiración, intentando no moverse ni un ápice.

La criatura llena de chispas pasó de largo. Aquello aminoró un poco la ansiedad, pero su estupor fue mayor, al percibir unos pasos humanos que se acercaban. Dos botas de cuero negro, tan desgastadas y maltrechas como las suyas, seguían sin vacilar al guardián en dirección al muro. Reconoció al dueño de esos pasos y enseguida intentó detenerlo, pero uno de los espíritus se enredó en sus piernas impidiendo su avance. El frío de la estela blanca, junto a

las chispas azul-violeta, permeó su piel hasta congelarla. Enmudeció. La brisa del sur le susurró a su oído palabras que no entendía y se mordió los labios, nerviosa.

Desde donde estaba, contempló impotente el caminar lento de Mark hacia el muro. El sujeto ni siquiera aminoró el paso cuando la colisión parecía inminente.

—*¡Detente! ¡Vas a chocar!* —intentó gritar, desesperada, pero la potencia de su voz desapareció.

La muralla construida de piedra siglos atrás, de repente, se tornó más oscura de lo normal. Al mismo tiempo, un sonido agudo surcó los aires, provocando que tanto animales como aves se alteraran. Nótt logró zafarse a último momento y corrió a detener a Mark, pero estaba muy lejos. Apenas su compañero de caza tocó la pared de Eidyn, su cuerpo se desintegró por completo. Pequeñas virutas de luz se diluyeron con el viento del sur y ella cayó de rodillas. Cerró los puños con fuerza, no podía creer que la historia se repitiera. Las lágrimas mojaron su rostro y suspiró derrotada.

El silencio la arropó por varios minutos y fue el gruñido de un gran animal el que la devolvió al presente.

«¡Cuidado! Todavía estás en peligro », advirtió la voz de su cabeza.

Nótt alzó los ojos para encontrarse con dos enormes colmillos que la amenazaban.

—No puede ser cierto —masculló con rabia. Había olvidado que cazadores como ella también bebían en ese lugar.

3
Xander

Un lobo de casi cinco pies de altura resopló furioso enfrente de ella. Nótt se colocó de pie con cuidado, aferrándose a su arco por si debía defenderse. Levantó los brazos y bajó la cabeza en señal de sumisión, pero no sirvió de nada. La mirada penetrante del animal le advirtió de lo que se enfrentaba. La embistió con furia contenida, por lo que solo le quedó lanzarse hacia un lado para evitar chocar con él. Mientras saltaba, el animal giró sobre sí mismo y dirigió sus colmillos hacia su garganta. La chica lo recibió de espaldas al suelo y aprovechó la oportunidad para patearlo con fuerza. El cánido fue a parar al muro de piedra y gimió de dolor. Sacudió la cabeza para reponerse del golpe, mientras Nótt empuñaba su arma. No tuvo tiempo de colocar la flecha. Dio varias volteretas en el suelo para escurrirse con rapidez, pero el animal agarró una de las botas de su pantalón y la rasgó de un tajo. Nótt se levantó dándole patadas para mantenerlo a raya y cuando este se abalanzó una vez más sobre ella, utilizó su arco para golpearlo en el vientre.

Corrió en busca de la protección del bosque, saltando como una liebre entre las rocas y los arroyos que se atravesaban en el camino. Una y otra vez, el lobo se arrojaba sobre ella, pero Nótt lo esquivaba sin detenerse. Siempre fue más ágil que los demás, aunque en ese momento, la desventaja frente a un cánido empezaba a notarse. Cuando estaba a punto de llegar a su destino, tropezó con una de las raíces del suelo y cayó. Rodó varias varas hasta la fuente de agua más cercana. Faltó poco para que la tocase.

«Pon atención a lo que haces».

—Eso hago —se quejó entre murmullos. Con el tiempo se acostumbró a hablar sola con aquella voz que susurraba.

«Es solo un lobo».

Nótt expulsó aire por su boca y puso sus ojos en blanco. Retrocedió sin levantarse, con ayuda de sus manos. Consiguió separarse lo suficiente para sentirse a salvo. No obstante, el animal no se alejó. La siguió con la mirada, mostrando sus dientes en una clara señal de amenaza.

«Tendrás que matarlo».

—No —respondió por reflejo—. No es necesario. Solo cazo por necesidad —aclaró.

«Patrañas».

Arrugó la boca, descontenta. Quería evitarlo, pero las piernas traseras del animal permanecían tensas, listas para atacar a la menor oportunidad. Intentó que su sumisión lo hiciera desistir, pero el lobo seguía acercándose. Cuando intuyó que la nueva embestida se aproximaba, ubicó una de las flechas en el arco y apuntó. Apenas la criatura se lanzó sobre ella, la rapidez junto a la frialdad propia de su vida como cazadora, hizo que disparara sin misericordia.

Tragó saliva. Faltó poco para que el resultado hubiese sido diferente. El lobo se desplomó con la saeta clavada en la frente. Nótt no dejó de mirarlo y solo hasta que paró de moverse, se permitió expulsar el aire contenido por su boca.

«Vienen más. No querías matar a uno, pues ahora tendrás un festín», ironizó.

Escuchó varios aullidos en la lejanía que la hicieron colocarse de pie como un resorte. Detalló la explanada cargada de pequeñas lagunas en busca de la manada a la que pertenecía su víctima. La vislumbró a más de veinte varas de distancia, en el lado opuesto del bosque, y su corazón se aceleró. Se acercaban demasiado rápido. Retrocedió nerviosa sin saber muy bien qué hacer; era imposible esconderse. Dio varios pasos hacia atrás hasta que sus pies se hundieron en el sagrado líquido de los espíritus. Miró de nuevo al grupo de cánidos y respiró profundo. No le quedaba otra; meterse en la laguna era su única salvación.

El agua empapó su abrigo de inmediato. El frío trepó por su espalda en la medida en que se introducía a las profundidades. Sin hacer ruido, aunque su cuerpo tiritaba sin control, nadó para alejarse de la orilla y esperó. Los lobos son excelentes nadadores y,

si llegaban a descubrir dónde se escondía, las oportunidades de sobrevivir eran pocas.

Solo sus ojos brillaban fuera del agua; el resto de su cuerpo permaneció sumergido a la espera de un milagro. Observó la manada con detenimiento, pero el frío afectaba su concentración y tuvo que sacudir la cabeza varias veces para mantenerse alerta. La culpa por la muerte de Mark no la dejaba tranquila y lloró en silencio. Se sentía mal, sobre todo porque sabía que no iba a ser capaz de confesar lo ocurrido. Si los Clovek, que rondaban el perímetro, llegaban a enterarse de que cazó en el área sagrada de los Vanir, la apresarían para enviarla al otro lado del muro.

El chapoteo que hizo uno de los lobos cuando ingresó al agua la despertó de sus cavilaciones. Retrocedió un poco, pero para su mala suerte, después del primero le siguió uno más y luego otro. Nadaron en su dirección, así que tuvo que girarse y alejarse tan rápido como pudo. Los gruñidos se multiplicaban a su espalda, por lo que braceó con más ímpetu, pero fue en vano; de un momento a otro los tenía encima.

El más grande, con un pelaje café oscuro, cerró sus fauces sobre una de sus mangas. Nótt sacudió el brazo y logró liberarse, pero el que se encontraba detrás agarró la bota de su pantalón, impidiendo que avanzara. Con el rabillo del ojo, vio al tercer lobo llegar mostrando los colmillos y apretó la boca. Miró a su alrededor desesperada y gritó para asustarlos, pero no se inmutaron. Por el contrario, la sujetaron con más fuerza. Cuando le dieron la oportunidad, golpeó al que tenía aprisionado su pie y este la soltó. Los demás se abalanzaron sobre ella, pero enseguida algo la tomó por la cintura y la jaló hacia abajo. Su instinto de supervivencia hizo que se sacudiera con violencia, aunque no consiguió liberarse. Sumergida, veía cómo la luz de la superficie se apagaba poco a poco, y la oscuridad de las profundidades la envolvía.

Se hundía.

De su boca se escaparon varias burbujas, por lo que se obligó a cerrarla. Intentó ver lo que la llevaba al fondo de la laguna, pero todo a su alrededor era borroso. Aferrado a su tronco, aquello la tomaba por la espalda y la sumergía cada vez más. Los lobos no la

siguieron, la soltaron al sentir que se asfixiaban y se giraron para buscar la superficie. Nótt los vio partir; a ella también el aire se le agotaba. Trató de escapar sin conseguirlo. Entonces, su raptor la giró y se mostró ante ella para tranquilizarla. Sacó una bolsa de aire de su traje y cubrió su rostro. El oxígeno ingresó a sus pulmones y la chica sonrió al reconocerlo. Él también lo hizo, y con ayuda de diferentes gestos con la mano, le pidió que agarrara la cuerda que los guiaba a través de la laguna.

Era la forma habitual de pescar en Galt. Amarres del diámetro del tamaño de un palmo y ubicados en lugares estratégicos permitían capturar rocas supercalientes. Estas se encontraban en las profundidades de las aguas que bordeaban el muro. Eran muy apetecidas en la ciudad de Eidyn, por lo que se vendían a muy buen precio. Los arponeros eran los únicos autorizados para trabajar en esa área y Xander era uno de ellos.

Pescar de esa forma no era fácil, y requería de mucho entrenamiento para lograr soportar las altas presiones. La mayoría, incluso, no necesitaba apoyo de oxígeno extra. La preparación que recibían empezaba al cumplir los doce inviernos, y les permitía tener una excelente capacidad pulmonar para soportar las profundidades de lagunas y cenotes. Cuando cumplían los dieciséis, recibían un colgante hecho de tantalio. Desde ese momento, pertenecían a una élite especial. La venta de piedras supercalientes a Eidyn se daba muy bien, así como el envío de innumerables productos agrícolas. La ciudad pagaba en oro sólido, lo que permitía que la economía de Galt saliera a flote, pese a las enormes carencias. Por eso, para muchos, los arponeros eran una especie de héroes.

El trayecto hasta la superficie fue largo. Al salir, lo primero que hizo Nótt fue retirar la burbuja de oxígeno de su rostro. No estaba acostumbrada a ella y sentía que se le pegaba a la piel. Se giró en redondo para orientarse con ayuda de los nevados de Rhös. Habían cruzado la laguna en dirección oeste, por lo que el muro se veía en la lejanía. Empapada de pies a cabeza, empezó a tiritar. Xander la cubrió con una manta gruesa que utilizaba cuando finalizaba la pesca. Al sentir su contacto, Nótt se giró para verlo. Tenerlo tan cerca la afectaba. Después de la muerte de Kiel, su amistad nunca

volvió a ser la misma. Dio un paso hacia atrás con disimulo. Él, sin darse cuenta, se giró en busca de algo también para cubrirse.

—Por poco y no llego —dijo sin mirarla.

—Gracias —murmuró ella casi sin poder hablar; sus pulmones le ardían.

—La verdad, fue suerte —desestimó el chico de ojos verdes—. Estaba esperando a unos amigos, cuando vi que los lobos atacaban algo en la superficie y decidí subir. Me sorprendió ver que su presa era una persona, y por eso me atreví a ayudar. Aunque nunca me imaginé que fueras tú.

Nótt sonrió.

—Pues tengo suerte de que seas un arponero. Espero no haber estropeado nada importante —dijo. El trabajo para Xander eclipsaba todo lo demás.

—No te preocupes, creo que esta vez mis amigos no llegaron. Además, se hace tarde. —La miró por un segundo, antes de abrazarla con fuerza.

Nótt agradeció el calor de su cuerpo y sonrió. No podía negar que echaba de menos su amistad.

Xander se cambió delante de ella, poniéndose la ropa de repuesto y un abrigo grueso y largo hecho de piel de hurón. Se cubrió la cabeza con la capucha y la miró fijamente. Frunció el entrecejo y Nótt tragó saliva; sabía lo que iba a preguntar.

—¿Qué hacías tan cerca del muro?

«Dile». Nótt escuchó la voz y arrugó la boca. «Como siempre, mintiéndole a todos».

Xander alzó las cejas; esperaba una respuesta.

—Curioseaba —mintió y arregló las trenzas de su cabello para disimular. Aunque enseguida se dio cuenta de que no lo había engañado.

Xander se acercó un poco; sus ojos la escudriñaban. Las emociones, que en ese momento navegaban por su piel, eran tantas, que era difícil organizar las ideas. Después de la muerte de Kiel, duró varios inviernos sin verla. La chica le hacía falta. Un día, en una noche de luna llena, se encontraron en la plaza central del

pueblo por accidente. Su amistad nació de nuevo, pero aquello no duró y volvieron a distanciarse.

—¿Qué tienes en la cabeza? ¿Piedras? ¡Por los espíritus de las lagunas, Nótt! ¡Mi corazón está al borde de explotar! Esos animales casi te matan.

La chica no respondió, apretó la boca y desvió la mirada al suelo. La imagen de Mark llegó a su mente.

Xander prefirió no insistir… por ahora. Se concentró en conseguir que recuperara el calor interno. Debía evitar que su cuerpo colapsara por hipotermia. Con agilidad, prendió una fogata y le pidió que se sentara junto al fuego. Ella obedeció sin hacerse rogar, mientras observaba el ir y venir de su amigo. Le ofreció un poco de cereal apelmazado en miel y licor hecho de trigo y enebro. Era una bebida fuerte para evitar que se durmiera, y la abrazó para ayudar a que entrara en calor.

—No me gusta el licor de Geniev. ¿No tienes algo más fuerte?

—No va al caso —desestimó—. Tómatelo despacio… Todo.

Nótt se resistió, pero después de un rato, se llevó el vaso a los labios. No pudo evitar abrir la boca como si fuera a vomitar y Xander soltó una carcajada con solo verla.

—¿Tomas esa porquería de Kaski y no te gusta un licor tan fino como este? ¡Buff! —soltó entre risas.

—No puedes compararlos —respondió indignada.

El licor de Geniev era una bebida muy antigua. Según se decía en el pueblo, su historia venía de los primeros tiempos cuando el mundo era otro. En Galt la utilizaban para calentar el pecho con rapidez. A Nótt el sabor seco y amargo le molestaba, por eso nunca la bebía.

—Esto no está funcionando —dijo al ver que los labios de Nótt seguían morados—. Necesito que te quites todo lo que llevas puesto o el frío te hará desmayar —mencionó con apremio.

Nótt esperó a que se retirara, pero Xander no se movía. En cambio, la observaba con los brazos cruzados.

—¡¿Quieres que lo haga contigo mirándome?! —parpadeó sin poder creerlo.

—¿Y por qué no? Te he visto desnuda más de una vez. —Sonrió, pero enseguida la deshizo al ver el fuego en los ojos de Nótt.

—A ver, Xander… —dijo con voz pausada, como si le hablara a un descerebrado. Su voz tiritaba por culpa del frío—. Éramos unos críos cuando nos bañábamos en el mar. Eso no cuenta.

—Eso lo sé, pero después… Tú y yo tuvimos nuestros momentos. —Alzó una ceja con picardía.

—¿De qué estás hablando? Salíamos a cazar y luego terminábamos…

—En los cenotes. —Xander dibujó una sonrisa ladeada.

—Han pasado muchas cosas desde entonces. —La muerte de Kiel le pellizcó el estómago y tragó saliva—. Así que no veo una razón por la que deba desnudarme frente a ti.

—No lo sé… Los reencuentros siempre son intensos y fogosos. No te defraudaré. —Xander movió sus cejas con rapidez.

—¡XANDER! —gritó Nótt. Fruncía el entrecejo, por lo que la sonrisa del chico se esfumó.

Un silencio incómodo los visitó por varios segundos. El temblor en el cuerpo de Nótt se hizo evidente, por lo que él se colocó de pie levantando los brazos.

—De acuerdo… No miraré, lo prometo.

Nótt blanqueó los ojos. Él fue uno de sus mejores amigos en la infancia, y para ser sincera, lo suyo fue más que eso. Hubieran seguido así, de no ser por la muerte de Kiel y porque a él se le metió en la cabeza eso de ser arponero. Una vez le propuso que lo acompañara, pero ella solo pensaba en las palabras de la madre de Xander y en cómo su cercanía afectaba su ingreso al prestigioso grupo. De solo recordarlo se le revolvía el estómago. Sus vidas tomaron rumbos diferentes, sus horarios ya no coincidían y, con el tiempo, dejaron de verse.

Se sacó el arco y lo puso con cuidado sobre una de las rocas. Se retiró la ropa de cuero lo más rápido que pudo. Empezó por las botas y siguió con el cinturón negro que sostenía su preciada daga. Lo último que quitó fueron sus protectores de antebrazo y, cuando terminó, se cubrió con la manta que Xander le dio.

—Listo —anunció.

El chico tomó todo con cuidado y lo extendió en una de las ramas para que se secara. Las ubicó cerca de los bultos de rocas supercalientes que yacían amarrados al lado del tronco. Además, para su suerte, ese día había pocas nubes y los rayos cubrían los alrededores de Galt.

—Ya está. Dejémoslo un par de minutos y luego veremos. —Se giró hacia ella. Hizo una pausa, no se sentía seguro de preguntar, pero tenía que hacerlo. Como arponero, debía denunciar cualquier cosa que viera en la zona de las lagunas—. Ahora sí vas a contarme qué hacías en el muro.

«Confiésale la verdad, ¿o es que te da miedo?».

Nótt suspiró.

La voz de Xander no sonó molesta, más bien temía que alguien la hubiera visto. Si era así, ya estaba en problemas. No solo cazar era prohibido en esa área, también tocar las aguas sagradas, y Nótt se había sumergido en ellas por completo.

—Respóndeme, ¿quieres? —suplicó, pero la chica mantuvo su mirada clavada en el suelo—. No estarás planeando irte al otro lado del muro, como todos los demás. —De solo pensarlo, una chispa de tristeza arrugó su corazón. Puede que ya no se vieran con la misma regularidad, pero quería a Nótt. Ella siempre sería su amor inalcanzable.

—No, claro que no. No me interesa. Me conoces bien, nunca iría a ese lugar —respondió indignada. Odiaba todo lo que tuviera que ver con la muerte de Kiel, y eso involucraba a los espíritus y su estúpido muro.

—¿Entonces?

«Dile».

—Ya voy —balbuceó, molesta. Carraspeó la garganta con disimulo y lo miró fijamente—. Cazaba.

—¡¿CAZABAS?! —Alzó la voz.

—Tengo que llevar algo a casa, y hoy… Hoy fue un mal día —espetó con voz queda, recordando los conejos que dejó abandonados cuando vio a Mark caminar hacia el muro. Al pensar en él, sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Se sentía culpable—. Es que no puedo regresar con las manos vacías.

—Lo que hiciste está vetado. —anunció con voz queda; quería hacerle entender la gravedad del asunto.

—Ya… —Suspiró—. ¿Crees que no lo sé?, pero…

—Tú más que nadie deberías entender que para los espíritus no hay peros que valgan.

Nótt hizo una mueca con la boca. Odiaba que le alzaran la voz.

—Había olvidado esta parte de ti —mencionó, más para sí misma que para él, y se cruzó de brazos.

—Lo siento, Nótt, pero me considero más que un amigo. No puedo aplaudirte cada vez que haces ese tipo de cosas.

—No lo hice por rebeldía. —Se defendió. Sus años de joven irreverente habían acabado con la muerte de Kiel—. Necesito llevarles algo a Sassa y Anne.

Xander miró su caza de hoy. Los bultos repletos de piedras supercalientes permanecían en el suelo en un contenedor de agua humeante, a la espera de ser recogidos por la lideresa del grupo.

—Puedo ayudarte. —Señaló su mercancía, ofreciéndosela—. Ya había terminado, cuando…

—No.

—¡¿No?! —respondió levantando las cejas.

—Esto es mi responsabilidad —dijo con una firmeza que carecía. No le gustaba ser la carga de nadie y hasta el momento lo había logrado.

—Insisto. Además, es solo por hoy.

Nótt lo pensó por un minuto, pero enseguida desestimó la ayuda.

—Antes de que llegara el lobo, conseguí tres conejos —confesó y Xander dio un respingo. Nótt detalló el cielo; era temprano y, si se apuraba, podía venderlos—. Solo debo regresar y tomarlos. Eivor me dará un buen precio por ellos y…

—¿Sabes lo que pasará cuando descubran que se derramó sangre en las aguas sagradas? —La mirada de Xander se agudizó—. ¿Alguien te vio?

Recordó al espíritu primigenio que la inmovilizó cuando quiso rescatar a Mark y un vacío atizó la boca de su estómago. Sintió miedo y Xander lo intuyó.

—No puedes regresar por ellos. Los guardianes ya debieron dar la alerta y no demorarán en buscar al culpable.

Nótt asintió, pero enseguida abrió los ojos.

—Mis flechas… —anunció y su mirada se desvió al muro—. Si las encuentran, sabrán que son mías.

Ansioso, Xander pasó una de sus manos sobre la cabeza. Pensaba con rapidez, buscaba una solución.

—Es peligroso que te vean. —Reflexionaba en voz alta—. En cambio, yo puedo moverme con libertad. —Se ofreció. Para los arponeros la zona de las lagunas no estaba prohibida—. Regresa a casa. Me encargaré de limpiar este desastre.

—No voy a permitirlo, Xander —soltó y él puso sus ojos en blanco—. Tengo que recoger los conejos que cacé —explicó, aunque también estaba pensando en la flecha que mató al lobo.

Se levantó para tomar su ropa y cambiarse, pero él la detuvo.

—Por una vez en tu vida, no seas tan testaruda. La última vez…

Nótt se soltó molesta. No tenía por qué recordarle lo que sucedió con Kiel.

—Necesito mi caza, eso es todo.

—Puedo hacerlo por ti y nadie se dará cuenta.

—Ya.

—¿Qué significa eso?

—Nada… No significa nada.

Xander la miró por un momento, y luego se acercó despacio. Era cierto que la muerte de Kiel fue el detonante, pero después de la partida de Mei, lo que tenían se fue a pique. Nótt empezó a inventar mil excusas para evitar encontrarse con él y supuso que quería olvidar lo que pasó, incluyéndolo. Con el tiempo, la amistad se enfrió. Aunque para nadie fue un secreto que a él siempre le había gustado. Tenía una belleza exótica poco común en el Cinturón de Arenisca. Unos ojos negros que brillaban como dos piedras preciosas y una figura esbelta que lo hechizaba. Así que verla de nuevo, después de tanto tiempo, movió algunas emociones en su interior.

Una voz gritó su nombre, por lo que Xander desvió la vista hacia los matorrales. Nótt aprovechó para tomar su arco y su ropa; debía partir enseguida.

—¡Espera! —murmuró el joven—. Es solo una revisión de rutina. La lideresa Revna se irá en unos cuantos minutos, y si quieres, luego te acompaño.

La mujer volvió a llamarlo y Nótt dibujó una sonrisa cargada de tristeza.

—No es bueno que te vean conmigo —sentenció y el dolor en la boca de su estómago se agudizó al doble. El recuerdo del porqué se separaron la hizo suspirar—. Eres bueno, Xander, y tienes un futuro brillante. No está bien que te relaciones con cazadores. —Hizo una pausa y tragó saliva. Fueron las palabras de la madre de Xander. Los arponeros eran un grupo élite y su círculo social era diferente—. Tu profesión significa mucho y eso no tiene discusión. Eres listo e inteligente y sé que llegarás lejos.

—Nótt…

—Debo irme.

Xander intentó detenerla, pero de los arbustos apareció el cuerpo atlético de la lideresa de los arponeros.

—¿Por qué no contestas? —le recriminó con los brazos en jarras.

—Yo… —comenzó diciendo, mientras se giraba en redondo para comprobar que Nótt se había ido.

4
Athair

Mantenía los brazos extendidos, con las palmas mirando hacia la cúpula del techo. Los vitrales en los laterales, exquisitamente decorados con el zorro blanco de Eidyn, resaltaban el símbolo de la nueva era. Pequeños filamentos de agua envolvían sus manos, creando una esfera transparente por donde la luz, de chispas azul-violeta, se proyectaba. Su rostro se iluminaba con la fuente de vida, parte fundamental de la meditación de los Athair. Para Aron era aún más importante, ya que la utilizaba como un medio para comunicarse con los Vanir.

Su mente, en completo trance, recorría un extenso valle de flores blancas. El río que lo atravesaba era poco profundo, pero contenía la fuerza necesaria para producir energía. Una pequeña laguna completaba la hermosura del paisaje. El pueblo que se asentaba cerca de sus costas disfrutaba de una buena vida. Allí la comida era tan abundante que las gentes convivían en completa armonía. Las trazas de violencia eran casi inexistentes gracias al equilibrio del que disfrutaban.

Se proyectó en la orilla, junto a un pequeño arroyo que mojaba sus botas de caña alta. Sobre la bóveda celeste vio la estela de una estrella que se acercaba a su mundo. La siguió con la mirada por varios segundos hasta que el graznido de un cisne llamó su atención. Con un ligero movimiento de su brazo, retiró la parte inferior de su abrigo negro. Una ola amenazaba con mojarlo, pero lejos de que ocurriera, esta se desvaneció en segundos.

Sonrió.

Aquel mundo era solo un recuerdo echado al olvido. Nunca lo conoció y, a pesar de eso, lo extrañaba. Le hubiera gustado vivir en ese tiempo. Aron lo percibía tan nítido gracias a la magia elemental

que recorría su cuerpo. Siempre que podía, viajaba a través del recuerdo colectivo que contenía la esencia sagrada de los espíritus. No quería que la costumbre los hiciera normalizar algo que, a su parecer, estaba fuera de control. Galt era un hervidero a punto de explotar y por eso decidió trabajar allí. Los Athair llevaban esperanza a donde fuera que la crueldad arrebatara la poca humanidad que quedaba.

Una sensación extraña lo embargó y el rostro de Nótt apareció de repente. Aron abrió los ojos; algo grave había ocurrido cerca del muro. Por instinto, sus manos se iluminaron y retiró la capucha que cubría su cabello castaño. Se colocó de pie y giró sobre sus talones escudriñando su habitación. Su corazón golpeaba con fuerza el pecho como si fuera él quien estuviera en peligro. Intentó calmarse; no podía pensar con claridad si dejaba que la ansiedad gobernara sus pensamientos. Le costó unos segundos comprender que nada lo amenazaba.

Cerró los puños para que la luz desapareciera y respiró profundo. Aún no entendía la conexión que los ataba, pero empezó a soñar con ella siete inviernos atrás. Aunque sus premoniciones solo mostraban imágenes borrosas, cuando conoció a Nótt supo que se trataba de ella. No podía explicarlo, pero algo los unía. Una razón más para permanecer en Galt, aunque aún no hubiera descifrado lo que debía hacer.

Después de un minuto, la sensación de amenaza pasó y miró hacia la puerta.

—Odalis —llamó y caminó en dirección de la salida. Muy seguramente, la mujer se encontraba en la cámara principal.

La sacerdotisa apareció poco después, cuando él ya atravesaba el pasillo, y el aroma de menta y nuez empezaba a embelesar sus sentidos.

—¿Sucede algo, mi señor? —preguntó la athair con solemnidad. El respeto que le tenía era absoluto.

—No estoy seguro —empezó diciendo y bajó la mirada. Acariciaba su mentón mientras pensaba—. Tengo un presentimiento, pero quisiera primero indagar en el pueblo. —Sus ojos regresaron a ella.

—¿De qué se trata?

—Un desvanecimiento… creo. Algo sucedió en el muro, cerca del bosque Huldrefolk. Creo que Nótt… —calló. Dudaba.

La mujer apretó la boca y asintió con molestia. Cualquiera en el templo conocía sobre las visiones de Aron y más cuando se trataba de esa niña, por eso su fastidio. Aunque nunca se lo diría.

—Quiero que averigües qué sucedió.

El joven la vio partir y respiró profundo. La sensación de angustia aún lo atormentaba. No regresó a sus aposentos; prefirió permanecer en la cámara principal con sus hermanos. Aunque no rezó con ellos, se sentó en un rincón y se limitó a observarlos. Las chispas azul-violeta los envolvían en medio de los cuatro elementos que hacían parte del lugar.

La devoción hacia los espíritus primigenios salvó a la humanidad de su destrucción. Fueron ellos junto a los mortales quienes derrotaron a los cinco kvasir. Por eso los Vanir fundaron la hermandad de los Athair, con el propósito de preservar la armonía en el nuevo mundo que se forjaba. Los zorros blancos perduraron sobre las serpientes de vida eterna. Un kvasir no moría; eran seres inmortales gracias al dominio de las aguas mágicas de la laguna. Sin embargo, sus habilidades no les sirvieron en la última batalla, porque al final fueron eliminados. Ahora, sus restos descansan en la Ciudad de Luz, lejos de los mortales, para que fueran olvidados con el tiempo.

De los cuatro elementos dominados por los magos, el agua se convirtió en el catalizador del progreso. Los Vanir tenían la facultad de viajar con facilidad a través del líquido de vida, recorriendo largas distancias para proteger a los pueblos de cualquier amenaza. Ese don, entre otros más, lo utilizaron para ganar la batalla. Convirtieron a la ciudad de Eidyn en la ficha clave para evitar que las cosas se corrompieran de nuevo.

Así, los Vanir pasaron a ser garantes de la nueva era de paz, y para eso, se prohibieron a ellos mismos atravesar el muro. Evitar cualquier contacto con los restos de los Kvasir garantizaba que esa etapa de la humanidad fuera olvidada para siempre. La muestra de buena voluntad fue acogida con los brazos abiertos por todos los

pueblos, quienes también ofrecieron una parte de sí mismos para conectarse con ellos. Los mortales, al convertirse en devotos, entregaban una minúscula porción de su espíritu en la pila sagrada del templo. De esa forma, siempre volvían para recibir del agua su energía renovada y regresar a sus casas cargados de esperanza. Con ese acuerdo, la tranquilidad perduró siglos enteros y los Clovek se convirtieron en los únicos autorizados para velar por la seguridad al otro lado del muro. Todo aquel que quería entrar a la ciudad de Eidyn debía ser autorizado por ellos, bajo los ojos atentos de los Vanir.

—Hay rumores en el pueblo —susurró Odalis a su oído y Aron alzó la vista.

Se había sumergido tanto en sus pensamientos que no supo a qué horas regresó. La cámara principal estaba vacía y él permanecía despierto, pero con la mirada perdida en la pila de fuego ardiente.

—Te escucho.

—Esta mañana partieron dos cazadores hacia el bosque Huldrefolk. —Hizo una pausa y negó sutilmente con la cabeza—. ¿No entiendo por qué no los prohíben…?

—Porque sin ellos las hambrunas regresarían. Ningún pueblo soportaría volver a esas épocas.

—Eso está claro. Me refiero a internarse en el bosque sagrado. Es como si no le tuviera miedo. Claro, como ella viene de allá… —calló y apretó la boca para impedirse decir más cosas.

—Por el tono que usas. —Aron alzó las cejas—. Supongo que te refieres a Nótt.

—Correcto.

—¿Le sucedió algo? —Su corazón latió con más fuerza. Siempre se preocupaba por ella. ¿Y si fue Nótt quien sufrió el desvanecimiento? Agitó la cabeza; sería rarísimo. A menos que hubiera pasado algo grave y los espíritus se hubieran manifestado… Negó de nuevo y acarició su mentón mientras pensaba. *«Sería imposible; Nótt no era una devota»*.

Caminaron en dirección a la primera sala. Donde los piadosos realizaban sus plegarias diarias y compartían la esencia de vida con los Vanir.

—No se sabe —dijo y bajó el tono para que nadie los escuchara. Se encontraban en el templo y los Athair por costumbre no cotilleaban—. Le pregunté a una mujer que conozco bien, pero me dijo que no estaba segura. Parece que, después de su pequeña inmersión en el bosque, la chica regresó sola. Algunos aseguran que la vieron con Mark, pero desde esta mañana, nadie lo ha vuelto a ver.

—¿Mark era el otro cazador? —preguntó sorprendido. *«¿Qué le prometiste?».* Se preguntó, pensativo.

Generalmente, Mark ayudaba en el mercado a su padre. Solo iba de caza cuando tenía necesidad y, para completar, nunca lo hacía en el bosque Huldrefolk.

—Así es. Quién sabe qué le dijo a ese muchacho para que asumiera tal riesgo —contestó como si le leyera la mente—. Ir al bosque no es un juego de niños. Lo engatusó y ahora nadie sabe dónde está. Siempre lo he dicho, esa jovencita no es una buena persona.

—Lo dices porque no es una devota.

—Alguien que es incapaz de ofrecer una parte de sí para ser purificada, no es de confiar.

Aron no pudo evitar observar de soslayo a las personas que se encontraban en el templo. Los hilos de agua viajaban desde la pila central hasta el techo, donde se iluminaban al más mínimo toque para luego descender de nuevo. Los mortales mojaban sus dedos temblorosos en el líquido de vida, recibiendo la energía que provenía de los Vanir y entregando a cambio una parte de sí. O por lo menos, así lo creían. La magia elemental recorría sus cuerpos con fortaleza y serenidad para sobrellevar la dura vida de Galt.

—Creo que eres injusta, Odalis —dijo con voz serena. Su ansiedad desapareció al saber que no estaba en peligro. Era claro que los espíritus se llevaron a Mark. Él era un devoto, así que tal vez la situación no era tan mala—. Ella es bondadosa y mucha gente en el pueblo la quiere, pese a…

—Su reputación.

—No… En realidad iba a decir: por lo que sucedió con sus padres. No puedes culparla por eso. Además, Nótt es una de las

mejores cazadoras de Galt. Parte de la comida que consumes todos los días proviene de ella.

La mujer puso cara de pocos amigos.

—De eso nunca te quejas.

—No voy a seguir discutiendo con usted… señor. —Odalis dibujó un rictus de inconformidad en su boca—. Es claro que la tiene en muy buena estima, aunque su impureza venga de nacimiento.

—Así es. La considero una buena persona. Un Athair no debería juzgar tanto a los otros. Nuestro trabajo es ayudar.

Odalis hizo una venia con la intención de partir.

—Si encuentran a Mark, me gustaría que me avisara —alcanzó a decir antes de perderla de vista—. Aún no estoy seguro de lo que percibí y quisiera corroborarlo antes de hablar con los Vanir.

—Con gusto, Ek Aron.

El athair sonrió; aún no se acostumbraba a que lo llamaran de esa manera. Vio partir a la mujer y respiró profundo. Más tarde hablaría con Nótt y le preguntaría sobre lo que pasó en el bosque.

5
Eivor

Los vientos helados se acrecentaron después del mediodía. Era el presagio de que el invierno llegaría con más fuerza ese año. Nótt tomó una buena bocanada de aire y apretó la boca; a partir de ese momento tendría que trabajar el doble. Si aumentaba la caza, no pasarían hambre en la temporada más difícil del año. Solo le quedaban unas cuantas lunas más para que los animales partieran a regiones más cálidas. Además, la vegetación desaparecería, por lo que encontrar algo para comer se convertiría en una tarea casi imposible. Sumida en sus pensamientos, acomodó los cuerpos de las presas que cargaba a su espalda y suspiró.

«Después de todo, no me fue tan mal», pensó para darse ánimos.

Había conseguido recuperar las flechas. Incluso la que mató al lobo. Los espíritus no volvieron a aparecer y, de camino al pueblo, pudo cazar un cuarto conejo. Lo único que mantenía su aire melancólico era la imagen de Mark desintegrándose por culpa de la energía que emanaba del muro.

—¿Qué traes ahí, pequeña melrakki? —La voz risueña de Eivor era inconfundible.

Los melrakki o zorros árticos fueron de los pocos animales que soportaron los rudos inviernos. Perduraron, al igual que ellos, en un mundo agonizante y hostil. Por eso, eran el principal símbolo de los Vanir.

—No me llames así. Sabes que no soy una devota —repuso con voz queda.

—Lo sé, pero la primera vez sobreviviste a su encuentro y después de eso… ¡Uf! Eso es más de lo que cualquiera puede decir.

—Ni me lo recuerdes —respondió mordisqueando su labio inferior.

—Pero un hecho es un hecho. Eres como un zorro ártico.

—Ya…

—No pongas esa cara que no era para molestarte. —Hizo una pausa para acercarse y ver lo que traía—. ¿Qué cazaste hoy?

—Conejos. —Levantó la bolsa cubriendo su línea de visión.

—Dámelos, voy a revisarlos. —Estiró sus brazos sin dejar la expresión alegre por verla.

—No lastimé el cuero, está en perfecto estado. Así que también puedes venderlo. —Sonrió mostrando sus dientes.

—Lo sé. Siempre llegan intactas. —Hizo un guiño—. Una melrakki como tú sabe capturar una presa con los ojos cerrados. Necesito pesarlos. La ciudad se ha vuelto un poco meticulosa con este asunto de la caza, y ahora pusieron límites. Espero que no volvamos a los viejos tiempos cuando la actividad estaba vetada… Aunque, según escuché, dicen que es por el bien de las crías. Quieren evitar que haya escasez el próximo verano.

Nótt asintió al escucharlo. Ella nunca mataba a los más jóvenes, pero no todos seguían ese consejo. Así que estaba bien que pudieran regular de alguna manera el trabajo de los cazadores.

—No te preocupes, de seguro las tuyas no tienen problema.

Se perdió entre los bastidores de la tienda, mientras ella observaba a la gente del mercado. Le pareció que susurraban, y por la cara de terror que ponían algunos, supuso que se trataba de Mark. Un corrientazo escaló por su columna vertebral y se movió inquieta.

—¿Pasa algo? —preguntó Eivor a su espalda y ella saltó en su puesto.

—No. —Se giró para verlo—. ¿Su peso está bien? —preguntó y él le confirmó con un guiño. Eso la animó a continuar—. Primero que todo, necesito tomillo y un poco de corteza de sauce.

—¿Cómo sigue la bella Sassa? —preguntó, preocupado por el tipo de pedido que hacía.

—La fiebre no ha querido bajar, por lo que aún debe reposar unos días más. ¿Irás a verla? Esta mañana me preguntó por ti.

—Sí, en cuanto cierre. Tuve una semana difícil —anunció y se perdió de nuevo entre la parte trasera de su local. Un segundo después, regresó con las hierbas envueltas en un pedazo de papel—. Aquí tienes.

—También quiero una pala con buen filo —dijo, tomando el paquete y colocándolo a un lado.

—¿Este para quién es?

—Para la señora Agnetha. Esta mañana me la encontré y me pidió que le consiguiera una. Es para su huerta —aclaró.

—Su hija Elina podría llevárselo, ¿no?

—Se fue al otro lado del muro, hace ya varias lunas. —Puso sus ojos en blanco—. Dijo lo mismo que los demás… Iré a buscar un futuro mejor y luego regresaré. —Nótt imitó su voz y Eivor dibujó una sonrisa—. Lo peor es que nunca lo hacen. Es como si se olvidaran de sus familiares.

—Pues no lo sabía —respondió pensativo y empezó a buscar entre la mercancía que tenía guardada.

—¿Tienes guantes para el frío? —gritó Nótt para que la escuchara y el grandote asintió—. Tráeme un par, que sean grandes.

Al rato, apareció con las dos cosas entre sus brazos y las depositó en la mesa que le servía de mostrador.

—Supongo que los guantes tampoco son para ti —comentó perspicaz y ella hizo como si no lo escuchara—. ¿En qué momento te convertiste en un roedor?

—¿Qué dices?

—¿Que si estos son para ti? —Sacudió los guantes.

—No, claro que no —respondió, indicándole que la respuesta era obvia y continuó—. Quiero una manta. La más gruesa que tengas; el señor Hans no está durmiendo bien.

—No deberías asumir los problemas de los demás como si fueran tuyos. —Sus ojos redondos se posaron en los rasgados de ella.

Nótt le sostuvo la mirada. Entendía su punto de vista, pero aquellas personas eran ancianas y necesitaban ayuda.

—No te preocupes, yo solo las llevo. Ellos me las pagarán cuando puedan.

—Eso es un tiempo muy largo.

—Lo harán —dijo y enseguida se encogió de hombros—. No todo es dinero.

—¡Ajá!

—La señora Agnetha me dio tomates y una hermosa sandía la última vez.

—¿Y qué me dices de la cara de pez? —preguntó haciendo una mueca con su boca y colocando sus manos a modo de agallas.

—¿De quién? —Nótt sonrió frente a la pantomima.

—¿Del señor Rick?

—¿Qué hay con él? —soltó enseguida. Eivor gruñó descontento y ella respiró profundo—. Le haré un adelanto, y mañana cazaré un poco más —explicó.

—Trabajas mucho. —No era un reproche, más bien su voz sonó fraternal. Desde que empezó con eso de la caza, siempre le compró sus presas. Sobre todo para ayudarle a Sassa, así que sentía un cariño paternal hacia su pequeña Nótt.

—También me divierto. —Se defendió.

—Ir a las tabernas y beber para ganar apuestas no es diversión.

—Ya… pero no lo hago todos los días.

—No es lugar para ti.

—Sí lo es. Allí consigo dinero, así que mejor cambia de tema —refutó molesta. Ya habían tenido esa discusión más de una vez, pero Eivor no había entendido que ella ya no era una chiquilla. Había cumplido dieciocho inviernos y, si en ese lugar conseguía algunas monedas, nadie le impediría continuar yendo—. Podemos centrarnos en esto. Todavía tengo mucho que hacer.

—Lo siento. No quise meterme en tus asuntos. Es que…

—No te preocupes, tengo prisa. —Hizo una pausa en la que evitó mirarlo—. Me gustaría llevarle huevos a Anne y un poco de leche. ¿Tienes?

—Sí, aún me queda algo por acá —murmuró, pero esta vez no entró al interior de su tienda, sino a la parte de atrás. Donde vivía en un pequeño cuarto—. Toma. —Le ofreció una bolsa llena de víveres.

—Es mucho. —Se quejó.

—No seas tonta. A ti y a Anne las quiero como a mis hijas, así que llévate esto y dale mis saludos a la bella Sassa. Dile que la visitaré más tarde. —Sonrió.

Nótt lo abrazó. Eivor no podía imaginar lo que aquello significaba para ella.

—Metí un poco de galletas para ti. Hasta los melrakki necesitan comer algo. —Besó su frente, aunque sintió el bufido molesto de Nótt por llamarla así—. No hay necesidad de decírmelo, puedo leerlo en tu cara. Mueres de hambre.

Esta vez, dibujó una enorme sonrisa.



Satisfecha, Nótt marchó por fin a su hogar con el aire del deber cumplido. Repartió los diferentes recados a sus propietarios e inclusive se encontró con el señor Rick. Convencerlo no fue fácil, pero al final, llegó a un acuerdo para que la esperara. Ahora, tenía que conseguir una cabeza de ciervo para que Eivor la disecara, porque el hombre calvo quería lucirla como trofeo.

Estornudó varias veces por culpa del frío y se ajustó mejor el abrigo. Seguía estando húmedo en algunas partes cerca de su pecho que la hacían tiritar. Sin embargo, la esperanza de llegar a casa y calentarse bajo el fuego hacía que el trayecto pareciera corto. Apresuró el paso; varias nubes negras amenazaban con la llegada de una gran tormenta y no quería mojarse de nuevo. Cruzó la esquina hacia el oeste, mientras tarareaba una de las melodías que le enseñó su madre. El hueco que dejó su partida continuaba allí y, por más que buscaba comprender su decisión de irse sin ella, no lo conseguía. Al final, el amor siempre se mezclaba con rabia, avivando el rencor que le tenía.

Al doblar, vio que en la plaza había muchas personas y volvió a sentirse incómoda. Algo sucedía en ese lugar. El sonido de su nombre pronunciado de los labios de una mujer, al otro lado de la esquina, la detuvo en seco.

«Ten cuidado».

Seth, el líder de los Clovek del pueblo de Galt, se encontraba rodeado de diez hombres en mitad de la calle. Indagaba a todo aquel que veía pasar sobre algo. Nótt se estiró un poco, pero no logró escuchar lo que decían. La chica tragó saliva cuando su nombre volvió a sonar y luego el de Mark entre la muchedumbre. El nerviosismo la atacó de frente y retrocedió.

«Mejor aléjate de ellos».

—Pensará que soy culpable.

«¿Acaso no lo eres?», afirmó y Nótt se mordió los labios, nerviosa.

Aquel hombre de cabello albino no le gustaba. Además, la imagen de su compañero de caza comenzó a tomar más fuerza. Pese a que había tenido una buena tarde, el hombre de tez morena murió en frente de sus narices. Se sentía responsable de lo ocurrido y pensó en el futuro que les esperaba a Anne y a Sassa si las atrapaban. Retrocedió con cautela; debía evitar llamar la atención de los demás. Ya cuando estuviera en su pequeño hogar, se le ocurriría algo. Pero al acercarse a la esquina y girarse para desaparecer, uno de los uniformados la detectó. Nótt se detuvo por un segundo, apretó la mandíbula y le sostuvo la mirada sin titubear. Todo parecía marchar bien, hasta que alguien la señaló con el dedo.

—¡Ahí está! Es a ella a quien busca, señor —dijo una mujer con expresión tranquila.

Nótt se irguió de inmediato, y no pudo evitar echar a correr.

6
Seth

Entró apresurada a la taberna del pueblo: El ratón borracho. Kasper, su dueño, le había puesto ese nombre porque, según él, Galt era un antro de roedores en busca de oportunidades. Sus habitantes eran tan capaces de encontrarlas como de arrebatárselas a cualquiera sin pedir permiso. Lo peor, sin una pizca de remordimiento y mientras esperaban a que su día de gloria llegara, vivían ebrios.

Las manos de Nótt temblaban, por lo que se las sobó como si tuviera frío para disimular. No quiso ir a su casa porque no quería que Seth supiera su ubicación.

—Hace mucho que no venías.

La chica alzó los ojos para encontrarse con el hijo del dueño. Birg era menor que ella, pero con un olfato para los negocios que envidiaba.

—Ya sabes, las ocupaciones. —Sonrió sin dejar de pensar en los Clovek que estaban cerca.

—¿Viniste a jugar?

Nótt observó las mesas en el fondo. Los ojos de los que se encontraban allí la escudriñaban con ansiedad. Querían saber cuál era su respuesta; las apuestas dependían de eso. Nótt respiró profundo; había sido un día difícil y lo único que deseaba era refugiarse en las cobijas de su austera cama.

—¿Qué dices? ¿Te animas? —insistió Birg—. Escuché que necesitas dinero.

Nótt alzó una ceja. En Galt todo se sabía y no podía negar que aquello era cierto. Jugó con una de sus trenzas por un momento mientras tomaba una decisión.

—¿Por qué no? —soltó al rato. Estiró sus brazos con una sonrisa postiza y avanzó.

En aquel juego las apariencias eran importantes. Si proyectaba seguridad a los demás, las apuestas subirían y eso siempre afectaba la autoestima de cualquier contrincante. Mientras recorría el pasillo que se abría ante ella, vio al sujeto con el que se mediría a duelo. No le pareció conocido, así que supuso que era un extranjero. Dudó por un segundo; el hombre sentado en la mesa con varias copas servidas de licor de Kaski era enorme. Tenían la barba larga y ni un solo cabello en la cabeza. Este frunció el entrecejo por un segundo para luego soltar una carcajada cargada de arrogancia. Ella se sentó, desafiante, mientras Birg se apresuraba a traer más bebida. Necesitaba tener la suficiente; Nótt no era fácil de tumbar.

—No voy a competir con una mujer —espetó buscando los ojos de Birg para que lo mirara.

—¿Por qué? —Nótt ladeó la cabeza mostrando una fortaleza que no tenía. El olor a alquitrán mezclado con el del abedul de la bebida, la calmaba—. ¿Te da miedo perder?

—Eres solo una niña —bufó, indispuesto.

—Que te hará ver ante los demás, como si fueras un niño perdido. —Sonrió mostrando los dientes y eso lo enfureció más.

—Calma… calma. —Birg los regañó y ambos callaron. Pidió silencio y repitió las normas que todos conocían de memoria: el primero en caer ebrio perdía. El que se mantuviera en pie, ganaría una décima parte de las apuestas. Luego, como era la costumbre, llamó a su padre, el viejo Kasper, para que hiciera los honores e iniciara la competencia.

—Vamos, Nótt. No me defraudes —susurró Kasper a su oído y guiñó el ojo. El hombre calvo frunció la boca. El viejo no se inmutó y continuó—. Triplicaré tu paga si ganas. No importa cuánto tengas que beber.

Ella asintió; la cosa se ponía interesante.

Birg sirvió y colocó una veintena de pequeñas copas hechas de madera en el centro de la mesa. A cada uno le entregó una botella de Kaski lista para consumir y levantó su brazo para dar inicio al juego.

—¡Un grupo de clovek se acerca! —gritaron unos chicos que entraban a trompicones a la taberna.

Birg enseguida hizo gestos con la mano para que todo se detuviera. Decenas de ojos nerviosos se dirigieron a la puerta de madera roja que los separaba del exterior.

—¿Estás seguro? —preguntó Birg al rato a uno de los recién llegados, mientras que de soslayo observaba el semblante preocupado de su padre.

—No tardan en entrar. —Fue la respuesta y corrieron a encontrar una mesa donde sentarse. Lo mejor que podían hacer era pasar desapercibidos frente a ellos.

—Debo irme. —Nótt se levantó de un salto con la intención de partir.

—¡Espera! —Birg la detuvo con el brazo, pero al ver el brillo en los ojos de la chica, la soltó enseguida—. Entiendo. Vuelve cuando puedas.

Ella asintió.

—Desaparece por la parte de atrás, nosotros nos encargaremos —propuso el viejo Kasper señalándole el camino, y Nótt se escurrió por la puerta posterior.

Llevaba mucho tiempo oculta entre los matorrales. Tanto, que la luna ya se asomaba con timidez por entre las nubes azuladas. Además, por culpa de la postura en la que se encontraba escondida, sus piernas le dolían como los mil demonios. La lluvia mojó todo a su paso y el viento helado, que bajaba de los acantilados de arenisca, atravesó su abrigo empapado, poniendo su piel de gallina. El cuero de oso con el que estaba hecho ahora era inservible y, una vez más, el agua la cubrió de pies a cabeza. Apretó la boca para aguantar un poco más. Seth y los demás de su grupo se encontraban demasiado cerca para su gusto. Después de salir de la taberna, tuvo que caminar con rapidez para que no la alcanzaran. Su nombre no era común y cualquiera pudo indicarles que estuvo allí minutos antes.

«¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí toda la noche? Vete de una vez».

Se mordió los labios, molesta. No podía hablar o delataría su posición. Hubiera preferido toparse con cualquier centinela, pero no con Seth. Por culpa de ese hombre, Sassa se encontraba postrada en una cama. Lo observó a través de las hojas con el ceño fruncido, y mientras lo hacía, se le ocurrieron mil maneras de vengarse de él. Sacudió la cabeza; no había tiempo para eso, la situación era grave y tenía que encontrar la forma de salir de allí.

«Déjalo fluir y entrégaselo a los espíritus», pensó en las palabras de Aron y apretó los puños.

«A ellos nunca», respondió la voz de su cabeza, pero Nótt la ignoró.

Apreciaba mucho a Aron, aunque no existía manera alguna de convertirse en una devota. Para Nótt, los espíritus y en su nombre, los Vanir, nunca habían sido benévolos con ella; su padre fue enviado como prisionero a Eidyn y su madre se marchó sin ella por su culpa. Así que no tenía por qué retribuirles algo. El buen actuar consistía en ayudar a los demás, sobre todo a los más necesitados. Fue una de las cosas que su madre, Siriana, le enseñó cuando era una chiquilla y honraba sus palabras con el ejemplo.

Sus ojos volvieron a Seth y las ganas de desquitarse regresaron. Aferraba en sus manos la daga de su pantalón, por si acaso tenía que defenderse. El líder de la cuadrilla de centinelas era alto y fornido. Aunque, sus ropas siempre se veían demasiado grandes para él. Remangaba su camisa de cuello alto mostrando uno de sus brazos fabricados en metal. Le encantaba hacerlo, pensaba que aquello infundía temor a las personas, y por qué no, respeto.

El mineral brillaba con los escasos rayos lunares, haciendo que Nótt dibujara un rictus amargo con su boca. Después de lo que sucedió con Sassa, ella intentó enfrentarlo, pero Aron la detuvo. Tuvieron una intensa discusión, donde el athair le hizo prometer que lo olvidaría y que no se metería en problemas. A Nótt le costaba aceptarlo, pero su amigo tenía razón. Enfrentarse a ocho clovek de contextura gruesa, entrenados para controlar a las masas, y que además eran protegidos por la ley, era una locura.

Suspiró.

Se apoyó sobre la pared de ramas de brezo que tenía a su espalda; necesitaba aliviar un poco el cosquilleo del que eran presas sus piernas y esperó. La noche avanzaba, y con él, el frío que no dejaba de atormentarla. Volvió a suspirar y se concentró en Seth. El hombre discutía con sus compañeros. Se movía de un lado a otro mientras agitaba las manos, como si estuviera explicando algo. No pudo evitar seguirlo con la mirada, su corazón latía con más fuerza debido a la tensión. Aquel centinela intransigente y de lenguaje soez le hacía hervir la sangre.

Recordó la noche en la que Sassa y ella tuvieron la mala suerte de cruzarse en su camino. Ambas regresaban a casa cuando se encontraron de frente con él. Las detuvo con el pretexto de realizar una revisión de rutina. Nótt, con solo ver la manera amenazante en que se acercaba, supo que el procedimiento se debía más a su condición de cazadora que a otra cosa.

Después de lo devastado que quedó el mundo cuando todo terminó, muchas ideologías tocaron fondo. Los sobrevivientes emprendieron una cruzada para abolir cualquier actividad que indujera a la guerra. La paz era la máxima premisa social que debían conservar para proteger a una delicada humanidad a punto de desaparecer. Por lo que trabajos donde la muerte era la principal actriz fueron repudiados y la caza fue uno de ellos. Sin embargo, en su proceso de recuperación, pueblos enteros desaparecieron por culpa de las hambrunas. Fue allí donde las técnicas de cacería que venían del norte resurgieron de entre las cenizas. La sociedad volvió a aceptar su práctica, aunque para los más conservadores y leales a la ciudad de Eidyn, la profesión continuó siendo despreciada.

Ambas obedecieron a regañadientes y siguieron a cabalidad cada uno de los requerimientos de Seth. Pero su actuar era rudo y sin consideración. Hurgó entre las pertenencias de Nótt, esparciendo el contenido de su morral en el suelo, y ella se tensó enseguida. Sassa la contuvo con el brazo, evitando que interviniera. No convenía meterse en problemas con ellos. Así que a Nótt no le quedó otra que forzar una sonrisa y obedecer. Esperó con paciencia a que los centinelas se marcharan, pero cuando tomaron su dinero, su única ganancia de todo un día de trabajo, estalló de ira. Si hubiera sabido

que las cosas saldrían mal, no se hubiera atrevido a atacarlos, pero ya era muy tarde para arrepentirse.

Nótt golpeó a Seth en el rostro, y este, junto con sus hombres, se abalanzaron sobre ella. Sassa intervino justo a tiempo para evitar el desastre. Se atravesó, impidiendo que los Clovek la arrestaran. Seth agudizó la vista y, en lugar de retroceder, se ensañó con la madre de Anne. Un brazo roto, varias patadas en el estómago y un puñetazo en el rostro la dejaron inconsciente. A Nótt también la golpearon y, pese a que intentó proteger sus pertenencias, al final, Seth y sus hombres se fueron decomisando las ganancias de una actividad repudiada por él. El líder de los Clovek nunca aceptaría a la caza como una profesión, pero era aceptada por la ley. Así que su trabajo consistía en fastidiarlos para que desistieran y se dedicaran a otra cosa más loable.

«Te hace bien recordar lo que les hizo».

La voz de su cabeza le hacía hervir la sangre. Aron fue quien las ayudó en ese momento. Los ruidos de Nótt golpeando la puerta del templo alteraron la tranquilidad del recinto sagrado. Allí, el joven Athair curó a Sassa, aunque en ese momento solo se conocían de vista. También visitó al señor Rick para interceder por ellas, logrando aplazar el pago una semana más. Por eso, Nótt le tenía aprecio. Era consciente de que, sin su intervención, su madre adoptiva hubiera muerto.

«Mejor piensa en Seth. Es de él de quien tienes que vengarte».

—¿Quieres callarte de una vez? —soltó molesta. Ya tenía suficiente con la ansiedad del momento, como para soportar a su eterna compañía.

«¡Cuidado! Hay alguien detrás».

Nótt se tensó de inmediato e intentó atacar, pero bloquearon su brazo desarmándola.

—Ni se te ocurra moverte.

La voz de Xander le devolvió el alma al cuerpo.

—¿Quieres soltarme de una vez?—susurró nerviosa y él obedeció.

—¿Con quién hablabas?

—¿Qué haces acá? —No respondió.

—Esta mañana me dejaste preocupado y vine a ayudar. —Le devolvió su arma y ella la guardó.

—Ya… —dijo con poco entusiasmo—. No era necesario. Estoy bien…

—¿Te refieres al mismo "bien" de esta mañana?

—Tú lo has dicho. —No lo miró a los ojos.

—Te conozco como la palma de mi mano y puedo notar a simple vista cuando estás nerviosa.

—Eso no es cierto. —Nótt puso sus ojos en blanco.

—Entonces, ¿por qué le huyes a ese clovek?

—No disque me conoces muy bien… Adivina.

Él la miró fijamente y ella regresó sus ojos a Seth.

—Hay algo allá, jefe —dijo uno de los hombres señalando a los matorrales.

Nótt contuvo la respiración. El líder de los Clovek se detuvo en seco. Sonrió cuando la detectó entre la vegetación.

—Es la segunda vez que nos encontramos en menos de una luna. Eso me trae mala espina. —Chasqueó los dientes—. Soy excelente detectando los clavos defectuosos de una buena herradura, y tú eres uno de esos. Un roedor sucio e impuro que no debería merodear por ahí. Una manzana podrida siempre daña a las demás.

Nótt apretó la boca al escucharlo.

—Aún podemos escabullirnos y correr —propuso entre balbuceos. La mirada del centinela le helaba la sangre.

—No —refutó Xander con expresión seria—. No iremos a ninguna parte. Soy un arponero, y nos levantaremos con la frente en alto.

—¡¿Qué haces, X?! ¿Estás loco? —dijo e intentó detenerlo.

Xander no contestó, pero le gustó que hubiera utilizado el diminutivo que usaban de niños. La jaló para que se levantara, por lo que a ella no le quedó otra que mostrarse ante aquel hombre que temía y odiaba en partes iguales.

—¿Sucede algo? —preguntó Xander a Seth con voz serena. Su abrigo de un azul intenso, fabricado con piel de hurón, lo identificaba como un arponero. Por lo que sentía cierta seguridad para enfrentarlo.

El líder de los centinelas soltó una carcajada y se burló sin vergüenza alguna. Xander tomó aquello como una negativa y se giró para comenzar a caminar. Cualquiera sabía que lo más sensato era no enfrentarse a ellos.

—¿A dónde creen que van ese par de imbéciles? —gritó Seth sin dejar de reír. Le divertía que la gente se comportara como ratones asustados ante su presencia.

—A casa. Ya es tarde y, a menos que me muestre una orden para retenernos, no tenemos nada de qué hablar —respondió el joven de ojos verdes sin dejar de caminar.

—No necesito que me trates como una chiquilla —susurró Nótt muy bajo cuando estaban lejos de Seth y él ya no los escuchaba. Intentó zafarse, pero Xander agarraba su muñeca con fuerza.

—Alguien debe protegerte. Menos mal que me tienes a tu lado.

—¡¿Qué?! Suéltame maldito arrogante —bramó con rabia y jaló con fuerza.

Seth los miraba, y al ver que no se detenían, su sonrisa se desvaneció.

—¡HEY! Quédense quietos de una vez —gritó.

Enseguida, tanto él como sus hombres apresuraron la marcha. Los chicos escucharon las pisadas aproximarse y dejaron de discutir. Huyeron con los bramidos de Seth, ordenando que se detuvieran a su espalda. Corrieron sin tregua, cruzando esquinas a diestra y siniestra, y saltando obstáculos que les impedían continuar. Después de unos minutos, los habían perdido y aminoraron el paso.

—Vete, X. No es a ti a quien busca.

—Pues eso es lo que más me preocupa. Esta mañana no me contaste toda la verdad, ¿cierto?

Nótt pensó en decirle lo de Mark, pero se arrepintió enseguida. Se mojó los labios, nerviosa. Si lo hacía, lo implicaría. Eso afectaría su trabajo con los prestigiosos arponeros. Así que era mejor callar.

—Es… por Sassa —dijo. En parte era cierto, así que no le estaba mintiendo. O por lo menos, no del todo.

—¿Fue él quien las agredió?

—¡¿Sabes lo que sucedió?! —Nótt se sorprendió y lo miró fijamente.

—Algo…

El corazón de Nótt latió con fuerza. Que él se preocupara por sus vidas significaba mucho para ella. Le costó desconectar, pero al final escudriñó el horizonte en busca de Seth. No lo veía, pero su alma de cazadora le decía que estaba cerca. No podían quedarse allí por más tiempo.

—Mejor vete —atinó a decir. Ya no quería más desgracias—. Toma la ruta hacia el templo y pregunta por Aron. Es uno de los Athair que vive allí.

—Sé quién es. De hecho es más que un athair… en fin. Lo he visto varias veces cuando voy a rezar, pero… ¿Para qué lo quieres?

—Él nos ayudó la última vez —contó de manera escueta. El tiempo no daba para más—. Iré al bosque Huldrefolk; allá puedo esconderme mejor. Conozco ese lugar con los ojos cerrados. Además, no quiero que Seth sepa donde vivimos; debo alejarlo de Anne y de Sassa. —Hablaba con rapidez—. No le caigo bien… Creo que es porque soy cazadora. Ya sabes, derramar sangre no es bien visto para los Vanir y sus devotos.

El chico hizo una mueca. Se debatía si dejarla sola o acompañarla. En la mañana, después de que la lideresa Revna se marchó, sus pensamientos regresaron a Nótt. Si alguien se enteraba de que había violado la ley, podrían arrestarla. Gruñó descontento; comenzaba a entender.

—Ellos saben lo de los conejos, ¿cierto? Por eso te persiguen. —La miró entrecerrando los ojos—. ¿Hay algo más que no me hayas dicho?

—No, no lo hay —dijo con expresión seria y tragó saliva. Un ruido en el fondo llamó su atención—. No queda mucho tiempo. Vete y busca a Aron; él conoce gente que puede ayudarme.

—¡HEY, RATONCITA! VEN AQUÍ.

Los gritos de Seth los hicieron girar en redondo. Los jóvenes se miraron antes de separarse. Xander tomó las calles serpenteantes que conducían al templo y ella, la dirección al bosque. Un bramido enfurecido la obligó a mirar hacia atrás. El centinela desenfundó su bastón con punta de cuarzo y lo acopló a su mano metálica con un solo movimiento. Daba zancadas gigantes con tal de atraparla. Nótt

no dudó en aumentar la velocidad; el grupo liderado por Seth le pisaba los talones.

«Se acerca».

—Gracias por la información. No me había dado cuenta —ironizó con la voz entrecortada por el cansancio.

Dos centinelas más se unieron a la cacería. Volteó la siguiente esquina para escapar por la calle de luces rojas y apresuró la marcha. Si lograba atravesarla, llegaría hasta los linderos del bosque. Caminó sobre la vía, esquivando con pericia a los transeúntes que regresaban a casa. Estaba a punto de lograrlo, pero una reja recién instalada la hizo frenar en seco. Maldijo por lo bajo y se giró en redondo para encontrar un lugar por donde escabullirse. El ruido de pasos acercándose fue el anuncio de que debía moverse de allí. Trepó con agilidad; sus brazos sostenían la mayor parte del peso, mientras que con sus botas se impulsaba hacia adelante. La cima la esperaba, pero en el último momento, uno de sus perseguidores agarró su pie y la tiró con fuerza para tumbarla. Sus manos aprisionaron el metal y gimió de dolor por culpa del impacto, pero no se soltó. Con la adrenalina recorriendo su cuerpo, pateó al sujeto hasta que se sintió libre y saltó al otro lado.

Se levantó del suelo y miró a Seth a través del tejido metálico. Tragó saliva. El centinela acercó su bastón de cuarzo y comenzó a cortar las varillas como si estuvieran hechas de mantequilla. Nótt retrocedió, insegura.

—Es mejor que te quedes quieta, o de lo contrario, voy a tener que encerrarte. En verdad, eres una imbécil si piensas que puedes violar la ley en mi sector y permanecer libre para contarlo —amenazó el hombre de tez blanca, que no dejaba de cortar los hilos de metal—. Un cazador menos… La mejor noticia del mes.

—No he hecho nada para que me estés persiguiendo —tanteó, mientras miraba a su espalda. El bosque se erguía como una gran mole oscura. Impenetrable para cualquiera que no lo conociera.

—Los centinelas del muro piensan diferente. Alguien derramó sangre en el lugar sagrado de los espíritus y los Vanir saben que los de tu clase continúan haciéndolo. Les arrebatan el aliento de vida a las criaturas del Eidyn. —Seth terminó de cortar la reja, y ahora

arrancaba los pedazos con su brazo en forma de garra. Era pan comido para él.

—Pudo haber sido cualquiera. ¿Por qué yo? —Nótt ya casi llegaba a la protección de las sombras, pero antes de huir, quería cerciorarse de qué tanto sabía Seth.

—Porque los vigilo. En especial cuando se refiere a ti. Los impuros no son de fiar y, además, sé de lo que eres capaz.

Un frío helado permeó sus botas. El espíritu de siempre había llegado. Con su estela blanca cubierta de chispas azul-violeta, acarició sus piernas y ella respiró profundo. Los destellos desconcertaron al centinela, que retrocedió junto a sus hombres. Nótt dudó por un momento; no sabía qué era más seguro: entrar en el bosque o entregarse a Seth. Pero enseguida, la imagen de Sassa postrada en una cama se coló en su mente, y tomó una decisión.

—Lamento mucho que vayas a verte como un mequetrefe ante tus superiores, pero no puedo quedarme a charlar —dijo con el semblante serio, demostrando una seguridad que carecía. Aunque la ira que reflejaban los ojos de Seth era el mejor bálsamo con el que deleitarse—. Hasta nunca… Espero.

—Quédate quieta, niña —siseó—. No puedes desafiar las leyes impuestas por los Vanir.

—La verdad es que no soy creyente, tal vez por eso no les temo tanto como tú. —Lo miró con compasión. Seth era el típico clovek tan atado a las normas que nunca se cuestionaba lo que hacía. Se encogió de hombros y, un segundo después, desapareció en el bosque junto a las chispas incandescentes que la seguían.

—¡No! Maldita seas —gritó el líder de los centinelas, enfurecido. Pateó el suelo y se contuvo. No se decidía a ingresar al bosque; de noche era peligroso.

7
Siriana



Una mariposa roja se posó sobre la palma de su mano. La pequeña Nótt la observó con lágrimas en los ojos. Su nariz estaba roja de tanto llorar y en la comisura de sus labios permanecía la tensión propia de la tristeza. El insecto emprendió el vuelo, y ella lo siguió con la mirada hasta que se perdió en el horizonte. El frío, que siempre azotaba los acantilados que separaban al pueblo de Galt del mar, levantó su cabello liso moviéndolo de un lado para otro. Sorbió los mocos y suspiró. Deseaba crecer para dirigirse al norte con su madre. Nadie comprendía lo que hubiera dado por irse a las tierras desérticas de Kintyre con Siriana, pero los espíritus del bosque se lo impidieron y a su mamá le tocó partir sola.

—¡Por fin te encuentro! —La voz de Sassa temblaba por la preocupación.

Tenía cinco meses de embarazo, por lo que siempre estaba nerviosa con lo que ocurría a su alrededor. Sobre todo, porque esperó dos años para que el consejo le diera el permiso de tener un hijo. Los recursos en el pueblo eran escasos, por lo que se controlaba el crecimiento de la población.

Se agachó sin prisa. No quería asustarla, pero esa mañana la niña desapareció desde temprano y no podía dar con su paradero. Caminó por todo Galt, indagando con los vecinos con los que Siriana congeniaba cuando aún vivía en el pueblo, hasta que se le ocurrió ir a los acantilados.

—¿Qué haces acá? Vas a caer enferma con este clima… ¡Mírate! No tienes ni siquiera un abrigo con que cubrirte. Recuerda que el viento siempre es inclemente con los más pequeños —espetó con voz sosegada. La cubrió con la manta que su amiga había tejido días antes de su partida.

Nótt la miró con tristeza y el corazón de Sassa se encogió. Se arrodilló y, con cuidado, la atrajo hacia ella para consolarla. Desde que Siriana decidió irse del todo, la pequeña había dejado de comer y hablaba poco.

—No puedes seguir así —susurró—. Tu madre volverá. ¡Ya verás! Solo dale tiempo y en unos cuantos meses estarán juntas otra vez.

Nótt la miró apretando la boca. No quería seguir llorando, pero una lágrima brotó de sus ojos negros. Es que le dolía tanto. Miró al astro con su manto blanco y suspiró acongojada.

—¿Sabías que naciste una hermosa noche de luna llena? —preguntó, intentando animarla. La pequeña negó con sutileza—. Tu madre no dudó ni un segundo en darte ese bonito nombre—. Nótt sonrió, pero enseguida sus ojos se entristecieron de nuevo y Sassa pensó rápido; necesitaba hablarle de otra cosa—. Mi bebé y yo te cuidaremos… ¿Qué te parece? Ahora somos familia y nunca dejaré que te pase nada malo. Te quiero mucho, Nótt.

Ella asintió y Sassa la miró con dulzura. Se mantuvieron abrazadas por un rato. La luz tenue de la luna acariciaba sus rostros.

—¿Sabes? No consigo un nombre bonito para mi bebé —mencionó. Quería que dejara de recordar a su mamá por un momento—. Pensé que tal vez podrías ayudarme…

—Anne —soltó con inocencia.

—¡¿Anne?!

Nótt se encogió de hombros. Le parecía bonito.

—No está mal… —dijo al rato—. Tendría que pensarlo, pero me gusta.

La pequeña volvió a sonreír y estornudó sin querer.

—Regresemos… Creo que ya te enfermaste. —Sassa la tomó de la mano y ella entrelazó sus dedos con fuerza.

Fue el día en que su historia comenzó, o por lo menos, Nótt así lo recordaba. Parpadeó varias veces para retornar al presente y respiró profundo.

Se sentía enferma. Tenía un dolor de cabeza que le martilleaba las sienes y la fiebre comenzaba a producirle escalofríos. Permaneció tanto tiempo con la ropa húmeda, que al final se enfermó. Para completar, sus tripas no dejaban de reclamar por un poco de

comida, por lo que se sobó para calmarlas. Sin poder pegar el ojo durante toda la noche, su mente se dio el gusto de escudriñar a través de sus recuerdos. Agradeció que la voz de su interior no la hubiera molestado; por fin había cerrado la boca. Si es que tenía una.

Respiró profundo.

Doce inviernos habían pasado desde aquel día en los acantilados, y aún se despertaba viendo el barco de su madre partir hacia el norte.

Suspiró y su estómago volvió a rugir, desesperado. Así que se sentó para pensar en lo que debía hacer.

Desde que su madre partió, su corazón cambió y nunca volvió a ser el mismo. Era como si se hubiera endurecido, metido en una coraza impenetrable, en la que solo era permitida la presencia de Anne, Eivor y Sassa. Con Kiel, Mei y Xander lo intentó, pero con lo ocurrido, volvió a encerrarse en sí misma. Así que, a sabiendas de que permanecía mucho tiempo metida en su escudo protector, lo compensó ayudando a los demás, pero más allá de eso… nada. La vida le enseñó que debía hacer todo lo posible para que las personas no se marcharan de su lado.

«Conserva los buenos recuerdos que vivimos juntas, o la tristeza anidará en tu corazón», pensó. —Eran las palabras que su madre le dijo antes de partir—. Eso intento —susurró tan bajo como pudo—, pero es que duele tanto.

El canto de los ruiseñores le anunció que el amanecer estaba cerca. Estiró sus brazos para desperezarse y se dispuso a salir de su escondite. Seth y sus hombres la buscaron por horas, pero no la encontraron. Ella conocía muy bien su territorio de caza. Merodearon hasta después de la medianoche hasta que se marcharon. Aun así, Nótt decidió quedarse un poco más por precaución.

Estornudó una vez más y se asomó con cuidado antes de dar el paso final. El bosque amanecía en medio de la tranquilidad más absoluta. La vida silvestre se paseaba sin apremio por los alrededores. Los miró, consciente de que ese día no trabajaría. Se sentía agotada y necesitaba regresar a casa y descansar. Volvió a estornudar, por lo que ajustó su abrigo de piel de oso y bajó la

pequeña colina cargada de árboles. Diez minutos después marchaba sobre el camino empedrado que conducía a Galt. El trayecto fue corto, aunque su cabeza no dejaba de cuestionarse si Sassa y Anne estaban bien.

El día anterior no pudo llevarles comida, aunque imaginó que Eivor cumplió con su promesa y las visitó en la noche. Xander debió avisarle a Aron de lo ocurrido, así que el athair estaría atento en caso de que sucediera algo. Además, Seth no conocía donde vivían, por lo que era imposible que hubiera llegado hasta allá.

«Debo calmarme… Ellas están bien», pensó.

Atravesó la calle de luces rojas sin problema; nadie la seguía, por lo que se relajó un poco y dejó que el sol abrigara su cuerpo. Los rayos cayeron directo a su cara, haciéndole estornudar una vez más, y de pronto, comenzó a temblar. Tenía fiebre. Cruzó la última esquina hacia su casa, al noroeste del pueblo. Los nevados de Rhös podían verse desde allí. Sonrió, le gustaba contemplarlos, pero un escalofrío la estremeció de arriba a abajo y apuró el paso. Quería meterse entre las sábanas e hibernar lo que quedaba del día.

Le sorprendió que Aron estuviera esperándola en la entrada, y alcanzó a pensar en lo peor, pero enseguida le ordenó a su corazón que se calmara. A veces, podía ser muy exagerado. Lo más lógico era que Xander le hubiera avisado al athair como lo prometió, y por eso se encontraba allí. El hombre de unos veintitrés inviernos, con unos ojos redondos color miel, se irguió cuando la distinguió en la lejanía. Llevaba un pantalón de bota ancha, propio de la hermandad. Así como su cabeza cubierta por la capucha negra de su gabardina de cuero. El colgante con el sello de los Vanir se resaltaba.

—Gracias por venir —dijo para saludarlo.

—Es mi deber.

Nótt sonrió, pero él no lo hizo.

—¿Está todo bien?

—Vine en cuanto me enteré, pero… ¿Dónde estuviste toda la noche?

—¿Y Xander?

—Te hice una pregunta.

—En el bosque.

—¿Toda la noche? —A simple vista se notaba lo ansioso que estaba. Aguardó un minuto para que contestara, pero al ver que no lo hacía, continuó—. No hemos hecho otra cosa que buscarte. Incluso fui a la taberna, pero me dijeron que te habías marchado. Estaba… Estábamos —se corrigió enseguida—, muy preocupados por ti.

—No quería que Seth supiera dónde vivía, por eso no volví sino hasta ahora. El muy obstinado se demoró mucho en marcharse y no me quedó otra que dormir sobre un poco de hierba seca. Me duele el cuerpo entero. —Se quejó. Aunque fue incapaz de leer la expresión en la cara del athair y eso no le gustó—. ¿Está todo bien? ¿Sassa, Anne…? ¿Tú?

—Las dos están bien, pero me temo que tienes que entrar. Hay algo que… —calló y levantó las cejas como si acabara de entender lo que Nótt dijo—. ¿Mencionaste a Seth?

Nótt tragó saliva, si no era la salud de Sassa lo que le preocupaba… ¿Entonces, qué era?

Se miraron por un rato, cada uno sumido en sus propias reflexiones. De pronto, el athair detectó lo vidriosos que estaban los ojos negros de la chica y alzó las cejas.

—Estás enferma —aseguró.

—Sí, pero no es nada. Ya se me pasará —respondió e intentó evitar que tocara su frente.

Necesitaba entrar y descansar de una vez por todas. Cada segundo que permanecía de pie era un martirio, pero Aron fue más rápido.

—Y mojada —corroboró al tocar su abrigo.

—¿Qué sucede? —El temor volvía a atorarse en su pecho. No entendía nada.

Avanzó un paso, pero Aron se interpuso en su camino. De pronto, su actitud cambió.

—¿De dónde vienes?

—Ya te lo dije, del bosque —rezongó molesta. ¿Acaso no la escuchó?—. ¿Quieres decirme qué pasa? ¿Es sobre Xander? —preguntó, imaginando que Seth lo había lastimado. Ese hombre era capaz de cualquier cosa—. ¿Dónde está?

—No sé de quién hablas. No conozco a nadie con ese nombre.

Nótt sintió un pellizco en la boca del estómago. Eso significaba que Xander nunca fue al templo. Tragó saliva.

—Mejor déjame entrar —ordenó con voz tirante por culpa de la incertidumbre y empujó al athair que le cerraba el paso.

—No… ¡Espera, Nótt! —gritó, pero era demasiado tarde.

La chica, atónita, se encontró de frente con los ojos de Seth y se mordió los labios.

8
Sassa

Sassa tenía las manos atadas como si fuera una prisionera. Anne lloraba e intentaba abrazarla con la expresión desesperada, pero uno de los centinelas la detuvo. La levantó con un solo brazo, mientras la chiquilla pateaba en desacuerdo. La voz de Seth retumbó como un trueno y la menor se detuvo en el acto. El clovek la asustaba, y más cuando veía su brazo metálico propio de los mediohombres, como su madre les llamaba. Sassa decía que tenían el alma envenenada, por lo que no necesariamente obedecían a los espíritus.

Nótt se mantuvo en el puesto y cuando sintió a Aron ubicarse a su espalda, respiró profundo; necesitaba su apoyo. Escudriñó la habitación con rapidez. Xander no estaba allí y eso la preocupó aún más.

—¡Ratoncita! —comenzó diciendo Seth en tono burlón.

Ella lo buscó con la mirada, pero en el camino se cruzó con los ojos temerosos de Sassa. Su familia volvía a estar en peligro, y todo, porque ella derramó sangre en las aguas sagradas de los Vanir. No podía permitirse perderlos de nuevo. Tosió por culpa de la gripe, pero enseguida se contuvo. El clovek no debía enterarse de que estaba enferma.

—Los espíritus siempre observan y te advertí que un roedor como tú no puede desafiar las leyes de los Vanir. Eso trae consecuencias —espetó Seth con expresión pétrea y ella movió sus pupilas en su dirección.

Suspiró; era el momento de enfrentar la verdad.

—Déjalas en paz. Yo soy la cazadora, no ellas. Sassa es inocente, nunca ha matado a ningún animal; ella se dedica a cultivar. Es buena cuidando y labrando la tierra. No puedes castigar a alguien que ejerce una labor tan noble como esa. En cambio… —calló. Tenía

tantos sentimientos encontrados. Fue su madre quien le enseñó la profesión y, aunque partió, continuó haciéndolo para estar más cerca de sus recuerdos y, por qué no decirlo, por necesidad. Suspiró—. Es a mí a quien buscas. Tú lo dijiste. Tengo buena puntería y ese tiro…

—No es tuyo —aseveró Seth y Nótt abrió los ojos—. No puedo negarte que me desilusioné un poco al conocer la verdad, pero qué le vamos a hacer. La ley es la ley, maldita sea. Me hubiera encantado entregarte a los Vanir de una vez por todas. Los impuros no deberían vivir entre nosotros. —Hizo una pausa. Aron se movió incómodo por el comentario, pero no quiso interrumpir… o por lo menos, no por ahora—. Siempre lo he dicho, pero parece que a todos se les olvidó por qué se crearon las leyes. La muerte solo trae más muerte.

—¡¿Qué dices?! —preguntó Nótt confundida.

—La saeta que lo mató no es tuya.

—Pero… —balbuceó y miró a su madre adoptiva. Sassa estaba aterrada. Nótt pensó en lo peor: la llevarían con los Rakkun para entregarla a los centinelas del muro como si fuera una prisionera y nunca más la volvería a ver.

«Di la verdad. Fuiste tú». La voz ronca había regresado.

—Es imposible, mi madre no tiene ni idea de cómo disparar una flecha. Ni siquiera sabe cómo levantar un arco y…

—No fue ella.

«Confiesa de una vez». Insistió.

—No entiendo… —Miró a Seth desconcertada.

—Annette tuvo algo que ver. —Esta vez, el que habló fue Aron acongojado. Nótt se giró, mientras el athair avanzaba para mostrarse ante los demás—. Lamentablemente, ella me buscó ayer y me contó lo que ocurrió con Mark.

Los ojos de Nótt se movieron hacia donde estaba su hermanita. El centinela había logrado calmarla, por lo que permanecía en una silla con la mirada perdida en las baldosas desgastadas de la habitación.

—No puede ser culpable —soltó Nótt buscando la manera de solucionar el problema—. Mi hermana es muy pequeña y no sabe lo que dice…

—El ciervo muerto lo prueba —anunció Seth cruzándose de brazos. Nótt abrió los ojos; ahora sí que no entendía nada—. La ley me prohíbe castigar a la niña, entonces la madre pagará por las consecuencias de una pésima crianza. Galt está lleno de delincuentes.

—Anne dice que fue Mark —explicó el athair, procurando hacer oídos sordos al último comentario del centinela—. Según me contó, se pelearon y luego cayeron a un cenote.

—¡Dilo como fue en realidad! —bramó Seth mirando con severidad al athair—. Estaban muy cerca del santuario de los cinco kvasir. Un lugar prohibido para los de su clase y los espíritus los castigaron.

—¡Te quería robar! —explicó Anne enseguida con sus ojos puestos en su hermana mayor—. Traté de impedirlo, pero ese bruto era muy grande. No me escuchaba y, de repente, el suelo se abrió. Caímos al agua y luego… —La pequeña calló al recordar cómo los espíritus envolvieron a Mark y sus pupilas se volvieron blancas.

Nótt viajó mentalmente al lugar que explicaba Anne. Nunca cazaba allí porque era peligroso; la tierra era inestable y traicionera.

—Es irrelevante saber el cómo. —Seth continuó—. Mancillaron las aguas sagradas con la sangre de ese animal, eso es lo que cuenta.

—Estoy de acuerdo —intercedió Aron y Nótt contuvo el aire; no se esperaba aquello—, pero en este caso, los espíritus ya hicieron justicia.

«Saben lo del desvanecimiento», concluyó Nótt en su mente.

«Claro que lo saben». Refutó su voz interna.

—Debo cumplir la ley.

—Lo entiendo, pero llevarte a una mujer enferma no devolverá el ciervo al mundo de los vivos —explicó el athair.

—¿Me está pidiendo que cierre los ojos y pase de largo frente a mi deber?

—Lo que intento decir…

—Si la niña no puede pagar por el crimen, la madre lo hará. Eso es lo que dictan nuestras normas. —El rostro de Seth se endureció y su brazo metálico golpeó una de las mesas—. Le recuerdo que esto

no es competencia de un athair. Así que es mejor que se vaya o, de lo contrario…

—¿De lo contrario que…? —Los ojos de Aron brillaron de manera inusual.

El miedo que sintió cuando vio llegar a Nótt, desapareció en ese momento. Aron dominaba los elementos a la perfección, así como la magia de los Vanir. El joven no era un athair cualquiera y Seth lo sabía; lo investigó apenas llegó a Galt. Nótt, por su parte, nunca lo había visto utilizar magia, pero a diario escuchaba los rumores de lo que era capaz. Ambos hombres se miraron en un duelo silencioso y nadie en la habitación osó intervenir. Aron, como Seth, tenía cierto grado de poder en Galt.

—Me obligas a repetirlo y mi paciencia tiene un límite —espetó con voz gruesa el líder de los Clovek—. Los espíritus…

—Hicieron justicia. —Aron terminó la frase por él. Sus pupilas aún brillaban—. Tú ya no tienes nada que hacer aquí.

Seth apretó la mandíbula con tanta fuerza que las venas de su cuello se vieron a simple vista.

—Agárrala bien y salgamos de esta ratonera —ordenó Seth a uno de sus hombres—. El olor a miseria me provoca arcadas.

Aron iluminó sus manos y le cerró el paso. La piel se tornó roja y una pequeña chispa apareció de repente. Seth, sin prestar atención, se acercó a Sassa y fue él mismo quien la asió del brazo con la intención de sacarla a la fuerza. Anne sollozaba mientras daba puños y patadas al centinela que la tenía inmovilizada.

«Defiéndela de una vez por todas, cuenta lo que hiciste antes de que sea demasiado tarde y nunca más la vuelvas a ver».

Nótt la escuchó, pero no se decidía a intervenir. Hablaban de un ciervo muerto y no de los conejos… o del lobo, pero al mismo tiempo, era a su madre Sassa a quien se llevaban como prisionera.

—Fui yo quien derramó sangre en las aguas sagradas —espetó cuando se armó de valor.

Todos se quedaron quietos. Aron abrió los ojos; sabía que Nótt diría cualquier cosa con tal de salvar a los demás, y más si se trataba de Sassa. Pensó con rapidez, mientras los pasos de Seth se dirigían a la chica de ojos rasgados y pupilas negras.

—Si no me cree, puede tocar mi ropa. Está empapada.

—Pero es porque llovió toda la noche y tú estuviste afuera. —refutó Aron con premura. El miedo había regresado.

—No. Es porque intenté salvar a Mark del desvanecimiento y caí en las aguas sagradas.

Seth sonreía de satisfacción. Si estuviera en sus manos, eliminaría a los cazadores de Galt, y sobre todo a ella. Los impuros no deberían existir.

—Eso no es cierto —dijo Aron entrecerrando los ojos para que se callara.

—Ya… Aunque lamento decírtelo, sí lo es. —respondió con cierto deje en su voz.

—Entonces explícame lo del ciervo, porque tu historia no encaja bien —continuó el athair—. Si no estabas con ellos, como asegura Anne, ¿cómo es que mataste a ese animal?

—Es que… —Dudó por un momento. Si mencionaba al lobo, no solucionaría el problema. Sassa de todas maneras sería apresada por el ciervo. Pensó rápido, pero nada llegaba a su mente.

«Confiesa».

—¿Quieres callarte? —suplicó entre susurros. Lo hizo tan bajo que nadie escuchó y se agarró la cabeza.

Seth se regocijaba con la discusión que sostenían.

—Fue Mark —interrumpió Anne, gritando a todo pulmón—. Fue él quien lo mató. Yo lo vi con mis propios ojos. El muy bruto quería ocultarlo para que no te dieras cuenta. Iba a robarte, por eso lo ataqué y luego caímos a ese hueco.

El silencio volvió al lugar. Nótt no dejaba de pensar en la manera de salvar a Sassa de los Rakkun.

—Haz lo que debas hacer —dijo el athair en tono conciliador, dirigiéndose a Seth. Nótt levantó la vista derrotada. No podía creer lo que escuchaba—, pero te aseguro que estás cometiendo un grave error. A los Vanir no les gusta que utilicen la ley sobre gente inocente. Más aún, cuando los espíritus ya hicieron justicia en este caso.

Los labios de Seth se crisparon enseguida. Levantó la cabeza de manera altiva y pensó por un momento. A diferencia de los Clovek,

que solo sentían a los espíritus, los Athair podían hablar con ellos. Si era verdad lo que decía Aron, llevaba las de perder. Su expresión cambió y torció la boca antes de hablar.

—¡Suéltala y vámonos de aquí! —ordenó. Sus ojos brillaban de rabia, pero se la tragó. Miró a Nótt y la señaló con el dedo—. No creas que esto acaba aquí. Te seguiré vigilando. En algún momento te equivocarás y los espíritus vengarán a todas las criaturas que has matado. Los impuros son como el cáncer en el cuerpo. Todo lo corrompen.

Ella no contestó; no valía la pena estirar más la cuerda. Sus ojos regresaron a Sassa y se mojó los labios nerviosa. La vio muy enferma y el permanecer de pie no le ayudaba.

—Largo —ordenó Seth. Hizo un gesto con su mano metálica y sus hombres desalojaron la habitación en un abrir y cerrar de ojos.

Anne corrió a abrazar a Sassa, que se desmayó en el suelo. La pequeña no dejaba de llorar. Nótt hizo lo mismo y tomó a su madre adoptiva con los brazos. La levantó con cuidado y la devolvió a la cama.

—¿Tienes fiebre? —murmuró Sassa apenas tocó su rostro. Detalló sus ojos vidriosos con el ceño fruncido.

—Estoy bien. No te preocupes —contestó sin mirarla. La arropó como a una niña pequeña y acarició sus manos con vehemencia. Por poco la pierde.

—Nótt…

—Es solo un resfriado —explicó con rapidez—. Me prepararé un té de eucalipto y ya verás que mañana estaré como nueva.

Sassa acarició su rostro y sonrió. Besó sus mejillas con dulzura, mientras Anne continuaba abrazándola. No se había desprendido del abrigo de su madre ni un segundo.

—Me alegra que hayas regresado bien del bosque Huldrefolk —susurró la mujer. Siempre le decía que era peligroso, aunque en el fondo, sabía que ellos nunca lastimaban a Nótt—. Estaba preocupada de que Seth te hubiera encontrado y… —calló. A ninguna de las dos les gustaba recordar aquella noche—. Te quiero mucho.

—Yo también. —Sonrió y se levantó sin hacer ruido—. Ahora descansa. Anne te cuidará—. La pequeña asintió y abrazó a su madre con más fuerza.

Nótt las dejó solas y se dirigió a la puerta. Quería despedirse de Aron. Lo encontró con los brazos cruzados, sumido en sus propias reflexiones.

—Nunca dejaré de darte las gracias.

Aron alzó los ojos y la observó por un segundo antes de hablar.

—Aún no lo hagas —dijo y se mojó los labios—. Anoche… —Dudó por un momento, pero enseguida lo retomó—. Anoche mis hermanos me dijeron que encontraron a alguien muy golpeado cerca del templo. No sé de quién se trata, porque salí con Anne después de que ella me buscara. Pero tengo entendido que está bastante lastimado.

—¡¿Xander?!

—No estoy seguro, pero después de escucharte se me ocurre que puede ser él. Todo coincide.

—Se supone que debía buscarte para avisarte. Nos separamos antes de que me escondiera en el bosque. —Hizo una pausa—. Fueron ellos quienes lo golpearon, estoy segura.

—Pues mientras estuve en el templo, él nunca apareció.

El miedo cruzó el rostro de Nótt, que volvía a sentirse culpable de lo que ocurría. Jamás debió cazar en las aguas sagradas de los espíritus.

—Quiero verlo —susurró a media voz.

—Vamos. Sé dónde lo tienen.

9
Aron

Nótt tuvo que permanecer varios minutos en la puerta del templo de los Athair para que la dejaran entrar. Según le explicó Aron, debía informar sobre su presencia para autorizar el ingreso. Aguardó con paciencia mientras la mañana avanzaba con rapidez. Fue solo cuando el sol estaba casi en su cenit que una mujer de cabellos canos le pidió que la acompañara. Era la primera vez que entraba al santuario sagrado de los espíritus, por lo que lo detalló con curiosidad. Se sorprendió de lo diferente que era en comparación con su imaginario de niña. Desde afuera, la piedra ennegrecida contrastaba con el interior. Hilos de agua descendían de la cúpula hasta un recipiente en el centro, creando un ambiente mágico, pero cargado de penumbra.

El techo convexo recogía en cuatro puntos equidistantes las gotas de rocío del ambiente. Las estructuras en forma de embudo llevaban el preciado líquido al interior del recinto. Después, un sistema de poleas permitía conducirlo a través de delgados filamentos fabricados en arenisca. Desde las cámaras internas podía verse descender miles de gotas, en pequeños espirales sinuosos y coordinados, que añadían una atmósfera de misticismo y belleza que Nótt nunca había visto. Una decena de devotos acariciaban el líquido con los ojos cerrados. Compartían su espíritu en la pila sagrada. Nótt suspiró. Se veían en paz, con un ligero brillo en sus manos. Era hermoso, aunque siempre imaginó que los rayos del sol, ayudados por el agua, arrastrarían consigo la luz del exterior. Pero no era así; el templo, en lugar de ser un espacio luminoso, era oscuro y con un fuerte olor a humedad.

En el fondo, como si estuvieran adosados a las paredes, descubrió a varios athair meditando en los pasillos. No pudo evitar

detallar lo que hacían, aunque fue imposible detenerse; su guía avanzaba con rapidez, presa del afán. Nótt la siguió sin dejar de mirarlos. Cualquiera que viviera cerca del Cinturón de Arenisca sabía que, además de su comunicación con los Vanir, los Athair utilizaban los elementos para sanar y meditar. Su contacto con la naturaleza los hacía especiales y amados por las gentes de Galt.

—Debe esperar en este lugar —dijo la mujer con voz grave.

—Puedo saber, ¿cómo se llama usted?

—Odalis —contestó con expresión pétrea.

—Es un gusto conocerla, mi nombre es…

—Cuando el Ek Aron pueda atenderla, vendrá. —La cortó de lleno.

—Ya… —Nótt la vio partir, sin pasar por alto la forma como llamó a su amigo.

Un Ek era el máximo título en los athair. Solo aquellos que eran magos experimentados lo tenían. Para lograrlo, estudiaban los elementos por muchos años y Aron solo era unos cuantos inviernos mayor que ella.

Mientras aguardaba, siguió curioseando todo a su alrededor. Se concentró en las chispas brillantes que delataban la presencia de los espíritus, pero se desilusionó al no encontrarlos por ninguna parte. Una enorme puerta de dos hojas, fabricada en madera maciza con herrajes de hierro fundido chilló y la figura de espalda amplia y grandes ojos color miel se asomó por la parte posterior del templo. Aquel era un lugar reservado solo para los Athair y pobladores devotos a los espíritus.

—Ya puedes pasar a verlo —anunció Aron y la invitó a que lo siguiera.

Ella obedeció, y mientras la conducía a la enfermería, lo observaba cada tanto.

—¿Qué sucede? —Aron se detuvo frente a un pequeño portón—. ¿Por qué me miras así?

—¿Eres un Ek?

—Sí, lo soy.

—¡Un Ek!

—Ya lo mencionaste.

Nótt se sintió avergonzada. Estaba con alguien muy importante en Galt y ella lo trataba sin el honor que se merecía.

—Mi señor Ek…

—No lo hagas. —La detuvo en seco.

—Pero…

—Para ti soy Aron y me gustaría que siguiera siendo así. Siempre me hablas con familiaridad y quiero que eso continúe. Me siento bien cuando hablo contigo.

—Pero eso era porque no sabía que eras mi señor Ek.

Aron no pudo evitar sonreír frente a los ojos juguetones de Nótt.

—¿No vas a parar?

—Podría, pero… no lo deseo, mi señor Ek. —Sonrió e hizo una pequeña venia.

—¿Quieres ver a tu amigo Xander o prefieres seguir molestándome?

La chica levantó las manos a modo de disculpa, sin dejar su expresión jovial. Después, tendría más tiempo para preguntarle sobre eso de ser un Ek.



La visita fue corta, pero emotiva. Verlo postrado en una cama, con la cara hinchada y amoratada por los golpes, fue muy impactante para Nótt. Su interior le pedía a gritos que contara la verdad, pero el deber hacia Sassa y Anne se lo impedía. Miró a Aron, que en ese momento sostenía una conversación con varios de sus hermanos sanadores, y suspiró. No se sentía lista para eso. Xander dormía como un bebé; los Athair que trabajaban en el arte de curar lo mantenían sedado con leche de amapola para que no sintiera dolor. Por lo que no pudo indagar sobre lo que había pasado. Aunque, de todas maneras, ella estaba segura de que los Clovek tenían algo que ver.

Salieron de la enfermería con paso lento. Nótt se sentía cansada; tantas horas en vigilia empezaban a hacer mella en su cuerpo. Ya era casi el mediodía y el único pensamiento que tenía era colocar su cabeza en una almohada y dormir. Aron decidió acompañarla; aún

temía que Seth estuviera vigilando. Pero fue internarse unas cuantas cuadras para darse cuenta de que ninguno de sus hombres estaba cerca y la ansiedad disminuyó.

Las calles de Galt permanecían atiborradas de personas que comerciaban en la plaza principal. El sol ya se encontraba en su cenit, majestuoso como siempre. Su aro de lenguas de fuego ayudaba a que la temperatura subiera un poco. Sin embargo, para Nótt, que estaba agripada, la percepción era diferente. La chica sentía que el frío le calaba hasta los huesos. Acomodó su abrigo de oso, lo cerró tapando por completo su cuello y ocultó sus manos entre las mangas. Levantó la cabeza con pesadez; el dolor empezaba a ser insoportable.

—Busquemos un lugar donde comer —propuso Aron.

Pasaron cerca de El Ratón Borracho y Aron apretó la boca. Conocía las andanzas de Nótt, aunque no tenía la confianza necesaria para hablar sobre eso con ella. En el fondo sabía que lo hacía solo por dinero, pero no estaba de acuerdo. Se giró en redondo e intentó buscar un restaurante. Quería que Nótt bebiera algo para la fiebre. Ella podía seguir insistiendo en que se sentía bien, pero su semblante mostraba otra cosa.

Galt no era una gran ciudad; por el contrario, era un simple caserío sin ningún atractivo. Las calles, fabricadas en piedra, serpenteaban de un lugar a otro, comunicando las diferentes viviendas de madera. Lo hacían en completo desorden, por lo que cualquier extranjero perdía su camino con relativa facilidad. Los techos a dos aguas y las ventanas circulares eran el estilo más común en aquel pueblo deteriorado por el tiempo.

La mayoría de los forasteros llegaban con la única intención de atravesar el muro. Siendo Galt la urbe más próxima, permanecía atiborrada de comensales que iban y venían en busca de una oportunidad. Así que no era descabellado pensar que para la gran mayoría era solo un lugar de paso. Eso hizo que el pueblo quedara congelado en el tiempo. Sin un interés por construir viviendas nuevas y progresar, sus estructuras eran viejas y descoloridas. Incluso, se podía encontrar áreas completas de casas abandonadas y

a medio caer, porque muchos de sus antiguos dueños atravesaron el muro y nunca más volvieron de la hermosa Eidyn.

—Ven. —Aron puso su mano en la espalda para conducirla a uno de los restaurantes en el centro de la ciudad.

—Estoy bien —insistió.

—Deja de decir eso, que nadie te cree.

—Pero es verdad. Solo necesito descansar.

—No lo dudo, aunque primero tienes que alimentarte y tomar algo para la fiebre.

Nótt no alcanzó a refutar. El athair hablaba con la dueña del local y le solicitaba varias cosas. Al rato, una de las camareras se acercó con el pedido. El olor a pan recién hecho hizo que las tripas de Nótt rugieran enfurecidas.

—Parece que la jauría quiere que la alimentes —se burló Aron y Nótt soltó una carcajada. Le gustaba estar con él.

—Debo contarte algo —murmuró con la boca llena de comida, pero tuvo que callar. La misma camarera le sirvió un poco de té de eucalipto para ayudarle a bajar la fiebre.

—Tómatelo antes de que se enfríe.

—Pero…

El athair la miró con cara de pocos amigos y ella obedeció sin protestar. Lo bebió despacio, mientras él se comía la carne y la verdura del plato.

—Terminé… —dijo Nótt al rato—. ¿Podemos hablar?

—No lo sé. Presiento que no me va a gustar lo que vas a decir.

—Tienes razón, pero tengo que hacerlo… y más ahora que sé que eres un Ek. —Tragó saliva.

Aron negó con la cabeza por el comentario y sonrió.

—Es sobre Mark, ¿verdad?

Nótt miró a través de la ventana y asintió sin mirarlo.

—¿Qué hacías tan cerca del muro?

—Necesitaba cazar y pensé que tal vez… —Respiró profundo. Le contó sobre los conejos y luego sobre el lobo. De no ser por Xander, su pequeña aventura hubiera terminado mal.

—¿Alguien más sabe de esto? —preguntó nervioso.

—Del lobo… Nadie —contestó y se mojó los labios—. Si lo que dijiste, sobre que los Vanir imparten la justicia por su propia mano es cierto, entonces, ¿por qué no me llevaron a mí también? Maté un lobo en las aguas sagradas y luego dormí en su bosque.

—No lo sé. —No mentía, para él, Nótt era todo un misterio.

Nótt recordó la promesa que hizo en el funeral de Kiel y suspiró. El momento de preguntar había llegado.

—Cuando mi amigo murió… —comenzó diciendo—. Eivor me contó que ustedes se comunicaban con los espíritus. ¿Es cierto?

—Sí, pero necesitas ser un devoto. No hablarán contigo si no has pasado por el ritual de purificación.

—¿Y entregar parte de mi alma a ellos? Ni loca —bramó y enseguida cerró la boca. Aron era un Ek, pero al ver que él parecía no inmutarse, continuó intentando sopesar cada palabra—. Quiero preguntarles por mi amigo. —Su voz se quebró al final.

Aron tomó su mano para consolarla e hizo que lo mirara. Unas pequeñas chispas se asomaron, para desvanecerse con la misma velocidad. El chico sabía la historia, incluso antes de llegar a Galt y conocerla.

—No necesitas a los Vanir para hablar con Kiel. —Quería contarle lo que sabía, pero un juramento se lo prohibía.

—No lo entiendes. Lo que sucedió ese día fue por mi culpa.

—Los espíritus no hacen nada al azar. —Nótt lo observó sin comprender—. Mira lo que pasó con Mark.

—Ya… —respondió pensando que no era un buen ejemplo. Ella también había matado y los espíritus no se la llevaron—. Kiel nunca hizo algo prohibido; de hecho, fui yo quien tocó las estatuas. Él era una buena persona y un devoto.

—A veces, su proceder puede ser misterioso.

Nótt apretó la boca; fue lo mismo que le dijeron cuando su madre tuvo que partir sin ella.

—Debes aceptarlo —dijo Aron y tomó su mano.

—Por eso me molesta. Es como si los espíritus y los Vanir jugaran con nuestras vidas por simple capricho.

Nótt detalló el colgante que portaba Aron en su pecho. Era el sello de los Vanir; un zorro devorando a una serpiente y esta a un

pez. La cola del cánido se mantenía erguida, orgulloso de su caza. Sus patas estrangulaban el cuello de la serpiente, la cual sostenía al pez moribundo. Negó con la cabeza; siempre le pareció contradictorio que la caza estuviera prohibida cuando su símbolo reflejaba exactamente eso.

—Escúchame, Nótt. Mis palabras nunca llenarán el vacío de su partida. Nada, ni nadie podrá reemplazarlo jamás, pero los recuerdos están aquí, en tu interior. —Posó el dedo índice en su pecho—. Cuando te sientas triste, piensa en él y todas las cosas que vivieron juntos. Aun si no eres una devota, verás que puedes sentirlo, porque él te acompaña aquí. —Señaló su corazón y ella dio un respingo.

—Gracias. —Un escalofrío había recorrido su cuerpo. ¿Por qué sentía que su sonrisa era mágica?

—Es mi trabajo, soy un athair.

—Un Ek —corrigió, jugando con uno de sus mechones. Estaba nerviosa.

Él suavizó su rostro con un gesto risueño y su corazón latió con más fuerza.

—Ser un mago Ek no es gran cosa —desestimó—. Domino los elementos, eso es todo.

Nótt asintió, aunque le parecía que eso no era tan poca cosa. Aquellos ojos color miel eran honestos. Todos en Galt sabían que Aron vivía para ayudar a los otros, fueran devotos o no.

Terminaron de comer y se alistaron para partir. El athair la acompañó hasta la pequeña habitación que compartía con Sassa y Anne. Cuando se despidieron, la fiebre había disminuido bastante, pero seguía estornudando cada tanto. Se tumbó en la cama y pensó en el ciervo que Mark había cazado. Tendría que ir por su cabeza; así pagaría la deuda con el señor Rick. Respiró fuerte y, apenas cerró los ojos, se quedó dormida.

10
Rakkun



Regresaba a Galt con la cabeza de ciervo envuelta en un saco bien amarrado. Lo mantenía colgado a su espalda, porque pesaba demasiado para su contextura delgada. Sonreía; después de todo, consiguió lo que necesitaba para sellar un acuerdo con el señor Rick. Comenzaba a tener mal olor, pero Eivor todavía podía disecarla y entregarla. Así que el esfuerzo había valido la pena. Cuando ingresó al pueblo, se topó con una buena cantidad de personas que iban y venían de un lugar a otro.

«Extranjeros», pensó desconcertada.

Se suponía que faltaban tres semanas más para que los Rakkun llegaran a reclutar voluntarios. Gente deseosa de atravesar el muro a cambio de dinero para sus familiares.

Una paloma pasó por encima de su cabeza y elevó la vista. El sol se asomaba detrás de varias nubes negras. Apenas llevaba unas cuantas horas en el horizonte, y a las calles no les cabía una persona más. Se quedó un momento observándolos. Le gustaba adivinar de dónde provenían según el atuendo y la tecnología que llevaban.

Los que venían del estrecho de Brijan, al norte, eran los Trayk. El pueblo de su madre. Usaban ropas de algodón porque el clima en sus tierras era cálido. Así que cuando bajaban a Galt, los abrigos que portaban estaban mal equipados para soportar los vientos helados de los nevados de Rhös. Eran un pueblo libre, y según le contó Eivor una vez, la gran mayoría de sus habitantes no eran devotos. A Nótt le encantaba detallar sus arcos porque eran exquisitos. Eran el arma predominante entre ellos y tenían juegos de poleas y cuerdas que estaban muy por encima de la que heredó de Siriana.

También estaban los que venían del oeste, asentados en los nevados de Rhös. Los Kven eran de contextura gruesa y caras

redondas, con portes de grandes señores. Las capas que usaban para cubrirse del frío eran gruesas, hechas con pieles y confeccionadas por manos expertas. Lo más característico eran sus pómulos rojos y grandes ojos verdes con trazas de tonos azules. Eran excelentes pescadores, gracias a los innumerables ríos que descendían de la montaña.

Otros venían de más lejos. Muchas de las tierras del norte eran inexploradas, con misterios que a Nótt le encantaría ver. El viento cargado de mar movió su cabello y erizó la piel de su cuello. Ajustó su abrigo, despertando de sus cavilaciones.

Hacía frío, demasiado para la época del año. Aceleró el paso; aún tenía que ir a cazar y recuperar algunos encargos que le habían solicitado esa mañana. Además, quería ver a Xander antes del anochecer. La imagen de su amigo estuvo presente durante todo el tiempo. Se apresuró, pero en su afán no se dio cuenta y tropezó. Chocó de frente con un hombre alto, de cabello rojo. Nótt rebotó como una pelota y cayó sentada en el suelo. El sujeto la miró con desdén y siguió caminando. Se balanceaba al caminar por culpa de la prótesis metálica de su pierna derecha. En la parte delantera de su traje, portaba un sello ligeramente diferente al de los Clovek. La banda en su brazo derecho le indicaba que era uno de los líderes. Uno de los guardianes del otro lado del muro.

—Perdón, no lo vi —se disculpó con respeto, colocándose de pie.

El guardia ni siquiera contestó. Nótt lo siguió con la mirada hasta que se perdió entre la muchedumbre. Algo raro se respiraba en el ambiente y era mejor no involucrarse.

«Más tarde me paso por El Ratón Borracho», pensó. La ciudad era un hervidero y cuando estaba así, las apuestas aumentaban.

—¿Sabes qué sucede? —Fue su saludo cuando alcanzó a Eivor.

Lo encontró en el exterior de su tienda, mirando en dirección de la plaza central del pueblo. Muchas personas se aglomeraban alrededor de algo que Nótt no alcanzaba a ver.

—Son los Rakkun —se quejó—. No esperaron a que amaneciera para hacer ese insoportable ruido con sus carrozas. Me despertaron y no pude volver a pegar el ojo el resto de la noche.

—¿No se supone que llegaban en tres o cuatro lunas, cuando la temperatura subiera? —Estornudó con fuerza—. Pensé que, por el frío, tardarían un poco más en poner el pueblo patas arriba.

—Pues eso. Tú lo has dicho: es el frío. Temen que los tome por sorpresa, por eso se adelantaron. Hasta el más imbécil de los animales esperaría la primavera, pero son ellos. No puedes pedirles que piensen demasiado, o ¿sí? —se burló entre risas e ingresó para tomar un poco de té.

Le sirvió una buena taza humeante y la invitó a que la bebiera. Nótt obedeció en silencio. Ella había pensado lo mismo, por eso debía darse prisa. La caza sería muy complicada cuando las primeras nieves cubrieran el bosque.

—¿Qué traes ahí, melrakki? —preguntó Eivor, y enseguida se tapó la nariz a causa del olor nauseabundo—. ¿Más sorpresas? No creo que a Sassa le vaya a gustar.

—Es una cabeza de ciervo —dijo con naturalidad. Le explicó la promesa que le hizo al señor Rick, para que entendiera la importancia de recuperarla. El efecto fue contrario al que esperaba y Eivor arrugó la frente, no muy convencido—. No la iba a dejar perder —se justificó, pero el hombre movió su cabeza a modo de reproche—. ¿Puedes disecarla?

—¿Dices que es para saldar tu deuda con el cara de pez?

—Así es.

—Conozco su calaña y de ahora en adelante te pedirá más cabezas como esta —anunció.

—Ya… Lo entiendo, pero esto nos permitirá pasar el invierno sin dificultades y eso para mí es suficiente.

Eivor caviló por un momento. Quería decirles que había pensado en ayudarlas, pero las conocía bien y, ni Sassa, ni Nótt lo tomarían de buena manera. Al final cedió; el animal ya estaba muerto, y si su cabeza podía ser útil, pues eso era mejor que pudrirse dentro de un cenote.

—Está bien, lo haré. Dame eso —ordenó, desapareciendo en la parte posterior de la tienda. Nótt siguió observando el ir y venir de los extranjeros mientras aguardaba—. ¿Necesitas algo más? —

preguntó al volver—. Espero que me digas que no, y que regreses a casa de una vez por todas. Te ves muy enferma.

—Solo una cosa más. —Sonrió y sacó una bolsa con varias plantas de jengibre y otras hierbas—. ¿Puedes llevarlas a la casa de la señora Greta? Las recogí esta mañana del bosque… —Eivor la miraba con cara de desaprobación—. Las necesita y…

—Dámelas de una vez. —Estiró su brazo y Nótt las colocó con cuidado—. Yo me encargaré de eso. Te comportas como si fueras la mamá de ese par de ancianos y no como la inmaculada melrakki que eres.

—¡¿Ahora soy inmaculada?!

—¡Mira las enormes ojeras que tienes! Estás enferma y, en lugar de regresar a casa, te la pasas merodeando por el bosque recuperando cosas que no son para ti.

—Ya… pues gracias. —Sonrió frente al cumplido. Eivor alzó una ceja, porque no lo era—. También, si ves al señor Anders, dile que esta tarde le llevo las medias que necesita.

Eivor agitó la cabeza; no valía la pena discutir con ella. Lo que tenía de testaruda, lo tenía de solidaria. A veces, los demás abusaban de su amabilidad, aunque ella no se daba cuenta.

Nótt levantó el rostro; el avance imperioso de las nubes negras solo indicaba que la noche vendría de la mano de un gran aguacero. Así que debía llegar al bosque de nuevo, cazar unas cuantas perdices o tal vez un buen conejo y regresar antes del anochecer. Xander la esperaba en el templo de los Athair y después iría a la taberna.

Atravesó la calle principal hasta alcanzar la plaza central. Los Rakkun colocaron sus carrozas a lo largo de la vía y examinaban con minuciosidad a los voluntarios que querían atravesar el muro. Comprobaban que fueran devotos y para eso revisaban si parte de su esencia había sido entregada en la pila sagrada. Nótt detalló el procedimiento y apretó la boca. Aquellos carroñeros, como ella les llamaba, eran simples humanos que vestían de negro de pies a cabeza como si fueran cuervos. Nunca mostraban sus rostros para que nadie pudiera distinguirlos. Eran simples mercaderes sin

escrúpulos que atrapaban gente deseosa de pasar al otro lado a cambio de dinero.

Desde su arribo, las personas tenían alrededor de dos semanas para conseguir un boleto de ingreso. Solo en ese espacio de tiempo, las puertas de acceso al muro se abrían. Sin embargo, no todos los voluntarios eran aptos, así que el proceso de selección era meticuloso. Los Rakkun utilizaban unas varas largas cargadas de magia para llevar a cabo sus evaluaciones. Pinchaban uno de los dedos y extraían un poco de sangre. Los afortunados eran separados del resto y se les aleccionaba sobre lo que debían hacer. Los familiares, por su parte, recibían el pago prometido en bolsas de oro y luego tenían el derecho de despedirse de sus seres queridos y desearles lo mejor. Lo más seguro era que jamás volverían a verlos.

Del otro extremo estaba la fila de los prisioneros. Los Rakkun entregaban los infractores a los Clovek para que fueran juzgados por los espíritus. Nótt los miró por un momento; sus aspectos sucios y fatigados reflejaban lo duro de la travesía hasta Galt. Muchos venían de pueblos lejanos, desconocidos para la mayoría. Pensó en su padre, que murió tres lunas después de que los Rakkun se lo llevaran, y su cara se ensombreció.

A lo lejos, distinguió al guardián con el que tropezó minutos antes. El clovek hostigaba a una chica que yacía tumbada en el suelo. Los prisioneros estaban atados con cadenas en sus cuellos, por lo que era imposible avanzar si ella no lo hacía.

«Deberías ayudarla, ¿o solo te vas a quedar a observar cómo la matan?», dijo la voz de su cabeza.

Nótt haciendo una mueca con la boca. Lo pensó un momento y decidió que era mejor intervenir.

—¡Detente! —gritó al guardián—. ¡Espera un poco!

Nótt se atravesó en su camino para evitar que siguiera lastimándola, pero se arrepintió enseguida. Desafiaba a un sujeto que le sacaba más de una cabeza de altura. Sin poder retroceder, alzó sus manos e intentó solucionar el problema hablando.

—¿Quién crees que eres? —preguntó el sujeto con voz gruesa.

—Nadie… yo solo. —Dudó por un segundo, pero al ver los labios morados de la joven, la valentía regresó. Se quitó el abrigo y cubrió

sus hombros con él. Su cara estaba llena de sangre seca y sus grandes ojeras le decían que ya no podía dar un paso más—. Solo hace frío, y no está bien abrigada. Lo único que pretendo es…

—¿Eres una cazadora? —Su tono amenazante la hizo dar un respingo. Su arco había quedado al descubierto junto con su carcaj.

—Lo que hago es legal —espetó en su defensa.

El guardián la observó con el semblante serio por un momento.

—Aléjate de aquí. Estás interfiriendo con mi trabajo —bramó enfurecido.

—Lo haré, pero déjeme ayudarla. Si no para de golpearla, no conseguirá levantarse.

El hombre gruñó, pero retrocedió para cederle el paso. La chica se colocó de pie con dificultad y después Nótt se alejó sin apartar la mirada. El frío la hizo estornudar de nuevo; se había quedado sin su abrigo. Su voz interna fue lo que la impulsó a protegerla. Ni siquiera sabía de qué era culpable, pero tal vez el temor de lo que pudo sucederle a Sassa la motivó. Respiró profundo; era mejor irse de allí. Ya tenía suficientes problemas con Seth y su persecución por ser cazadora.

Se cubrió los brazos para darse un poco de calor y volvió a estornudar con fuerza. Observó con apremio cómo el hombre se llevaba a los prisioneros entre empujones. La araña que conectaba su pierna metálica con la nuca quedó visible y Nótt arrugó la boca.

«Medios hombres», recordó las palabras de Sassa y asintió para sí misma.

Otra clovek, que tenía un ojo de metal, impartía órdenes a diestra y siniestra a un grupo un poco más a la izquierda. El trato hacia los prisioneros era el mismo y sintió pena por ellos. Un gemido de dolor resaltó en medio de la plaza. A él le siguió un azote, impartido con cizaña sobre el cuerpo de un chico que encogía su espalda para soportar la paliza. Las pupilas negras de Nótt se movieron a gran velocidad, y aunque empezó a tiritar por culpa del frío, permaneció concentrada buscando al dueño de la voz. Al final, lo encontró y su piel se erizó al contemplar la escena. Retrocedió hastiada por lo que ocurría. Era una imagen que se repetía cada invierno frente a las narices de miles de peregrinos, que no hacían

nada. Nótt creía que el miedo de perder la oportunidad de ingresar a la ciudad de Eidyn los volvía ciegos. Su corazón latió como un toro enardecido cargado de ira y su expresión se endureció.

«¿Te vas a quedar ahí parada sin hacer nada?».

—No quiero problemas.

«Entonces, que lo maten, ¿cierto?».

—No —dudó—. ¿Por qué siempre tienes que ser tan arrogante?

«Solo expreso lo que no eres capaz de decir en voz alta».

—Ya…

El prisionero se quejó de nuevo, y ella comenzó a caminar. Se propuso detenerlo, pero cuando estaba a punto de llegar, el chico levantó el rostro. Nótt frenó en seco. Su respiración se detuvo junto a los latidos de su corazón. No podía creerlo y aun así era cierto.

—¡¿Kiel?! —balbuceó, conteniendo el aire.

11
Nótt

De lejos, una mujer con ojos color ámbar observaba la escena. Kiel permanecía encorvado en el suelo, evitando que la golpiza lastimara su cara. Tenía el cabello recogido en una coleta a modo de cebolla. Estaba sucio y su rostro lucía una barba larga y espesa. Lo miró con la impotencia de no poder actuar. Se había arriesgado demasiado, pero fue la única manera que encontró para cumplir lo que le solicitó.

Detalló a la chica. Nótt no se había movido, permanecía estática con los ojos puestos en su amigo. Vio que intentó retroceder, pero al parecer sus piernas no respondían. Era como si estuviera atornillada al suelo. Cuando por fin logró dar un paso hacia atrás, se cruzó de brazos y sollozó. Estaba muy conmocionada por verlo de nuevo. Era lógico; para ella el chico estaba muerto.

—Kiel.

La escuchó decir y enseguida supo que lo había reconocido. El plan funcionó, así que se dispuso a partir. Miró por última vez a Kiel y apretó la boca. Le hubiera gustado haberlo hecho diferente, pero no quería meterse en asuntos donde no había sido invitada. Además, él tampoco debía saber lo que en realidad ocurría.

Kiel por fin logró caminar. Lo hacía encorvado, arrastrando un par de grilletes en los tobillos que le impedían moverse con libertad. Fue cuando observó una estela de humo blanco entre varias chispas azul-violeta enredarse en las piernas del joven y dio un respingo.

—¿Eres tú? —preguntó esperanzada, a sabiendas de que no le respondería. Ella solo le hablaba en sueños—. Definitivamente, no entiendo tu plan —se quejó y asintió para sí misma. Aun si la voz dulce de sus sueños no le explicara los detalles, confiaba en ella. Le debía muchas cosas, incluso su vida.

—¡NÓTT!

Un grito a pleno pulmón la sacó de sus cavilaciones. Buscó a la joven cazadora y levantó las cejas. La chica no se encontraba bien. Abría la boca intentando respirar, pero al parecer no lo conseguía. Se ahogaba. Pensó en ayudarla, pero el hombre que corría a su encuentro no podía verla. Se detuvo y prefirió aguardar un poco. La vio caer y apretó la boca.

—Espero que esto sirva de algo —murmuró, presa del desacuerdo—. La chica no se merece esto.



Una estela de bruma blanca acompañaba la noche antes del alba en el pueblo de Galt. El frío se reflejaba en las ventanas, cubiertas por un ligero manto de diminutas gotas de agua. Los truenos alumbraron el cielo ennegrecido con luces fugaces que hacían temblar la tierra. Annette miraba con ojos nerviosos cada vez que los escuchaba estrellarse en el suelo, pero mantenía la compostura para que no se dieran cuenta de que estaba muerta de miedo. El viento zumbó a través de los cristales, por lo que Eivor aseguró las ventanas con maderos atravesados a lo largo, evitando que se abrieran. Sassa, por su parte, aunque tenía un brazo inmovilizado por la fractura, se había levantado de la cama e intentaba cocinar algo para la cena.

—Dámelo… Yo te ayudo. Para eso tienes al maestro de la comida rendido a tus pies —dijo Eivor y tomó el cuchillo para cortar un par de patatas.

Sassa se retiró con una sonrisa en el rostro y miró a través de la ventana. Eivor no era el padre de Annette, y aunque ella juró no volver a enamorarse, aquel hombre se estaba robando su corazón sin poder evitarlo. Que la primera vez no hubiera funcionado no quería decir que no pudiera intentarlo de nuevo. Era la frase que se repetía una y otra vez, para convencerse de que tenía derecho a una segunda oportunidad.

—Hace mucho tiempo que no llovía con tanta fuerza en el Cinturón de Arenisca —dijo Sassa con la mirada perdida en la

ventana.

—El clima está de locos y este invierno será uno de los más duros que haya visto.

—¿Tú crees?

—Solo hay que echarle un ojo a los nevados de Rhös para darse cuenta. Es como si los cinco kvasir encerrados en sus estatuas de piedra quisieran despertar.

—¡No digas tonterías! —El miedo se reflejó en el rostro de Sassa.

Eivor se acercó para abrazarla. Se había pasado de la raya con el comentario. Ella se dejó hacer, mientras observaba desde la lejanía la cadena montañosa. No solo una nube negra cubría los picos, también varios destellos retorcidos tronaban como si fueran fuegos pirotécnicos. Suspiró; un invierno cruel era lo último que necesitaban.

—Entonces, habrá que rezarle a los espíritus para que intercedan por nosotros. Me temo que mucha gente morirá de frío o de hambre.

—Yo cuidaré de ustedes —propuso Eivor y el rostro de Sassa enrojeció—. Míralo por el lado positivo. —Sonrió el hombretón para suavizar las cosas—. Anne jugará con la nieve por horas, y tú tendrás más tiempo libre para disfrutar de todo esto. —Carraspeó la garganta mientras giraba sobre sí mismo.

Sassa ladeó la cabeza risueña, aunque enseguida endureció la expresión al sentir que Nótt despertaba. Sus hijas aún no sabían de su relación con Eivor.

—¿De qué hablan?

Ambos la miraron nerviosos. Nótt estaba recostada en su cama de paja e intentaba levantarse, pero Anne apareció de la nada y le cayó encima. Había estado muy preocupada por su hermana mayor.

—¡Hey! Me lastimas —se quejó, aunque no la detuvo. Por el contrario, la rodeó con el brazo.

—¿Estás bien? —Sassa la tocó para corroborar que la temperatura no había vuelto a subir. Cuando Eivor la llevó a casa, ardía en fiebre.

—Perfectamente —contestó, pero un estornudo la hizo quedar mal.

—Tendré que hacer algo al respecto; cuando un melrakki miente, nadie lo nota y desde aquí puedo ver cómo tu boca tiembla cuando estás nerviosa —mencionó el tendero burlón, aunque era cierto. Eivor empezaba a conocerla demasiado.

La boca de Nótt se curvó formando una sonrisa y él la secundó. Un trueno retumbó muy cerca de la habitación y Anne se aferró aún más al cuerpo de su hermana. Odiaba las tormentas.

—¿Qué sucedió? —preguntó Nótt, desubicada.

—Te desmayaste. —La que contestó fue Sassa—. Eivor te trajo en brazos.

—¡¿Me desmayé?! —repitió para sí misma, y en la medida en que los recuerdos llegaban, su cara se tornó blanca.

—¿Te sientes bien? —preguntó Sassa, angustiada. Nótt negó sutilmente, pero su cuerpo volvió a fallarle. Estornudó con fuerza y luego tosió varias veces—. Mejor trae un poco de agua, por favor.

Eivor, en menos de un segundo, obedeció sin chistar y le entregó un vaso a Nótt, quien lo bebió sin apuro. La garganta le ardía. Sassa acarició su rostro con dulzura; necesitaba identificar si la fiebre había subido otra vez.

—Es mejor que descanses.

—No hay tiempo. No puedo estar en cama como un oso en hibernación —balbuceó, intentando levantarse—. Debo irme. Dos días sin caza es mucho.

—Nada de eso. Además, todavía es de noche y está lloviendo.

La chica corroboró lo que Sassa decía y se mordió los labios nerviosa. Volvió a sentirse mal y tuvo que sentarse por un momento. La imagen de Kiel llegó enseguida.

—Estás temblando. ¿Qué pasa? —Nótt no contestó enseguida. Miraba al suelo, sumida en mil pensamientos.

Sassa observó con recelo a Eivor y este asintió preocupado.

—Nótt, dime… ¿Qué sucede? —insistió la mujer.

—No estoy segura.

Sassa puso la mano en su frente para corroborar que la temperatura no había subido.

—No sé lo que vi en realidad. —Tragó saliva y pensó con rapidez. Era mejor no hablar de Kiel con su madre—. Vi que golpeaban a uno

de los prisioneros que llevaban al muro. Quise ayudarlo, pero no pude… me congelé. —Respiró profundo y pensó en las chispas que aparecieron de la nada. Era imposible; los espíritus no se acercaban a Galt. Solo vivían en el bosque.

—Te desvaneciste. Eivor logró cogerte antes de que tu cabeza golpeara el suelo. Estabas fría, con los labios morados y temblabas. —Hizo una pausa—. Llevas dos días en cama.

—Ya… —Pensó en Kiel y se mordió los labios. Muy seguramente ya había perdido su rastro.

—¿Qué pasó con tu abrigo?

—Lo regalé —contestó de manera automática, como si aquello no fuera importante. Sus ojos volvieron a perderse en las losas grises del suelo.

Sassa miró de soslayo a su ayudante en la cocina, quien se encogió de hombros sin saber qué decir.

—Traeré un poco de té de eucalipto del fogón. —Eivor asintió—. Colapsaste por culpa de la gripe y por eso te quedaste sin aire. Un día más en cama te ayudará a recuperarte.

Nótt la miró. El rostro de Sassa ya no estaba hinchado, pero aún conservaba algunas áreas con tonos morados, fruto de la golpiza que Seth le propinó.

—Soy yo la que debería ayudarte, no al revés.

—No por hoy, ¿cierto, Eivor?

El grandote levantó las cejas y sonrió. Nótt asintió sin estar del todo convencida. Se acurrucó en la cama, mientras veía a Sassa en la pequeña cocina del cuarto. Su madre adoptiva preparaba más té para la tos.

Nótt aún no entendía lo que había visto. No estaba segura, y empezó a suponer que la gripe le hizo imaginar cosas. Dudó. Cerró los ojos para repasar en su mente el rostro del joven prisionero y, sin darse cuenta, se quedó dormida con la pequeña Anne entre sus brazos.

Tocaron a la puerta y el rostro de Aron se asomó con timidez. El sol ya se asomaba en el horizonte, pero aun así no quería molestar.

—Vine en cuanto me avisaron. —dijo entrando a la pequeña habitación—. ¿Qué sucede?

—Despertó, pero arde en fiebre.

—¿Puedo seguir?

—Sí —respondió al instante Sassa, acomodando una pequeña silla para que el athair se sentara.

La voz de Aron despertó a Nótt. Su amigo susurraba con Sassa mientras conversaban. Anne ya no estaba a su lado; la pequeña se esmeraba en cortar un poco de verdura que le había ordenado su madre. Su rostro sumido en una concentración absoluta y con media lengua por fuera le sacó una sonrisa a la chica. Miró por la ventana para corroborar que la lluvia no era más que un recuerdo del pasado y suspiró.

—Hola, ¿cómo te sientes? —Aron se acercó.

—Bien… —Chasqueó la lengua—. Quisiera hablar con los Vanir. —Lo había decidido; necesitaba una respuesta.

El joven de ojos color miel ladeó la cabeza. Comenzó a sacar algunos instrumentos que utilizaba para auscultar a los enfermos, y mientras buscaba entre sus cosas, sentía el escrutinio de su mirada sobre él.

—Ya te lo expliqué el otro día…

—Es urgente. —Lo interrumpió.

Aron observó a Sassa por un momento. No tuvo que hablar para expresar lo que solicitaba. Ella se retiró en silencio, dejándolos solos.

—Nunca has creído en lo que representan los Vanir y menos en los cinco kvasir. De dónde viene ese fervor por comunicarte con ellos. —Miró de soslayo a la cocina y se sentó a su lado—. ¿Qué te hizo cambiar de parecer?

—¿Cómo está Xander? —No contestó. Necesitaba un poco más de tiempo. No sabía si hablar de Kiel era correcto.

—Mejor. Recuperó la consciencia ayer en la tarde y ya está en su casa, con sus padres. Lo primero que hizo fue preguntar por ti.

—Me alegra… —Suspiró aliviada—. Estaba preocupada por él.

—Pues aquí todos lo estamos por ti —respondió el athair con vehemencia y ambos se miraron en silencio—. ¿Qué sucedió?

—¿De qué hablas?

—El otro día en la plaza —dijo con paciencia—. ¿Qué sucedió?

—Me desmayé.

—Nótt… —Sus ojos centellearon por un segundo—. Si quieres que te entienda, debes decirme la verdad.

Lo miró resignada y suspiró.

—¿Por qué de un momento a otro quieres comunicarte con los Vanir? —insistió.

—No es algo que se me hubiera ocurrido esta mañana —respondió molesta—. Es solo que deseo preguntarle una cosa a los espíritus y para eso tengo que hablar con los Vanir. Se supone que ellos tienen su contacto exclusivo, ¿no?

Aron respiró profundo.

—¿Puedo comunicarme con ellos? O no se puede porque no soy una devota.

—Te lo expliqué el otro día…

—Es que lo vi —soltó de pronto. Si no se lo contaba, no comprendería su urgencia—. O más bien, creo que me encontré con un recuerdo.

—¿De qué estás hablando?

—Sé que es imposible —empezó diciendo para que no pensara que estaba loca—, pero te juro que era él y luego… ya no lo era. No lo sé, incluso creo que me sonrió. —La piel de su cuello se erizó de solo pensarlo.

—¿A quién te refieres? —Nótt lo miró mordisqueando su labio inferior, indecisa—. Puedes confiar en mí.

Aquello era cierto. Desde que se conocieron, hace solo unas cuantas semanas, él siempre la había ayudado.

—Vi a Kiel el otro día en la plaza.

Aron frunció el entrecejo. Asentía para sí mismo, como si estuviera procesando la información. Desvió sus ojos por un segundo para corroborar que Sassa no los escuchaba. Nótt hizo lo mismo y se dio cuenta de que Anne salía a la calle. Aunque era

temprano, su madre le había dado permiso para jugar afuera. La pequeña se despidió con su manita y ella le correspondió.

—Sé que era él. —Retomó la charla—. Por un segundo, Kiel me miró a los ojos y luego… —Bajó la mirada. Aún no podía creerlo—. Aparecieron los espíritus.

—¡¿En Galt?! —preguntó, escéptico.

—Lo sé, es raro, pero sé lo que vi. Se enredaron en su cuerpo como si quisieran decirme algo. —Aron no contestó, por lo que Nótt continuó—. ¿Escuchaste lo que dije?

—Sí, pero… —La miró fijamente. No sabía cómo explicarlo para que entendiera que no dependía de él—. Puede que los espíritus no pretendieran contactar contigo y estuvieran allí por otra razón.

—Pues… Lo dudo. —Tal vez debía contarle uno más de sus secretos. Observó sus ojos color miel y respiró profundo antes de soltar la verdad—. Los espíritus siempre llegan a mí. Más veces de las que quisiera, en realidad. —Sonrió sin ganas—. Me hablan constantemente, pero nunca puedo entender lo que dicen. No miento. De hecho, fueron ellos quienes me protegieron la otra noche de Seth y sus hombres. Ahora que lo pienso, creo que siempre lo hacen —confesó, recordando que fueron ellos mismos quienes la retuvieron cuando quiso salvar a Mark.

Aron ladeó la cabeza.

—¿Y aun así no crees en ellos? —soltó al rato.

—Para mí no son divinidades. Mira… Lo que nosotros llamamos espíritus puede ser una forma de vida diferente. Pero como estamos obsesionados con darle un sentido sagrado al asunto, ninguno se pregunta qué hay más allá.

—Interesante, tienes un punto. Sin embargo, sí lo son. Han estado en estas tierras mucho antes de que llegaran los Kvasir.

—Nos dominan junto con los Vanir.

—Ya te dije que ellos no buscan controlar a nadie.

—Ya… —Desvió la mirada—. No soy una devota, pero te aseguro que puedo sentirlos. A veces, me susurran cosas al oído que no logro entender.

El athair permaneció callado por un rato. El ceño fruncido se marcaba demasiado en su frente, tanto, que Nótt pensó que estaba

molesto con ella.

—Digo la verdad.

—Lo sé.

—Ya… —respondió no muy convencida.

—Durante el tiempo que llevo conociéndote, sé que eres honesta. Nunca mentirías con algo así. Es solo que… —Procesaba toda la información lo mejor posible. Aquello era raro en un mortal. Todo en ella era diferente—. ¿Recuerdas cuándo fue la primera vez que lo hicieron?

Nótt se demoró en contestar. No lo había pensado antes.

—Desde que Kiel murió… creo —respondió, pensativa—. Ese día, cuando estaba en los acantilados, me hablaron por primera vez.

Aunque le sostuvo la mirada, se sentía avergonzada por eso. Ella no creía en tanto misticismo, pero ahora le confesaba a un protector del templo, a un Ek, sobre su cercanía con los espíritus primigenios. Además de que la protegían.

—Dices que usan la lengua antigua contigo.

—No sé si sea eso. El caso es que no les entiendo —aseveró y lo miró con insistencia. Quería preguntarle tantas cosas, pero no sabía cómo. Suspiró—. Por eso quiero ponerme en contacto con los Vanir. Necesito estar segura de que la persona que vi no es Kiel. Que esto es solo una visión extraña de mi cabeza.

—Está bien. Déjame averiguar —medió el athair y el rostro de Nótt se relajó—. No eres una devota, pero intentaré convencer a mis hermanos de que te den permiso.

—¿Puedes hacer eso?

—Soy un Ek, ¿no? —Sonrió.

Nótt también lo hizo y un escalofrío recorrió su cuerpo. Había algo en él que hacía que su corazón se acelerara y tragó saliva. Le ordenó a su cabeza ignorarlo y jugó con su cabello para disimular la incomodidad que aquello le producía.

—Espérame acá y descansa un poco. Tu cuerpo lo está pidiendo a gritos. No quiero que salgas a la calle… ¿Entiendes?

—Lo haré —concedió al rato, cuando volvía a tomar el control de sus emociones—, pero tienes que conseguir que pueda contactar con los espíritus.

Él asintió. Era temprano, el mejor momento para reunirse con la hermandad de los Athair. Se encaminó a la puerta, pero cuando se dispuso a abrirla, Annette entró de golpe y lo tumbó.

—¿Qué sucede contigo? —La reprendió su madre, mientras ayudaba a Aron a ponerse de pie—. Pídele disculpas.

—Lo siento —respondió en automático. Agitaba sus manitas con preocupación—, pero…

—¿Qué sucede? —dijo Nótt al ver su cara tan descompuesta.

—¡Tienen a Xander!

—¡¿Qué dices?! —Se levantó enseguida.

—¿Quién lo tiene? —Fue Aron quien preguntó.

—Seth y sus hombres. —Sus ojos llenos de lágrimas saltaban del rostro de Nótt al de Aron y viceversa—. Date prisa, los vi con las armas desenfundadas. Lo van a lastimar.

Nótt salió en su búsqueda sin pensarlo dos veces, con Aron siguiéndole el paso.

12
El muro

Esa mañana, el sol se asomó esplendoroso en la bóveda celeste sin nada que lo tapara. De no ser por las bajas temperaturas, cualquiera podía pensar que el invierno era solo un espejismo, pero los vientos de Rhös demostraban lo contrario. Nótt atravesó la plaza lo más rápido que pudo. No fue difícil detectar a los Rakkun y su fila interminable de voluntarios al fondo. Por el contrario, los guardianes del muro y sus prisioneros ya no estaban allí. Ni siquiera detectó al hombre de cabello rojo con el que se tropezó. Cruzaron la última esquina que conducía a la plaza, pero tuvieron que detenerse. Estaba repleta de gente que cotilleaba por lo que sucedía. Un grueso grupo de personas rodeaba a los Clovek y al acusado.

—Quédate acá —susurró Aron—. Me adelantaré y veré qué puedo hacer.

—Quiero ir. Es mi amigo.

—No me gusta cómo se ve. Percibo demasiada hostilidad en el ambiente —respondió preocupado.

—Lo sé, pero no voy a quedarme acá a esperar que cualquier cosa le suceda a Xander —dijo. La imagen de Kiel llegó a su mente y su cara se ensombreció.

—Es peligroso, Seth está en el fondo. Ese sujeto no me agrada para nada y es claro que no le caes bien.

—Ya… —Nótt se mordió los labios—. Pues asumo el riesgo. Mi amigo está primero.

Discutieron un poco más. Aron intentó persuadirla, pero fue inútil. El athair gruñó en desacuerdo, pero ni siquiera eso hizo que Nótt se detuviera. Había comenzado a avanzar hacia el lugar donde tenían retenido a Xander.

Una ráfaga de viento desordenó el cabello de Nótt y tuvo que amarrarlo con una coleta alta. Se abrochó el abrigo que había tomado en reemplazo del que regaló y ajustó el cuello para que le cubriera lo mejor posible. Sentía que la fiebre empezaba a subir a toda velocidad, pero no era momento de pensar en ello. Apretó los puños y obligó a sus piernas a continuar avanzando.

Abrirse paso no fue fácil, pero entre codazos y uno que otro apretón, logró colarse. Lo primero que vio fue a Xander, arrodillado y con la cabeza gacha. Pese a la postura, podían vislumbrarse pequeñas manchas moradas en su piel, secuelas de la paliza que recibió de los Clovek. Nótt dibujó un rictus amargo en la boca; aquello era su culpa. La lideresa de los arponeros también estaba allí; tenía la cara descompuesta y discutía airadamente con Seth sobre algo. Xander alzó la vista y sus ojos se cruzaron. La observó impasible por un momento, por lo que Nótt le dedicó una media sonrisa. Notó que estaba nervioso y que había bajado la cabeza enseguida, perdiéndose de nuevo en sus pensamientos. Parecía que el Xander arrogante y altivo había desaparecido. Su madre llegó al rato, emitiendo gemidos desgarradores e intentando acercarse a su hijo, pero se lo impidieron.

—Iré a preguntar qué sucede. No entiendo qué hacía en la plaza si se supone que tenía que estar en cama —anunció Aron y Nótt se giró para observarlo.

—Debió salir a trabajar. Tú mejor que nadie sabes que la vida en Galt no es fácil. No todos tenemos un plato de sopa caliente esperándonos en casa. Este es el maravilloso mundo nuevo de los Vanir.

—No voy a discutir eso contigo en este momento.

—Yo tampoco.

Aron asintió no muy convencido y emprendió la marcha, con Nótt siguiéndole el paso. La conversación que sostenían Revna y Seth no se veía bien. Los reclamos iban y venían, disparando razones a diestra y siniestra. Por lo que todo era un tremendo caos. En el Cinturón de Arenisca, tanto los líderes como los Athair se debían a los deseos de los Vanir. Ellos se habían atribuido la potestad de decidir por la vida de cualquiera, sin importar el daño que causaban

a las familias. Los Clovek eran quienes hacían cumplir la ley a cabalidad. En muchos casos, con total intransigencia.

—Si no empieza a hablar. Irá a prisión por encubrir a los responsables —aseveró Seth, haciendo crispar los labios de la lideresa de los arponeros.

—No tienes pruebas de que sea cómplice de nada.

—Se encontraron huellas al este, muy cerca de las lagunas. Lo investigué y él estuvo asignado toda la semana en ese sector. Fue allí donde un grupo de miserables pasó sin autorización.

Nótt miró a Xander. El día que se encontraron, él mencionó que esperaba a unos amigos. Dudó. Él nunca haría algo que pusiera en peligro su posición en los arponeros.

—Eso no prueba nada. Los que pasaron al otro lado pudieron hacerlo en cualquier momento sin que Xander lo supiera. Además, los Vanir delegaron en ustedes la responsabilidad de vigilar el muro, no en nosotros. —explotó Revna con rabia—. En lugar de estar importunándonos, sería mejor que se cerciorara de cuál era la ubicación de sus hombres en ese momento.

—¡Eso es lo que hago, mujer! Por eso estoy aquí. Su pupilo me dirá quiénes son sus cómplices. —Lo señaló con el dedo—. Habla de una vez por todas, muchacho, ¿cuánto te pagaron por hacerte el ciego?

Xander no respondió, pero sus ojos nerviosos miraron a Nótt.

«¿Qué hacías en ese lugar?», pensó ella. Impotente al no poder hablar con él.

Para Xander, estar entre ese grupo élite de los arponeros era muy importante. Nunca arriesgaría la posición que tenía, por nada en el mundo. Ladeó la cabeza para entender.

—No voy a permitir que se lo lleven por una simple sospecha. —La lideresa se irguió tan alta como era—. Usted no tiene pruebas de nada.

—Tengo un par de huellas impresas en el lodo. —Las pupilas de Seth se ciñeron en las de Xander—. Y una de ellas es suya.

—Claro que lo son. Trabajaba en ese sector —bramó, poniendo sus ojos en blanco.

Seth se movió de un lado al otro con cara de suficiencia.

—Los arponeros solo tienen autorizado bucear. Caminar sobre la orilla fangosa de las lagunas está prohibido —contraatacó Seth.

La lideresa tuvo que morderse la lengua para no hablar; aquello era cierto. Sin embargo, era imposible cosechar las rocas supercalientes si no las retirabas del agua y, para eso, los arponeros siempre pisaban las orillas.

—La ley no está hecha para condenar a rajatabla. —dijo Aron, intentando mediar en el asunto—. A veces hay que mirar más allá. Su objetivo es más loable y es permitirnos vivir en comunidad.

Seth se giró con los ojos desorbitados. La rabia dominaba sus emociones y le estaba costando mantener el control de la situación.

—Te inmiscuyes mucho en asuntos que no te conciernen —espetó con despotismo.

—Soy un athair y mi trabajo es conservar la paz en el pueblo.

Seth levantó la quijada, pero no replicó. La presencia de Nótt a su lado hizo que sus pensamientos se desviaran por un momento.

—Está bien —concilió el líder de los Clovek después de un rato—. Haré lo que su señoría el athair sugiere y permitiré que me explique lo que sucedió. Iremos al muro, aunque advierto. —Sus ojos se centraron en la lideresa—. La ley debe cumplirse, sin importar de quién se trate.

Hizo un gesto con la mano metálica para que el centinela que vigilaba al chico se acercara. Levantaron a Xander de un solo tirón y sujetaron sus muñecas con dos aros de metal. Los grilletes se activaron de inmediato gracias a la magia de los Vanir y el prisionero gruñó.

El ruido del cotilleo no se demoró en aumentar. La madre pedía a gritos que se detuvieran, pero los hombres continuaban llevándose a su único hijo de la plaza en dirección al muro. Gimió de dolor al comprender que perdería a su muchacho para siempre. Además, cargaría con la vergüenza para toda la vida. Miró a Nótt y apretó la boca. ¿Qué hacía esa jovencita en ese lugar?

Al ver el estado en el que se encontraba, Aron se acercó. Le susurró algo al oído y enseguida consiguió tranquilizarla. La señora se aferró a sus hijas para no caer. Nótt levantó las cejas; el athair había utilizado magia elemental sobre ella. Negó con la cabeza a

modo de desaprobación. No le gustaba que el poder de los espíritus influyera en los simples mortales.

—Es por su bien. —Sintió la voz de Aron en su oído, aunque se encontrara a varios pasos de distancia. Aquello la sobresaltó y lo increpó con la mirada, pero él continuaba calmando a la gente.

Media hora más tarde, un grupo grueso de clovek escoltaba al prisionero. La lideresa de los arponeros y Seth también marchaban sin dejar de discutir. Un poco más lejos, venía la familia de Xander y varios vecinos que intentaban consolar a la madre. Aron y ella cerraban la retaguardia.

—Es mejor que esperes acá.

—No —respondió sin detenerse. Necesitaba evitar que descubrieran al lobo entre la maleza.

—Estás enferma. Puedo sentir que ardes en fiebre —explicó, pero ella siguió avanzando—. ¡Quieres pensar con cordura por una vez en tu vida!

Aquella frase hizo que se detuviera en seco. Le había dolido, sobre todo porque venía de él.

«No te detengas».

—¡¿Quieres callarte?!

—No lo haré. Me preocupo por ti. —Fue Aron quien respondió indignado y ella lo miró.

—No era contigo… yo… —Negó con la cabeza y respiró profundo —. ¿Qué pasa si no lo hago? ¿Vas a utilizar magia elemental conmigo?

Un silencio los envolvió. Se miraron por un rato, mientras los demás continuaban en dirección al sitio donde se encontraban las supuestas huellas de Xander.

—Los Athair no solo curamos heridas del cuerpo —explicó Aron con cierto deje en la voz—. De hecho, las del corazón son las más difíciles.

—Dímelo a mí —respondió con voz queda y respiró profundo—. No tienes por qué darme explicaciones, Ek Aron. A veces soy torpe y no pienso con cabeza fría.

—Tuve que intervenir. —Siguió, haciendo oídos sordos a sus palabras—. De lo contrario, la situación habría acabado mal.

—Deberías hacerlo con Seth. Él es el mayor problema de violencia en este pueblo.

—No me está permitido intervenir con los ungidos de los Vanir.

—Ya… Pues qué conveniente —ironizó, molesta y se cruzó de brazos—. ¿Alguna vez has utilizado magia conmigo?

Aron la miró con apremio. Era una pregunta simple, pero difícil de responder.

—Entiendo —dijo, y reanudó la marcha—. Mejor no me lo digas. No quiero saberlo.

El resto del camino lo hicieron en silencio. Cuando llegaron a los límites con las lagunas, la marcha se hizo más lenta. Seth permitió que solo los implicados y Aron continuaran con los Clovek. Los demás, incluyendo a Nótt, miraban lo que sucedía desde la lejanía.

Mientras se acercaban al sitio donde la jauría de lobos la atacó, un frío descendió por su espalda y tembló de miedo. Detectó el arbusto que guardaba su secreto. El lugar donde enterró los restos del animal y se mordió el labio inferior. Tragó saliva, pero para su sorpresa, los Clovek siguieron de largo. Sintió la mirada punzante de alguien a su espalda y se giró a observar. La madre de Xander no estaba sola; sus hermanas la acompañaban. La más pequeña no dejaba de mirarla y cuando Nótt intentó saludarla, le quitó el rostro enseguida.

«Niños», pensó con apremio. Inviernos atrás, cuando Nótt era cercana a la familia, la cuidó cuando apenas era una bebé más de una vez. Por lo visto, su presencia aún no era bien recibida y, de algún modo, intuía que la culpaba por lo que le ocurría a su hermano.

Se detuvieron varias varas más allá. Desde allí podía ver la expresión de terror en el rostro de Xander. Seth daba vueltas con su prótesis metálica que brillaba por culpa del sol. En ese momento, el clovek le dio la espalda y Nótt pudo detallar la infinidad de conexiones que se ataban a su nuca. Una araña compuesta por decenas de filamentos oscuros que permitían controlar su brazo, y que además le otorgaban más fuerza que cualquier otro centinela. Era uno de los mediohombres; un servidor ciego de la ley impuesta por los Vanir.

—Si estas huellas son tuyas —dijo Seth señalando el suelo fangoso—, puedes despedirte de tu carrera de arponero. Te juro que si no me dices con quién trabajas, me encargaré de aplastarte como un insecto. Te encerraré en el hueco más profundo de Galt y no volverás a ver la luz del día.

Xander tragó saliva y un gemido proveniente de su madre lo hizo dar un respingo. Sus ojos brillaron y se giró un poco para buscar a Nótt. Cavilaba con rapidez para solucionar el embrollo en el que se encontraba.

—Verifícalo —ordenó Seth con voz grave a sus hombres.

—No es necesario… —Xander chasqueó la lengua, nervioso.

Seth frunció el entrecejo, al igual que Revna, que se acercó con la respiración agitada. Estaban a punto de perder la paciencia. Xander le dedicó una mirada fugaz a Nótt y ella, desde la lejanía, le respondió con una efímera sonrisa de apoyo.

—Yo estuve aquí el día que usted mencionó —confesó el chico. La lideresa Revna abrió los ojos.

«Va a delatarte. No va a pagar por tus errores». La voz ronca parecía escuchar lo que decían.

—¡Lo sabía! —exclamó Seth hinchándose de orgullo. Su instinto nunca le fallaba—. ¿Ahora me cree?

—Yo… —Revna retrocedió desconcertada. Siempre apostó por aquel muchacho. Era el mejor del grupo; nadie lo superaba cuando de pescar piedras supercalientes se trataba. Tenía una excelente capacidad pulmonar para permanecer minutos enteros bajo el agua. Además, era un excelente nadador—. Yo… —La lideresa apenas podía hablar.

—Es mi huella, pero es porque ese día, mientras hacía mi trabajo bajo el agua, me di cuenta de que algo sucedía en la superficie… —comenzó diciendo. Aron se adelantó un paso al escucharlo. De todos allí, era el único que sabía del episodio con la manada que atacó a Nótt—. Varios lobos se abalanzaron sobre una persona que cayó al agua. Aunque logró disparar y matar al alfa, no fue capaz de librarse de los demás. Salí a la superficie, porque era la vida de un ser humano la que estaba en juego.

—Por eso tus huellas —dedujo Revna, aliviada.

—Sí, lideresa —respondió con respeto.

«Acaba de contar lo del lobo y su manada», dijo la voz y Nótt dio un paso hacia atrás. «Mejor di la verdad de una vez por todas o lo culparán a él».

—¿Estás diciendo que alguien eliminó a un lobo? —preguntó Seth, dudando de la historia—. No se ha registrado ningún animal muerto en este sector. Los espíritus lo habrían detectado.

—Lo encuentran por toda esa área. —Señaló a su alrededor—. Me dijeron que ese día también murió un ciervo. Eso explicaría…

—Por qué nadie se enteró. —Seth terminó la frase por él.

«Les está mostrando dónde escondiste el animal».

Nótt cerró los ojos y contuvo el aliento. El miedo subió de prisa hasta su cabeza. No quería escucharla. Miró a su amigo con apremio, y sus manos empezaron a sudar. Sintió los ojos de Aron puestos sobre ella, pero no quiso corresponderle. No sería capaz de soportarlo.

Xander, por su parte, movía el pie inseguro. Si hablaba del lobo, las sospechas por el paso no autorizado de varias personas al otro lado del muro quedarían en segundo plano. Derramar sangre en las aguas sagradas era el peor de los crímenes.

Seth arrugó la cara; no le creía.

—¿Quién asesinó al lobo?

—Cuando subí a la superficie, el sujeto huyó despavorido. No alcancé a verlo bien —explicó. Esperaba que su mentira fuera creíble.

Aron tensó los músculos de la mandíbula. Al menos había sugerido que era un hombre.

—Qué oportuno. —Seth se acercó amenazante. Lo miró fijamente y el chico tragó saliva—. No te creo. Así que dime, ¿dónde está ese lobo del que hablas?

«Va a mostrarles la ubicación».

Nótt miraba impaciente. Desde donde estaba no podía escuchar nada, pero sí ver los movimientos y gestos de cada uno.

—Está… —Xander balbuceó, inseguro, y giró sobre sus talones—. Por allá, señor.

El líder de los Clovek escupió al suelo, impaciente. No le creía, pero envió a varios hombres a revisar. Los minutos se volvieron eternos hasta que el grupo de centinelas hizo un gesto de afirmación.

—Fuiste tú —aseveró con expresión pétrea y Xander abrió los ojos.

—¡No lo escuchaste! —Revna explotó enseguida—. Fue otra persona. Muy seguramente la que dejó las huellas que estás buscando.

—Confiesa, muchacho. Me estoy cansando de este juego.

—Ya le dije que no fui yo. Soy pésimo con el arco; cualquiera puede confirmarlo en Galt. El lobo me hubiera matado antes de que hubiera logrado atinarle, y si se da cuenta, la herida es limpia.

—¿Insinúas que fue un cazador?

Xander calló enseguida. Una palabra más y metería en problemas a Nótt.

«¿Se lo llevarán y tú no vas a hacer nada? Otro amigo más que pierdes por culpa de tus errores».

El corazón de Nótt estaba a punto de explotar y su quijada tembló un poco.

—Dame el nombre del cazador —gruñó Seth, cada vez más impaciente.

—Eso tendrá que investigarlo, pero a mi chico lo suelta en este momento. No hay pruebas de nada.

Seth gruñó y levantó el brazo para amenazar una vez más a Xander. Aunque, ya no con el mismo ímpetu de antes. Alguien había asesinado en sus narices y, de no ser por el chico, nadie lo sabría.

«Eres una cobarde. Prefieres que él caiga antes que tú».

—No.

«Fue lo que pasó con Kiel, ¿o vas a negarlo? Yo estuve allí. Te dije que si tocabas a los espíritus, algo malo sucedería. Ellos siempre traicionan», mencionó con cierto deje en su voz.

La imagen de su amigo se coló sin permiso por su mente. El prisionero que vio en la plaza se parecía tanto a él. Levantó el rostro y observó a Xander. El líder de los Clovek le amenazaba por algo que

no era su culpa. Intentó avanzar, pero la mirada insistente de Aron la detuvo.

—No te muevas —susurró a su oído como si estuviera a su lado.

El athair negó sutilmente con la cabeza para que se tranquilizara. Le explicó a Nótt entre susurros y desde donde estaba que las pruebas no eran suficientes para culpar a Xander. Seth lo sabía y lo único que hacía era presionar al chico para que hablara. Ella respiró profundo y prefirió esperar, aunque sus manos temblaban de miedo.

—Se me está acabando la paciencia, muchacho. Dime quién mató al lobo o…

—Fue ella. —El grito chillón de la hermana menor de Xander se escuchó en la lejanía.

Seth levantó el rostro, mientras que Nótt contuvo el aliento. La pequeña la señalaba con su brazo mientras aseguraba que una de sus flechas se encontraba muy cerca de allí.

Nótt pensó rápido, ella había recogido todas las saetas… o, tal vez, ¿no? Tragó saliva.

«Por fin irás al otro lado del muro», susurró complacida la voz de su cabeza.

Nótt estaba tan aturdida que no la escuchó.

—Mi hermano me lo contó —confesó la niña. Xander movió su rostro para que se callara, pero no le hizo caso—. Fue ella la que mató al lobo y luego trató de esconder la evidencia.

—Traigan a la jovencita —bramó Seth con cara de pocos amigos —. Desde acá no se escucha bien —dijo, clavando sus ojos en Nótt.

La hermana de Xander fue llevada casi a rastras y el clovek se flexionó para mirarla. Dibujó una especie de sonrisa forzada y esperó.

—Te escucho —dijo—. ¿Cuál fue el cazador o… cazadora que mató al lobo?

—Nótt —sentenció la pequeña.

Seth esbozó un bufido de satisfacción y se irguió alzando la quijada con arrogancia. Se acercó a ella con los grilletes abiertos; listos para ceñir en sus muñecas. Dibujó una sonrisa tan amplia que no encajaba en su rostro rudo e intransigente. Aron lo siguió para intentar detenerlo, aunque no sabía cómo.

—Te dije que te atraparía, ratón de monte. Los impuros como tú no deberían merodear por Galt —espetó cuando la alcanzó.

Nótt tragó saliva.

13
Lys

Seth no dudó ni un segundo en desenterrar los restos del animal. Xander, amenazado con el delito de complicidad, marcó con exactitud el lugar donde yacía el lobo. Aquello le sorprendió a Nótt, porque nunca hablaron del asunto. Aron se mantuvo impasible, con los ojos puestos en los hombres que iban y venían. La herida de flecha era clara, por lo que el chico decía la verdad. Revna tomó a su pupilo y lo alejó. Evitando, tal vez, que Seth cambiara de opinión y terminara acusándolo. Los grilletes se apretaban las muñecas de Nótt con firmeza, mientras que Xander regresaría al pueblo como un hombre libre.

Después del mediodía, la expresión de Nótt se apagó; no había comido y la fiebre hacía mella en ella. Temblaba a causa de los escalofríos, pero también por Sassa y Anne. Les había fallado, así como su padre lo hizo con Siriana alguna vez. Suspiró.

A lo lejos, vio que Aron hablaba con Seth de forma airada. De vez en cuando, el líder de los Clovek la observaba de soslayo y luego regresaba sus ojos al athair. La discusión se alargó y el tiempo corrió de prisa junto a la luz del sol. Las sombras se estiraron hasta unirse con la bruma blanquecina del bosque Huldrefolk.

Nótt observó los árboles robustos que la separaban del pueblo de Galt e hizo un puchero. No podía negar que le gustaba estar allí. Amaba el bosque. Era el sitio perfecto para dejar los resentimientos y fundirse con los sonidos y colores de la naturaleza. En especial, le encantaba el paisaje. Los voluntarios que recorrían a diario el camino hacia el muro nunca se detenían a observar los pequeños destellos entre la arboleda. Le temían y marchaban con tanta prisa, que seguían de largo. Así que les era imposible percibir las chispas azul-violeta que se movían a ras del suelo junto a la bruma gélida,

pero hermosa. Era el mejor espectáculo que cualquier habitante de Galt podría tener. Además, como telón de fondo, se observaba la claridad que proyectaba la enigmática Eidyn.

Giró para mirar la estela luminosa al otro lado del muro. Para Nótt, la Ciudad de Luz era la imagen más fehaciente del misticismo puro. Tanto, que le producía una mezcla de nerviosismo y fascinación en partes iguales. los Vanir eran sus guardianes, pero también existía otro centenar de cosas que cualquier persona en Galt desconocía. Incluso, la tecnología que portaban los Clovek, como el brazo de Seth, reflejaba un conocimiento avanzado que estaba fuera del alcance de ellos.

Según entendió de boca de Sassa, el mundo antes de la derrota de los cinco kvasir era muy diferente. Los libros que consignaron la historia de ese tiempo se guardaron en una gran biblioteca, lejos de los ojos de la humanidad. Pretendían que con el olvido, nada de lo que había sucedido volviera a repetirse. Eidyn la resguardaba bajo sus muros, donde solo unos pocos tenían acceso. Eran tantas las historias y leyendas construidas en torno a la ciudad de luz, que Nótt no podía imaginar lo que le esperaba.

«Allá… Hasta un prisionero vive mejor que en Galt», recordó el comentario que hizo una vez Eivor en su tienda. *«Si fuera cierto, papá estaría vivo»*, pensó.

La llegada de varios voluntarios la distrajo. Algunos venían a pie y otros en carromatos jalados por mulas. Los Rakkun, entre gritos, organizaban a la gente para que los Clovek terminaran la última fase del proceso: el ingreso satisfactorio al territorio de Eidyn.

Nótt se fijó en la puerta principal que conducía hacia la Ciudad de Luz. Se encontraba abierta de par en par, así que intentó fisgonear desde la distancia, pero fue imposible ver algo. Las garitas que antes permanecían vacías, ahora estaban ocupadas por guardianes armados hasta los dientes. Los voluntarios descendían de los rústicos transportes para hacer más filas y el ingreso era monitoreado por un grupo de clovek. Varios gritos en la lejanía le indicaron que nuevos prisioneros habían llegado. Distinguió al pelirrojo y lo siguió con la mirada. El sujeto se movía como si fuera el líder. Gritaba a todo pulmón para que sus hombres obedecieran.

Condujeron a los recién llegados a unas pequeñas puertas dentro de la muralla. Supuso que eran celdas provisionales y entrecerró los ojos para detallarlas, pero en eso llegó Aron, tapando su línea de visión.

—Debo marcharme —susurró acongojado.

No logró convencer a Seth para que le permitiera llevarla al templo mientras se recuperaba. Sin poder utilizar magia elemental sobre el clovek, sólo le quedaba resignarse e intentar comunicarse con los Vanir para mediar por ella.

—No te preocupes. Estaré bien. Habla con Sassa y explícale la situación. Eivor tiene la cabeza de ciervo disecada para el señor Rick. No tendrán problemas por un tiempo. Y yo… —Su voz se entrecortó y se mordió el labio inferior para obligarse a callar. Si continuaba, lloraría y no quería hacerlo.

Aron tomó sus manos, notando que ardía en fiebre.

—Me preguntaste si algún día utilicé magia sobre ti. —Hizo una pausa y Nótt lo observó con más intensidad—. Solo lo he hecho una vez. El día que te conocí, cuando sucedió lo de Sassa. Lo siento, pero temo que debo volver a invocarla.

Nótt lo miró intrigada. Aron cerró los ojos y murmuró una serie de palabras que no entendió. De hecho, se parecía mucho al lenguaje antiguo que escuchaba del espíritu de manto blanco. Unas pequeñas chispas hicieron cosquillas en su piel y luego, las manos del athair se calentaron. Aspiró profundo, absorbiendo parte de la enfermedad que afectaba los pulmones de Nótt y, enseguida, tosió.

—¿Qué hiciste? —preguntó preocupada. Se sentía mejor, pero los labios del athair se tensaron junto con la expresión de su rostro.

—Vendré mañana a visitarte. —Fue lo único que respondió. La besó en la frente y se alejó de allí con paso lento.

—Y bien, cazadora. Así que lo que decías la otra noche era cierto —dijo Seth, pero Nótt no contestó. El clovek sonrió al ver que la intimidaba y se giró para que uno de sus hombres se acercara—. Lleva a este ratón con los demás prisioneros —espetó con voz gruesa.

La noche era demasiado fría. La prisión donde los mantenían confinados quedaba bajo tierra y solo tenían una pequeña ventana en la parte superior que permitía el ingreso de la luz exterior. Los prisioneros que se encontraban allí estaban tan agotados por el largo viaje que se mantenían en silencio. El mutismo los acompañaba bajo la mirada fortuita de uno que otro sujeto, que observaba a Nótt con curiosidad. La fiebre parecía haber disminuido y se sentía mejor, pero el aire gélido se colaba por la rejilla superior, impidiéndole descansar.

—No pongas esa cara. No puedes hacer nada, solo aceptarlo —susurró una chica con voz ronca y se sentó a su lado—. Lo único que me emociona es que, en poco tiempo, exploraremos las tierras mágicas de Eidyn. Si tenemos suerte, podremos conocer el bosque de Urth. Las leyendas que hablan sobre él son escalofriantes. Aunque de pronto, ni siquiera lleguemos allí.

Su hediondez hizo que Nótt arqueara un poco la nariz con disimulo. Reconoció su abrigo de piel de oso y, aunque le quedaba pequeño, lo lucía con orgullo. Enseguida supo de quién se trataba. Era la misma joven que había ayudado días atrás.

—¿Por qué estás aquí? Espero que no sea por mi culpa —continuó después de acomodarse. Se estiró con pereza y bostezó.

—Hice algo que… —calló mientras pensaba si valía la pena contar la verdad—. Solo estoy aquí y ya.

—¡Ah! Ya veo. La intransigencia de los Clovek y su amor ciego por las leyes de los Vanir te condenaron a este lugar. Su política es como para vomitar. —Puso sus ojos en blanco. Extendió el brazo para saludarla—. Gracias por lo del otro día. Soy Lys y también vengo de Kintyre.

—Un gusto, pero me temo que no soy de allá. Nací en Galt y siempre he vivido en el pueblo. Aunque me hubiera encantado conocerlo. —Estrechó su mano.

—¡Shhh! —Alguien en el fondo pedía un poco de silencio.

—¡Oh! Es que pensé… Tus facciones son… —calló por un momento—. En serio, ¿no eres de allá? Es que tienes cara de ser uno de nosotros.

—Mi mamá venía de un pequeño asentamiento en el norte, al otro lado del estrecho de Brijan. Aunque, en realidad, no sé si era del pueblo de los Trayk o uno más lejano. Tuvo que marcharse cuando yo era muy pequeña.

—¡Ah! Eso lo explica todo. Temo decírtelo, pero tu papá no pintó ni un poquito —rio con pesadez—. Me alegra que podamos congeniar. Soy cazadora igual que tú. Si quieres algo positivo de todo esto, saber defenderse; es un punto adicional para nosotras. —Sonrió mostrando los dientes.

—¡¿En serio eres cazadora?!

Lys asintió.

—¿Pueden cerrar la boca? —bramó un sujeto a varias varas de distancia y las chicas se miraron.

—Me llamo Nótt —murmuró lo más bajo que pudo.

—Bonito nombre. —Se acomodó en el suelo y suspiró con dramatismo. Estiró los brazos, lista para dejarse abrazar por el mundo onírico, y la miró—. Espero que nos vaya bien. Tenemos madera para lo que nos espera. Aunque… ¡Quién sabe! Nadie conoce lo que hay al pasar el muro.

Nótt asintió y la vio cerrar los ojos. Así que se tumbó a su lado y regresó la mirada a la pequeña rendija que la comunicaba con el exterior. La luna llena se veía hermosa y apretó la boca. Deseó estar en la taberna de Kasper para tomar una enorme copa de licor de Kaski. Esa noche, realmente lo necesitaba.

14
El Templo

Al entrar al templo, Aron retiró la capucha de su cabeza y respiró profundo. Atravesó los pasillos con la mirada perdida entre las losas. Jugaba con el colgante de su cuello, mientras cavilaba sobre la manera de salvar a Nótt de las garras de los Clovek. Lo único que podía hacer por ahora era hablar con los Vanir, y aunque estaba cansado, lo intentaría. Tenían que escucharlo. Cruzó una de las esquinas del pasillo que conectaba con la cámara principal y entró en ella. El ambiente impregnado de olor a menta y un poco de nuez lo embriagó como siempre. Frenó en seco; varios de sus compañeros se encontraban meditando en el fondo, muy cerca de la pira central. El grupo permanecía con los ojos cerrados, mientras controlaban pequeñas esferas de fuego. Las chispas azul-violeta los envolvían de pies a cabeza, por lo que Aron dio un paso hacia atrás para no interrumpir. Lo que tenía que discutir debía ser en privado. En ese momento tropezó con Odalis, la sacerdotisa ingresaba a la sala para unirse con sus hermanos.

—Discúlpeme —espetó con solemnidad.

—No se preocupe, Ek Aron. —Se flexionó a modo de saludo y lo miró fijamente—. ¿Se siente bien? Lo veo agotado, como si tuviera fiebre.

—Un poco —admitió con una ligera sonrisa de complicidad. Aún lidiaba con la enfermedad que absorbió de Nótt, pero no podía darse el lujo de descansar. No, por ahora.

—Buscaré a alguien para que lo acompañe a su recámara y enviaré a varios sanadores más tarde.

—Primero debo hablar con los Vanir. —Miró de soslayo a sus compañeros.

—Claro. De inmediato solicitaré que desocupen la sala.

Apenas la mujer terminó de hablar, los espíritus detectaron su presencia. Reptaron hacia ellos, a la par de que sus hermanos salían del trance y abrían los ojos.

—Disculpen mi interrupción —dijo Aron, manteniendo el tono sereno para que no notaran la ansiedad que gobernaba su cuerpo—. Pero es urgente que me comunique con los Vanir.

—Desde luego, nosotros ya terminamos aquí —aseguró el más alto del grupo y salió después de despedirse con una ligera reverencia.

A él le siguieron los demás, inclinándose ante el Ek de su hermandad. Unos minutos después, quedaron solos.

—Tómese su tiempo —dijo Odalis, viendo como los espíritus envolvían el cuerpo de Aron—. Más tarde pasaré a verlo. Desde acá, puedo sentir la enfermedad que lo aqueja.

—Lo sé —convino Aron y sonrió—. Te lo agradezco mucho.

La mujer hizo una reverencia y cerró la puerta. Enseguida, el ambiente se tornó tan gélido que el vapor de agua se escapó por los labios de Aron. Se giró en redondo y su boca se curvó mostrando una sonrisa cargada de nostalgia. Se acercó a la hoguera que siempre se mantenía encendida para traer la calidez que tanto hacía falta en Galt y murmuró algunas palabras en lengua antigua. El tono miel se acrecentó en sus pupilas, y las chispas azul-violeta brillaron de manera incandescente. La sala obedeció a sus designios y mutó. Ante él, la figura del zorro ártico devorando una serpiente desapareció, al igual que los candelabros a nivel del suelo. Poco a poco, la oscuridad que albergaba el templo de los espíritus se esfumó, para dar lugar a un espacio amplio cargado de luminosidad.

A través de los vitrales observó el inmenso valle de campos verdes, que contrastaba con el cielo azul celeste que se fundía en el horizonte. Aron, sin dejar de sonreír, disfrutó por un momento del paisaje. Llevaba más de tres inviernos, desde que se instaló en Galt, que no tocaba las puertas de su casa.

—¡Aron! —gritó Isak, uno de sus mejores amigos. Se separó del grupo con el que estaba conversando para acercarse a saludarlo. Lo abrazó con efusividad y el athair le correspondió de la misma

manera—. ¡Qué grato verte! Desde que estás en ese pueblo, sabemos muy poco de ti.

—Es que la mayor parte del tiempo vivo ocupado. La gente necesita de nuestras palabras de apoyo. —Se disculpó y empezó a desabrochar las correas que sostenían su gabardina de cuero. La temperatura allí era diferente.

—Siempre has tenido el corazón más grande que cualquiera. —Lo palmeó en el hombro, mientras Aron retiraba su abrigo—. Yo no sería capaz de abandonar a mi gente para estar con los mortales. De hecho, los Athair nos estaban hablando de lo que pasó esta tarde.

Aron levantó ligeramente la mirada; le sorprendió el comentario. Las noticias volaban en Galt y pensó en Sassa. Terminó de deshacerse de su vestuario de invierno mientras se prometía visitarlas más tarde.

—¿Cómo se llama la mortal? La culpable de que nos abandonaras.

—Nótt.

—¡Ah, sí…! Oscuridad —murmuró pensativo.

Aron negó con la cabeza. No quería discutir; tenía prisa.

—Quiero verlos. ¿Dónde están? —disimuló para que no notara su molestia por el comentario.

—¿Dónde crees? En la cámara principal. Desde que ella llegó a nuestras vidas, Helmi está patas arriba. Eirik escucha con atención todo lo que dice y el consejo se reúne infinidad de veces, por lo que es muy raro que salgan de allí.

Aron asintió y se dispuso a partir, pero Isak lo detuvo con el brazo. Varios destellos luminosos se disiparon a su contacto.

—No creo que esté interesado en escuchar los problemas de esa chica. Hay cosas más importantes en estos momentos.

—Ya lo veremos. —Dio varios pasos y de pronto se detuvo. Se giró para verlo—. A propósito, no es oscuridad.

—¿Qué?

—Nótt. Dijiste que significaba oscuridad, pero no es así. —aclaró y, sin esperar a que su amigo respondiera, se deslizó por los pasillos de Helmi, la capital de los Vanir.

Para Aron, cuando estaba en casa, era un juego de niños utilizar la magia elemental que otorgaba su ascendencia. De hecho, en comparación con los demás, él fue el primero en dominarla con tan solo cinco inviernos. Mucho más rápido que las eminencias que ahora hacían parte del consejo. Debido a esa virtud, su presencia nunca pasaba desapercibida. No fue sencillo avanzar hasta la cámara principal. Cada tanto, se encontraba con viejos conocidos que lo saludaban y que, de paso, le preguntaban por él y su vida en Galt. Vivir entre mortales durante tanto tiempo generaba mucha curiosidad para cualquier Vanir, y más si se trataba de él. Todos sabían que en el Cinturón de Arenisca, la protección que ofrecía la magia era menor.

Se introdujo por el último pasillo con paso lento, sumido en sus cavilaciones. De pronto, la urgencia con la que había deseado verlos menguó. Las palabras de su amigo comenzaron a hacer mella. Tal vez tenía razón y lo que sucedía con Nótt no era tan importante.

A su derecha, una enorme columna de energía orgánica se erguía en medio del valle. La abrazaba un bosque de árboles viejos, que se alimentaban de su poder. Las ramas y hojas se entrelazaban sobre el torrente de luz azul-violeta que bajaba del cielo. Lo absorbía, por lo que el flujo descendía a gran velocidad a través de la columna alimentando las profundidades de la tierra. Aron lo contempló por un momento; siempre le pareció interesante ver cómo el color de la parte superior cambiaba en la medida en que descendía. Cuando tocaba los campos verdes, era tan cristalino como una piedra preciosa. La torre de fuego gélido purificaba el aire, por lo que era uno de los principales símbolos de su pueblo. De no ser por ella, los Vanir no existirían. La inmortalidad se debía a su energía.

—Es un milagro verte de regreso. —Una voz melodiosa, tan dulce como el canto de un ruiseñor, interrumpió sus pensamientos—. Me dijeron que habías llegado, pero no lo creí. Por eso salí a buscarte y mira que te encuentro.

Aron sonrió nervioso.

—¿Sucede algo? —dijo ella.

El joven abrazó a su madre, quien le correspondió con un beso en cada mejilla.

—No lo sé. —Dudó, pero enseguida recordó las premoniciones que lo condujeron a Galt y la miró—. ¿Cómo has estado?

—Nerviosa —confesó—. Todo este asunto no me deja dormir bien. Aun no puedo creer que sean tan osados como para acabar con todo lo que hemos conservado por siglos.

—Que nadie te escuche, Ottilia. —Un hombre de voz profunda se acercaba con los brazos abiertos—. Si los demás escuchan que una de nuestras mejores guerreras habla en ese tono, todo se irá a pique —. Ven acá, muchacho. Los Vanir te dan la bienvenida.

Eirik lo abrazó con fuerza en medio de varias carcajadas. Siempre lamentó que Aron no estuviera en Helmi, porque al igual que su madre, era excelente con la espada. Los recién llegados lucían túnicas largas, con protecciones que mostraban un sello muy particular; el zorro ártico era abrazado por la torre de fuego gélido. Salvo por esto y por una espada que se soportaba a la altura de la cintura por un grueso cinturón de cuero, podría decirse que el traje era igual al de Aron.

—¿Qué te trae por acá? —preguntó al intuir el movimiento incómodo de su visitante. Puso la mano en el pomo de su arma y sonrió ampliamente—. ¿No será que te preocupa lo que le sucede a esa mortal?

Aron alzó la ceja. Las noticias se movían más rápido que la pólvora en Helmi.

—Quiero ver al consejo de magos en pleno.

—Hoy es imposible, hay algo urgente que estamos tratando.

—Nótt está del otro lado y debemos sacarla de allí —intervino al ver que Eirik tenía intenciones de partir. El hombre de barba espesa y ojos verde miel se giró para verlo. Su expresión se endureció por un momento.

—Mira… El plan está en marcha y no podemos suspenderlo porque una mortal infringió la ley —explicó y Aron asintió renuente con un ligero gesto.

—No es alguien cualquiera. De hecho, dudo que sea mortal.

—Con que esas tenemos. —Se irguió para encararlo—. Solo porque tuviste una premonición sobre ella no la hace diferente.

Aron dibujó un rictus de incomodidad.

—Lo sé, pero en los tres inviernos que llevo viviendo en Galt he podido notar que su actuar es… —calló por un momento mientras pensaba.

—Irreverente con nosotros.

—Nótt parece una devota —respondió enseguida.

—Pero no lo es —contraatacó—. Irrespeta todo lo sagrado de nuestro pueblo, incluyendo a los Kvasir.

—Los espíritus primigenios le susurran al oído.

—¿Eso dijo? —preguntó burlón.

—Sí —respondió intentando mantener la calma. No le gustaba el tono que utilizaba Eirik en la conversación, porque no estaba viendo la gravedad del asunto—. Lo he analizado y creo que es otra cosa. Pienso que el que lo hace es uno de los nuestros —denunció—. Alguien le está hablando en lengua antigua.

—¿A qué te refieres? —Eirik arqueó la ceja—. ¿Entiende nuestro idioma?

—No, pero logra escucharlo.

—¿Alguien más sabe sobre esto? —Esta vez la pregunta iba dirigida a varios hombres y mujeres que salían de la cámara principal.

El grupo de consejeros se miraba. Los ojos curiosos recorrían los rostros de unos y otros, negando con la cabeza.

—Tendré que investigarlo —anunció el líder con voz gruesa.

—Hay otra cosa. —Aron volvió a intervenir—. Se supone que íbamos a ser discretos. Entonces, ¿por qué enviaron a Kiel de regreso?

—¿A quién?

—A Kiel. —Hizo una pausa esperando que Eirik lo recordara, pero al ver que no lo hacía, continuó—. Fue su amigo de infancia. Lo reclutamos en Galt hace siete inviernos. Nótt presenció el desvanecimiento y por mucho tiempo pensó que estaba muerto… hasta ahora.

—No sé nada de eso —respondió el líder preocupado y volvió a mirar a los consejeros.

—Se lo encontró en la plaza y lo reconoció enseguida.

Eirik se enderezó un poco. Reflexionaba.

—Los envíos empezaron hace varias lunas —comentó una de las mujeres del fondo—. No sé a quién te refieres, pero si ese tal Kiel está con los guerreros, debió haber sido por una buena causa. Creo que estás haciendo una tormenta en un vaso de agua.

—Conozco al muchacho —intervino Ottilia—, y si me hubieran preguntado, nunca lo hubiera enviado a una misión tan importante como esta… Ese chico tiene problemas con el alcohol.

—¿Qué dices? —Eirik soltó una carcajada—. Si evaluamos a nuestros guerreros por el licor que consumen, no iría ninguno.

Las risotadas se escucharon en todo el pasillo.

—No te preocupes, hijo —mencionó Eirik, colocando su mano en el hombro de Aron—. Averiguaré de qué se trata todo este asunto. En cuanto a la mortal, no puedo decir lo mismo.

—Es igual de importante. Escucha la lengua antigua y, además, alguien de nosotros la visita.

—Es de los pocos en Galt que se atreve a cazar en el bosque Huldrefolk —interrumpió Ottilia de nuevo—. Es normal que se encuentre con los nuestros a diario. Tal vez solo los escucha hablar. Coincido contigo en que es raro, pero, fíjate que no entiende lo que dicen. Eso ratifica que es una mortal.

Aron se quedó callado.

—Mira —dijo Eirik sin dejar de apoyar la mano en el hombro de Aron—. Entiendo tus preocupaciones. La conversación que tuvimos el día que nos revelaste lo que veías en tus premoniciones no la he olvidado, y por eso estás en Galt. Te enviamos con el título de Ek para que pudieras moverte sin tener que darle explicaciones a la hermandad de los Athair, pero te repito lo que te dije ese día: lo que sucede con los mortales no es un asunto que le concierne al consejo.

—Se supone que fuimos dotados de magia elemental para ayudarles.

—En propósitos más grandes y no con cada uno de ellos —dijo Ottilia—. Tienes un corazón muy noble, pero ya es hora de que veas las cosas desde una perspectiva más global. Lo que estamos viviendo en este momento requiere de toda nuestra fuerza como raza. La historia no puede volver a repetirse.

Aron los observó con sus labios crispados de molestia. No estaba de acuerdo con ninguno de ellos. Si Nótt no era importante, entonces, ¿por qué su rostro apareció mucho antes de conocerla?, ¿por qué era capaz de escucharlos? Y lo más inquietante, ¿quién se mostraba ante ella?

—Quédate —propuso Ottilia con sus ojos brillantes—. Si la chica ya no está en Galt, no tienes por qué quedarte tan lejos de casa. Necesitamos luchadores como tú y desde acá podemos protegerla.

—No somos guerreros, sino magos —clarificó alzando la voz—. Además, mi misión en Galt no ha acabado; quiero averiguar un poco más para ayudarla. Seré su enlace, si así lo desean.

—Acepta mi propuesta.

—No, lo siento. —Se movió incómodo en el puesto—. Debo partir. Me comunicaré con ustedes cuando tenga un poco más de información.

—Pero…

—Déjalo —dijo Eirik—. Confío en ti y sé que actúas con base en tus convicciones. —Aron asintió—. Regresa a Galt; es verdad que necesitamos a alguien de confianza en ese pueblo. Además, por ahora debo averiguar más sobre lo que nos contaste.

—¿Hablarás con ella? —Ottilia preguntó con cierto deje en la voz. Se refería a la recién llegada que tenía patas arriba a toda la ciudad.

—Lo haré —prometió y se marchó con el semblante serio.

Parte de sus consejeros lo siguieron como si fueran la cola de un gran dragón. Murmuraban entre ellos; era imperativo encontrar la rueda suelta antes de que afectara la operación.

15
Edvard

Los días transcurrieron con lentitud, mientras la salud de Nótt desmejoraba. Aron no regresó y empezó a extrañarlo; hubiera querido tener noticias de Sassa y Anne. Cuando respiraba, un dolor intenso se colaba por su pecho. Los escalofríos la hacían estremecer a causa de la fiebre, por lo que se movía poco. Aunque, pese a sentirse débil, no dejó que su energía decayera, sobre todo porque la comida en ese lugar era escasa, y los hombres más grandes y fornidos se apoderaban de la mayoría. Lo peor era que entre tantos prisioneros no había logrado identificar a Kiel, o al que ella creía que era su amigo. Vivían amontonados, ocultos entre las sombras como si se hubieran resignado a su destino. Su enfermedad entorpecía su búsqueda y eso la mortificaba.

Esa mañana, la puerta de metal, que los mantenía aislados del mundo, se abrió de repente. Uno de los guardianes entró con su lanza de cuarzo activada. Eso hizo que los que estaban más cerca se retiraran con premura. La luz del exterior los encandiló de inmediato. Se taparon los ojos mientras la silueta avanzaba en la dirección de Nótt. La chica se dio cuenta muy tarde y no tuvo tiempo de reaccionar. El hombre la atrapó por el brazo y la levantó como si fuera una almohada de plumas. La sacó de allí entre trompicones, bajo el murmullo de los demás que no se atrevían a intervenir por miedo a represalias. Nótt evitó hablar y apretó la mandíbula mientras le seguía el paso. El esfuerzo que le imponía el clovek le corroboró lo débil que estaba. Cayó al suelo, pero el sujeto la levantó con premura y continuó la marcha sin dejar su expresión pétrea.

El olor a moho era fuerte, y pequeñas lámparas de gas mostraban la cadena de túneles que se abrían a su paso.

Permanecían bajo tierra, eso estaba claro, pero Nótt no lograba ubicarse. El hombre se detuvo por un momento, mientras solicitaba autorización para ingresar por una de las puertas. Al girarse la cerradura, sus pupilas se centraron en el entramado de follaje negro que se movía en espiral. El sello representaba la vigilancia constante de la ciudad de Eidyn hacia el mundo.

Les permitieron el acceso, y el hombre que la escoltaba la introdujo a una habitación casi a rastras. De la misma manera como entró, se retiró sin hacer ruido. Así que Nótt se quedó sola, con la mirada puesta en el vacío y con el pecho oprimido de temor e impotencia. Respiró profundo para contenerse, no podía flaquear. Debía sobrevivir si quería volver a ver a su familia algún día, pero en medio de la oscuridad sus emociones pujaban por salir. Recostó su espalda contra el muro y se escurrió hasta que sus piernas tocaron el suelo. Los minutos corrieron con lentitud, y la ansiedad de lo inesperado la estaba volviendo loca. Detalló la cámara donde se encontraba para distraerse. No era muy grande y parecía un viejo templo de oración. De hecho, en el fondo se erguía una réplica de los cinco kvasir de menor tamaño. El misticismo aumentaba, gracias a los rayos de luz que se deslizaban por el techo, y Nótt los miró apretando la boca.

—No vas a llorar. —Se prohibió cuando sintió las lágrimas pugnar por salir—. No lo vas a hacer.

Inhaló una buena bocanada de aire, para reprimir los gritos de rabia e impotencia. Levantó el rostro; necesitaba distraerse para dejar de pensar. Buscó el juego de luces y sombras que había visto y observó el techo. Una decena de pequeños agujeros permitían que la iluminación cubriera las estatuas. Los contempló por un momento, pero el susurro de algo en el fondo llamó su atención. Escudriñó las sombras y dio un respingo cuando el ambiente se tornó tan gélido como el peor día de invierno.

«Están aquí, así que quédate quieta».

Una estela blanca con miles de chispas azul-violeta raptó hacia su encuentro. La alcanzó en solo unos segundos, levantándose enfrente de ella. Nótt lo reconoció y el miedo cruzó su rostro. Murmuró como siempre, por lo que apretó la boca indispuesta.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, pero nadie respondió.

El silencio la cubrió de pies a cabeza, junto a las chispas que acariciaban su piel. Dos figuras entraron al cuarto y la magia desapareció al instante.

Uno de ellos avanzó con paso lento, por lo que Nótt se colocó de pie de una vez. Se mantenía alerta, por si debía defenderse. Buscó en vano su preciada daga, pero no la encontró y cerró el puño con fuerza. Estaba dispuesta a cualquier cosa de ser necesario.

El recién llegado se colocó bajo los rayos de luz y, de pronto, se detuvo. Nótt detectó su mirada de angustia y respiró profundo.

—i¿Xander?! —Avanzó un paso.

—Lo siento, Nótt. Todo esto es un error. Desmentiré lo que mi hermana dijo y saldrás libre. No puedes estar aquí. No, tú…

—¿De qué hablas? Mejor regresa.

—Te dije que era una mala idea —espetó el segundo hombre que se mantenía oculto entre las sombras—. Podría ser contraproducente para ella y para ti.

—¿Aron? —lo reconoció enseguida y se dirigió a su encuentro—. ¿Estás bien? —Tocó su rostro—. Me preocupé mucho cuando no volviste.

—No fue fácil. Seth está obstinado con mantenerte aislada. —Sonrió a modo de saludo y retiró sus manos con delicadeza—. Tienes fiebre. —Notó enseguida.

—Ya pasará. —Desestimó y Aron levantó las cejas.

—Nótt… —murmuró Xander desde atrás.

—Es mejor que lo escuches —convino el Ek con voz queda—. O no me dejará en paz y me tiene con los pelos de punta.

Nótt contempló los ojos color miel de Aron por un momento. Había miedo en ellos y suspiró. Se sentía terrible, nunca fue su intención lastimar a nadie.

—Nótt…

Miró de soslayo a Xander, que parecía implorar. Así que se giró para enfrentar a su amigo de infancia.

—Estaré bien, no te preocupes. Mejor vete a casa.

—Lo lamento mucho, nunca pensé que mi hermana te delataría.

—Ya…

—Le conté todo porque tenía que desahogarme con alguien.

—No quiero que te disculpes…

—Ese día mataste a uno de los lobos —soltó de repente con expresión seria y tragó saliva—. Te conozco como la palma de mi mano; así que enseguida supe que me ocultabas algo. Regresé cuando Revna se marchó y lo encontré. No había duda, el tiro era limpio y solo conozco a dos personas que pueden hacer algo así. Tú eres una de ellas. —Se movió incómodo en el puesto.

—¿Lo desenterraste solo para ver si era mi tiro? —bufó incrédula.

Xander no contestó. Estaba demasiado abrumado para pelear con ella. Nótt lo notó, entonces se acercó y tomó sus manos.

—No voy a culparte por esto. —Su voz era calmada. Durante el tiempo que llevaba encerrada, comprendió que fue ella quien derramó sangre en las aguas sagradas de los Vanir. No tenía por qué reprocharle algo—. Fue mi error y por eso estoy aquí.

—No, no lo entiendes. Mi trabajo estaba en juego y mi familia depende de lo que cosecho. Intenté evadir mi responsabilidad con lo de los lobos, pero no lo pensé bien. Temo que no resultó como lo esperaba. —Miró para otro lado, avergonzado; su disculpa no estaba saliendo del todo bien. Tragó saliva; había confesado sin querer.

Nótt lo miró y sonrió nerviosa.

—Mejor ten cuidado.

—Perdóname.

—Solo vete. Seth puede cambiar de opinión e indagar un poco más… No quiero que te encierren a ti también.

—Nótt, lo siento tanto.

—Vete. —El Ek lo tomó del hombro y lo miró con un brillo anormal en sus ojos. Luego hablarían sobre lo que sucedió en el muro—. Ya dijiste lo que querías, así que déjala. No nos dieron mucho tiempo.

Xander se quedó un momento más sin saber muy bien qué hacer. Salió cabizbajo, arrastrando la culpabilidad a cada paso. Ella lo vio partir y respiró profundo. Tal vez nunca se volverían a ver.

—Hay una persona más que vino a visitarte —anunció Aron y se dirigió a la puerta.

Nótt entrecerró los ojos. Enseguida, su madre adoptiva entró y corrió para abrazarla. Aron se alejó de nuevo para darles privacidad, volviendo a la protección de las sombras.

—¿Qué haces acá? —preguntó Nótt, preocupada—. No debiste venir. Seth puede estar merodeando por ahí.

—Tenía que verte —respondió Sassa entre murmullos. Estaba nerviosa, pero su hija era primero—. No podía dejar que mi pequeña se fuera sin despedirse.

—Estaré bien —dijo y enseguida intentó tomar las riendas de la situación—. Recuerda que Eivor tiene la cabeza disecada del ciervo. Dásela al señor Rick. Hice un trato con él y…

—Lo sé, Eivor me lo dijo. No vine por eso. —La abrazó para luego besar sus mejillas—. ¿Cómo fue que sucedió lo del lobo?

—Porque soy una imprudente e insensata, como siempre —respondió con voz queda.

Volvieron a abrazarse entre sollozos.

—Dale un beso a Anne de mi parte y dile que lo siento muchísimo. Prometo regresar.

—Mi niña. —Sassa acarició su rostro. Nadie volvía de Eidyn y menos si ibas como prisionero.

—Regresaré. Conseguiré la manera de hacerlo —enfatizó y Sassa asintió—. Perdóname, repetí la historia de mi padre.

—No digas eso. Edvard fue una buena persona, igual que tú. Su condena fue injusta. —Nótt ladeó la cabeza—. Él te amaba.

—Nunca me habías hablado de él. ¿Su nombre era Edvard?

—Sí. —Hizo una pausa—. Le prometí a tu madre que no te diría nada, pero creo que no vale la pena guardar el secreto. Tienes derecho a saber. —Nótt contuvo el aliento sin querer y Sassa sonrió —. Tú y tu madre fueron las personas más importantes para él. Su único pecado fue traer a este mundo una hermosa criatura sin permiso del consejo.

Nótt abrió los ojos. Su corazón pareció detenerse por un segundo.

—¡¿Fue por mí?! ¿Fue por eso que lo encerraron?

Sassa asintió y acarició su rostro.

—Naciste una noche clara cargada de estrellas en medio del bosque Huldrefolk. Tu único testigo fue la luna llena; nadie debía saber de tu existencia. Tu madre quedó embarazada sin el consentimiento de los Vanir. No fue a propósito, simplemente quisiste nacer. Así que tus padres tuvieron que ocultarte por mucho tiempo.

—¿En el bosque?

Sassa asintió y permaneció en silencio por un momento. Nótt miró al suelo; el recuerdo efímero de una cueva llegó a su cabeza.

—Fue en vano. Hay gente que odia que los demás sean felices y los delataron. El escándalo en el pueblo fue enorme. Edvard, por ser de Galt fue capturado por los Rakkun y Siriana, desterrada del Cinturón de Arenisca… sin ti.

—¿No me abandonó?

—Nunca lo hizo. Te amaba demasiado, pero no tuvo elección —confesó con un nudo en la garganta. —El secreto a voces debía callarse por el bien de la hermandad y el nuevo régimen.

—¿Los Vanir?

—Creo que esta vez solo fueron los ancianos del consejo, temerosos de que los culparan a ellos también.

Los ojos de Nótt se llenaron de lágrimas, que retuvo con dificultad.

—Todo es una mentira. Siempre he podido irme de Galt; los espíritus no me retienen.

—Así es —confirmó con el corazón apretado—. Eres buena, nunca lo olvides. Heredaste el corazón noble de Edvard y la fortaleza de tu madre ante la adversidad. Cuando te miro, los veo a ambos. —Nótt la abrazó como si volviera a tener ocho inviernos—. Mi puerta siempre estará abierta para ti. Eres mi hija y te amo.

—Suficiente. El tiempo se agotó —espetó uno de los guardias en el umbral de la puerta.

Sassa se retiró aún con el nudo que se formó en su garganta desde el día que supo que Seth la había encerrado. Aron, en cambio, susurró algo al oído del hombre y este le concedió unos minutos más.

—Te traje esto —dijo acercándose. En sus manos sostenía un pequeño frasco de color azul.

—¿Qué es?

—Una mezcla de hojas de eucalipto y menta, con algo de magia elemental —explicó—. Tómalo. Te eliminará el dolor y tus pulmones sanarán.

—¿Quieres que lo haga de una vez?

Aron asintió y ella obedeció en el acto. El sabor amargo hizo que estirara los labios.

—Vaya que sí tiene magia —dijo mareada, pero enseguida se sintió mejor.

—Llévate este también —solicitó el Ek. Cerró con delicadeza su mano y esperó a que lo guardara para continuar—. Hay una palabra que quiero que pronuncies; eso me permitirá volver a ti cuando me llames.

Nótt lo miró fijamente. Aron era alguien especial y, en los últimos días, sus sentimientos hacia él eran confusos. ¿Cuánto tiempo llevaban conociéndose? ¿Una luna… quizás dos? En realidad, no mucho, y aunque no era una devota, siempre estaba a su lado cuando lo necesitaba.

—¿Por qué haces todo esto?

—Es mi deber.

—No. Tu obligación es con aquellos que le rezan a los espíritus.

—Eres… alguien especial para mí —soltó y alcanzó a sonrojarse un poco. Menos mal que la luz era escasa, porque Nótt no se dio cuenta.

—Ya… —respondió incómoda, con su corazón sobresaltado y lo miró por un momento—. Hace unas semanas ni siquiera nos conocíamos. Además, eres un Ek. Alguien muy importante para los Athair y yo no hago parte de tu hermandad. No soy una devota y nunca lo seré. No creo en los cinco Kvasir y aborrezco el dominio de los Vanir en los pueblos del Cinturón de Arenisca. Me molesta que quieran imponerse con magia sobre los mortales. *«Como lo hicieron con mis padres»*, pensó, pero prefirió callar—. No lo acepto y creo que nunca lo haré, porque estamos aquí para vivir, y ellos y su Ciudad de Luz, lo único que han hecho es…

—Shhh. —Aron puso un dedo en su boca—. No sigas. No hables así en un templo.

—¿Por qué? —bufó—. ¿Acaso si digo algo inapropiado, los Vanir me encerrarán como prisionera? —ironizó y botó aire por su boca.

«Deberías hacerle caso. Ellos están escuchando en este momento». La voz en su mente sonaba molesta.

Nótt apretó la boca y miró de soslayo al fondo. Al lugar donde minutos antes aparecieron las chispas azul-violeta.

—Es hora de confesarte algo —susurró Aron—, y creo que no va a gustarte.

16
Vanir



Aron acarició su rostro con la yema de los dedos y Nótt se tensó. No sabía qué le sucedía con él, pero su cuerpo tendía a desobedecer cuando estaban muy cerca. Observó sus ojos color miel, temiendo comprender por qué su corazón galopaba con tanta rapidez. Lo suponía, pero se negaba a aceptarlo. Sobre todo porque Aron era un devoto, un athair.

—Debí decírtelo el primer día que te vi en Galt —murmuró con la voz entrecortada—. Pero todo esto es tan confuso. En realidad, aún sigue siéndolo.

Nótt lo observó en silencio. Aron empezó a caminar de un lugar a otro sin saber cómo comenzar. Su madre había vuelto a comunicarse, pero él la ignoró, así como a todo el consejo que exigía su presencia en Helmi. Nótt se acercó y tomó su mano para calmarlo.

—Estaré bien —susurró—. Soy fuerte igual que mi madre. No dejaré que me dobleguen y regresaré.

—Lo sé, pero será difícil. Aunque, por otro lado, en todo este tiempo que llevo en Galt he aprendido que eres especial. Decidida, temeraria…

—Torpe…

Aron sonrió.

—No es de lo que quiero hablarte. —Se mojó los labios y miró con disimulo hacia la puerta para corroborar que nadie los escuchaba. Tomó aire y soltó las palabras de golpe—. Soy un Vanir.

Nótt abrió los ojos, pero no se movió. El silencio los acompañó por varios segundos. Aron esperaba que ella retrocediera, pero no lo hizo. Lo miraba fijamente sin pronunciar palabras, por lo que decidió continuar para intentar explicarse.

—Te fallé —confesó—. Cuando llegué a Galt, creí que sería más sencillo, pero me equivoqué. Nunca vas al templo, por lo que tuve que indagar un poco más sobre tu vida. Me enteré de lo que sucedió con tus padres y comprendí, en parte, por qué no eras una devota. No supe qué hacer. Era extraño, mis premoniciones me mostraban que eras tú, pero… —Nótt contuvo el aliento y abrió la boca para hablar, pero Aron continuó divagando—. Tú no sabías quién era yo, así que me alejé. Por casi tres inviernos me concentré en mis tareas como athair. Me convencí de que estaba equivocado, hasta el día que tocaste a mi puerta. Esa mañana tuve la misma premonición y, luego, estabas en frente de mí pidiéndome ayuda.

—¿De qué estás hablando…? ¿Un Vanir? —balbuceó.

—Mi mente, por alguna razón que desconozco, lleva tres inviernos trayéndote una y otra vez. Por eso estoy en Galt, porque…

—¿Eres un Vanir? —La voz se entrecortó. Su cabeza se había quedado atorada en aquella palabra.

—No somos lo que piensas —dijo en su defensa, al ver que Nótt retrocedía. —Hay más…

Nótt alzó las cejas para interrogarlo.

—Tú también lo eres. Estoy seguro de eso.

En realidad no lo estaba, pero era la única respuesta plausible a sus preguntas.

—¡¿Yo?! ¿Qué locuras estás diciendo?

—Nótt…

—Ya lo escuchaste. Mi padre era de Galt y murió como un vil prisionero en Eidyn. —Sus ojos se humedecieron—. Mi madre fue desterrada injustamente y ¿dices que soy uno de los tuyos? —Hizo una pausa para tranquilizarse; había comenzado a alzar la voz.

—Déjame demostrártelo.

Aron extendió su mano hacia el frente y tomó la suya. Las unió con rapidez, mientras Nótt intentaba zafarse. Murmuró en lengua antigua palabras que ella no entendió y varias chispas aparecieron. En un abrir y cerrar de ojos, sus cuerpos se vieron cubiertos de una energía azul-violeta que les traía calma. Nótt las detalló bajo una mirada incrédula y, cuando un escalofrío recorrió su espalda,

escudriñó el fondo. Los espíritus la observaban como siempre. Por primera vez, en lugar de asustarse, se molestó.

—Esto es lo que nos une. —mencionó Aron y los ojos de Nótt regresaron a él.

Nótt permaneció en silencio. En su interior sentía que una fuerza tiraba hacia afuera, como si quisieran arrebatarle su alma, y retiró la mano enseguida.

—Los pueblos nos llaman magos. —Continuó Aron, buscando su mirada—. Guardianes de los cinco kvasir y de la Ciudad de Luz, pero somos más que eso.

—Ya… —Sonó insegura.

—La noche que nos conocimos, me di cuenta de que la conexión entre nosotros era fuerte. Ese día, mis dudas se disiparon.

«Por eso me siento tan bien a tu lado», concluyó aún dudosa.

—Creo que eres una de los nuestros.

—No entiendo nada. Ni siquiera tengo magia —ratificó. Pensó en la voz que le hablaba casi a diario, pero no quiso mencionarla.

—Sí la tienes. La percibo cada vez que tomo tu mano, y ahora que estoy más cerca de ti, mis premoniciones han aumentado.

—¿Son sobre el futuro?

—No lo sé, es difícil saberlo. Aunque siempre pides mi ayuda.

—Ya… —Miró hacia el fondo, pero los espíritus se habían marchado.

—La mayoría de nosotros recibimos nuestros dones a muy temprana edad. Algunos los heredamos, pero para otros es diferente, como en tu caso. Que tus padres no sean Vanir, no significa que los espíritus no te hubieran ungido.

«Eso explicaría por qué siempre están rondando tan cerca de mí».

—Sin importar de dónde viene la magia. —Aron continuó—. Los seleccionados por los espíritus se incorporan a nuestro pueblo para ser educados en el conocimiento ancestral y cumplir con el deber de un vanir. Tal vez fue la partida de Kiel la que hizo que se activara la magia de tu interior… La verdad, no lo sé, pero si quieres entender, por qué los escuchas. Esta es la razón.

Nótt miró su mano de una manera diferente.

—No entiendo. Dices que llegaste a Galt por mí. —Sus pupilas regresaron a él—. ¿Venías a llevarme con ustedes?

—He tenido premoniciones contigo desde hace mucho tiempo. Incluso antes de conocerte. Lo comenté con la hermandad y me asignaron en Galt. Tendría que pasar por un athair cualquiera, pero prefirieron nombrarme Ek para que pudiera moverme con más facilidad.

—Pero no soy una devota… —No podía creerlo. Nunca se uniría a ellos. Jamás lo haría—. Y tú eres un Vanir. —Lo mencionó en voz baja y dio un paso hacia atrás. Estaba confundida. Demasiados sentimientos atorados en su pecho.

—Nótt… —Aron la observó con apremio, y el cerrojo de la puerta chirrió—. No queda mucho tiempo. Escúchame con atención. —Tomó sus manos y la trajo hacia él—. Cuando me necesites, susurra esta palabra: *hãmäwy.* —Lo pronunció despacio. Vibrando con fuerza la última sílaba. Era lengua antigua y precisaba que Nótt lo memorizara de manera correcta—. Y llegaré a ti.

—No sé hacer eso. Ya te lo dije, no tengo magia. No soy uno de ustedes. —Se negaba a creer lo contrario.

—Sí la tienes… Está aquí. —Señaló su corazón y un temblor recorrió el cuerpo de Nótt—. Solo hazlo y yo me comunicaré contigo en tu mente.

—Ya… —respondió incrédula—. ¿Así de fácil?

La puerta empezó a abrirse.

—Hablé con varios clovek y logré que te pusieran en uno de los mejores grupos. —continuó Aron con apremio—. Allí no correrás ningún peligro.

—¿De qué se trata?

—Trabajarás en los campos de cosecha de piedras supercalientes —explicó y Nótt alzó las cejas—. La energía se cultiva en áreas inmensas y, cada tanto, es necesario recogerla y transportarla al bosque de Urth. Hasta que encuentre la forma de traerte de regreso, allá estarás a salvo.

En ese momento, el mismo centinela que la trajo fue el que entró. La tomó del brazo y la jaló para llevársela. Nótt miró a Aron

mientras era sacada a trompicones del templo rumbo a su prisión. Tenía el corazón destrozado.

«Un Vanir», pensó y apretó la boca con rabia.

17
Bajo Tierra

Nótt regresó a la celda en silencio, caminando lento por culpa de la fatiga y la enfermedad que le impedía respirar bien. Aunque para ser honestos, las confesiones de Sassa y Aron hacían mella en ella y no podía sacarlas de la cabeza. La de Aron era lo que más le molestaba. No quería nada que tuviera que ver con los Vanir y mucho menos estar obligada a reconocer que le habían ayudado. Pero, por otro lado, era difícil hacerse de la vista gorda cuando él brindaba su apoyo de manera incondicional. Cerró el puño y la pequeña botella se coló entre sus dedos. Suspiró recordando lo mucho que significó su presencia en las últimas lunas. Desde su intervención para salvar a Sassa hasta lo que hizo por Xander y luego por ella, no tenía más que palabras de agradecimiento.

—¿Qué sucedió? —preguntó Lys apenas la vio—. Tienes una cara… Parece como si te hubieras comido un sapo envenenado.

—Tal vez fue eso —murmuró y se sentó en silencio.

Solo quería un minuto para entender lo que significaba todo aquello. Eso de nacer en el bosque bajo el abrigo de la luna llena, o estar rodeada de espíritus primigenios que te visitaban a diario, o escuchar una voz en tu cabeza que no era normal y que mantenías en secreto. Aunque lo más molesto era saber que podías ser parte de los Vanir… —Suspiró—. Aron.

—¿Estás bien?

—Te prometo que saldremos de acá y luego, me marcharé a Kintyre contigo. Lejos de aquí —soltó Nótt en un suspiro.

—Me parece bien —respondió la chica al rato—. Aunque muero por conocer cómo lo vamos a hacer.

Nótt sonrió y respiró profundo. A ella también le gustaría saberlo.

La algarabía del fondo llamó su atención y se levantó un poco para ver más de cerca.

—Son nuevos —explicó su amiga y puso los ojos en blanco de manera dramática—. Llegaron cuando no estabas y no han hecho otra cosa que molestar. Parece que uno de ellos tiene un poco de licor y los demás se acercaron como abejas.

Nótt levantó las cejas. No lo diría en voz alta, pero un buen trago no le caería mal. Se adelantó de espaldas al grupo y husmeó un rato. Jugaban. Unas cuantas piedras y varios palos les permitían apostar lo más preciado en ese momento: la comida. No entendía muy bien cómo funcionaba, pero al menos por un rato consiguió olvidar lo de Sassa y Aron.

—¡Perdiste! —gritó un hombre de tez oscura sobándose las manos. La sonrisa parecía pegada a su rostro.

—Otra oportunidad —solicitó un joven de barba espesa, sin dejar de agarrarse la cabeza.

«Kiel», pensó Nótt, no muy segura.

—No. Ya me debes la ración de dos días —bramó con una sonora risotada, mientras sus compañeros lo aplaudían—. Cualquiera sabe que no soy un abusador… —Volvió a reír con malicia—. Mejor busca otra cosa que hacer. Aquí ya terminaste conmigo.

—Me desconcentré cuando nos trajeron hacia acá. Eso es todo. Puedo recuperarme y…

—No es mi problema —respondió de espaldas a él y dando por zanjada la discusión.

Los demás lo sacaron del círculo. La siguiente ronda ya comenzaba sin él. El joven intentó regresar de nuevo, pero le cerraron el paso. Retrocedió indeciso hasta que chocó de frente con Nótt.

Ella lo miró dudosa y él intentó alejarse de inmediato.

—¡Kiel, espera! —dijo sin estar segura. La barba espesa cubría la mitad del rostro, por lo que era muy difícil distinguirlo, pero sus ojos azules eran inconfundibles.

—¡Déjame! —bramó y echó a andar.

—No —gritó y lo agarró del brazo.

—No vuelvas a tocarme —siseó, amenazante.

—Kiel soy yo, Nótt —dijo, aunque juraría que él ya lo sabía.

La observó en silencio, mirándola de arriba a abajo con la mandíbula tensa.

—Vine a ayudarte —susurró Nótt, pero la frase, en lugar de calmarlo, lo enfureció.

—¡¿Qué?!

—Te sacaré de aquí.

Una carcajada falsa resonó en toda la estancia. Lys, a lo lejos, se levantó enseguida para ver lo que pasaba. Los demás hacían lo mismo.

—No necesito que una mimada, caprichosa e intransigente niñata como tú venga a salvarme —bramó y Nótt abrió los ojos; aquello no se lo esperaba.

—¡Shhh! —Uno de los prisioneros con la cabeza calva intercedió enseguida para que Kiel se callara—. Tranquilízate ¿quieres? —Miró a todos lados.

Pero él, lejos de terminar, continuó gritando.

—¿Quién te pidió que vinieras? Por tu culpa, ellos me apartaron de mi familia y ¿ahora vienes con tus ojos de inocente a redimirte conmigo? —Escupió a su lado.

—¿Te refieres a los Vanir?

—No sabes nada.

—Aquí no, Kiel. —El sujeto calvo lo agarró del brazo y él reaccionó.

Asintió mordiéndose la lengua y regresó sus ojos a Nótt.

—¿Por qué no te quedaste en Galt junto a tu hermosa familia postiza? —ironizó—. ¿Qué pretendías obtener con todo esto, mi perdón? —Acercó su rostro hasta tocar sus narices. Nótt pudo oler su aliento rancio de tomador y apretó la boca—. No te quiero cerca de mí. Así que déjame en paz o no respondo. ¿Entiendes?

Kiel no esperó su respuesta y se giró para irse con el sujeto que lo sostenía.

Nótt lo vio partir desconcertada. Maldijo entre dientes a los Vanir. Todo era su culpa, pero enseguida Aron vino a su mente. Negó con la cabeza; no quería pensar en él. No ahora.

—¿Estás bien? —La voz de su amiga hizo que la buscara con la mirada—. ¿Qué sucedió con esos hombres?

—Me equivoqué —dijo. La confesión le dolía; un nudo hacía trizas la boca de su estómago. Apretó los puños con impotencia y se mordió los labios—. No debería estar aquí.

«Al contrario, estás en el lugar correcto», murmuró la voz de su mente.

—¿¡Qué dices?! —susurró a media voz. ¿Había entendido bien?

—¡Estás temblando!

—Es la fiebre —respondió sin dejar de mirar a Kiel en la lejanía, pero pensando en lo que había dicho la voz de su cabeza—. Es solo eso.

Lys asintió, aunque las manos de Nótt se estremecían demasiado.

—Ven conmigo —propuso y ella se dejó hacer.

18
Käre

Eirik se encontraba solo, caminando de un lado a otro, esperando a que Käre apareciera. El intercambio de información con ella era discreto. El consejo no tenía por qué conocer cabalmente sus planes. Como líder, sabía que era necesario anticiparse a cualquier cosa que amenazara a los Vanir. Desde que subió al poder, asumió el reto de guiar al pueblo con sabiduría y mente fría. Así que no revelaba la mayoría de sus proyectos. En veinte inviernos, siendo la cabeza, callaba por el bien de los suyos. Estaba seguro de que muchos no aprobarían la mayoría de las cosas que hacía, así que para qué contarles.

Las chispas azul-violeta reptaron a ras del suelo. Una silueta difusa se mostró entre ellas y Eirik se giró en su dirección para interpelarla. Sus ojos ámbar se resaltaban, así como la cicatriz en la cara. No podía ser otra más que ella; por fin había llegado.

—¿Por qué enviaste a Kiel con los Rakkun? —preguntó, sin siquiera saludarla.

—¿A quién? —respondió aturdida, pero enseguida ajustó su postura y suavizó la expresión de su rostro—. Me encanta verlo de nuevo, líder Eirik.

—Deja eso para más tarde —refutó, molesto—. Estoy hablando de ese muchacho que reclutamos cerca de los cinco Kvasir.

—Creo recordarlo… —dijo pensativa.

—¡Claro que sí! Tú estabas ahí ese día.

Käre levantó las cejas y, enseguida, sonrió.

—Ah, sí… Nada, sabes que no fui yo. ¿Por qué? ¿Qué sucedió? —preguntó con una curiosidad fingida.

—Me molesta cuando quieren jugar conmigo —siseó con voz gruesa el líder de los Vanir. Ahora tendría que averiguar quién fue—.

La mortal vio a ese joven y ahora es prisionera de los Clovek.

—Si está al otro lado del muro, debe ser porque cometió algún delito.

Eirik la miró sin responder. En eso tenía razón.

—El caso es… —dijo al rato—. Su presencia alborotó el avispero. La chica lo vio y puede complicar las cosas para nosotros.

—Piénsalo de esta manera… Solicitaste hombres que pudieran infiltrarse sin dejar sospechas. Tú bien sabes que ese muchacho es perfecto para el trabajo. Borracho, jugador, sin otra habilidad diferente que maldecir su mala suerte y culpar a los Vanir de todo. —Eirik bufó frente al comentario. No podía contradecirla; todo era cierto. Käre enredó uno de sus mechones color cobre en su dedo y continuó hablando con tranquilidad—. No se preocupe, no está solo. Aunque… lamento que la chica lo hubiera visto.

—Es un desastre —balbuceó inconforme—. Aron estuvo acá para reprocharnos nuestra falta de sentido común. En cierta manera tiene razón. —caminó de un lado para otro en la estancia—. Lo que más me llamó la atención es que asegura que esa joven es una de los nuestros.

—¡¿Nótt, un Vanir?!

El líder confirmó con un gesto tan incrédulo como el que ella hacía en ese momento.

—Eso es imposible. La chica no tiene magia.

—Díselo tú —contestó de inmediato y se alejó un momento para tomar una copa de vino—. Pero está obsesionado con eso. Su madre le pidió que se quedara, pero se negó y regresó a Galt para mirar cómo la salvaba de los Clovek. Para mí, ese muchacho lo que está es enamorado.

—Se lo dije en su momento. Este asunto podía manejarlo sola.

—Era imposible pasar por alto sus premoniciones.

—En eso le doy la razón —dijo. Ella aún no comprendía muy bien esa parte. Pensó que tal vez el momento de hablar con Aron había llegado.

—¿Crees que esto afectará nuestros planes?

—Le haré una visita a los Clovek. Kolbein debe estar esperándome —dijo en lugar de responderle. La expresión de su

rostro apenas se veía entre las chispas azul-violeta que la envolvían. El portal de los Vanir estaba a punto de cerrarse—. Haré lo que sea necesario para solucionar el problema. Confíe en mí, le he demostrado más de una vez que estoy de su lado.

—Lo sé. —Tomó otro trago de vino para calmar la ansiedad y la miró con el semblante serio. El tic de su ojo empezaba a molestarlo y se tocó con la mano para impedir que siguiera—. Nos volveremos a hablar en siete noches.

—Por supuesto. Aquí estaré. —Hizo una reverencia, para luego diluirse en un espiral de chispas que montaba al techo.



La fiebre desapareció con el transcurso de los días. Más y más prisioneros ingresaban a las pequeñas mazmorras donde los mantenían confinados. Nótt volvió a sentirse fuerte; la medicina que Aron le entregó sanó sus pulmones, pero su corazón seguía desaforado después de lo ocurrido. Se sentía aterrada, decepcionada y traicionada todo al mismo tiempo. Kiel permanecía lo más lejos posible de su presencia, por lo que dejó de insistir e intentó olvidarse de él. Con Aron era diferente y, aunque buscaba distraerse, sus pensamientos siempre terminaban en el Ek de ojos color miel que le producía escalofríos con solo tocarla.

Él aseguraba que tenía magia, pero Nótt había llegado a la conclusión de que estaba equivocado. Aunque… ¿Qué ganaba con decirle eso? Y enseguida negaba con la cabeza. No era una devota y mucho menos una de ellos.

«Un Vanir. Aron es un Vanir», recordaba y apretaba la boca. Eso la confundía aún más.

Para completar, después de la confesión, la voz de su cabeza dejó de hablar. Ya no respondía a ninguno de sus cuestionamientos y eso la molestaba. El pensamiento de que solo era un títere al servicio de los intereses de los espíritus comenzó a tomar más fuerza en su interior. Lo que no se perdonaba era que hubiera caído en la trampa no como un melrakki, como le decía Eivor, sino como un

simple ratón de monte. De solo pensar que Seth tenía razón, la rabia la dominaba.

El metal de la puerta chirrió, por lo que sus pupilas se movieron con rapidez hacia la pequeña apertura que comenzaba a abrirse. Sus reflexiones tendrían que esperar; cuando los guardianes hacían presencia, todos tenían que estar alerta. No pudo evitar levantar el brazo cuando la iluminación del pasillo la deslumbró. Alcanzó a ver que la silueta de uno de ellos entró, seguido del murmullo cargado de preocupación de los prisioneros. Llevaba una lanza de cuarzo en la mano, así que los cuerpos malolientes de todos se tensaron. Apenas golpeó al primero, los demás se levantaron de un salto en busca de refugio.

—Ahí viene otra vez. —Se quejó Lys con fastidio, colocándose de pie con pesadez—. Son unos desgraciados.

Ambas se movieron sin chistar. Nótt evitó pasar muy cerca del clovek. El sujeto seguía abanicando el arma de un lado para otro sin tregua alguna. Al salir, el exterior olió a libertad y no pudo evitar cerrar los ojos en compañía de un profundo suspiro. De inmediato se dio cuenta de lo mucho que extrañaba el bosque. Un copo de nieve tocó sus labios y sonrió con amargura. El invierno había llegado y pensó en Sassa.

«Eivor las ayudará», dijo para animarse.

Alguien la empujó y ella miró hacia atrás. Decenas de prisioneros salían entre trompicones al son de los gritos de los guardias. Una gran marea con expresiones de miedo y dolor que se movían con dificultad hacia uno de los carromatos. Nótt sintió que el muro los despedía de Galt y su pecho se contrajo. La travesía a la Ciudad de Luz comenzaba y ella aún no estaba preparada.

Hacinados sin consideración alguna, fueron encerrados como ganado en la más completa oscuridad. De pie, junto a otra decena de personas que susurraban plegarias a los espíritus, Nótt se sintió sola y vacía.

—Parezco la oveja negra de mi familia —soltó Lys con sarcasmo, porque así se sentía. Decenas de personas la llevaban en contra de su voluntad, como si fuera un simple borrego—. Esto es denigrante.

De alguna manera me vengaré. —Alguien tendrá que pagar por lo que me están haciendo —aseveró para sí misma.

Nótt la miró de soslayo sin responder. Se mordía el labio inferior con insistencia por culpa de la ansiedad. La imagen de su pequeña familia regresó y maldijo por lo bajo.

«¿En qué momento te metiste en tantos problemas?», se preguntaba y esperó que la voz de su cabeza hablara, pero nada sucedió.

El carromato comenzó a moverse y varios prisioneros cayeron por culpa de la inercia. Los gritos invadieron el mutismo de zozobra en el que se encontraban. Nótt se sostuvo como pudo de la pared y apretó los dientes. El viaje no sería cómodo.

Horas después el vehículo se detuvo y la tensión la hizo contener el aliento por unos segundos. La puerta se abrió de par en par, y los bramidos desobligantes de los Clovek los hicieron bajar sin contratiempos. Escudriñó el horizonte. Quería saber dónde se encontraba y se sorprendió al no ver ninguna montaña cerca. Los nevados de Rhös al oeste de Galt eran historia. Ni siquiera el bosque Huldrefolk podía vislumbrarse desde allí. La temperatura dejó de ser fría, por lo que levantó las cejas, asombrada. La bóveda azul-violeta del cielo se mostraba resplandeciente, como si estuvieran en pleno verano y no en invierno. No podía creer que se hubieran alejado tanto. Sin embargo, el paisaje era muy diferente al lugar donde creció.

Estaban en medio de lo que creía que era un puesto militar. La arquitectura era tosca, edificios fabricados en paredes de piedra caliza, con escasas ventanas. Todos poseían terrazas en la parte superior, de donde se asomaban los centinelas. Las calles polvorientas formaban una cuadrícula perfecta, que concluía en una plaza central. Fue allí donde los empezaron a acomodar.

Nótt se centró en la parte superior de las edificaciones. Varios guardianes les apuntaban con arcos, mientras que los que estaban junto a los prisioneros gritaban a todo pulmón, para que el grupo maloliente obedeciera.

—Nos mueven de un lado a otro como borregos —se quejó Lys, recogiéndose el cabello con una cola alta y mirando hacia el cielo—.

El sol es insoportable.

—¿No te parece extraño?

—¿Qué cosa?

—El clima. —Desabrochó su abrigo de cuero mientras seguía a los demás. El sudor empezaba a perlarle la frente.

—Pensé que te referías a la cordialidad con la que nos atienden. Me siento halagada —dijo poniendo sus ojos en blanco, mientras Nótt la miraba sin evitar sonreír.

Respiró profundo. No era que estuviera mal un poco de calidez, es que le atemorizaba pensar que se encontraba tan lejos de casa.

Los obligaron a hacer filas de veinte prisioneros, por lo que ellas se movieron para quedar en el mismo lugar, pero el hombre de cabello rojo se hizo al lado de Nótt. La agarró del brazo y la jaló con fuerza.

—Deja eso ahí. —Señaló su abrigo—. No lo vas a necesitar.

Nótt obedeció a regañadientes. ¿Qué otra opción le quedaba?

Su amiga la vio partir, haciendo una mueca desagradable con su boca, y ella la instó con los ojos a que se mantuviera tranquila.

—¿A dónde me llevas? —preguntó, mientras la unían a una fila un poco más lejos—. ¿Por qué en esta y no en la otra?

—Irás a las cosechas —espetó sin mirarla—. Y es mejor que te calles. Agradécele a tu novio que me ofreció una buena paga, de lo contrario… Según Seth, eres cazadora, así que me encantaría probar de qué eres capaz. —Sonrió con su boca desdentada y se marchó.

La dejó junto a un grupo de personas más viejas que ella. Algunos incluso su cabello ya se teñían con varias canas. Contempló al pelirrojo y pensó en Aron. Negó con la cabeza; quería olvidarlo aunque no sabía cómo. El ruido con la pierna metálica del líder clovek llamó su atención. El sujeto era de contextura robusta, por lo que intuyó que aquel elemento debía proporcionarle más velocidad de la normal. Era común ver semihombres entre los centinelas.

Desvió su atención a donde se encontraba su amiga. Le hubiera gustado que Lys la acompañara, pero por la manera como todo se movía, parecía imposible.

El sol se alejó de su cenit y las sombras de los muros comenzaron a alargarse hasta tocar la punta de sus botas. Los

guardianes, además de inspeccionarlos, les preguntaban cosas para cambiarlos de fila. La estrategia se repitió una y otra vez hasta que se encendieron varias hogueras alrededor de la plaza. La noche los cubría con su manto y el agotamiento comenzaba a manifestarse en el malhumor de todos. Con sed y sin haber ingerido nada para calmar sus estómagos, los prisioneros se amotinaban bajo el yugo asfixiante de los centinelas. En eso, varios gritos cargados de cólera sacaron a dos hombres entre empujones al centro de la plaza. Los ojos inquietos de decenas de personas se clavaron en los dos desafortunados.

—¿Qué sucede? No alcanzo a ver —susurró uno de los prisioneros detrás de Nótt.

—Van a pelear. —Fue una mujer un poco más adelante la que contestó.

—¿Por qué? —Nótt formuló la pregunta, sin dejar de empinarse para lograr escudriñar las sombras que se movían a más de quince varas de distancia.

—¿Acaso necesitan una razón?

—Según escuché, cuando ven a alguien con potencial, les gusta comprobarlo. Quieren conocer qué tan buen luchador es y… ya saben, si tiene agallas para matar. —Un tercero intervino en la conversación.

—No tiene sentido. Eso está prohibido —soltó Nótt, dudosa. Cualquier cosa que estuviera relacionada con la violencia estaba vetada.

—¿Para quién? —El viejo la miraba con el semblante serio. Parecía estar seguro de lo que decía.

—Uno de los principios de la nueva es…

—SILENCIO. —Nótt no pudo continuar; uno de los guardias los calló enseguida.

Obedecieron. Sus compañeros bajaron la cabeza con sumisión, pero Nótt, por el contrario, se estiró tanto como pudo. Desde allí se veía poco, aunque no era necesario. La presión que ejercían los guardianes sobre los sujetos se sentía a flor de piel. Buscó la daga que siempre guardaba en la pretina del pantalón como reflejo, pero recordó que no la tenía. Seth le arrebató todo cuando la arrestó.

El ambiente tenso de la plaza crecía con los gritos de los guardianes, para que iniciara la faena. El primer hombre de cabello castaño se rehusó a cumplir con los caprichos del clovek, por lo que uno de ellos sacó su bastón de cuarzo y amenazó al segundo. La mujer, que estaba delante de Nótt, gimió sutilmente y se tapó los ojos para no seguir viendo. Temblaba.

—HAZLO —gritó el líder de cabello rojo.

Esta vez, Nótt escuchó lo que decían y entrecerró los ojos en un afán de ver mejor.

—¡Kiel! —dijo al reconocerlo y se mordió el labio, preocupada.

Su amigo observaba al sujeto de cabeza calva con renuencia. Por la manera como clavaba sus ojos en él, era claro que no quería lastimarlo. Para sorpresa de Nótt, el contrincante movió ligeramente su barbilla, concediéndole el permiso que necesitaba. Ninguno de los Clovek se percató de lo que para ella era evidente. Nótt ladeó la cabeza e intentó descifrar lo que sucedía en realidad.

Teniendo su consentimiento, Kiel se abalanzó sobre su víctima con la fuerza de un toro. Lo envió lejos, girando varios palmos hasta que logró detenerse. El pelirrojo retrocedió asustado. Reía de manera nerviosa mientras observaba con demasiado morbo la pelea que sostenían ambos prisioneros.

Una patada en uno de los costados hizo que el hombre calvo se flexionara de dolor y luego un puño directo a su mandíbula lo lanzó de nuevo al suelo. Su rostro impactó con una roca, abriendo una herida en su frente. El prisionero sangraba e intentaba levantarse, mientras su verdugo resoplaba por el cansancio. Los gritos eufóricos de los guardianes agudizaron el sentimiento de impotencia de Nótt y los demás.

La figura corpulenta, con el cabello recogido como una cebolla, asestaba golpes sin fuerza sobre el rostro del hombre calvo. Kiel evitaba lastimarlo demasiado; solo actuaba para ofrecer un buen espectáculo y, de esa forma, saciar el deseo de los Clovek.

El sujeto calvo se rindió de un momento a otro y Kiel detuvo la golpiza.

—Mátalo —ordenó de pronto el pelirrojo y Kiel lo miró sin saber qué hacer—. Es el deseo de los Vanir —anunció con solemnidad.

Nótt apretó la boca, hastiada por lo que veía.

Kiel dudó. Se giró para que los prisioneros lo vieran con la frente en alto. De vez en cuando, miraba a su compañero, que yacía en el suelo con su rostro destrozado.

—Si no lo haces, los dos morirán —amenazó el guardia.

Por un momento, Nótt pensó que obedecería, pero en lugar de eso, Kiel retrocedió desafiante. Se estiró cuan largo era y miró con sus ojos azules las filas de prisioneros.

—¿Qué haces? —murmuró para sí misma.

El segundo hombre también se levantó, tomando por sorpresa a los espectadores. Un murmullo, que se esparció como una ola, hizo que Nótt entrecerrara sus ojos para no perder ningún detalle de lo que acontecía. El clovek pelirrojo ahora le ofrecía una espada larga al sujeto calvo para que terminara con Kiel. Nótt apretó la boca y sus dedos se deslizaron en busca de su pequeño cuchillo de caza. Maldijo con rabia cuando, por segunda vez, se dio cuenta de que no lo tenía.

—Voltea a mirar —susurró con apremio—. Vamos, Kiel… —continuó, pero su amigo parecía no darse cuenta de lo que sucedía a su espalda.

El guardia a su lado permanecía distraído. Tan interesado como los demás por cómo se resolvía la escena. No los vigilaba, por lo que Nótt actuó sin pensarlo demasiado. La única idea que tenía en su cabeza era salvar a Kiel.

Se lanzó sobre el clovek y lo desarmó con un golpe seco en el cuello. El guardia se desgonzó, acompañado del respingo de sus compañeros de fila. Nótt no se inmutó. Desde el suelo, con su pierna soportada en el pecho del sujeto inconsciente. Vio que el hombre calvo levantaba la espada para dirigirla a Kiel. Lanzó la daga para desarmarlo con la precisión de años de experiencia. El tiro se introdujo perfecto en la palma de la mano y enseguida su víctima soltó el arma. Herido, el prisionero trastabilló al verse sorprendido por el ataque y miró en dirección de Nótt.

Ella asintió satisfecha, pero el tintineo del filo golpeando el suelo sobresaltó a todos. Kiel giró sobre sus talones para ver lo que sucedía y gruñó enfurecido al ver que su compañero se encontraba

de rodillas. La sangre salía a borbotones, mojando la tierra caliza de la plaza. El silencio se extendió por toda la planicie, mientras los ojos de decenas de clovek se clavaban en la única culpable.

Nótt tragó saliva.

19
Kiel

Sus dedos rozaron con los suyos y se estremeció. Un simple toque era suficiente para ponerla nerviosa. Käre miró a su alrededor, para cerciorarse por enésima vez de que estaban solos. No quería agraviar a sus hermanas; ya tenían suficiente con lo que sucedía en el bosque Urth.

—¿Cuándo volveré a verte? —susurró él a su oído y ella se giró para mirarlo.

—Pronto —respondió, pero el gris de sus pupilas se fundió con la noche cargada de estrellas.

Una lluvia de pequeñas chispas doradas difuminó la cara de su amado y enseguida comprendió que se había quedado dormida.

—Despierta. Ya está amaneciendo —dijo la voz dulce que solo le hablaba en el mundo onírico y Käre abrió los ojos. Acarició la cicatriz que dibujaba su rostro y suspiró.

Su caballo avanzaba a paso lento, tan cansado como ella. Llevaba dos días intentando coincidir con el hijo de Ottilia, pero el Ek sabía camuflarse tan bien como el vanir que era. El arte de tener ojos y oídos en cualquier lugar del continente y, al mismo tiempo, permanecer invisibles frente a los mortales fue lo que les permitió prevalecer a través de los siglos. Ni siquiera la sabiduría Kvasir fue capaz de predecir lo que iba a suceder; de haberlo hecho, la historia hubiera sido diferente. Ni mejor ni peor, solo diferente. Sin embargo, el mundo le dio a los zorros del bosque la capacidad de destruir a una serpiente desgarrando su cuello, aun si sus plumas de fuego estuvieran ungidas por el compás de las estrellas. Eso ella lo tenía claro.

El tiempo se agotaba y, aunque deseaba hablar primero con Aron, decidió desistir. El clovek Kolbein debía estar esperándola, muy

molesto por su retraso. Había recibido un mensaje suyo con cierto recelo; mencionaba algo que era un imposible. Lo más curioso era que ambos, aunque no se conocieran, decían lo mismo.



Nótt se levantó de un salto y se mordió el labio inferior pensando en cómo salir viva de aquel embrollo. Las sombras de los guardianes se acercaban, y cuando el primero de ellos llegó, se arrojó al suelo. Los clovek siguieron de largo; casi la atrapan. Uno más quiso tomarla por el brazo, pero ella lo esquivó con agilidad. Se desvió en dirección de la plaza, evitando a todo el que se le atravesara por el camino.

—¡Corre Kiel! ¡Corre! —gritó sin detenerse, esperando que su amigo la siguiera.

Se desvió a la derecha e intentó llegar a los edificios más cercanos. En eso, escuchó el sonido sordo que producían las lanzas de cuarzo y cambió de rumbo enseguida. El proyectil pasó rozando su hombro derecho. Gimió al sentir que la quemaba, pero no se detuvo. La pared más cercana estaba a solo unos palmos de distancia y brincó como una liebre para aferrarse a ella. Sus dedos se sostuvieron de las losas y escaló como una gata de monte, mientras los guardias le pisaban los talones. Al llegar a la cima, rodó para tumbar a una guardiana que le apuntaba con su arma. Ambas cayeron, una encima de la otra. El rostro de Nótt se contrajo al sentir el impacto de un puño en su quijada. Sin tener tiempo para reponerse, le hizo una llave con sus piernas hasta que logró inmovilizarla. La clovek perdió el conocimiento y Nótt alzó la vista. El ruido de decenas de pisadas envolvió el ambiente; debía darse prisa. Se colocó de pie y corrió por la azotea hasta llegar al borde. Miró hacia atrás nerviosa; dudaba de si debía saltar. Nunca lo había hecho tan alto y tan lejos. Rogó por no caer, pero los guardianes se acercaban, haciendo que cualquier vestigio de vacilación se esfumara.

—¡QUÉDATE QUIETA!

Escuchó el grito a su espalda, pero en ese momento, Nótt volaba por los aires. La inercia de la caída la tumbó y tuvo que rodar para

evitar romperse un hueso. Los clovek también saltaron, por lo que se levantó como pudo y siguió. Brincó al tejado más próximo, pero la paja se abrió y cayó a tierra. Adolorida miró hacia arriba; los guardianes no se decidían. Se levantó despacio y no pudo evitar sonreír con su pequeña victoria. Aunque, enseguida se esfumó. Un clovek con un pecho tan amplio como un toro le apuntaba. Nótt dio un paso hacia atrás con la respiración entrecortada. El sujeto gritaba para que se quedara quieta, pero ella, inmersa en su necesidad de escapar, seguía retrocediendo. El muro a su espalda la detuvo y dio un respingo, pero, de pronto, este se abrió y la absorbió.

Cayó golpeándose en la cabeza, mientras la apertura volvía a cerrarse frente a las narices del guardia. El hombre maldijo con voz gruesa y aporreó el muro con fuerza, pero este no se movió ni un ápice.

—Necia… Estás entorpeciendo nuestro trabajo —susurró una voz entre la penumbra—. Debería matarte de una vez por todas, pero estoy maniatada por orden de los Vanir.

La joven, de ojos color miel, la miró por un segundo con expresión pétrea, para luego desaparecer en el fondo.

—¡Espera! —gritó Nótt. Intentó seguirla, pero se había esfumado en un abrir y cerrar de ojos.

En ese momento, los clovek aporrearon el muro por donde había entrado, así que, sin perder tiempo, escudriñó el lugar para encontrar la segunda salida. La pequeña puerta estaba a nivel del suelo y se escurrió a través de ella. El área permanecía despejada, así que a la primera oportunidad escaló de nuevo. Avanzó con cautela, con el tronco flexionado por completo y sin saber muy bien a dónde ir. La plaza se veía en el fondo, por lo que se detuvo para detallar lo que ocurría.

Kiel y el hombre calvo permanecían de rodillas y, por la posición en la que tenían los brazos, con las manos atadas en la espalda.

—¿Qué haces, Nótt? —murmuró para sí misma.

«Mostrarles quién eres en realidad». La voz ronca de su mente sonó complacida. «Bien por nosotras…».

—Cállate. No puedo hablar ahora. —Le contestó molesta porque, en su fuero interno, sabía que era cierto.

—¡AHÍ ESTÁ!

Varios guardianes la señalaban desde abajo. Nótt respiró profundo y emprendió la huida. La escena se repitió; corría por los tejados con varios clovek siguiéndole el paso. Cuando intentó saltar, no lo logró. Una malla metálica se enredó en sus piernas, haciéndole perder el equilibrio y cayendo sin control a tierra. Sus hombros fueron los primeros en impactar contra la calle. Luego, el resto del cuerpo, desplomándose como un saco de patatas. El dolor fue intenso y Nótt se encogió para no gritar.

—Ya está —dijo uno de los clovek que se acercaba, apuntándole con su lanza de cuarzo—. Está neutralizada.

—No dejen que se mueva.

La orden fue ejecutada de inmediato, y mientras Nótt recuperaba el aliento, la giraron boca abajo. Cernieron sobre sus muñecas un par de grilletes y la levantaron con brusquedad. Su rostro estaba blanco como una hoja de papel, pero no bajó la cabeza. Aturdida, intentó caminar lo más erguida posible hasta que alcanzaron a los prisioneros.

El pelirrojo jaló del cabello de Kiel para que la observara. Nótt le respondió a la mirada con la respiración agitada; el dolor en uno de sus hombros era demasiado agudo. El chico de ojos azules la detalló por un momento y apretó la mandíbula.

—¿La conoces? —bramó el clovek.

—No, nunca la he visto antes —respondió con voz gruesa sin desprender sus ojos de ella.

—¿Y tú? —La pregunta iba dirigida al prisionero calvo.

Este negó sutilmente y el pelirrojo movió la boca de un lado a otro. Reflexionaba.

—Llévenla para interrogarla —espetó—. ¡AHORA!

20
Kolbein

Sus ojos se abrieron con lentitud y a Nótt le costó varios minutos recordar lo que había sucedido. Escudriñó la penumbra que la envolvía, pero le fue imposible distinguir cualquier cosa. En cambio, un olor a humedad revuelto con putrefacción la azotó de golpe. Se tapó la nariz e intentó ponerse de pie para alejarse un poco, pero varias punzadas de dolor que venían del hombro la detuvieron. Se mordió la lengua para no gemir y se resignó a quedarse quieta… por el momento.

«Ahora sí que la hiciste, Nótt», se regañó y se apoyó en la pared para intentar menguar la sensación de malestar. *«¿Acaso creíste, por un segundo, que lo ibas a lograr?»*. Imaginó a Eivor regañándola por su torpeza y apretó la boca. No conseguiría avanzar si seguía reprochándose a sí misma. Tenía que aprender a controlar sus impulsos, si quería sobrevivir de esa locura y regresar a casa como lo prometió.

Suspiró.

La imagen de Kiel llegó a su cabeza y frunció el entrecejo. Una ráfaga de pensamientos se amontonó en medio de la penumbra, tejiendo una enorme telaraña de suposiciones a la que no le encontraba salida. Se atormentó buscando respuestas sobre lo que pudo haberle pasado a su amigo después de que los espíritus lo hubieran raptado. Revivió su desvanecimiento cerca del bosque y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Los Vanir —murmuró con rabia; ellos eran sus mensajeros. Luego pensó en Aron y su palabra mágica. Movió la boca descontenta; no quería nada con ellos.

«Así está mejor».

—¿Qué es lo que está mejor? —respondió molesta a la voz de su cabeza.

«Que no lo llames. No lo necesitamos por ahora».

—Ah, ¿sí? ¿Y qué se supone que vamos a hacer?

«Que te dirijas a donde quiero. Tengo un plan».

—Ya… —Hizo una pausa—. ¿Y por qué razón tengo que obedecerte?

«Porque ambas ganaremos». Esperó unos segundos; quería que las palabras calaran en su mente. «Tendrás tu libertad y te haré feliz cuando salga de tu cuerpo».

—¿Qué eres en realidad?

«Un recuerdo», bufó. «Una simple pesadilla que quiere despertar».

—¿Qué significa eso? —preguntó Nótt adolorida. Apoyó la espalda en el muro y un corrientazo la hizo estremecer—. Exijo que me digas qué quieres de mí.

«Eres lista. Lo descubrirás en su momento». Todo quedó en silencio por unos segundos. «No te preocupes, mi intención no es lastimarte».

—¡Oh! ¡Qué bien! Gracias por decirlo. Si no te has dado cuenta, estoy en una prisión mugrienta a mil leguas de distancia de mi casa. Y todo gracias a ti.

«No te confundas. Yo no fui quien mató al lobo».

—Lo hice porque tú me alentaste a ir a cazar cerca del muro.

«Tu familia necesitaba el dinero, ¿no?».

—Ya…

El ruido de varias cadenas golpeándose entre sí detuvo la conversación. Nótt se levantó despacio, sopesando cada movimiento para evitar que el hombro doliera. Se desplazó a tientas y exploró el lugar hasta que chocó de frente con una reja metálica. El espacio no era muy grande; dos o tres varas a cada lado conformaban su pequeña prisión. Se sentó de nuevo y suspiró.

Un movimiento brusco la jaló hacia atrás y miró a su alrededor desconcertada. Un segundo después, el suelo comenzó a vibrar y colocó la palma de su mano para sentirlo.

Se movían.

«Un carromato». Dedujo y apretó la boca; no le quedaba otra que aguardar. Cada vez se alejaba más de Galt.

El calor incrementó los hedores que expedía la jaula. Sin poder hacer nada más, esperó con paciencia a que alguien apareciera, pero los minutos eran eternos. Inmersa en la oscuridad, era como si el tiempo transcurriera con lentitud. Se esforzó por mantener los ojos abiertos, aunque la modorra hacía dormitar. Al final, el sueño la venció.

Las bisagras oxidadas de la puerta chirriaron y Nótt abrió los ojos de inmediato. La luz ingresó sin avisar. La encandiló, por lo que tapó su cara con las manos. Dos figuras se acercaron en silencio y el miedo regresó. Intentó ponerse de pie para protegerse, pero el dolor la detuvo.

—Quédate quieta o te vas a lastimar. Déjame ayudarte, soy curandero —mencionó uno de ellos. Había percibido el temor en sus ojos.

Nótt asintió con desconfianza, pero se dejó hacer. Cualquier cosa que el sujeto hiciera para aliviar el dolor sería bienvenida. El recién llegado tomó su brazo por la muñeca y estudió un poco la situación, mientras ella apretaba la boca. Cada vez que lo movía, sentía el infierno encenderse en su pecho.

—Intenta quedarte quieta. El hueso se salió y debo colocarlo en su puesto —dijo sin mirarla—. Te dolerá.

—¿Más? —ironizó.

No alcanzó a escuchar la respuesta. El joven levantó su brazo verticalmente y luego lo rotó. Posicionó su hombro tan rápido que la hizo brincar de su puesto. Las pupilas de Nótt se dilataron por la intensidad del dolor, pero enseguida este empezó a disminuir.

—Mejor, ¿cierto? —Dibujó una media sonrisa. Los ojos almendrados la miraban fijamente—. Voy a vendarlo para que no lo muevas por un tiempo.

—¿Dónde estoy?

—En…

—El jefe Kolbein hablará con ella más tarde. —Lo cortó el guardia que lo acompañaba.

—Eso… eso es… correcto —concedió sin expresión alguna—. Ven, te ayudaré a levantarte.

—¿Quién es Kolbein? —preguntó mirándolo de frente, pero el curandero lo pensó dos veces antes de responder.

—Ya lo conocerás. Te está esperando.

La luz del exterior la abrigó enseguida. Respirar aire puro hizo que cerrara los ojos por un momento. El curandero abrió la marcha y ella lo siguió con el clovek a su lado. Nótt notó enseguida que el paisaje había cambiado una vez más, así como la temperatura. A su rostro llegaban oleadas de calor que la hicieron transpirar enseguida. Para su asombro, se encontraba en medio de un vasto desierto. Nunca había visto uno, aunque podía imaginarlos. Sassa siempre le narró historias sobre las vastas llanuras de arena de Kintyre, en la tierra de su madre. Se supone que dichos paisajes quedaban al norte y no al sur, y mucho menos cerca de la Ciudad de Luz. Supuso que era un truco de magia de los Vanir. Una cosa más asociada a su manipulación obsesiva. Si distorsionaban el paisaje, las gentes pobres del muro estarían obligadas a acudir con los Rakkun para alcanzar a Eidyn.

Hizo una mueca de desaprobación con su boca. No quería seguir pensando en los Vanir, así que se dedicó a observar el paisaje. En ese lugar, el azul-violeta del cielo era más intenso, y un fuerte olor a ajo se impregnó en la nariz. Al fondo, se asombró al descubrir un terreno de cultivo de piedras supercalientes. Estaban muy lejos de él, pero podía ver los filamentos de energía fluir entre sí junto al lodo. Este brillaba como si estuviera hecho del oro de las minas y se esparcía hacia el sur. Decenas de pequeñas figuras humanas trabajaban bajo el sol ardiente, protegidos por sombreros de ala ancha y túnicas que les llegaban hasta el suelo. Era una fiesta multicolor que hizo sonreír a Nótt. Era la primera vez en su vida que observaba uno de ellos, así que no pudo evitar que la emoción por la curiosidad la embargara. Pensó que a Xander le hubiera encantado conocerlos.

—¡Camina! —El guardián la empujó para que avanzara y la magia se desvaneció.

Regresaba a su realidad tortuosa que debía afrontar, si quería volver con Sassa y Anne. Unas cuantas casas de una sola planta y hechas de tierra caliza también se mostraban en el horizonte. El viento agitaba con suavidad el polvo del suelo, formando pequeños remolinos que se desvanecían al llegar a cierta altura. Un poco más allá, detectó a Lys y quiso saludarla, pero el guardia la jaló para que no se distrajera y continuaron de largo. A Nótt no le quedó de otra que obedecer, aunque verla allí, en el mismo lugar que ella, aminoró la carga que llevaba en el pecho.

Se detuvieron en lo que parecía un pequeño puesto fronterizo, con dos clovek vigilando en el exterior. El curandero se giró para verla y acomodó de nuevo el vendaje, asintiendo para sí mismo. Parecía satisfecho.

—Ya no me duele tanto —mencionó Nótt. Necesitaba decir algo; la frialdad con la que la trataban la estaba matando.

El curandero, que mantenía una barba de dos días y un par de ojos almendrados, miró de soslayo al guardia antes de hablar.

—No lo muevas y en dos lunas estarás como nueva. Si llega a dolerte, pide ver a Viggo. Ese es mi nombre. —El guardián que iba con ellos carraspeó la garganta molesto, pero el curandero hizo oídos sordos y continuó—. Te visitaré en cuanto pueda volver.

Nótt lo vio partir y respiró profundo. Cuando se disponían a entrar, el clovek pelirrojo apareció en el umbral de la puerta con expresión pétrea.

—Jefe Kolbein —dijo el joven con respeto—. El curandero se demoró demasiado, pero ya me disponía a entrar.

El pelirrojo miró de soslayo el vendaje en el brazo de Nótt y torció la boca.

—Adentro —ordenó con voz gruesa y se perdió por el umbral de la puerta.

Al ingresar, Nótt notó que la temperatura era más alta que en el exterior. La piedra caliza, de la que estaban hechas las paredes, irradiaba calor y la única ventana disponible era demasiado pequeña. Las gotas mojaron su frente enseguida y los últimos rastros de su traje de invierno comenzaban a asfixiarla.

El pelirrojo caminó hasta una pequeña mesa y tomó un sorbo de cerveza. A su lado, se mantenía una figura encorvada que parecía inconsciente. Nótt se percató de ella y tragó saliva, mientras el guardia la amarraba en una de las sillas. Debido a su brazo vendado, las muñecas fueron amarradas en el frente y las cuerdas cubrieron su tronco.

«Kiel», pensó con apremio sin dejar de mirarlo.

—Espero que el encierro haya servido —comenzó diciendo Kolbein, y limpió la espuma de los labios con una de sus mangas—. Mis superiores quieren respuestas y, si él no me las da, tú lo harás. —Nótt apretó la boca—. Déjanos solos.

El guardia se retiró y Kolbein caminó a su encuentro. El ruido que provocaba su pierna de metal erizó su piel, más de lo que hubiera deseado. Según Sassa, los semihombres decían que entregaban su vida entera al servicio de los espíritus. Aunque no podían escucharlos, y algunos, como Seth, les tenían miedo. Nunca contraían matrimonio y mucho menos formaban familias; sin embargo, eso no les impedía procrear a su antojo. Vivían empeñados en mejorar sus habilidades físicas para superar a los Vanir; en aquellos inmortales ungidos por la magia de los espíritus. Así que, preocupados por desligarse de la basura humana, buscaban en la mutilación la evolución de su raza. Las prótesis no solo eran máquinas de metal; de alguna forma, habían conseguido que pudieran funcionar con magia que venía de la Ciudad de Luz. Por eso los filamentos terminaban incrustados en la médula espinal; desde allí la esencia mágica hacía el trabajo en el cuerpo del clovek.

—¿Lo has visto antes? —preguntó Kolbein y Nótt despertó de sus cavilaciones. El clovek señaló al sujeto desmayado en la silla al otro lado del salón. De no ser porque estaba atado, el cuerpo ya hubiera caído al suelo.

—No.

—¿De dónde lo conoces? —dijo con voz cansina, sin aceptar su respuesta.

—Ya se lo expliqué. No sé a qué se refiere.

Una bofetada directa a su mejilla la aturdió por un segundo. Nótt contuvo el aliento y apretó la boca para contenerse.

El sonido sordo despertó a Kiel, y ella movió sus ojos en su dirección. El chico levantó la cabeza despacio, desubicado.

—Puedo hacer esto toda la noche. —Los ojos de Nótt regresaron a Kolbein—. De hecho, me agrada. Por eso no dejo que mis guardianes lo hagan por mí. Además, si quiero, puedo alargarlo el tiempo que sea necesario.

La chica tragó saliva y sus pupilas regresaron a Kiel. Su amigo tenía el rostro hecho un enjambre de sangre y tierra. Sus párpados permanecían hinchados por la golpiza. Casi no podía abrirlos.

—¡Responde!

—Él mismo le aseguró que no me conocía. Así que no entiendo la pregunta. Yo…

Otra bofetada y una gota de sangre se coló al interior de sus labios.

—Te confieso algo. —Hizo una pausa y dibujó una sonrisa retorcida—. A dónde vas, no es necesario que seas bonita, por lo que no tengo por qué reprimirme. Es curioso… —dijo y miró al techo para recordar la conversación que sostuvo con el Ek Aron lunas atrás —. Me pagó para que te llevara a las cosechas, pero me parece que tu noviecito no te conoce en realidad. Seth me advirtió que no me fiara de ti, pensé que exageraba, pero no me imaginé que manejaras la daga con tanta destreza. ¿Dónde lo aprendiste? Si soy malpensado, diría que en Kintyre, pero tengo entendido que nunca has salido de Galt.

Nótt no contestó, pero pensó en Siriana y los recuerdos de su vida en el bosque se agolparon en el pecho.

El clovek se alejó con parsimonia y Nótt lo siguió con la mirada. Lo vio abrir un baúl y colocar algunas herramientas metálicas en la mesa.

—¿Qué va a hacer?

—Habla o el juego comenzará antes de que te des cuenta. Te aseguro que, aunque es divertido para mí —chasqueó la lengua—, no lo será para ti.

—Te estoy diciendo la verdad. Lo confundí con alguien que murió años atrás. —Su quijada tembló y tuvo que apretar la mandíbula para que no se diera cuenta.

Kolbein permanecía de espaldas a ella. Tomando varias herramientas del baúl que tenía enfrente. Al escucharla, se detuvo por un momento; el comentario había llamado su atención.

—Sigue —espetó.

—Era un buen amigo… —dijo, pero se detuvo cuando el clovek tomó un cuchillo largo.

—Te ordené que continuaras.

—Esa persona era muy cercana a mí y un día, mientras cazábamos, nos encontramos con los espíritus cerca de las estatuas de los Kvasir. —Esta vez, el clovek se giró para verla—. Mi amigo murió frente a mí; lo vi con mis propios ojos. Él te está diciendo la verdad. No nos conocemos, fue mi error.

—¿Las chispas se lo llevaron?

Nótt asintió y los músculos del cuello de Kolbein se tensaron. Observó de soslayo a Kiel y dibujó una mueca retorcida con su boca.

«Acabas de condenarlo».

—¡¿Qué?! ¡No! —soltó Nótt, alterada. Sin saberlo, le corroboró al clovek que presenció un reclutamiento, ya que esa era la manera como los Vanir se llevaban a sus devotos—. ¿Qué va a hacer? Ya le dije que no lo conozco.

Nótt no entendía nada. ¿No se suponía que eran aliados? Tensó los amarres de sus muñecas y se movió con brusquedad para soltarse. Era imposible.

Kolbein tomó a Kiel por el cuello y lo levantó de un solo jalón. Las cuerdas rasgaron su camisa y cayeron al suelo. El prisionero gimió por lo bajo, pero intentó mantener la postura. Lo retaba y el clovek lo sabía. Los brazos se cernieron sobre el chico y Nótt volvió a gritar que se detuviera.

—Así que eres un espía —espetó Kolbein y hundió un poco el cuchillo en el cuello de Kiel. Solo lo suficiente para que le doliera—. ¿Qué buscan tú y tu amigo en este lugar?

Kiel no contestó. Un fino hilo carmesí empezaba a descender por la garganta y Nótt volvió a moverse con desespero para intentar liberarse.

—Deténgase. ¿No me oye? No lo conozco —repetía la chica una y otra vez.

—¿Qué estás buscando aquí? —siseó en el oído de un Kiel.

—No sé de qué me habla —contestó en un suspiro.

La respuesta fue mal recibida y Kolbein lanzó al joven contra las paredes. Kiel gimió, para luego rebotar como un trozo de madera hasta quedar inmóvil. El clovek se acercó con la intención de propinarle una patada en el vientre, pero una explosión en el exterior hizo que se tensionara enseguida. Giró en redondo, en el momento justo en el que dos de sus guardianes ingresaban.

—¿Qué sucede? —preguntó con voz seca.

—Nos atacan, señor.

—¡Malditos! —Escupió al suelo pensando en los Vanir.

Esa mañana había llegado un mensaje enviado por sus propios líderes. Los altos Clovek decían tener pruebas de que planeaban atacarlos, por lo que debían estar alerta.

21
El Espía

Los Clovek ingresaron a la habitación donde se encontraban sin el permiso que se requería, dado el alto rango que tenía Kolbein. Dejaron la puerta abierta, por lo que Nótt intentó husmear a través de la rendija; la explosión había sido demasiado fuerte y el bullicio prometía lo peor. Amarrada como estaba, no podía hacer mayor cosa que esperar. Los recién llegados se acercaron a grandes zancadas derribando todo a su paso. Kolbein no tuvo tiempo de reaccionar; entre atónito y desorientado, los esperó con ojos saltones. Abrió la boca para gritar alguna palabrota que les hiciera mella por su impertinencia, pero no alcanzó a pronunciar nada. Una nueva explosión hizo que sus pupilas se movieran por un segundo al exterior y, cuando regresaron a observar al dúo, era demasiado tarde.

Lo embistieron.

El grandulón se enredó en su cuello como una serpiente, tumbándolo al suelo. Kolbein intentó resistirse, pero la fuerza descomunal de su adversario no lo dejó levantarse. El jefe de los Clovek lo golpeó repetidas veces en las costillas para que lo soltara, pero el sujeto permanecía inmovible, presionando la garganta con fuerza para agotar su suministro de oxígeno. Entretanto, la joven con un cabello tan negro como el azabache siguió de largo. Abordó a Kiel, que permanecía en el suelo, y se apresuró a soltar los amarres. Las pupilas color miel la delataron, y Nótt supo enseguida que se trataba de la misma joven que la ayudó a escapar días atrás.

—¿Estás bien? —le preguntó a Kiel la recién llegada entre murmullos.

—¿Por qué tardaron tanto? —Se quejó de mal humor e intentó ponerse de pie. Su cuerpo le dolía demasiado—. Este maldito casi

me mata.

La mujer lo ayudaba, mientras examinaba las heridas del rostro.

—Estaba muy preocupada por ti —susurró y lo besó con suavidad.

Nótt alzó las cejas.

—¿Bjorn está bien? —Kiel ahora la abrazaba. Estaba débil y sentía que podía caerse en cualquier momento.

—Sí, su mano sanará —dijo, lanzando una mirada inquisidora a Nótt—. No teníamos por qué llegar a esto.

—Estoy de acuerdo —respondió él, observando a su compañero —. Mátalo. No podemos permitir que nos delate y que todo se vaya a pique. No me darán otra oportunidad si vuelvo a fallar.

El hombre de más de seis pies de altura asintió con el rostro rojo por la fuerza que ejercía. Kolbein perdía la pelea y se asfixiaba. Cuando dejó de moverse, el sujeto se levantó.

—¿Está muerto? —preguntó Kiel con desconfianza.

—Déjame ver.

La mujer se agachó y, después de revisarlo, le fracturó el cuello con un solo movimiento.

—Ahora sí —respondió con frialdad y volvió a ofrecer su hombro para que Kiel se sostuviera—. ¿Contento?

—Mejor, sí. Larguémonos de aquí. Este lugar apesta. —Kiel era el que daba las órdenes.

—Iré con ustedes. —Nótt alzó la voz. Los tres se habían olvidado de ella.

—No lo creo —respondió su amigo sin emoción alguna.

—¡¿Qué dices?!

Kiel se giró para verla a los ojos. Entre la hinchazón que cubría gran parte del rostro, podía percibirse el malestar por la pregunta.

—¡No la escuches! Tenemos que irnos antes de que vengan. —La recién llegada intentó retenerlo cuando él avanzó a trompicones.

Su amigo de infancia se arrodilló con dificultad para estar a su altura. Nótt le sostuvo la mirada mientras se mordía los labios.

—Sácame de acá, Kiel.

—Lo que dije el otro día es cierto. —Su voz era gruesa—. Te quiero lejos de mí. No has hecho otra cosa que traer mala suerte a

mi vida. Perdí a Mei y eso nunca voy a perdonártelo. —Nótt entrecerró los ojos sin entender—. ¿No lo sabes? —bufó incrédulo y ella negó con la cabeza—. Se alistó con los Rakkun y atravesó el muro para buscarme. Hasta el momento, nadie sabe dónde está. Aunque no hace falta ser un adivino para entrever que murió cuando llegó a Eidyn.

—Yo… —balbuceó, conmocionada por la noticia.

—Tu rebeldía exacerbada por los Vanir y todo lo que representan fue lo que destruyó nuestras vidas. —bufó con una pequeña sonrisa irónica—. De hecho, según entendí, es la razón por la cual estás hundida de mierda hasta el cuello.

—Kiel… Ayúdame.

—Obedece sin cuestionar y estarás bien. Es la única posibilidad que tiene alguien como tú de sobrevivir a este infierno. —La miró con desdén por un momento y luego se levantó con ayuda de su compañera pelinegra.

Se marchaba.

—Kiel.

El chico le dio la espalda y se acercó a la puerta.

—KIEL. —Esta vez, gritó.

Detuvo su partida por un momento.

—No me dejes acá. Te lo suplico.

—Lo siento, no puedo hacer otra cosa. Volviste a cagar sobre mí; arruinaste mi operación —dijo y se escurrió por la puerta hacia el exterior.

—KIEL —gritó Nótt con rabia, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. KIEL… KIEL… Maldita seas, Kiel.

«Ahora sí me crees. Todo lo que toca un vanir se contamina con su inmundicia».

Nótt no la escuchó. No quería hacerlo.

Concertar una reunión con Seth no fue tarea fácil. En los últimos años, el poder de los Clovek había crecido. De simples centinelas del muro, pasaron a conformar un grupo organizado que mantenía un

contacto cercano con la ciudad de Eidyn. Los roces con los Athair eran el pan de cada día. Los religiosos siempre abogaban por los intereses del pueblo, sobre todo por los más necesitados. En cambio, ellos estaban regidos por normas muy severas dictadas después de la derrota de los Kvasir. Aunque en la actualidad, muchos sabían que eran manipuladas a conveniencia.

Aron ingresó a uno de los despachos, pero le pidieron que aguardara. Se sentó a esperar con paciencia; debía lograr que el líder de los Clovek lo escuchara. Tuvo que permanecer por más de una hora, hasta que Seth terminó de hablar con un grupo de Rakkun, y por fin, se dignó atenderlo.

—Es extraño que uno de los tuyos nos visite.

—Necesito pasar al otro lado del muro —espetó Aron sin rodeos.

—Ya veo, mi señor Ek… —dijo Seth con una solemnidad fingida y lo invitó a que se sentara. Después de todo, era un alto athair quien estaba allí—. No está permitido para los de tu clase. La ley lo prohíbe.

—Por eso recurro a ti. —Aron recibió la copa de vino y bebió por cortesía un pequeño sorbo.

Estaba nervioso, aunque lograba disimularlo. Durante las últimas lunas, no había descansado ni un solo instante buscando una alternativa diferente para Nótt. Sacar a ella de allí era su prioridad. En la última premonición, la vio morir convertida en una estatua en medio de un gran remolino incandescente. Despertó bañado en sudor y su ansiedad explotó, enviándole mil escenarios desastrosos. La sensación de desazón lo acompañó por varios días, hasta que decidió que debía hacer algo. Necesitaba llegar a ella y evitar que sucediera.

Las imágenes no eran claras, pero se mantenían pegadas en su cabeza como un injerto desagradable y doloroso. La zozobra por no controlar la situación montaba por momentos y él lo sabía. Aquello desembocó en comentarios desobligantes; sus hermanos lo atacaban. Nótt no era una devota, una impura a los ojos de los Athair. Así que las críticas sobre lo que debería ser la conducta correcta de un Ek iban y venían desde que toda esa locura comenzó.

No era que los Athair no pudieran tener pareja, pero las uniones debían ser concertadas para mantener el aura de espiritualidad que proyectaban. Una roca sólida al servicio de lo más sagrado, pasando por encima de los intereses personales. Así que una impura no encajaba dentro de sus normas.

Su madre no se cansaba de decirle que regresara. Él, antes que todo, era un Vanir, pero Aron no podía irse y hacer como si no le importara. Tenía que encontrar la manera de sacar a Nótt de allí y regresar a casa. Por eso decidió hablar con Seth; si no lograba convencerlo, tendría que saltarse la ley aunque no quisiera hacerlo. Era su último recurso.

—Mis manos están atadas. —Seth se encogió de hombros y vació su vaso—. Fueron los Vanir quienes impusieron las normas, y nosotros estamos obligados a acatarlas.

Aron respiró profundo. Si tan solo eso fuera cierto.

—Entonces, dime con quién debo hablar. Necesito llegar a los cultivos. Tengo un mensaje importante.

Seth se sirvió otra copa y se acomodó de nuevo en el sillón. Lo miró con desdén, y quiso seguir indagando más por curiosidad que por si fuera a hacer algo. Aunque no estuviera de acuerdo con las leyes, las respetaba y eso lo enorgullecía.

—¿De qué se trata? ¿Se puede saber con quién es la entrevista?

—Solo déjame pasar, es algo… —dudó por un momento, buscando la palabra más adecuada para dar peso a su solicitud—. Personal.

Seth lo miró con malicia. Sus ojos no se despegaron mientras cavilaba a gran velocidad. Se flexionó un poco. Lo suficiente para que su cara quedara enfrente de él y sonrió.

—¿Acaso estamos hablando de una cazadora de ojos negros?

Él no contestó. Eso provocó una risotada que hizo que los ojos del Ek brillaran.

—¿A quién debo elevar mi solicitud? —Lo cortó Aron en seco.

—No creo que sea necesario. Por lo visto, aún no te lo han dicho. —Hizo una pausa para seguir disfrutando de la cara de incertidumbre de su acompañante. Podía percibir la ansiedad

cubriendo su rostro y no pudo evitar regodearse por ello—. Ella no se encuentra en ese lugar.

—¿De qué hablas? —preguntó alterado.

—Nuestra ratoncita fue trasladada… —Dibujó una sonrisa—. Un cazador de sexo femenino es algo exótico en los campos de entrenamiento de Fjord. —Sonrió solo para molestarlo—. Lo mejor es que esta vez tenemos a dos en ese lugar.

Aron abrió los ojos y, al instante, bajó la mirada por un momento.

—¿Se encuentra bien? —preguntó burlón el clovek.

El athair no contestó; con el semblante serio se colocó de pie y partió sin mirar atrás. Marchaba con la expresión contraída, intentando que el aire no le faltara en los pulmones. La ansiedad lo embargaba y un ligero temblor acompañaba sus manos. Las carcajadas de Seth lo siguieron durante todo el trayecto hasta el templo. Cruzó la estancia donde sus hermanos meditaban y continuó de largo a su habitación. Atravesar el muro se convirtió en una prioridad. No podía extenderlo más; Nótt estaba en peligro.

22
Fjord

Por fin había llegado a las tierras hostiles de Fjord. El cabello de Aron estaba empapado de sudor y mantenía una barba de varios días por culpa de la marcha forzada a la que él mismo se había sometido. Se detuvo un momento y revisó el horizonte. Su montura también jadeaba por el extremo calor y la falta de agua. El sol comenzaba su camino vertiginoso detrás de los pequeños riscos y era hora de buscar refugio en el desierto.

Observó a su guía, desconfiado. Ivar llevaba varias noches con un comportamiento nervioso que no le gustaba. Lo encontró un día antes de partir en una de las tabernas de Galt. El viejo de contextura delgada se ufanaba de sus armas de tecnología Trayk y de que, en algún momento de su vida, había sido un Rakkun. Hubiera sido mucho más fácil convencerlo usando su magia, pero no quería que sus hermanos en Helmi lo descubrieran. Nadie debía enterarse de que se encontraba del otro lado del muro. Su intención no era entorpecer el plan de Eirik, sino salvar a Nótt de la muerte.

«Roca y agua», se repetía una y otra vez, intentando comprender la premonición que había visto lunas atrás.

Así que el joven Vanir, vestido con una gabardina larga de color negro y sin su colgante de Athair en el cuello, decidió contarle a Ivar sobre la travesía que pretendía emprender. Ahora, Aron lucía dos espadas largas amarradas a su espalda. No le gustaba usarlas, pero sin magia elemental, debía defenderse como lo haría cualquier mortal del Cinturón de Arenisca. Evidentemente, omitió algunas verdades, como el hecho de que era un Athair, mejor dicho, un Ek. También añadió otras no tan ciertas. Le dijo que quería llegar a la Ciudad de Luz como cualquier soñador que visitaba Galt, pero que no deseaba someterse a la revisión escrupulosa de los Rakkun. Ivar

no hizo muchos cuestionamientos y, en realidad, a Aron solo le bastó con entregarle un par de monedas de oro para sellar el trato. Al amanecer, emprendieron el viaje como si de dos viejos compañeros se tratase.

La verdad era que, después de tres semanas de andanzas, no habían tenido ningún contratiempo. Aunque la temperatura era más caliente de lo que esperaban, estaban preparados. Con sus rostros tapados con finas telas de algodón, recorrían largos trayectos de día y descansaban al abrigo de la luna. Aron nunca había estado del otro lado del muro; los Vanir le explicaron durante su formación que la ausencia de agua fue una estrategia para proteger a la ciudad. Sin el líquido sagrado, nada podía entrar y atacarlos y con eso evitaban que lo sucedido volviera a repetirse. Aunque nunca imaginó que el territorio fuera tan parecido a un desierto.

Durante las largas horas bajo el manto de la noche, era fácil notar la energía que se transportaba desde los cultivos de las piedras supercalientes hasta la Ciudad de Luz. Corrientes con flujos superficiales de un color azul-violeta intenso que maravillaban al más incrédulo de los hombres. Su tono, más que ser algo positivo o estético, era producto de la contaminación a la que sometieron los escasos pozos de agua que quedaron en los valles cerca de Eidyn. Los Vanir conservaban esa información en secreto. En cierta forma se avergonzaban por destruir las vastas tierras fértiles de la ciudad, pero una vez más, fue en aras de resguardar su seguridad.

Las cosas marcharon bien hasta que llegaron al valle de Fjord. Allí, el viejo Rakkun cambió su comportamiento. Tal vez era porque estaban muy cerca de los campos de entrenamiento del mismo nombre. Ivar parecía inquieto; el viejo miraba mucho a su alrededor y casi no dormía con la excusa del calor extremo. En ese momento, por ejemplo, mientras avanzaban, detallaba la retaguardia con ojos inquisidores.

—¿Pasa algo?

—No —respondió sin dejar de revisar el horizonte. Mantenía empuñado su arco por si necesitaba atacar.

—¿Cuánto falta para llegar a los acantilados?

El viejo no contestó.

—Te estoy hablando.

—Dame un segundo, ¿quieres? —Esta vez se giró para verlo—. Dos o tres noches, a lo sumo.

—Temo que tendremos que racionar el agua o llegaremos con las gargantas secas. A este paso, terminaremos de cabeza en el primer pozo de lodo que veamos —comentó en tono burlón para animarlo, pero no lo consiguió. Ese hombre nunca soltaba ni una mísera sonrisa. Acarició uno de los costados de su caballo y respiró profundo. El animal estaba tan agotado como él.

—No será necesario, conozco una pequeña fuente de agua cerca de aquí.

—En el valle de Fjord no hay pozos. No existen yacimientos en los límites con Eidyn —aseveró.

—¿Quién te dijo esa barbaridad?

Aron cerró la boca; se suponía que ningún mortal conocía aquello.

—Lo escuché… por ahí.

—Mejor sígueme. El que trabajó como Rakkun fui yo, no lo olvides —aclaró Ivar con una sonrisa incrédula en su rostro y azuzó el caballo.

—¡Espera! —Aron hizo lo mismo y lo alcanzó—. ¿Te estás burlando de mí?

—Para ustedes, el mundo se divide en dos: un antes y un después. Pero cuando has vivido tantos años deambulando por estas tierras, sabes que no todo es blanco o negro. —Se acomodó en su silla—. Han pasado muchos inviernos desde que se construyó el muro y ninguno de nosotros vivía en ese entonces. Los Clovek han cambiado y puedo decirte que ahora son los que gobiernan este lugar.

Aron asintió dándole la razón. Los Vanir también lo habían notado, pero de ahí a tener fuentes de agua y, además, potables, era otra cosa. La combinación era demasiado peligrosa tan cerca de Eidyn, la Ciudad de Luz.

—Ellos deciden qué hay en el valle de Fjord y qué no —continuó el viejo—. Ni siquiera a los Vanir, que siempre presumen del poder

de la magia sagrada en sus venas, se les tiene permitido llegar hasta aquí. Mucho menos a los Athair y sus rezos.

—Lo que dices no puede ser. Los Clovek no pueden pasarse por el forro lo que dictan las antiguas escrituras —refutó, molesto, e Ivar sonrió con más sarcasmo—. Para eso existen las leyes.

—¿A quién crees que someten con esas leyes?

—A cualquiera. Todos debemos cumplirlas.

El viejo chasqueó la lengua mientras negaba, y eso exasperó a Aron.

—Las leyes se dictan para los más débiles. Mortal o no, nadie obliga a un hombre con poder a hacer algo que no le conviene. No lo olvides —comentó con cierto deje en su voz. Señaló las formaciones rocosas del fondo y lo miró de nuevo. —¿Ves lo que está allá?

—¿Te refieres al risco?

—Vamos, te mostraré que no todo lo que se habla en el Cinturón de Arenisca es cierto.

Galoparon por casi media hora más. La noche ya había avanzado bastante cuando se introdujeron a la serie de pasillos hechos de roca caliza. Allí la temperatura era más baja. Aron lo siguió de cerca, sin dejar de sudar. Sus cavilaciones lo llevaron, como siempre, a la chica de ojos rasgados y piel canela. Nótt estaba en los campos de entrenamiento de Fjord y tenía que llegar hasta allá. Por lo que en realidad su viaje terminaba en los acantilados, a dos o tres noches de distancia de Eidyn. Todavía no se lo había mencionado a Ivar; buscaba el momento de comentarlo. Debía justificar muy bien su cambio de planes.

Nótt no había utilizado ni siquiera una vez la palabra que le enseñó y eso aumentaba sus preocupaciones. No comprendía el porqué de su silencio, por lo que imaginaba mil razones que alimentaban su sensación de zozobra. La ley prohibía que los Vanir deambularan cerca de Eidyn y, si estaba en lo cierto, Nótt era uno de ellos. Así que si la descubrían, podía acabar muerta a mano de los Clovek.

—Es acá.

La voz de Ivar lo hizo levantar la vista. Señalaba un pequeño bosque de árboles incipientes en medio de una amplia área rodeada de rocas. Ingresaron sin prisa. El antiguo Rakkun caminaba con la tranquilidad de encontrarse en un lugar desconocido para muchos. En el caso de Aron, el athair escudriñaba con curiosidad hasta el más mínimo rincón de aquella joya, en medio de la nada. Gracias a la vegetación a su alrededor, la temperatura era más fresca. Aron levantó la cabeza para deleitarse del aire frío que entraba a sus pulmones y sonrió. Hasta su caballo relinchó de satisfacción y él acarició su cuello con vehemencia.

—Lo sé, amigo —susurró en su oído—. Ya casi descansamos por hoy.

Unos minutos después, la sorpresa fue mayor. Una pequeña fuente de agua brotaba de una saliente. El líquido transparente se escurría sin parar a través de una fisura en medio de la roca. El murmullo de vida erizó su cuello y desmontó enseguida.

—¿Ahora sí me crees? —Ivar ya se encontraba a su lado. Quería beber un poco.

Aron no contestó. Aún le parecía increíble que existiera agua en el valle de Fjord.

—Cuanto más pronto lo entiendas, mejor. Somos fichas sin valor que se mueven a su antojo. Ni los Kvasir, ni los Clovek, ni mucho menos los Vanir piensan en nuestro bienestar —dijo sin expresión alguna y Aron pensó en las palabras de Nótt—. Toma toda la que quieras. Será suficiente para llegar a la ciudad en unos cuantos días.

—¿Conoces Eidyn?

—Nunca he ido —confesó—. Las mentiras de los Clovek comenzaron a hastiarme con el paso de los inviernos. Así que jamás me interesó visitarla. Aunque sé cómo llegar. —Aron lo observó en silencio. Al sentir que captaba su atención, continuó—. Mira, no es un secreto que todo el que llega a este lugar desaparece. La gente prefiere creer en esa palabrería del paraíso para sentirse bien, pero nadie ha regresado para contar cómo es en realidad la Ciudad de Luz. No quiero culparlos, sé lo difícil que es vivir en Galt y en el resto de pueblos al otro lado del muro. —Miró al horizonte. Al extenso desierto que tenían enfrente. Al fondo, un destello luminoso en el

cielo delataba la posición de Eidyn—. Me volví desconfiado siendo un Rakkun, pero no te preocupes. Pienso cumplir mi palabra y te llevaré lo más cerca posible de ella, pero no me pidas entrar. No me interesa conocer las maravillas que esconde —explicó. Retiró el arco y su carcaj de la montura y se giró para verlo—. ¡Sacia tu sed! Yo voy a dar una vuelta para asegurarme de que todo está en orden. No me gustan las sorpresas.

«Sigue nervioso», pensó viéndolo desaparecer entre la maleza.

Aron aprovechó el silencio para seguir cavilando. Acercó su caballo al riachuelo para que bebiera, y mientras acariciaba su crin, sus pensamientos regresaron a Nótt. Sus ojos se perdieron entre los miles de destellos que se reflejaban en el nacimiento. El movimiento del agua jugaba con las luces del cielo. Se dejó llevar por la tranquilidad que proyectaba, hasta que las chispas azul-violeta aparecieron. La densa capa se enredó en su tobillo y retrocedió con temor.

«Saben que estoy aquí», pensó, pero enseguida notó algo diferente. Había una bruma blanca que la acompañaba.

Las imágenes llegaron a su mente y tuvo que cerrar los párpados para no caer. Vio a una chica de cabello negro que sangraba. En su mano sostenía una daga corta con la intención de atacarlo. Era Nótt, por lo que sus latidos se detuvieron por un segundo. Retrocedió aterrado y gritó para detenerla, pero su boca escupió un rugido en lugar de palabras. El filo entró con rapidez, partiendo su corazón en dos. El dolor fue intenso y, luego, todo se oscureció.

Abrió los ojos con premura, tocando su pecho en busca de una herida que no existía. No entendía nada, pero era la premonición más real que había tenido hasta ahora. Aún jadeante por el impacto, vio llegar a Ivar con premura.

—¿Qué pasa? —preguntó.

El viejo Rakkun no contestó; en cambio, tomó las bridas de su caballo con la intención de partir.

—¡Espera! ¿Qué sucede?

—Nos siguen.

—¿Quién? —miró para todos lados.

—No estoy seguro, pero hay algo extraño allá afuera. Puedo sentirlo y no me gusta para nada.

Aron pensó en los espíritus que acababan de visitarlo y el miedo volvió a atizar sus entrañas. Al ver que Ivar se alejaba con su montura, lo siguió y en menos de un minuto estaban en el interior del pequeño bosque.

—¿A dónde nos dirigimos?

—Solo sígueme —contestó entre murmullos. Permanecía tan tenso como la cuerda de un arco—. Con suerte, nos perdieron el rastro. Aunque lo dudo.

Llegaron a una de las elevaciones rocosas que protegían aquel oasis del exterior. Ivar se escurrió por una de las salientes con Aron a su lado. Entraron a una cueva, pero no se quedaron en el umbral; el antiguo Rakkun siguió de largo. Cinco minutos después, desmontaron cuando el techo rozó sus cabezas, y aun así, no se detuvieron. El viejo siguió adentrándose.

La oscuridad impedía que se movieran con rapidez. Aron estuvo tentado de usar magia para iluminar el camino, pero se contuvo. Se dio cuenta de que el viejo Rakkun parecía saber lo que hacía, así que mejor intentó no perderlo de vista.

—Descansaremos acá —soltó de un momento a otro—. Es lo más lejos que podemos llegar.

—¿Qué fue lo que viste? —preguntó Aron cuando se sentaron en el suelo.

—No estoy seguro —murmuró como si aún tuviera miedo—, pero el ambiente está viciado y no me gusta. Cuando vives tanto tiempo como un Rakkun, sabes distinguir cosas que para un simple campesino como tú son imposibles. —Aron levantó las cejas ante el comentario—. Déjalo, no lo entenderías. Solo diré que aquí estamos a salvo… por ahora. Mañana veremos qué hacer.

El viejo terminó de acomodar una rústica cama y le dio la espalda para dormir. El athair lo dejó hacer sin pronunciar palabra, aunque un solo pensamiento rondaba por su cabeza.

«Me descubrieron».

Esperó a que el viejo se quedara dormido y regresó al pequeño nacimiento. Al lugar donde había visto las chispas incandescentes y

se arrodilló. Todo parecía tranquilo, una noche con un hermoso cielo despejado y una brisa que traía frescura al ambiente. Permaneció allí por más de una hora, atento a los ruidos de su alrededor. Pero, aparte de un búho que cantaba en uno de los árboles, nada se movía. Desilusionado, regresó cabizbajo sobre sus pasos. La premonición aún lo tenía pensativo.

Al llegar, torció la boca. Descubrió con asombro que el viejo ya no estaba y tragó saliva. Buscó a los caballos, pero también habían partido. Sus pertenencias esparcidas por la cueva indicaban que había estado buscando algo en específico. Tocó la bolsa de monedas que colgaba de su cinturón y asintió. Al menos, no se la había llevado. Gruñó molesto. Todo ese tiempo, el antiguo Rakkun solo lo manipuló para robarlo. Golpeó uno de los muros para desquitarse y gimió a causa del dolor.

—Maldito ladrón, si te encuentro… —balbuceó, molesto. Se propuso recoger lo poco que le quedaba, pero alguien le habló desde las penumbras y sus ojos se abrieron de par en par. Se giró sobre los talones con las manos cargadas de fuego, dispuesto a atacar.

—¡Qué mal…! ¿Así recibes a uno de los tuyos?

Aron, sorprendido, tensó la mandíbula y enseguida alguien golpeó la base de su cuello.

23
Hãmäwy

Nótt retrocedió despacio. El suelo era rocoso con aristas vivas, lo que lo hacía inestable. Pisaba con cuidado para evitar caer; cualquier movimiento en falso le haría perder ventaja. Mientras lo observaba, analizaba las opciones que tenía de salir con vida de allí. Después de tres semanas en ese lugar, Nótt no se acostumbraba a las sorpresas de los Clovek. Ella y Lys, lo único que hacían era entrenar día y noche. Se esforzaban por ser cada día más fuertes y ágiles para resistir a la hostilidad de aquel lugar.

El número de prisioneros decrecía con rapidez. El campo de entrenamiento, como le llamaban los guardianes, en realidad era un área de lucha para su deleite. Por lo que cada semana eran forzados a participar en contiendas sin sentido, donde las apuestas hacían parte del menú.

La bestia rugió en el fondo y Nótt clavó sus ojos en la oscuridad del pasillo. El gorgoteo que producía con la jeta la estremecía. No sabía a lo que se enfrentaba porque aún se mantenía fuera de la arena. Algunos de sus compañeros se referían a él como un demonio y, aunque ella no creía en eso, su respiración acelerada la asustaba.

Tropezó de repente; el espacio en el que se encontraba era demasiado estrecho, lo justo para que pudieran combatir sin mucho margen de maniobra. La plaza de arena era circular, con un pedestal en el centro de cuatro varas de altura. Las paredes de piedra caliza que la limitaban tenían salientes triangulares a modo de púas, imposibilitando cualquier tipo de escalada. El lugar se asemejaba a una torre sin techo, con balcones en cada uno de los pisos que miraban al interior. Las salientes triangulares hechas de metal evitaban que los prisioneros escaparan, obligándolos a combatir y ofrecer un buen espectáculo.

Nótt tragó saliva. Desde que la llevaron a ese sitio después de la huida de Kiel, su vida se convirtió en una batalla diaria por sobrevivir. En las noches, el recuerdo de su familia siempre la acompañaba. A veces, Aron llegaba a sus sueños y la telaraña de sentimientos no la dejaba respirar. Se atoraban en su garganta por horas hasta que lograba desecharlos. Se negaba a utilizar la palabra que le enseñó, porque su confesión aún le dolía.

Los gruñidos aumentaron y el nerviosismo empezó a apoderarse del cuerpo de Nótt. El grupo de espectadores ubicado por encima de su cabeza vociferaba para que la lucha comenzara de una vez por todas. Su respiración se aceleró cuando las enormes fauces salieron de las sombras. El animal ingresó a la arena con paso lento, tomándose el tiempo suficiente para analizar lo que sucedía a su alrededor. Olfateó el aire, mientras emitía pequeños sonidos de desaprobación.

—¡Vamos, cazadora, acaba con él! —gritó una mujer a casi cuatro palmos de altura.

—¿De qué hablas? La matará antes de que puedas volver a abrir la boca.

—Aposté por ella —se quejó.

Varias carcajadas hicieron eco en las paredes de piedra.

—Eso significa que al atardecer tendré doscientas monedas más en mi bolsillo, Viki —decretó otro que se sobaba las manos con ganas.

—¿Eres tonta o qué…? No ves lo flaca que está.

La clovek lo observó con el ceño fruncido.

—Escuché que era buena —murmuró—. Es una guerrera, lo veo en sus ojos.

—Y tú una romántica. —Las burlas comenzaban a molestar a la clovek.

—¿Acaso no pueden traer algo mejor? —Se quejó otro a su izquierda—. El yórik se la comerá en menos de un minuto.

—Según Seth, la chica es buena —aseveró la clovek de nuevo.

—¿Qué sabe él? Ni siquiera está de acuerdo con los campos de entrenamiento.

—¡Shhh! Es mejor que no te escuche —dijo el recién llegado y miró a su alrededor—. Está aquí. Arribó con las primeras luces del alba.

Nótt intentó no escuchar, pero cuando mencionaron al líder de los Clovek en Galt, su corazón dio un brinco cargado de miedo.

—¡¿En serio, llegó?! —Los demás también escudriñaron el espacio para asegurarse de que no había nadie.

—Después de la muerte de Kolbein, lo enviaron como líder.

—¡Ay, no! —dijo haciendo una mueca desagradable—. A la menor oportunidad, nos cerrará el campo de entrenamiento.

—Espero que no.

—No lo hará. Él respeta la ley y el campo de entrenamiento fue creado desde los comienzos.

—Pero era para otra cosa —refutó uno a su lado.

—¿Y a quién le importa? —sonrió y varios lo siguieron.

—Mejor disfrutemos mientras podamos…

Nótt siguió la conversación. Medio cuerpo de la criatura aún se encontraba en la protección del pasillo de acceso. Hastiada de los comentarios, detalló las paredes por si lograba conseguir algo para usar como arma, pero resopló molesta. La única que existía estaba encima de su cabeza, a más de tres varas de distancia. Los clovek, como parte de su espectáculo, siempre dejaban una en la cima del pedestal. Un bramido la tensó enseguida y sus ojos regresaron al pasillo. Cuando la bestia colocó la última pata en la arena, Nótt apretó los puños.

El espectáculo comenzaba.

«Te atacará de frente», dijo la voz de su interior.

—Ya… No necesito tus consejos. Mejor cállate.

El animal era tan alto como los extintos tigres de Bengala que mostraban los libros de Eivor. Tenía el hocico como ellos, pero su piel era lisa, cubierta de escamas naranjas. Nótt rememoró las historias que estudió en Galt, pero aquello no se parecía a nada conocido. El felino gruñó como advertencia y caminó en círculos a su alrededor.

«Está herido… en una pata».

Nótt desvió por un segundo su mirada para corroborar que era cierto. La criatura era parte del espectáculo. Un prisionero más a

merced de los deseos de los Vanir.

—¡Vamos! Atácala de una vez.

Escuchó a los Clovek y apretó la boca. El animal se abalanzó sobre ella como si los entendiera. Nótt se arrojó al suelo, girando sobre sí misma. Lo alcanzó a golpear en su pata malherida y el animal cayó de bruces. Los gritos eufóricos de los guardianes que observaban la faena hicieron hervir su sangre de rabia. El animal siguió rodando hasta chocar con una de las rejas de acceso. Aturdido, sacudió la cabeza y volvió a gruñir.

«Levántate o morirás».

—¿Quieres callarte?

«La daga».

Nótt logró colocarse de pie en el momento justo en que el animal volvía a arremeter. Corrió hacia la pared, brincando para agarrarse de una de las salientes. Los bordes filosos de la estructura metálica lastimaron su mano y el dolor llegó enseguida. La adrenalina corría a borbotones por su torrente sanguíneo, por lo que no se detuvo. Trepó como un gato de monte sin importar que las púas la lastimaran. Se lanzó sobre el pedestal de madera que se erguía en el centro para tomar la daga, pero no logró aferrarse. La superficie lisa de la estructura hizo su trabajo y ella resbaló hasta el suelo. El animal la embistió de nuevo tomándola por la cadera. La agitó con violencia como si fuera una muñeca de trapo para luego arrojarla lejos.

«Nótt, niña. ¡Levántate! No llegué hasta aquí para verte morir». Espetó la voz, por primera vez asustada.

Nótt contuvo el aliento; el dolor era insoportable. Un brillo hizo que sus pupilas se movieran con rapidez. La daga había caído con ella y ahora giraba bajo los rayos del sol a varios palmos de distancia.

«Ve por ella».

El animal saboreaba la sangre que se enredaba en sus fauces. El olor había despertado su instinto de caza y Nótt lo supo enseguida. Se levantó como pudo y corrió para tomar su única posibilidad de supervivencia. El felino la siguió a grandes zancadas, cayendo sobre ella y evitando que asiera el arma con sus manos. Las patas,

enormes, del tamaño de una bola de cañón, inmovilizaron su pecho. Estaba indefensa y su mirada penetrante heló la sangre de Nótt. Respiró fuerte, moviendo infructuosamente sus brazos en busca del puñal.

«Llámalo. Usa la palabra que te enseñó».

—NO —gritó, para desconcierto del animal.

«Necesitas magia».

—No tengo magia —estalló, impotente.

«¡Hazlo! Yo me encargo del resto».

El felino bramó, preparándose para la estocada final. El eco festivo de los guardianes taladraba los oídos de Nótt.

—*Hãmäwy* —murmuró con rabia.

Enseguida la temperatura disminuyó. Varios remolinos de arena ascendieron desde el suelo en forma de serpientes. El felino retrocedió indeciso; algo no estaba bien. Un latigazo cargado de magia golpeó el lomo del animal y este rugió. Liberó el peso que mantenía a Nótt anclada a tierra y ella aprovechó para alejarse solo unos palmos. Sus dedos por fin tocaron la daga y la aferró con fuerza.

«¿Qué esperas?».

No quería matarlo, pero ¿qué otra opción tenía?

«¡Hazlo! No puedo contenerlo por más tiempo».

Nótt enterró el filo en el pecho del animal, partiendo su corazón en dos.

Este la miró desconcertado, retrocediendo con pasos tambaleantes hasta que se desplomó al suelo. Entre tanto, los remolinos de arena lo envolvieron por completo frente a la mirada atónita de todos.

—¡Usó magia! —gritó uno de los presentes y, a él, le siguió una decena más.

«Tienes que salir de aquí».

—Ya… ¿Hasta ahora te das cuenta? —murmuró casi sin aliento. Intentó erguirse, pero todo a su alrededor se distorsionaba. La sangre aún brotaba de su cuerpo y sus piernas flaquearon. Cayó de rodillas en la arena, mientras los Clovek se movían nerviosos por la presencia de los Vanir en Fjord.

24
Mortales

Recostado sobre un tapete de flores amarillas, Aron miraba el cielo azul de Helmi. Las nubes blancas se movían perezosas, esbozando decenas de figuras diferentes. El sol estaba en su cénit, pero aun así sentía frío. El mismo halo helado que venía de los espíritus lo envolvió. Se irguió mientras observaba el rostro de una mujer aparecer en la bóveda celeste.

—Debes ir a Eidyn… con ella —susurró con voz suave.

—¿Con quién? —preguntó, pero la imagen empezaba a diluirse—. ¿Por qué?

No contestó y enseguida Aron despertó. Ladeó la cabeza; era la premonición más clara que había tenido hasta el momento. Se sentó sobre una roca mirando cómo brotaba el agua de un arroyo mientras reflexionaba. Llevaba dos días en ese lugar sin ninguna noticia. Alguien había logrado neutralizarlo y despertó allí, vigilado como si fuera el más vil de los delincuentes. Suspiró. Estaba seguro de que su cruzada había terminado, lo peor, sin siquiera conseguir llegar a los campos de entrenamiento de Fjord. Cuando su madre se enterara de lo que hizo, nunca más lo dejaría pisar las tierras del Cinturón de Arenisca. Desde pequeño aprendió que Ottilia era una de las consejeras más importantes de Helmi, por lo que su actuar como hijo siempre influía en su reputación.

—¿Qué hacías en ese lugar?

La pregunta lo hizo brincar de su puesto. Aron se giró para ver a su interlocutor que avanzaba sin prisa con una jarra de cerveza en la mano.

—Me alegra saber que tú eres mi carcelero.

El rostro hinchado y cubierto de moretones sonrió. Cualquiera que conociera a Kiel, sabía que su afición por los juegos era una de

sus desgracias. Aunque percibió algo extraño en sus ojos, por lo que el athair prefirió esperar. Ya le contaría lo que había sucedido para que lo golpearan de esa manera.

Los guerreros que estaban cerca de allí se dispersaron para darles privacidad y Aron lo agradeció. No era fácil explicar su falta.

—¿Y bien?

—Estoy buscando a alguien —dijo Aron a media voz y se colocó de pie para estar a su misma altura—. ¿Qué piensas hacer conmigo?

—Aún no decidimos. —Tomó un buen trago y lo miró—. Algunos quieren que te entregue a Eirik, pero yo los convencí de que me dejaran hablar primero contigo. Te debo varios favores, así que espero que me respondas con la verdad y que no uses magia sobre mí.

Aron sonrió ante la solicitud. De quererlo, podría huir con solo cerrar los ojos, pero entonces Eirik lo sabría. No pretendía hacerle eso a su madre, aunque, quizás, ya era demasiado tarde. Mientras esperaba que alguien viniera, examinó el lugar. Notó que el bosque en el que se encontraban estaba fuera de los límites del muro. No estaban en el valle de Fjord, ni siquiera cerca de la Ciudad de Luz. Incluso, los nevados de Rhös podían verse a lo lejos. Así que era de suponer que utilizaron magia elemental para transportarse en un pestañeo.

—¿Quién los está ayudando?

—¡Qué listo! —Kiel dibujó una leve sonrisa y tomó un trago de cerveza—. Es Isak. Dice que quiere darme una oportunidad. Al parecer, alguien le habló bien de mí. Están interesados en mi trabajo.

Al escuchar el nombre de su amigo, Aron alzó la vista para buscarlo.

—No te molestes, no está.

El athair asintió.

—No deberías tomar tanto —dijo señalando la jarra en sus manos.

—Ya sabes que es lo único que me da consuelo.

Aron sintió pena por él. Lo conoció desde que llegó a Helmi, porque en las premoniciones de Nótt, él aparecía a su lado. Por más

que intentó que se acoplara a su nueva vida como ungido de los Vanir, nunca lo logró. Kiel se sentía timado, separado de su familia por un deseo de gloria que no había pedido. Con el tiempo, volcó toda su rabia en el licor, convirtiéndose en un guerrero poco confiable para Eirik. Gracias a la amistad que sostenían, Aron logró librarlo de varios problemas, pero después de que partió a Galt, la comunicación se había perdido. Hasta ahora.

—¿Vas a contestar a mi pregunta? —Kiel se sentó a su lado, como los amigos que eran.

—¡Puaj! Apestas.

—Sí, claro, y tú hueles a rosas.

Ambos se rieron sin ganas y el silencio los acompañó por un momento.

—¿Qué sucedió? —Señaló las heridas de su rostro.

—A veces escapar no es fácil y, para completar, te encuentras con personas que están más rotas que tú —comentó Kiel con una sonrisa ladeada, demostrando la ironía de su vida y se encogió de hombros—. ¿A quién estás buscando en las tierras de Eidyn?

—A Nótt —confesó. La cara de su amigo se ensombreció enseguida—. Está en aprietos y no se me ocurre otra manera de evitar que… —calló, ni él mismo sabía de lo que estaba hablando.

—¿Explícate?

—Llevo tres inviernos en Galt persiguiendo una anomalía que viene de Nótt. Es difícil de explicar, pero mis premoniciones me dicen que no me equivoco con relación a ella.

—Algo escuché. Te dieron permiso y toda la cosa… Es raro. —Ingirió un trago más y Aron lo siguió con cara de disgusto.

—¿Por qué me miras así, o es que quieres un poco? —Elevó el vaso para hacer un brindis—. Si no es eso, mejor trágate tus comentarios.

Aron levantó las manos a modo de disculpa.

—¿De qué anomalía hablas?

—Percibo magia en sus venas —dijo al fin el vanir, después de una larga pausa.

—¡¿En Nótt?! —exclamó en voz alta, para luego soltar una carcajada. Todos voltearon a verlos y Kiel cerró la boca enseguida—.

Mejor, caminemos —propuso entre susurros. Lo que hablaban no necesitaba gritarlo a los cuatro vientos.

—Te sigo. —Aron extendió el brazo para que pasara antes que él.

Se alejaron bordeando el pequeño riachuelo. La temperatura era agradable, muy diferente al frío extremo de Galt o al calor agobiante de Fjord.

—¿Dónde estamos?

—Cerca del límite con Rhös. Muy lejos de tu casa, si es que estás pensando en ello.

—No, claro que no, pero… ¿Exactamente dónde nos encontramos? —respondió sin desprender los ojos del horizonte.

—Eirik ha construido cientos de campamentos sobre los límites de Eidyn. Quiere estar preparado, por si el grupo base no logra neutralizarlos. ¡Pues bien! Este es uno de ellos.

—Ya veo —dijo a media voz y siguieron caminando.

La noche estaba despejada y la luna llena se mostraba caprichosa en el cielo. Parecía una reina en medio de miles de súbditos dispuestos a cortejarla, pero ella, indiferente, bailaba con su juego interminable de destellos.

—¿Qué hizo para que la tomaran prisionera? —mencionó Kiel, pensando en su vieja compañera de infancia. Se dio cuenta de que ni siquiera eso le había preguntado a ella.

—Derramó sangre en las lagunas sagradas hace ya varias lunas. —Hizo una pausa, apesadumbrado—. Necesitaba llevar un poco de comida a casa, y en su desespero, obró mal.

—Normal en ella. Nótt siempre desafía al mundo poniéndolo patas arriba.

—Hablas con el corazón.

—No —aseveró con voz gruesa—. Nótt nunca piensa antes de actuar.

Aron no le contestó. Conocía de sobra sus resentimientos con todo lo relacionado al reclutamiento de su pueblo.

—¿Y qué hacías en Fjord? ¿Eirik te envió a por ella? —preguntó al rato. De ser cierto, cometió un grave error dejándola a su suerte. ¿Pero cómo iba a saberlo? Ni siquiera Isak, al parecer, conocía de aquello.

—No, me temo que no —respondió tajante y Kiel abrió los ojos—. Eirik piensa que solo es un capricho mío, pero te aseguro que puedo percibirla. Además, en mis premoniciones, Nótt usa magia. Y ya sabes, estar tan cerca de la Ciudad de Luz es peligroso… para ella y para nosotros.

—¿En verdad crees que tiene magia?

—No tengo otra explicación para lo que siento en su interior.

—Puedo asegurarte que desde que la conozco, es tan mortal como yo. ¿No estarás equivocado?

—No reclutamos al azar —dijo Aron después de reflexionar por un momento—. Solo aquellos que son devotos de los Vanir pueden trabajar con nosotros. El ritual en el templo nos asegura que el espíritu que yace en su interior es puro y seguro. Tú eres uno de ellos y por eso fueron a buscarte. —Kiel arrugó la boca, pero Aron no se dio cuenta. Sus ojos miraban al horizonte—. Lo extraño es que ese mismo día detectaron una energía mágica cerca de las estatuas de los cinco kvasir y no venía de ti.

—¿Magia? —bufó incrédulo—. Te diré lo que sucedió esa mañana. Por más que se lo advertí, Nótt no pudo aguantarse y las tocó. Profanó a los espíritus primigenios. ¿Puedes imaginar lo que sentí? Fue por eso que la estatua se vino abajo como si estuviera hecha de arena. Se derrumbó en nuestras narices y, claro, después, llegaron ustedes para llevarme. —Se cruzó de brazos.

—No sabía eso.

—¿Qué cosa? ¿Que ella siempre va en contravía con el mundo? Pensé que la conocías bien.

—Hablo de lo que ocurrió con las estatuas.

—No es relevante. En cambio, tu presencia en Fjord sí es muy peligrosa. Tú lo has dicho, los tuyos no pueden estar tan cerca de Eidyn o lo notarán. Por eso Isak siempre nos espera del otro lado del muro. Si los Clovek se enteran de que rompiste el tratado, la misión se vendría abajo.

—Veo que tú tampoco comprendes. Ya estamos en peligro, amigo mío. —Se quejó—. Tú eras muy cercano a ella y deberías entenderla. Por lo menos, Nótt aún te aprecia mucho.

—No me digas. —Sonrió burlón.

—Mientras estuve en el pueblo, ella nunca tuvo la intención de atravesar el muro. De hecho, al no ser una devota, su espíritu sigue siendo primigenio, por lo que las sensaciones que recibo de ella son extrañas y me confunden. Aun así, logré mantenerla a salvo. Era imposible que las premoniciones se cumplieran si continuabas en Galt, hasta el día que ella te vio como prisionero con los Clovek. Después de ese día, todo ha sido un desastre.

—No me culpes de su captura. Acabas de decir que fue ella quien cagó su vida al derramar sangre en las lagunas sagradas.

—Sí, pero… —Hizo una pausa—. Lo cierto es que después de encontrarte y saber que seguías con vida. Se le metió en la cabeza que debía salvarte. No lo sé…

—¿En serio? —Alzó las cejas y algo parecido al arrepentimiento por haberla dejado a su suerte rondó por su pecho.

—¡Fue imprudente de tu parte dejarte ver! —soltó con cierto deje en la voz—. ¿Qué hacías en Galt?

—Seguir órdenes —se defendió—. Me camuflé entre los prisioneros para llegar a Eidyn. Eirik quiere atacar desde adentro.

—Pues por lo visto, no resultó.

—Como siempre, fue gracias a Nótt. Lo arruinó todo. —El remordimiento había desaparecido—. Puso la misión de cabeza abajo y tuvimos que huir cuando nos descubrieron. Por supuesto que no la iba a traer conmigo…

—¡¿Qué?! ¿Estabas con ella?

—No me vengas a enredar con tus sentimentalismos, ¿quieres?

—Ella dejó lo que tenía en Galt para ir en tu búsqueda.

—¿Ah, sí? Pues no debió —dijo, pero se movió incómodo en su puesto—. Nuestros caminos se separaron desde el momento en que ustedes entraron a mi vida. Claro, gracias a ella debo añadir. Ahora, hago parte de algo más grande, aunque nadie les cree. —dibujó su sonrisa ladeada de ironía.

—Nótt no tuvo nada que ver con tu reclutamiento. Un devoto como tú era necesario en nuestras filas. Así que deja de culparla, ya está bueno con eso —aseveró molesto y Kiel apretó la boca—. Ayúdame a regresar. Dile a Isak que yo usé magia sobre ti y que no

pudiste hacer nada para detenerme. Yo asumo las consecuencias de lo que ocurra…

—¿De verdad estás convencido de que Nótt tiene magia?

Aron resopló haciendo demasiado ruido con sus labios.

—Déjame mostrarte algo. —Recogió una pequeña piedra del suelo y la limpió con sus ropas. Kiel lo siguió con la mirada, intrigado por lo que iba a hacer. El elemental murmuró varias palabras en lengua antigua y de su pecho apareció una luz que luego se transportó a su puño. Este se iluminó como si el sol estuviera atrapado en sus dedos—. Tómala —dijo, entregando al mortal el objeto cargado de magia.

Kiel extendió su brazo temeroso, tensándose apenas los destellos tocaron su piel.

—¿Qué es?

—Lo que percibo cuando estoy cerca de ella. Hay dolor, arrepentimiento, generosidad, rebeldía… mucha rebeldía, diría yo —comentó sin evitar sonreír—, y…

—Magia.

—Sí, magia.

—Pero, ¿cómo?

—Es lo que trato de comprender desde hace tres inviernos. Nótt es diferente.

—¿Y por eso arriesgas la seguridad de los tuyos?

La voz de Isak lo tomó por sorpresa. Aron se giró en redondo para encontrarse con su amigo de infancia. La expresión con la que lo observaba era jovial y avanzaba hacia él con paso lento. Así que intentó sonreír para disfrazar el temor que le producía sentirse atrapado. El abrazo fue sincero, como siempre que se encontraban. Al fin y al cabo, crecieron juntos.

—Estás poniendo la misión en peligro. Lo sabes, ¿cierto?

—Te equivocas —respondió Aron, tozudo—. Nótt es una de las nuestras y eso está por encima de cualquier orden que tengas.

—Los del consejo no piensan lo mismo.

—¿Qué fue lo que hiciste? —La voz severa de su madre vino acompañada de varios destellos azul-violeta. Miró a Isak para que le confirmara lo que estaba pasando.

—No me dieron otra alternativa. Tenía que actuar —soltó Aron a modo de disculpa.

—Tu presencia allí amenaza el trabajo de Eirik.

Aron intentó huir, pero varios guerreros, incluyendo Kiel, le cerraron el paso. El mago iluminó sus manos para defenderse, pero la energía de su madre, más poderosa que la suya, lo detuvo. Quiso quejarse, pero estaba mudo. Su boca solo emitió un gemido y su cuerpo se tensó por la fuerza que hacía para liberarse.

—Lo lamento. —Isak se acercó para verlo a los ojos—. Estás fuera de control, amigo mío. En casa te esperan. Estarás bien.

—No lo hagas. Esto es un error. Se van a arrepentir —susurró tan bajo que nadie pudo escucharlo. Su voz se congeló por la magia elemental y pensó en su última premonición. Tenía que llegar a la Ciudad de Luz, pero ¿cómo?

Isak retrocedió y respiró profundo. La imagen de Ottilia asintió con la cabeza y las chispas de colores se llevaron a su amigo de regreso a Helmi.

25
Magia

Nótt miraba a través de la ventana una porción de la luna. El astro yacía perezoso con el pasar de los días. En parte, se sentía bien; las camas tenían paja limpia y el lugar permanecía seco. El único inconveniente era una enorme reja de hierro que la separaba de la libertad. Suspiró nostálgica. Extrañaba todo, incluso ver las corrientes de energía que se extendían de los cultivos de piedras hacia Eidyn, porque desde donde estaba no veía nada.

Era de noche. Varias velas le suministraban la luz necesaria para no estar en medio de la penumbra. Sentía con el paso del tiempo que su esfuerzo para que los recuerdos de Galt no se esfumaran era mayor. Los necesitaba para no perder la esperanza y, por qué no, la cordura. A veces, ni siquiera se reconocía; había cambiado tanto física como emocionalmente que temía que, si algún día regresaba a casa, Sassa no la conociera. Ahora era más fuerte y rápida, pero la bondad parecía desaparecer con el pasar de los días y se odiaba por ello. No podía permitir que los Clovek la cambiaran, y aun así, no tenía forma de evitarlo.

—Hãmäwy —murmuró la palabra que le enseñó Aron. Llevaba días enteros haciéndolo desde que despertó del ataque, pero no funcionaba. Sin la voz que hablaba en su cabeza, la magia se esfumaba con el viento.

Viggo entró con varios ungüentos en las manos y los depositó en una de las mesas. Nótt lo miró revolver pequeñas porciones en tazones de barro con bonitos acabados. El curandero sacaba de un lado, para verterlo en otro hasta conseguir la contextura que necesitaba. Sus remedios hacían que la piel de Nótt ardiera, pero funcionaban. El hombre de ojos almendrados estaba orgulloso de su mejoría; se ufanaba de que su recuperación era asombrosa. Se

empeñaba en que continuara siendo perfecto y por eso vertía todo con perfección.

Cuando despertó, el curandero le contó que llevaba inconsciente más de cinco noches. Al animal con el que combatió lo llamaban yórik por su naturaleza maligna. En un principio, los Vanir los crearon utilizando magia prohibida que venía de Jörmun; una esencia erradicada junto con los Kvasir en el inicio de la nueva era. Su propósito fue loable: proteger la Ciudad de Luz de un mundo inestable. Este resurgía con dificultad de entre las cenizas, pero su creación no funcionó como lo esperaban, ya que se multiplicaban demasiado rápido y vivían hambrientos la mayor parte del tiempo. En solo unos inviernos, acabaron con casi todas las especies nativas de la región, acrecentando el desierto en el que se encontraban. Al final, decidieron exterminarlos y todo quedó en el olvido. Su equivocación había ocasionado muchos estragos, por lo que se prohibió su mención tanto en los libros antiguos como en los que conformaban la nueva era. Sin embargo, los Clovek pensaron diferente y conservaron varios especímenes para su deleite. Uno de sus tantos secretos a los ojos de los Vanir.

Viggo le confesó que incluso él no pensó que sobreviviría a su encuentro. La piel como la mordedura de un yórik era muy venenosa. Por lo general, el área lastimada se inflamaba, produciendo dolores intensos que se extendían por todo el cuerpo. Eso era solo el inicio, porque tres o cuatro días después la víctima dejaba de respirar. Por eso, cuando Nótt superó su quinta noche, las esperanzas de Viggo regresaron. La herida aún supuraba, pero ella había despertado. El problema era que los Clovek estaban en alerta y no solo por su supervivencia, sino por la magia que vieron que era capaz de hacer.

—¿Cómo te sientes hoy? —preguntó Viggo acercándose a la cama.

—Mejor.

El curandero tocó su rostro para confirmar que ya no tenía fiebre y sonrió.

—¿El dolor de cabeza?

—Desapareció desde esta mañana.

—No sé cómo lo hiciste, pero estás casi recuperada. En unos cuantos días podrás regresar con los demás.

—Ya… —contestó sin muchas ganas. Respiró profundo. Deseaba con todas sus fuerzas poder huir y volver a Galt.

«Lo haremos, pero no regresaremos a ese lugar».

La voz de su mente le molestaba. Si supiera cómo acallarla, lo haría. Pero por lo pronto, debía resignarse y evitar escucharla.

Viggo limpió de nuevo su herida con delicadeza y le untó sus prodigiosos ungüentos en la piel. El hombre hablaba poco; aunque no lo necesitaba, la expresión de su rostro lo decía todo. Miró nervioso a la puerta; alguien se acercaba.

—Diles lo que sabes y estarás bien —murmuró Viggo con rapidez, antes de que el grupo de clovek apareciera.

—¿Qué me van a hacer?

—No puedo hablar —respondió esquivando su mirada.

—Veo que ya despertó. —La presencia de Seth hizo que Nótt contuviera la respiración por un segundo.

—Así es. —La voz regresaba a la garganta del curandero—. Mejor me voy. Ustedes tendrán mucho de qué conversar. Estaré en el pasillo por si me necesitan para cualquier cosa —dijo observando la cuadrilla en la puerta.

Kolbein le cedió el paso y Viggo se escurrió hasta la salida sin hacer ruido.

—¿Ahora se supone que tienes magia? —preguntó con ironía y Nótt tragó saliva—. ¡Muéstrame! Quiero ver.

—No puedo… Yo… no sé cómo hacerlo.

La expresión pétrea de Seth se acrecentó. Se sentó despacio sobre la tabla que le servía a Nótt de cama, simulando una tranquilidad que no encajaba con su rostro descompuesto.

—Me trajeron de Galt por tu culpa —empezó diciendo—, y eso me tiene de muy mal humor. Dos horas después de mi llegada, me entero de que fue porque mataste a Kolbein. Uno de los mejores clovek del continente. —Negó con sutileza—. Temo que los de arriba estén muy molestos y no los culpo.

—No fui yo. Estaba atada cuando eso sucedió —explicó en su defensa.

—Eso no sería un impedimento para alguien con magia —repuso. Un joven le murmuró algo en el oído y este asintió con expresión pétrea. El calor del valle de Fjord lo asfixiaba—. La ley prohíbe su uso en esta área y lo que vieron en la arena fue que ganaste porque usaste a los espíritus a tu favor. —Chasqueó los dientes, bajo la mirada atenta de Nótt que no despegaba sus ojos de él—. Muéstrame lo que sabes hacer.

«¿Qué te parece si los asustamos un poco?».

—No —murmuró bajando el rostro.

«Este tipo me desespera».

—No lo hagas.

—¿Qué dices? —preguntó Seth inclinándose hacia ella.

—Ya se lo dije, no sé cómo…

—¡TRÁIGANLA! —Miró hacia la puerta y el grupo de guardianes se perdió por el umbral—. No soy un hombre de mucha paciencia, como ya sabes. Aunque me considero de proceder sencillo. La ley debe cumplirse y punto.

—¿Por eso los campos de entrenamiento?

Seth sonrió ante la ignorancia de la chica.

—Eidyn es especial. Por eso los Vanir la protegieron después de que todo se vino abajo. Si al menos supieras leer, sabrías que este es el único lugar donde se permite entrenar para proteger a la Ciudad de Luz. —Nótt abrió los ojos—. El continente depende de su grandeza y, para lograrlo, hay que hacer sacrificios.

«¿Qué se supone que somos…? ¿Trabajamos para ellos?», se preguntó asqueada.

Los ruidos de los pasillos desviaron su atención hacia afuera.

Alguien forcejeaba. Los Clovek se veían a gatas intentando controlar a uno de los prisioneros. Las maldiciones dichas de mil maneras posibles llegaron a los oídos de Nótt y supo de quién se trataba.

—Suéltenla —suplicó.

—Te lo repito —dijo Seth con voz pausada—. Quiero ver la magia que se supone que tienes.

—Es que…

—¡No lo hagas! —soltó Lys, pero la callaron con una bofetada. Nótt tragó saliva.

«Yo me encargo. Esto me gustará».

—No… Espera.

Pero la voz de su cabeza no obedeció. En ese momento, la temperatura descendió y todas las luces se apagaron al mismo tiempo, acompañadas de un sonido sordo. El murmullo del susto se escapó de los labios de más de uno de los guardianes y la tierra vibró. Seth, entre gritos de ira, ordenó que las encendieran. Lo hicieron, con miradas cargadas de terror. Prendieron las velas entre empujones y el caos los acompañó por varios minutos hasta que el frío desapareció.

—¿Ahora sí me crees? —Seth desvió la mirada a alguien que se ocultaba en el pasillo.

—No puede ser cierto. —La voz dudaba—. Es imposible; ni siquiera es una devota.

—Tampoco lo creí cuando llegué acá, pero el maldito de Kolbein tenía razón. Me insinuó que su destreza no era normal, pero yo no le presté atención a su comentario.

—Sí, él me dijo algo parecido, pero…

—¿Acaso no es suficiente prueba para ti? Este ratón de monte siempre me ha dado mala espina y ahora entiendo por qué.

La mujer se asomó por el umbral de la puerta. Sus ojos ámbar se resaltaban en la oscuridad. Nótt la reconoció enseguida; la cicatriz que cubría su rostro era única. Fue la misma mujer que estuvo el día en que Kiel fue reclutado.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó la recién llegada con cautela.

—Llevarla al puesto de control en el bosque de Urth, por supuesto. Si es un Vanir, los altos líderes sabrán qué hacer.

—¿Y si es otra cosa?

—¿Qué más puede ser, mujer? Solo los Vanir controlan la magia.

Käre no respondió. La miraba fijamente, mientras reflexionaba. La mujer que la visitaba en sueños no era clara en su plan, pero cualquiera sabía que llevar magia cerca de la laguna era peligroso.

—No la muevas de acá —dijo al fin.

—¿A qué le tienes miedo? —respondió intrigado. Había notado un ligero temblor en su voz.

—No es eso. Todos conocemos las escrituras, así como sus leyes, y tú lo has dicho. Ella siempre te ha dado mala espina. ¿Qué te dice tu intuición en este momento?

—Que la lleve —respondió sin titubear—. Nos atacaron en nuestro propio campamento. Kolbein murió por confiado y yo no soy como él. No voy a dejar pasar estas cosas por alto. Si se demuestra que los Vanir tienen algo que ver, entonces rompieron el tratado. Eso quiere decir que no tenemos por qué seguir sus absurdas leyes. La energía de la laguna es solo nuestra.

—Son suposiciones, aún no lo sabes —respondió, intentando que entrara en razón.

Seth se levantó despacio. Llevaba demasiados inviernos en Galt y sus alrededores como para olvidar lo que era vivir cerca del bosque de Urth. Era el puesto de control más cercano a la Ciudad de Luz. Solo los altos líderes de los Clovek podían atravesar el bosque y visitar la laguna. Para hombres como él, aquello estaba prohibido.

—Seth. —La mujer agarró su brazo para que la mirara, pero solo consiguió que el líder gruñera en desacuerdo—. Piénsalo bien. Primero averigüemos qué clase de magia es esta y luego… Si es una vanir, yo misma te acompañaré a denunciarla al puesto de control en el bosque de Urth, pero por ahora, no la lleves.

—Si me lo permiten. —Viggo alzaba la mano un poco más al fondo—. La prisionera no está en condiciones de caminar. Si puede quedarse en cama hasta la próxima luna nueva, le sentaría bien.

Seth clavó los ojos en Nótt por un rato. Reflexionaba.

—Escúchalo —prosiguió la mujer—. Durante ese tiempo, podemos analizar mejor la situación. No deberíamos llevar magia a la laguna.

El clovek gruñó molesto. Odiaba cuando los demás tenían razón.

—Cinco días —soltó.

—Cinco días —repitió entre susurros la mujer de pupilas ámbar para sí misma. Tendría que pensar en algo, y rápido.

26
Fuego

ANótt la habían movido con los demás; según Seth, ningún prisionero debía tener preferencias. El campo de entrenamiento era más seguro que el sanatorio; nadie había escapado de allí antes. El lugar estaba construido bajo tierra. Poseía depresiones en los muros a modo de cuevas, lo que permitía que fueran utilizadas como áreas de descanso. Sin lujos ni ninguna otra comodidad, se dormía en el suelo en pequeños grupos para protegerse del viento que venía del acantilado. La prisión al fondo limitaba con una pendiente abrupta que daba al vacío. Desde allí podía verse la ciudad de Eidyn, por lo que a Nótt, a diferencia de los demás, le gustaba estar allí. Observó el pequeño destello de luz rodeado de un espeso bosque y suspiró. Luego giró su cabeza hacia el cielo; un manto gris, que prometía un gran aguacero, empezaba a cubrirlo. Los destellos electrificados se asomaban con timidez por entre las nubes y decidió quedarse. Extrañaba el bosque Huldrefolk.

La herida que le propinó el yórik aún le molestaba. Podía moverse si lo hacía despacio, pero, sin embargo, debajo de su piel aún no había sanado del todo. Suspiró consternada; la incertidumbre de su próximo destino no la dejaba tranquila. Conocer a los líderes de los semihombres la ponía nerviosa, sobre todo porque querían que les demostrara algo que no tenía.

Lys siempre la acompañaba. Su amiga incluso le traía comida para que no se levantara y vigilaba que nadie la molestara. Aunque siempre mostraba una indiferencia atroz a todo lo que le rodeaba, era, sin lugar a dudas, la mejor compañía que alguien podía tener. Nótt no dejaba de agradecerle, pero la chica siempre le respondía que se lo debía, por aquella tarde de Galt en la que, según ella, le salvó la vida.

—Sería bonito ver llover —comentó Lys con su voz pausada. La que usaba cuando quería reflejar lo cansada que estaba del mundo entero—. Ya estoy olvidando cómo es. Claro, es que en este lugar a cualquiera se le borra hasta la memoria —bufó.

—Es cierto. —Pensó en Sassa y en la pequeña Anne. En las últimas lunas se aferraba con fuerza a su recuerdo para continuar siendo Nótt y no la persona en la que parecía convertirse—. Tanto este maldito desierto como nosotros necesitamos un poco de agua para limpiarnos —espetó sin despegar sus ojos del cielo. Varios rayos destellaban con fuerza—. Quién iba a imaginar que del otro lado del muro las cosas fueran tan diferentes. Hasta la magia está prohibida.

—¿Acaso hay algo que no esté prohibido para ellos? —ironizó y rodó los ojos.

—En Galt, los espíritus primigenios pasean por el bosque Huldrefolk a diario. Es imposible tapar el sol con un dedo y pretender que no existen. Aunque para mí no son divinidades, solo un tipo de vida diferente que tiene magia.

—Pues yo antes creía, cuando era pequeña, que los dioses estaban en el cielo. —comentó pensativa—. Tenían fiestas que duraban lunas enteras. Las luces eran el principal atractivo, como las que vemos ahora. A mí me gustaba esa historia, sobre todo porque soñaba siendo uno de ellos. Una diosa hermosa, aficionada a la buena vida y al vino.

—No te imagino tomando un trago.

—Yo tampoco. —Sonrió mostrando sus dientes.

Nótt soltó una carcajada más grande. Pensó en el Ratón Borracho y suspiró; nunca imaginó que llegaría a extrañarlo tanto como en ese momento. Lys se giró para verla.

—Desde la caída de los Kvasir, el cielo dejó de ser el mismo.

—Eso cuentan —respondió Nótt en un suspiro—. Mamá me aseguró una vez que era todo azul. Ni siquiera cabe en la cabeza.

—Pues es cierto. Los Vanir contaminaron las lagunas donde se cultivan las piedras supercalientes. Son las bacterias las que le dan ese color que luego se proyecta al cielo.

—¿Cómo lo hacen?

—Con la torre de luz que está en Eidyn.

Nótt miró al horizonte, viendo el destello luminoso con nuevos ojos. Respiró profundo.

—¿Qué pasa con las personas que trabajan en los campos de cosecha? —preguntó al recordar las siluetas que veían en el día.

—Con el tiempo enferman y mueren —respondió con voz apagada—, pero luego vendrán más. Siempre hay alguien dispuesto a atravesar el muro.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Crecí en un templo en Kintyre. Leí hasta la saciedad sobre la historia del Viejo Mundo. —Blanqueó los ojos y torció la boca—. Al igual que tú, me tragué toda esa basura hasta que la conocí a ella.

—¿Sabes leer? —soltó la pregunta sin pensar y enseguida calló. En Galt, aquello se reservaba solo para los más poderosos— ¿Qué dicen los Athair sobre eso? Se supone que está prohibido curiosear los libros antiguos.

—¿Y qué van a decir…?

—No lo sé… Podrían vetarlo. Son expertos en eso.

Lys pareció dibujar una efímera sonrisa por primera vez.

—Los Trayk somos un pueblo libre. No nos regimos por ninguna ley que nos perjudique. Nuestros templos son diferentes de lo que te imaginas. Allí no solo se reza a los espíritus, se vive y se combate junto con ellos.

—¿Lo hacen?

—Sí —bufó al recordarlo—. Su magia es poderosa. Nos protegen y nosotros a ellos cuidando nuestros recursos. No los veneramos y por eso no hay devotos como en Galt.

Nótt se quedó pensativa. Le habría gustado crecer allá.

—Por eso sabes pelear tan bien.

—Somos una raza guerrera. La mejor del continente. —Levantó la frente con orgullo.

—¿Y cómo fue que terminaste aquí?

—Ya te lo conté —respondió. Sus ojos habían regresado al cielo.

—No. En realidad nunca lo has hecho. —Intentó moverse para mirarla, pero una punzada de dolor la detuvo. Arrugó la cara por un momento y contuvo la respiración.

—¿Estás bien?

—Sí, solo fue un tirón. Nada de qué preocuparse.

—Déjame ver la herida; pudo haberse infectado.

—No… Viggo hizo un excelente trabajo. —Nótt intentó detenerla, pero su amiga logró levantar parte de la blusa. Lys abrió los ojos, asombrada.

—¿Cómo es que desapareció?

—¡Shhh! ¡Baja la voz!

—Explícame —exigió entre murmullos.

—No está del todo sana; por dentro aún me duele —soltó a modo de disculpa.

—Pero no hay marcas. ¿Cómo se cura alguien así de rápido?

—Pues… —Apretó la boca.

Era cierto, pese a la gravedad de la herida, esta sanó en tiempo récord.

—Usaste magia, aunque te niegues a admitirlo. —Las pupilas de Lys brillaron por un momento.

—¡Shhh! —espetó mirando a su alrededor. Lo último que necesitaba era atraer la atención de los demás prisioneros—. No, no lo es. Soy tan mortal como tú.

—Entonces, explícame esto. —Señaló el vestigio de lo que quedaba de herida.

Nótt permaneció callada. No se atrevió a contarle que era la voz de su cabeza la que hacía el trabajo. Pensaría que estaba loca.

—*Hãmäwy* —susurró con suavidad y esperó un momento—. ¡Ves! No ocurrió nada.

—¿Qué se supone que tiene que pasar?

—No lo sé. Es una palabra mágica… o algo así que me enseñó Aron antes de separarnos.

—Te refieres a tu novio, el vanir —soltó. El rostro de Nótt pasó del blanco al rojo enseguida y ella la miró con los ojos abiertos como platos—. ¿Quieres calmarte? No dije nada bochornoso.

—Él no me ve así. Además, no sé por qué todos tienen que hablar de él como si tuviéramos algo. Es un Vanir y yo odio lo que representa y hace ese pueblo con nosotros. —Tragó saliva e intentó calmar su nerviosismo. ¿Por qué escuchar su nombre la ponía así?

—Perdóoon —dijo alargando la última sílaba y torciendo los ojos, molesta—. No quise molestarte.

Nótt abrió la boca para responder, pero varios gritos la hicieron desviar la mirada a los pasillos.

—¿Qué ocurre? —Lys se levantó seguida.

—Huele a humo. —Nótt notó enseguida que el ambiente estaba pesado; difícil para respirar—. ¿Lo sientes?

Su amiga asintió. Un grupo más de prisioneros pasó corriendo en dirección de la plaza donde tenían lugar los combates.

«¿Querías invocar un poco de magia?».

—No.

«Demasiado tarde…».

—¿Qué hiciste? —murmuró, girando sobre sus talones.

«Pronunciaste la palabra, niña», respondió, y a Nótt le pareció que sonreía.

Hombres y mujeres se desplazaban de manera desordenada de un sitio a otro. La mayoría atinaba a dirigirse al único lugar abierto de ese interminable juego de túneles.

«Voy a sacarte de aquí. Después me lo agradecerás, pero por ahora… muévete».

—No te pedí que hicieras eso.

«Tienes que abandonar este lugar. Es hora de seguir».

—Estoy de acuerdo, pero no matando a todos en medio de un voraz incendio —respondió ofuscada—. Aquí no hay por dónde correr.

—¿Con quién hablas, Nótt?

Otro grupo más grueso que el anterior también se alejaba en plena marcha.

—¡Salgan! Se está quemando todo —espetó uno de ellos y pasó de largo.

Ambas se miraron. Las llamas se hicieron visibles en el fondo del pasillo. Lys, sin esperar un segundo más, avanzó en la misma dirección de sus compañeros de cautiverio. Nótt no la siguió; permanecía estática, clavada en el suelo, contemplando la danza mortal del fuego. La chica agarró del brazo a su compañera y la arrastró junto a ella. El humo las perseguía como un monstruo

etéreo sin sombra. Montaba por las paredes con rapidez, a punto de devorarlas. El miedo se condensó en el aire. Los gritos crecían en intensidad junto a la tos ronca de decenas de prisioneros.

Llegaron al patio, pero allí las cosas estaban igual o peor de donde venían. La nube de hollín trepaba con sus tentáculos deformes hasta los pisos superiores. La torre se llenó de humo y los prisioneros suplicaban a pleno pulmón por ayuda. Nótt levantó la vista, pero no se veía ningún clovek en los balcones.

—¿Dónde están? —se preguntaban entre ellos, mientras los gases los envolvían de pies a cabeza.

—¡Hey!

—¡Déjenos salir! —gritaban al unísono.

—¡Abran las puertas o todos moriremos!

—Se me ocurrió algo —espetó Lys al oído de Nótt y ella se giró para verla.

Su amiga desapareció entre la multitud. Esta se apilaba como un juego de cartas para evitar que el fuego los devorara. Los ojos de Nótt regresaron al cielo. La luna, protegida por el manto de nubes grises, escasamente iluminaba el área circular donde se encontraban. Detalló las paredes de la torre; la única salida era la parte superior y miró a su alrededor.

«Si al menos pudiera trepar», pensó. Observó los vendajes de sus manos y cerró los puños. Aunque ya no tenía marcas visibles, internamente aún le dolía.

Las llamas llegaron, y con ellas los gritos de impotencia de decenas de prisioneros. El desespero los hizo comenzar a escalar para salir del infierno en el que se encontraban, pero las salientes con púas en sus extremos lastimaban a más de uno. Lys estaba entre ellos, y aunque caía sin cesar, la chica volvía a levantarse con la esperanza de huir de una muerte segura.

—*Hãmäwy* —murmuró Nótt cuando el calor y los gritos se volvieron insoportables. ¿De qué servía que Aron le hubiera enseñado esa palabra si nunca acudía a su encuentro?—. *Hãmäwy… Hãmäwy… Hãmäwy* —bufó a punto de llorar de rabia—. ¿Qué fue lo que hiciste? —Esta vez la pregunta iba dirigida a la voz de su cabeza, pero ella no contestó.

Lys alcanzó a llegar a la segunda planta y Nótt sonrió esperanzada. Pero los clovek por fin aparecieron, cerrándole el paso. Impotente, vio que su amiga forcejeaba con un hombre mucho más alto que ella. Miró a su alrededor buscando la manera de ayudarla, pero los gritos de Lis la alteraron. Sus ojos regresaron a ella; su amiga sostenía una daga en la mano e intentaba escapar. Logró arrebatársela a uno de los guardianes, pero cuando se propuso atacarlo, este se giró sobre sus talones y la desarmó. El sonido del metal sobre la losa hizo que Nótt apretara la boca. Ahí estaba su oportunidad, pero enseguida el sujeto lanzó a Lys al vacío.

Nótt dio un respingo.

—¡Por los espíritus, detén esto! —le gritó a la culpable—. ¿Acaso estás loca?

«No te preocupes. Todo está bajo control».

Nótt negó con la cabeza y corrió a por su amiga que yacía en el suelo. Entonces, lo imposible en el desierto sucedió y una gota de lluvia mojó su rostro.

27
Helmi

Ottilia aún dormía cuando escuchó un ruido fuerte que venía del exterior de su recámara. Se levantó apresurada y corroboró a través de la ventana que aún era de noche. Se alistó con rapidez mientras escuchaba los bramidos de Eirik en la antesala. Algo demasiado importante debía haber sucedido como para que él irrumpiera de esa manera en su hogar. Salió con premura, pero se detuvo en seco al darse cuenta de que su líder no estaba solo. Käre lo acompañaba con sus ojos color ámbar, tan difíciles de leer como su propia alma.

Su presencia en Helmi era motivo de debate entre los consejeros. Ella no era una vanir, pero tampoco una clovek, aunque sus ojos no fueran humanos. Según le explicaron un día, era una mortal nacida más allá del estrecho de Brijan. Conocedora de los libros antiguos y de la magia elemental de los primeros tiempos, aunque no corriera por sus venas. El color de sus pupilas la identificaba como una sacerdotisa, aunque pocos sabían lo que ocurría del otro lado del mar. Por eso Ottilia desconfiaba de su presencia y, sobre todo, de la influencia que tenía sobre Eirik.

El apoyo que brindaba al líder de los Vanir era tan misterioso como útil, según entendía. Pese a tener el favor de Eirik, su permanencia en las tierras sagradas de los espíritus no era bienvenida. Era una extranjera y su lealtad era dudosa.

—¿Quieres explicarme por qué irrumpes así en mi casa? —espetó, observando de soslayo a Käre. Siguió de largo con la frente en alto y se sentó en uno de los sofás de plumas de ganso que decoraban la estancia.

—¿Dónde está tu hijo? —inquirió el líder con voz gruesa. Sus pupilas parecían abrirse proyectando un aura incómoda, que a Ottilia le costaba leer.

—En Galt, como en los últimos tres inviernos —respondió con una fingida calma e invitó a su líder a que se sentara junto a ella.

—No tengo tiempo para tus juegos, Ottilia. Necesito hablar con él de inmediato. —Permaneció de pie, inquieto. Sus ojos escudriñaban el lugar por si acaso.

—¿Y por qué se supone que estaría aquí? ¡Ah! Ya entiendo. La sacerdotisa Käre te llenó la cabeza de basura. ¿Qué te dijo? —preguntó sin quitarle la mirada. ¿Y si ya sabía lo de la pequeña aventura de Kiel al otro lado del muro? Tragó saliva.

Eirik gruñó ante el comentario, mientras que la mujer permaneció inmutable ante la insinuación. No estaba allí para crear conflicto, sino para evitar que todo se viniera abajo.

—Sé que está acá —bramó Eirik, furioso—. Así que dile que quiero verlo.

—Te equivocas.

—Me estás obligando a revisar todo.

—Hazlo, pero te juro que…

—Déjalo, mamá. —La voz de Aron se escuchó en el fondo, cerca de las puertas que daban a la parte posterior de la residencia—. No soy un niño que debas proteger.

El joven avanzó con paso lento, analizando la situación. No se delataría a sí mismo, a menos que Isak hubiera contado la verdad sobre su infracción al otro lado del muro.

—¿Qué sucede? —preguntó con temor.

—Es Nótt. —Esta vez la que habló fue Käre. Él la miró; su corazón se aceleró al escuchar su nombre.

—Lo que dices sobre ella es cierto —aseveró Eirik.

Aron respiró profundo.

—Hay magia en esa chica, aunque no me explico cómo, porque no es una devota —continuó la sacerdotisa—. Después del reclutamiento del joven Kiel, observé su comportamiento lunas enteras. Nunca encontré nada diferente que me hiciera dudar. Ella es solo una mortal. —Käre avanzó a su encuentro.

Aron no hablaba; su cabeza solo podía pensar en Nótt. No entendía por qué no lo había llamado todavía. El recuerdo de la daga clavándose en su pecho aún lo atormentaba en las noches. Sin

poder salir de Helmi, la incertidumbre lo estaba matando. Tenía que llegar al bosque de Urth y no sabía cómo; su madre lo mantenía vigilado.

—¿Qué está diciendo? —Ottilia ladeó la cabeza curiosa y se levantó del sofá. El miedo en los ojos de Eirik no le gustaba—. ¿Qué es eso de que tiene magia?

—Arréglate, Aron. Te espero en el salón principal —dijo sin siquiera mirar a la más consentida de sus consejeros—. Tenemos que hablar.

El joven asintió como un autómata. Un nudo en su garganta le impedía pronunciar algo coherente. Enseguida, los recién llegados salieron del cuarto dejándolos solos.

—No puedes decirle que estuviste ahí. —Fue lo primero que advirtió Ottilia cuando desaparecieron por la puerta.

—No lo haré —respondió a regañadientes y se apresuró a arreglarse.

Su madre lo siguió y, aunque ella quería conversar, él se mantenía callado. Toda su atención estaba puesta en Nótt. Ajustó sus ropas lo más rápido que pudo y salió. Al hacerlo, corroboró que las primeras luces del alba se asomaban en el horizonte y apretó el paso.

—Necesito que me digas todo lo que sabes sobre ella —espetó su líder con voz grave apenas Aron entró en el gran salón.

—Ya lo hice… De hecho, más de una vez —respondió con cierto deje en su voz. Ni siquiera lo había dejado sentarse cuando lo atacó con más preguntas.

Aron detalló a los presentes. La mayoría eran ancianos consejeros, pero otros, como Käre e Isak permanecían de pie. Atentos a lo que sucediera con aquella revelación.

—Si le pasó algo, quiero saberlo —dijo el Ek mirando fijamente a la mujer de ojos ámbar.

—La descubrieron —confesó y Aron dio un respingo. El peor de sus temores se hacía realidad.

La mujer contó lo que ocurrió en la prisión de Fjord. Desde el ataque del yórik y cómo le dio muerte, hasta la manera experta en

la que los dejó en la oscuridad solo descendiendo la temperatura un poco.

«Tienes magia, lo sé», pensó Aron. *«¿Pero por qué no me llamas?».*

—¡¿Un yórik?! —preguntó Ottilia asustada.

—No es la primera sorpresa con la que nos encontramos —ratificó Eirik molesto y Käre miró hacia otro lado. Ella sabía muchas cosas, que era mejor mantener en secreto por la paz del continente —. No cabe duda. Hay que intervenir a los Clovek, están fuera de control.

—De acuerdo, pero esto es otro nivel. Esos animales son peligrosos y… —Un escalofrío recorrió el cuerpo de Ottilia de solo pensarlo—. Malditos.

—Por eso es extraño lo que hizo —respondió Käre pensativa—. Vencer a un yórik con tanta maestría denota un excelente control de los elementos, pero Nótt nunca practicó magia en Galt.

—Alguien le enseñó en secreto. Podría ser, ¿no? —Uno de los consejeros lanzó la sugerencia.

—No lo creo, es que ni siquiera es una devota.

—¿Se te ocurre algo, Aron? —Eirik lo miraba con el ceño fruncido.

El joven se mantuvo callado, intentando asimilar lo que escuchaba.

—Además, su cuerpo se curó solo —continuó Käre—. No quedó ninguna cicatriz.

—¿Ni siquiera la del veneno? —Ottilia se refería al que proporcionaba la mordedura—. Debe de haber manchas en su piel.

—Nada.

—¿Y si investigamos quiénes son sus padres? —volvió a intervenir mirando a Eirik.

—Ya lo hice. —La que respondió fue Käre y todos se centraron en ella—. Ninguno de los dos era un Vanir.

—Lo que dices no es lo normal. —Eirik caminaba de un lado a otro—. Aunque hemos tenido casos de mortales que nacen con el don para controlar los elementos sin una ascendencia clara hacia los Vanir.

—Eso es cierto —corroboró Aron—, pero ninguno podría enfrentarse a un yórik y quedaría vivo para contarlo.

—Nos estamos desviando. —Isak se adelantó para que los demás lo vieran—. Lo que en realidad nos debe preocupar en este momento es que, si esa muchacha tiene magia, estamos jodidos. Tenemos que sacarla de allí antes de que se aproxime demasiado a Eidyn. Nuestros antepasados murieron para que tuviéramos paz y su cercanía a la laguna es peligrosa.

«Por fin lo entendieron», pensó Aron con satisfacción.

La mujer de ojos ámbar observó al Ek de Galt que asentía con vehemencia. El joven lo había advertido lunas atrás, pero nadie lo escuchó. Se mordió los labios porque ella contribuyó a que Nótt atravesara el muro, aunque ignoraba todo eso de su magia. De haberlo sabido, no se hubiera prestado para seguir el plan de la mujer de sus sueños. Bufó, contrariada.

Las cabezas asentían a destiempo. El nerviosismo podía palparse en los ojos de todos. Eirik se acercó al plano donde estuvo trabajando las últimas lunas desde que la operación comenzó. Todas las conversaciones del consejo se hacían allí. La mesa redonda tenía poco menos de cuatro varas de diámetro y conseguía reunir a la mayoría de los consejeros. Por lo menos, a los que residían en Helmi.

El líder hizo girar la mesa para acercar el punto que quería mostrar en el plano. La luz que venía de un agujero circular en la cúpula de la sala iluminó con visos multicolor cada protuberancia y depresión que se replicaba en la maqueta. La visión en tres dimensiones del territorio les permitía planear mejor la arremetida contra los Clovek.

Aron conservó el semblante serio. Se acercó con parsimonia para observar lo que su líder explicaba, sin dejar de pensar en Nótt.

—Nuestros devotos están rodeando esta área. —Señaló con el brazo la parte norte de la Ciudad de Luz. A varias leguas de distancia del valle de Fjord—. El apoyo de los arponeros en este asunto ha sido impecable. Los Clovek, aunque tienen sospechas, no han podido culpar a ninguno de los devotos.

Eirik y el consejo decidieron utilizar mortales para lograr la toma de la ciudad sin ser vistos, ya que ninguno de los Vanir podía acercarse a la laguna o a Eidyn. Aron alzó la ceja al escucharlo y pensó en Xander. Así que era cierto, el día que Nótt mató al lobo, él no se encontraba allí por casualidad. El chico hizo lo que pudo para evitar que la misión de los Vanir se viniera abajo, aunque su confesión a medias terminó con la captura de Nótt. Aron negó con la cabeza e intentó olvidarlo, recordándose que fue la hermana menor del arponero la que echó todo a perder. Suspiró y dirigió la mirada hacia su líder para seguir prestando atención.

—Nuestros hombres están listos y solo esperan nuestra señal para proceder. Como ya saben, la idea es neutralizar a los altos clovek y hacernos del lugar. Después los desterraremos y nosotros asumiremos el control como sucedió en un principio —prosiguió. Käre tragó saliva y Ottilia se movió incómoda; no le gustaba aquello. La magia no debería estar tan cerca de la ciudad—. Esta mañana cancelé la orden de ataque hasta que podamos sacar a esa chica de allí.

—Seth, la moverán del valle de Fjord al puesto de control del bosque de Urth, en tres o cuatro noches. Allí esperarán las órdenes de su líder —aseveró la mujer de ojos ámbar.

—¿Tan pronto?

—Seth no quiere tenerla cerca.

Aron movió sus pupilas, inquieto. Ese hombre seguía la ley sin pensar en otra cosa. Su intransigencia lo volvía peligroso en este momento.

—No lo lograremos si usamos solo mortales. Están demasiado lejos y no llegarán a tiempo —intervino Aron y miró de reojo a su amigo. Con Nótt allá, la magia ya era peligrosa por su cercanía a la laguna, así que si no jugaban todas las cartas, el daño podía ser mayor—. ¿Qué me dices de tus hombres, Isak?

El susodicho miró con disimulo a Ottilia al otro lado de la sala. Se supone que él no tenía ningún vínculo con la operación que desarrollaba Eirik con los mortales.

—Sé lo que haces —confesó el líder. Sus ojos se clavaron en la hermosa consejera a la que amaba en secreto. Su mejor guerrera,

como le decía siempre—. Nada de lo que ocurre en mi territorio es ajeno a mí. *«Y menos, si viene de ti, bella».* Sonrió en su mente.

Ottilia se sintió pillada y tragó saliva. Tenía decenas de miradas puestas en ella.

—¿Por qué nunca lo dijiste?

—Mientras sea en beneficio de nuestro pueblo, no tengo reparos. Casi me engañas el otro día con lo de Kiel. —Sonrió—, pero bueno… Atacar desde adentro es arriesgado, pero no es mala idea. Además, lo que hagas con Isak o con tu hijo, está bien para mí. Confío en tu criterio. —Se encogió de hombros.

Käre siguió la conversación en silencio. Ella también conocía de los movimientos secretos de Ottilia, aunque nunca quiso ponerla en sobreaviso.

—Te recuerdo que fuiste tú quien envió a Aron tan lejos —dijo en su defensa.

—Sí, porque sus premoniciones eran inquietantes. —Hizo una pausa—. Los espíritus ungieron a tu hijo con un poder que muchos envidiamos. Además, Käre percibió lo mismo que él cuando conoció a esa chica y por eso acepté que partiera como Ek en Galt. Necesitaba más ojos leales en ese lugar y Aron era perfecto.

El susodicho observó a la extranjera por un momento. Así que siempre estuvo entre sus planes. Recordó las palabras de Nótt hacia los Vanir y la obsesión de control que tenían y respiró profundo.

—Tendrás que regresar. —Eirik se dirigía a Käre—. Necesito que me des la posición exacta de dónde la tienen.

—No es un problema. Incluso tengo a varios de los míos vigilándola de cerca.

—Perfecto. Entonces debemos actuar. —Eirik apoyó las manos sobre la mesa y los escudriñó sin prisa—. Isak ven acá —ordenó y el joven se acercó al instante. Cuando su líder utilizaba ese tono de voz grueso y profundo, nadie se atrevía a contradecirle—. Tienes razón, no podemos dejar que se lleven a Nótt tan cerca de la ciudad. Tenemos a lo sumo tres noches antes de que la muevan. Así que nos urge encontrar un plan para sacarla de allí. —Golpeó con sus manos la madera y los miró fijamente—. ¿Alguien tiene alguna idea…? Los escucho.

28
Ebbe



A una gota le vino otra, y a esta, otra más. En menos de dos minutos, el rostro de Nótt estaba empapado por completo. Llovía a cántaros, por lo que el agua apaciguó el fuego que intentaba apoderarse del patio. Nótt observó que el caos aún reinaba a su alrededor como una bomba a punto de estallar. Los gritos se enmascaraban por los truenos, pero la tensión podía palparse a simple vista. No solo eran los gemidos implorando para que los dejaran salir, eran las patadas de los prisioneros sacudiendo la enorme puerta de metal que los separaba del exterior. El hierro crujía con cada embestida, pero a los Clovek parecía no importarles.

Los minutos transcurrieron con lentitud en medio del olor a muerte. Las paredes de roca se volvieron lisas por la humedad, por lo que el esfuerzo de los prisioneros se centró en el gran portón de más de diez pies de altura. El cielo tronó de nuevo; lo hizo con tanta fuerza que la torre completa se estremeció. El destello alumbró el pasillo y el humo pareció retroceder. Nótt lo observó sin moverse y el miedo permeó su piel; los espíritus estaban cerca. Sintió el frío erizar los vellos de la nuca y tragó saliva.

—Aron —balbuceó al vislumbrar unos cuantos destellos azul-violeta, pero luego, un efímero blanco se mostró para terminar diluyéndose en dirección de las cuevas.

«Olvídate de eso. Solo quiere dañarte».

—Nótt…

Su amiga la llamaba, por lo que sus ojos se posaron en ella. La ayudó a sentarse para que respirara mejor y retiró con delicadeza los mechones que le tapaban la cara. El rostro de Lys estaba tan blanco como una losa, por lo que Nótt le sonrió para consolarla.

—¿Qué sucedió? Estoy mareada. —Su voz era apenas un suspiro.

—Caíste.

—¡¿Está lloviendo?! —Empezaba a recordar.

La temperatura había vuelto a bajar y con ella la sensación de que los espíritus la observaban.

—Salgan todos —gritaron.

La voz de Seth la asustó, pero enseguida se apagó en la medida en que el frío tocaba su piel. El velo blanco abrazó su tobillo y la jalaba. Nublaba su razón.

«No la escuches».

Seth y sus hombres entraron al sitio y, a punta de gritos y desmanes, sacaron a los prisioneros de la torre. Llevaban sus bastones de cuarzo activados, así que propinaron varios golpes para evitar que la situación se saliera de control.

Nótt, en lugar de obedecer, miró los pasillos. Algo la llamaba, jalaba de ella con insistencia, pero la voz de su cabeza se apoderó de su cuerpo sin poder evitarlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lys al ver las pupilas de Nótt teñirse de una esencia blanquecina—. ¡Nótt!

Se colocó de pie con dificultad sin comprender lo que le sucedía a su amiga. Con su mano apoyada en el hombro lastimado, intentó despertarla.

—Nótt vuelve a mí. —Ella la miró sin verla y Lys se asustó. De un momento a otro, sus ojos se tornaron ámbar, por lo que dio un paso hacia atrás. Conocía de sobra esa mirada.

—*Hãmäwy* —murmuró Nótt, perdida en sus pensamientos.

«Antes de que vayas con ella, ¿sabes al menos qué significa esa palabra que te empeñas tanto en pronunciar?».

Ella se detuvo a reflexionar por un momento. La respiración permanecía entrecortada, como si el oxígeno no quisiera entrar a sus pulmones.

—No conozco la lengua antigua. Ya deberías saberlo.

«La última vez que la escuché fue de los labios de una joven que pensó que estaba enamorada; para lo único que sirvió fue para traicionar a los suyos». Contó, molesta. «Déjame mostrarte algo».

No tuvo tiempo de reaccionar. La arena formó un remolino, cubriéndola de pies a cabeza. El frío impregnó su piel y una

sensación de desesperanza la embargó. Comenzó a hiperventilar; mil recuerdos viajaban por su mente. Aunque ninguno era suyo. Imágenes de un tiempo que ya no existía, de una época que ni siquiera Nótt conocía. Su alrededor le pareció extraño y, más aún, cuando notó que el cielo era tan azul como un mar tranquilo. Cuatro mujeres discutían en lo alto de una colina, por lo que tuvo que acercarse para escucharlas. Desconocía la lengua que utilizaban, pero aun así lograba entenderles. Por el parecido entre ellas, Nótt dedujo que debían ser hermanas. Las jóvenes no contaban con más de veinte inviernos, pero se movían como si su edad fuera más antigua. Sus ropas eran extrañas; lucían un vestido de falda larga que dejaba ver sus espléndidas curvas. Encima, una gabardina de cuero las abrigaba, al igual que los guantes. El cabello lo traían recogido, protegido por hermosos sombreros adornados con flores que les daban un toque de elegancia que ella nunca tendría. Sus trenzas pegadas a la piel eran lo que se acostumbraba en Galt y a ella le gustaban. Le permitían tener la soltura necesaria para saltar y correr en el bosque.

Las mujeres hablaron por horas y, sin embargo, no se decidían a actuar. Algo las amenazaba y el temor podía esgrimirse con facilidad en sus labios. El sol avanzó con rapidez, más de lo normal. Nótt observaba todo con los ojos abiertos; era una simple espectadora sin poder intervenir. Al final comprendió que esperaban a alguien más que nunca llegó. Cuando ya había oscurecido, decidieron huir, pero la turba las alcanzó. Cargaban en sus brazos decenas de antorchas humeantes que brillaban bajo la luz de la luna. No las querían y, entre más intentaban hacerles entender lo que sucedía, las personas parecían encolerizadas. De sus bocas solo escupían palabras desobligantes mientras las amenazaban con armas de mano que tenían cañones largos. A Nótt le pareció curioso aquel artefacto, sobre todo porque rugía como un león cuando lo disparaban al cielo. Los rostros cargados de rabia y venganza la hicieron levantar la ceja. ¿Por qué aquellas gentes les temían tanto? Por la manera de vestir no parecían guerreras, aunque sus ropas eran tan extrañas que la hicieron dudar por un momento. De pronto, hirieron a una de ellas. Ebbe era su nombre, o por lo menos eso fue lo que entendió. Su

lenguaje era difícil de comprender, aunque no la magia que vino de más lejos. Un círculo de manos flameantes las acorralaba y la energía que expulsaron segundos después las cubrió. El dolor en su cuerpo se volvió insoportable; se quemaban en vida. Incapaces de defenderse, la oscuridad cubrió sus mentes y todo se volvió confuso. Los gritos se ahogaron entre las llamas y Nótt cayó de rodillas, temblando.

—¡Nótt! —susurró Lys a su lado, pero ella no la escuchaba.

Su pecho subía y bajaba a causa de la conmoción. Era como si el ataque hubiera sido perpetrado contra ella. Respirar se convirtió en un suplicio y cuando estaba a punto de perder la conciencia, las imágenes desaparecieron. Abrió los ojos; volvía a tener su color original y la lluvia caía sobre su cabeza.

—¿Qué fue eso? —balbuceó. Las imágenes aún se confundían con sus propios recuerdos.

«Mi pasado. Por eso no debes ir tras ella».

—¿Tras quién?

Silencio.

—Dime qué eres —exigió saber—. ¿Por qué estás en mi cabeza?

«Aún no lo sé, solo desperté y me encontraba unida a ti». Hizo una pausa. «Pero no voy a dejar pasar la oportunidad. Esta vez haré lo correcto».

—¿Qué cosa? —gimió con voz queda—. Este incendio es un despropósito; casi nos matas a todos. Desde que apareciste, mi mundo está patas arriba. ¡Te odio! —gritó con lágrimas en los ojos —. ¡Vete! No te quiero en mi vida.

«El fuego te sacará de acá y luego podremos…».

—¡DESAPARECE DE UNA VEZ!

Por un momento no pasó nada, pero luego el frío se esfumó, y con él, el dolor que había sentido. Se levantó despacio, sopesando cada una de las cosas que vio mientras estuvo sumergida en ese trance.

—Quédate quieta o te parto la cabeza en dos —bramó Seth—. Lo escuché todo. Eres como una Vasir y te juro que pagarás caro lo que le hiciste a Kolbein. El trato con ustedes está roto.

29
Ámbar

Fui la primera que se dio cuenta. Una increíble lluvia de estrellas se movía formando un arco de chispas multicolor. Llamé a mis hermanas, que contemplaron con asombro cómo decenas de pequeños destellos se dispersaban por la bóveda celeste de norte a sur. Al espectáculo le siguió una enorme explosión. El horizonte se iluminó por completo bajo nuestros ojos expectantes. Corrimos para ver lo que sucedía más de cerca. En ese sitio la vegetación era abundante, con árboles enormes que tapaban el cielo. Aunque también existían arbustos con enormes espinas que arruinaban nuestros abrigos de cuero y botas de tacón. Para completar, las rocas dificultaban la marcha por el tipo de zapatos que llevábamos, pero al final lo conseguimos.

Al atravesar el bosque, dimos varias vueltas hasta encontrar el lugar exacto donde cayó el asteroide. Atravesamos un par de rocas que bloqueaban el camino, y nos topamos de frente con un enorme cráter.

—¡Guau! —exclamó Hailie, una de las trillizas, bajo la complicidad de mi sonrisa. Ella, al igual que yo, siempre estaba dispuesta a cualquier aventura.

—¿Qué sucede? —La pregunta de Thyra llegó tarde. Mi hermana abrió los ojos como platos al ver lo que había en el centro. Un cristal de más de cinco pies de altura se erguía impoluto. Aún se veían varias chispas en la parte inferior, donde reposaba en el suelo—. ¿Qué es eso?

—Una estrella, ¿acaso no la ves? —le dije y me encogí de hombros. Para mí, aquello era obvio—. ¿Dagny, quieres venir a verla? —invité a mi otra hermana.

Sin esperar una respuesta, se lanzó en un descenso vertiginoso, evitando tropezar con las rocas sueltas que había dejado el impacto. Hailie y yo la seguimos de inmediato.

—¡Ebbe, espera! —Airén se apresuró a alcanzarnos. Odiaba sentirse excluida.

Solo Thyra, como siempre, se quedó detallando el lugar. De seguro estaba revisando que no existiera ningún peligro. Yo era la mayor, pero a Thyra le gustaba comportarse como nuestra madre. Por eso, a veces, con las trillizas preferíamos ocultarle cosas.

—Baja, o te perderás la diversión —grité para que reaccionara.

Descendió despacio, sin dejar de mirar hacia su alrededor por si se acercaba alguien. Si ellas vieron la lluvia de estrellas, otra persona también podría haberlo hecho, ¿no? Aquellos pensamientos colmaron su cabeza hasta que sus botas llegaron a la orilla. La magia se respiraba en el aire y provenía del cristal. Parecía un huevo pintado con brillos dorados y rojos. No era sólido, ni opaco. Era algo… diferente.

Me acerqué para verlo mejor. Dagny, Airén y Hailie también lo hicieron. Las trillizas y yo ladeábamos la cabeza como tontas, intentando descifrar los misterios de aquella maravilla.

—¡Tengan cuidado! —nos gritó Thyra sin poder contenerse, pero yo nací con otro talante. Necesitaba descubrir qué era aquella cosa o mi cabeza no me dejaría en paz.

—Algo se mueve en su interior —susurró Hailie con su cara casi tocando el huevo.

—¿Dónde? —pregunté y me acerqué a ver.

Varios destellos se movían en una danza hipnótica. Era como si adentro estuviera repleto de algún tipo de líquido espeso. Las burbujas recorrían caminos sinuosos hasta llegar a la cima y luego descendían con lentitud.

—Ebbe, ¡ten cuidado!

Me advirtió Thyra, pero hice oídos sordos y levanté la mano.

—No vas a tocarlo, ¿verdad? —Thyra era la única lúcida en ese momento. Las demás parecíamos hechizadas por la estrella.

—Claro que sí —afirmé sin una gota de miedo. Mis dedos se posaron sobre el cristal bajo la mirada apremiante de todas—.

Vengan, tienen que sentir esto.

Se acercaron temerosas. Thyra fue la última porque aún revisaba el horizonte por si veía a alguien. Con una media sonrisa socarrona, regresé mis ojos al huevo que, silencioso, nos invitaba a tocarlo. El solo roce con la superficie me hizo contener la respiración. Un calor se coló a través de mi piel, deslizándose con rapidez por sus venas. Sentí que mi cabeza cambiaba; parecía invadida por algo extraño que buscaba apoderarse de mi mente. Retrocedí asustada, retirando la mano de su contacto. Había perdido la conexión con la estrella, pero aún sentía aquello correr por mi cuerpo. Cuando intenté advertirles a las otras, la tierra tembló.

La roca bajo mis pies se estremeció como un animal enfurecido. Rugió liberando la energía que contenía y luego se resquebrajó clamando por un poco de agua. En ese momento, las cinco nos miramos asustadas sin saber qué hacer. De repente, de sus grietas apareció el preciado líquido. Salía a borbotones por las hendiduras, mojando el lugar en donde nos encontrábamos paradas. Comenzamos la retirada, pero el nivel crecía con rapidez. El enjambre de rocas apelmazadas hasta la orilla dificultaba la tarea y la marea empezó a subir. De un momento a otro, nos alcanzó y tuvimos que nadar.

—Espérenme —Airén imploró entre sollozos.

Regresé junto a mi hermana menor y la ayudé a salir hasta la orilla. Las otras aguardaban con expresiones de terror en sus rostros. Nunca olvidaré aquella imagen.

—¿Qué fue eso? —me preguntó Dagny, con la respiración entrecortada por el cansancio.

Escépticas y mojadas de pies a cabeza, mirábamos hacia una hermosa laguna que acababa de crearse.

—Magia —balbuceé, aún hechizada por su encanto. En mi mano sostenía una pequeña bola de fuego y sonreí.

—¡Tus ojos!

—¿Qué tienen? —pregunté temerosa.

Un ligero destello rojizo se mezclaba con el color de nuestras pupilas, y desde ese momento supe que todo había cambiado.

—Son color ámbar —balbuceó Thyra.

Nótt la escuchó en silencio, inmersa en la más completa oscuridad. Le había ordenado a la voz de su cabeza que desapareciera, pero ni siquiera eso podía controlar. Seth la encerró bajo tierra, en una oscura cloaca que encontró mientras decidía qué hacer con ella. Las palabras de Käre lo mantenían pensativo, por lo que no estaba seguro de nada. Por un lado, le daba la razón, pero al mismo tiempo sabía que la ley era muy clara; un amotinamiento se pagaba con la muerte. La prisionera debía ser juzgada por los altos líderes de los Clovek o a él lo culparían de ser su cómplice.

—¿Quién eres en realidad? —preguntó Nótt, pero la voz de su cabeza no contestó. Ella respiró profundo, contrariada. Temía que lo que estaba pensando en ese momento fuera cierto.

«¿Acaso importa saberlo?», respondió con desdén, interrumpiendo sus cavilaciones. «Una voz en la cabeza de una mortal, eso es lo que soy».

Nótt apretó la boca. Pensó en la historia que aprendió de chica. A Eivor era al que más le gustaban las leyendas. Sus padres y los padres antes de ellos transmitían lo que ocurrió siglos atrás a través de decenas de relatos. Sin saber leer, era la única manera que tenían los de su clase para comprender e intimidarse por partes iguales. Una manera más de controlarlos, infundiéndoles miedo irracional por lo desconocido.

Respiró profundo y se giró en su incómoda celda. La oscuridad le hacía perder la noción del tiempo y hasta su humanidad. Ahora se parecía más al ratón enjaulado en el que Seth quería convertirla, a la Nótt que vivió en Galt.

—Si no puedo saber quién eres, al menos dime, ¿qué quieres de mí?

«Venganza».

Nótt asintió inmersa en su soledad. Respiró profundo; aquellas palabras comenzaban a permear su alma con demasiada rapidez.

30
Viggo

Viggo no dejó de visitarla. Siempre que podía, se acercaba a su celda con la excusa de revisar su herida inexistente. Con la ayuda de una vela, ponía ungüentos sobre su piel sana mientras hablaba con ella entre susurros. Gracias a él, su cordura aún existía, por lo que Nótt comenzó a tenerle cariño. Él era amable y cuidaba de ella cuando el mundo parecía olvidarse de que existía. El curandero estaba maravillado con su recuperación. No comprendía aquella misteriosa habilidad de Nótt para sanar. Ella, al escucharlo, apretaba la boca. No podía revelar lo que en realidad ocurría: la magia de Ebbe. Una rata chilló en el fondo y el joven torció la boca con molestia. Furioso, solicitó que la trasladaran a un lugar donde pudiera recuperarse por completo. El estado de la prisión era deplorable, pero por más que esgrimió sus argumentos, la solicitud fue negada por el mismo Seth. Según el clovek, Nótt era demasiado peligrosa. Así que Viggo, resignado, le pidió que tuviera paciencia, que haría todo lo que estuviera a su alcance para sacarla de allí. La chica lo agradeció; su entereza decaía por momentos y, a veces, se le hacía difícil pensar en algo diferente que no fuera la muerte. Estaba convencida de que eso era lo que le esperaba a manos de los altos líderes de los Clovek.

—Toma —dijo el curandero y le mostró una pulsera de cuero trenzada por la misma Lys. El pequeño acto le sacó una sonrisa a Nótt—. Consérvala, está hecha con un buen material —susurró, observando de soslayo a los guardias mientras la ajustaba con delicadeza en su muñeca.

Viggo la miró e intentó hablar sin usar palabras. Sus pupilas se movieron inquietas, por lo que Nótt entendió el mensaje. Observó el

regalo de su amiga con más detenimiento y notó que algo brillaba entre sus fibras.

—No me la quitaré. Lo prometo. —Hizo un guiño, lo que provocó que Viggo sonriera nervioso.

—La visita terminó. —La voz gruesa del guardia lo asustó.

—Debo irme. —Se apresuró a recoger sus cosas y, antes de partir, le sonrió—. Volveré pronto.

—Gracias —balbuceó con el corazón hecho un nudo. La vela se marchaba y, junto a ella, el atisbo de humanidad en esa celda maloliente.

Ebbe empezó a hablar. Aprovechaba el silencio para invadir sus momentos de historias. Le contó sobre su mundo de juventud, mucho antes de que la estrella llegara a sus vidas. En ese tiempo, el estrecho de Brijan no existía y el cielo tenía un espléndido color azul.

«Son los Vanir quienes lo envenenaron», explicó.

Nótt se mantuvo en silencio. Sus pensamientos siempre terminaban en Aron. No podía creer que su pueblo fuera el responsable de todo aquello.

—No puedes culparlos por algo que sucedió hace siglos —dijo a media voz.

«Los Vanir continúan drenando el poder de Ëla, la estrella, para dominar los elementos. Sin ella, no son nadie».

Apretó la boca y volvió a pensar en Aron.

«Querían la magia para ellos solos y la única forma de hacerlo fue controlando a los mortales. Poniéndolos en nuestra contra», esgrimió con rabia contenida.

—No sé si pueda ayudarte con eso de la venganza.

«Lo harás. Tú me llevarás a la laguna junto a Ëla. Cuando hable con la estrella, mis hermanas despertarán. Volveremos a estar unidas y destruiremos a los Vanir».

—¿Y si no quiero hacer?

«Eso es irrelevante».

Nótt se mordió los labios. Su respuesta no le gustó y la dejó pensativa. El pestillo de la puerta se movió y sus ojos se dirigieron hacia él. Algo sucedía al otro lado. Un golpe seco la hizo colocarse de pie de un salto. Alguien había caído como un saco de arena. La

hoja de metal se estremeció al abrirse y sus dedos buscaron su daga inexistente. Maldijo por lo bajo mientras observaba con atención que el seguro de la puerta se movía. Recordó el regalo de Lys, por lo que con agilidad retiró una pequeña cuchilla de entre sus hilos de cuero. Un grito del otro lado le confirmó que había una contienda y, de pronto, el silencio reinó por varios segundos. Retrocedió dos pasos y tragó saliva. La puerta comenzaba a abrirse.

—¡¿Qué haces acá?! —exclamó sorprendida al ver el cuerpo menudo de Lys.

—Sacándote de esta cloaca —explicó con su mirada serena. Sin inmutarse—. No quiero que luego te amañes. Tú mereces algo mejor. —Nótt la abrazó con fuerza y sus ojos se llenaron de lágrimas. No podía creer que fuera ella—. Lo sé… Lo sé. Esto apesta.

El comentario hizo que soltara una risa nerviosa y luego vio a Viggo. El curandero las esperaba con ojos intranquilos, mirando de un lado al otro en el pasillo.

—¿Cómo es que…?

—No preguntes. —Se apresuró a decir lys—. Después de tu incidente con esa bestia puro dientes, él y yo… empezamos a congeniar. —Lo miró por un momento de arriba a abajo y, cuando terminó su escrutinio, se giró para verla—. El sujeto me cae bien.

—¿El sujeto? —Nótt alzó una ceja y, enseguida, su amiga puso los ojos en blanco.

—Sin dramatismo. Mejor, vámonos ya…

—Sí, no demoran en enterarse de lo que sucedió —susurró el curandero, nervioso a varios pasos de distancia.

«¿Qué se supone que estás haciendo?», preguntó exaltada Ebbe, pero esta vez fue ella la que no respondió. «Lo vas a arruinar».

Silencio.

Los tres se perdieron en medio de la oscuridad. Un pequeño pasadizo los llevó al exterior. La puerta de dos hojas se abrió frente a ella y la brisa fría de la noche acarició su rostro. Respiró profundo, emocionada.

«Si solo pudiera conseguir mi libertad», pensó con apremio. «*Ya casi».* Con Lys y Viggo a su lado, sabía que lo lograría.

Había un clovek inconsciente en el suelo. Sus botas eran lo único que se mostraba al descubierto; el resto permanecía sumergido entre las sombras.

—¿Cuánto tiempo llevas planeando esto? —susurró Nótt mientras le ayudaba a Lys eliminar cualquier evidencia. La menuda chica se movía con demasiada familiaridad calculada.

—Desde que llegué —respondió sin mirarla y empezaron a andar.

Viggo mantenía la delantera, con ellas siguiéndole el paso.

—¿Memorizaste el sitio?

—No hay otra manera. Estudiar todos sus puntos débiles y esperar. Esa es la clave. En algún momento su orden falla y ahí es cuando actúas.

—¿Quién eres y qué le hiciste a mi amiga?

Lys la miró de soslayo, sin perder de vista a Viggo.

—La tranquilidad permite observar cosas que otros no ven. Soy una guerrera de Kintyre, ¿lo recuerdas?

—Pero vivías en un templo.

Una Lys de mirada intensa asintió y Nótt no pudo evitar sonreír.

—Es bueno tenerte de mi lado.

—Tú lo has dicho. —Mostró los dientes en una especie de sonrisa postiza y pasó de largo para alcanzar a Viggo.

Hicieron una parada mientras revisaban el perímetro. Sumergidos en las penumbras, la tranquilidad del campamento parecía no inmutarse de su presencia.

«Si escapas, no podré ir a la laguna con Ëla. Detente de una vez», ordenó la voz en su mente, pero Nótt no quiso escucharla.

Viggo y Lys discutían cuál era la mejor ruta a seguir. La chica podía conocer de memoria el campamento, pero el curandero vivía a diario en él. Después de varios minutos, se decantaron por uno de los senderos en dirección sur. La concurrencia era menor y el viento corría a su favor.

Al llegar, se ocultaron entre las sombras. Varios clovek caminaban por la periferia con sus lanzas de cuarzo empuñadas en sus manos. Nótt notó que la seguridad en los ojos de su amiga contrastaba con el nerviosismo del curandero. Estaban a solo unos pasos de llegar a los límites del asentamiento, pero era imposible continuar.

—¡Dijiste que sería rápido! —Se quejó Lys mirando a Viggo.

—Debemos movernos más al sur. Después de esas rocas de allá.

—Está muy lejos.

—Ellos no pueden hacerlo tan cerca. Si nos descubren, hay demasiadas cosas en juego. Lo entiendes, ¿verdad?

Lys respiró fuerte. Sabía que Viggo tenía razón, pero aun así le molestaba. Estaban arriesgando sus vidas, mientras los demás se protegían como cobardes.

—¿Quiénes son ellos?

La pregunta hizo que ambos la miraran, aunque no respondieron enseguida.

—Algunos amigos —murmuró Lys con cierto deje en su voz.

—Sí, amigos —convino Viggo con nerviosismo.

«Es una trampa».

—¡¿Qué dices…?! ¡Claro que no!

«Te necesito viva. Muerta no me sirves para nada».

—¡Shhh! ¡Baja la voz! —Lys se giró para enfrentarla. Desde el primer día notó sus monólogos imparables con escepticismo. Nunca se lo había mencionado a nadie, pero… Después de ver sus pupilas cambiar a ámbar, permanecía recelosa de la situación—. ¿Con quién hablas?

—¡Yo…! No sé a qué te refieres. —Hizo una pausa, necesitaba aclarar sus ideas—. ¿Por dónde seguimos ahora?

La chica la observó con el semblante serio. Después, cuando salieran de allí, le preguntaría con más calma.

—Hacia allá. —Viggo señaló la dirección con el brazo.

—Estaremos al descubierto —recalcó Lys.

—Hay un grupo de árboles en ese sector y luego solo debemos rodear los riscos.

—Esa respuesta me gusta más —aprobó y, de inmediato, la marcha se reanudó.

Viggo la siguió de cerca y después Nótt en la retaguardia. Ninguno de los tres dejaba de mirar hacia atrás. La arboleda se mostraba espléndida, como un refugio para ellos. El malhumor de su amiga empezó a desvanecerse. Incluso, se adelantó y dejó a Viggo atrás para llegar primero. Todo marchaba a la perfección, hasta que

sonó la alarma. Se quedaron quietos, congelados ante la expectativa de caos que se avecinaba.

—Ya encontraron los cuerpos —decretó Viggo con nerviosismo.

El murmullo de decenas de clovek saliendo de los aposentos los hizo encogerse aún más en los árboles que los refugiaban. La sombra hacía su trabajo, pero llegar a los riscos se convirtió en una tarea imposible. La única forma era salir al descubierto.

«Regresa. Aún podemos hacer que funcione», ordenó Ebbe.

—Ese es tu plan, no el mío —refutó Nótt entre murmullos y enseguida levantó la mirada con determinación—. Vamos debemos movernos. Si nos quedamos aquí, tarde o temprano nos descubrirán.

Tomó la delantera, contraviniendo la voz de su cabeza. Se desplazaban con rapidez; era imperativo lograr llegar a los riscos. Uno de los guardianes los vislumbró en el fondo y gritó para que se detuvieran. Se abalanzó como un toro enfurecido contra ellos, destruyendo ramas y hojas que se atravesaban por su camino. La respuesta de Lys fue inmediata. Giró sobre sí misma y propinó una patada directa a su pecho. Un pequeño traspié hacia un lado y la pérdida de su lanza fue lo único que lograron. El hombre se irguió como una montaña inquebrantable y agudizó la mirada. El guardián sonreía soberbio, dejando ver una enorme lámina de metal cubriendo su torso.

«¿Qué esperabas?», pensó Nótt. *«Es un clovek»*.

Un destello de energía atravesó el aire y con él el sonido sordo de un disparo. Las manos del hombre se dirigieron a su cuello. Cayó de rodillas para luego desplomarse de medio lado. Ambas se giraron para ver a un Viggo nervioso que sostenía el arma con punta de cuarzo en sus manos.

—¿Lo maté? —Su voz era apenas audible.

—Dame eso. —Lys se apoderó de la lanza y se la pasó a Nótt. Detalló su rostro y enseguida lo abrazó para tranquilizarlo—. Lo hiciste bien o, de lo contrario, serías tú el que estuviera tendido en el suelo.

Viggo asentía, pero cualquiera podía notar que estaba conmocionado y le costaba reaccionar.

—Vamos. —Nótt, ahora de cuclillas, requisaba al clovek. Guardaba cualquier cosa que sirviera para más tarde—. Tenemos que llegar.

—No iré con ustedes —soltó Viggo de repente. Había cambiado de opinión después de matar a ese hombre. Él estaba allí para sanar, no al contrario. Sus manos temblaban y se negaba a seguir adelante —. Hay muchos prisioneros que me necesitan y no puedo abandonarlos.

Lys asintió después de un rato. Mantuvo la expresión serena, pero Nótt notó que sufría con la despedida. La chica lo besó en los labios con suavidad y él intentó sonreír. No estaba hecho para eso.

—Gracias —susurró a su oído—. Yo… quisiera poder volver a verte.

El curandero asintió sin dejar de mirarla. Sus ojos ya no temían; el brillo se había transformado en algo más que Nótt identificó enseguida. Era la forma como Eivor miraba a Sassa.

—Toma. —Nótt se acercó y le entregó la pulsera. El pequeño filo volvía a estar entre los hilos de cuero—. Por si necesitas defenderte de ellos.

El curandero miró por última vez a Lys y, después de suspirar, desapareció por entre la vegetación rumbo al asentamiento.

—¿Desde cuándo…? —Nótt escupió las palabras. Tenía que preguntar.

—Desde ahora. No podía irme sin sentir sus labios. Él hace que cuestione mi mundo, lo pone patas arriba. Me asusta, pero al mismo tiempo, me encanta que lo haga. —Miró la vegetación donde minutos antes estuvo Viggo y respiró profundo—. Además, tiene el mejor trasero que he visto en años.

Nótt dibujó una amplia sonrisa y Lys se dio cuenta. Agitó la cabeza como si necesitara despertar de un encantamiento y se irguió orgullosa.

—Mejor vámonos; se hace tarde.

Terminaron el último trayecto de la arboleda y se detuvieron en el límite. Donde un extenso claro los separaba de los riscos.

—¿Estás lista? Debemos apurarnos.

—¿Quién está del otro lado? —Nótt la miró a los ojos. La voz de su cabeza no dejaba de advertir que no confiara en ella—. ¿Vas a decírmelo?

—Lo importante es que ellos te sacarán de acá.

—¿Quiénes? —Su amiga se demoraba en contestar—. Dímelo, Lys.

—Los Vanir.

Nótt tragó saliva.

«¡Te lo dije!», susurró Ebbe. «Es una trampa».

—¿Quieres callarte de una vez por todas? —escupió con rabia.

—¿Con quién hablas? —preguntó Lys y Nótt la miró apretando los dientes—. Siempre estás susurrando cosas.

—Yo…

El gruñido, de lo que debía ser una enorme bestia, las hizo levantar la cara. Nótt escudriñó el bosque a su espalda con la piel erizada por el miedo.

—Es un yórik —murmuró casi sin voz. La opción de regresar se había esfumado.

—Vamos, Nótt. Ya falta poco. —Lys la jaló del brazo.

—Nos seguirá… —Tragó saliva—. Será una carnicería y no puedo permitirlo. Me quieren por mi magia, así que…

—¡Utilízala entonces y sácanos de aquí!

—Es que no sé cómo. Yo… —Hizo una pausa—. No es mía.

—No entiendo. —Lys buscó sus ojos, pero un bramido a lo lejos la estremeció—. No tenemos tiempo para esto… ¡Sígueme!

Salieron a campo abierto, justo en el momento en que el galopeo del yórik las alcanzó. Nótt empujó a su amiga para que se alejara y recibió la embestida con la lanza apoyada en el suelo. El cuarzo logró lastimar el vientre del animal. Su sangre, de un color azul intenso, manchó el rostro de la chica mientras caía aparatosamente sobre el suelo.

—Vete —le gritó con la mano extendida para que no se detuviera, pero Lys no obedeció.

La levantó como pudo, y entre trompicones alcanzaron el pie del risco. Los Clovek les pisaban los talones, pero lograron esconderse detrás de una de las piedras más grandes.

—Nos atraparán. —Nótt miraba la cima con apremio.

—No —contestó sin vacilar. Sacó una pequeña roca blanca de su bolsillo y Nótt sintió la magia fluir en su interior.

Las chispas azul-violeta aparecieron, diluyéndose entre las fisuras que formaban las rocas. En un abrir y cerrar de ojos envolvieron el espacio en el que se encontraban. Nótt movía su cabeza a todos lados, intentando no perder ningún detalle de lo que ocurría. Los gritos de los clovek se escucharon cada vez más cerca, y el latido rápido de su pecho la estremeció. Lys la miraba con tanta seguridad que al final su corazón se tranquilizó. No estaba convencida de que aquello fuera lo correcto. Sobre todo después de saber la verdad sobre ellos, pero necesitaba huir. No podía seguir en ese lugar o moriría.

Una cálida sensación agradable abrazó su piel. Hacía tanto tiempo que no se sentía tan feliz como en aquel momento. Contuvo el aliento y pensó en Sassa… y en Anne. Las ganas de regresar a casa la hicieron suspirar, y sin querer, una pequeña sonrisa se dibujó en su boca.

Su amiga se diluyó lentamente, igual como ocurrió con Kiel lunas atrás.

—Tus pupilas —susurró mientras la energía de los espíritus hacía su magia sobre ella.

Nótt no la alcanzó a escuchar. Miró sus manos, pero seguían intactas y tragó saliva. Lys desapareció ante sus ojos, y ella se quedó allí. Clavada en el suelo arenoso completamente sola.

—No —balbuceó desconcertada—. Espera. No te vayas sin mí.

«Te lo advertí. Ese no es el plan», resonó la voz de Ebbe en su cabeza y la rabia junto a la desesperación la hicieron vomitar.

Vio que los Clovek llegaban. Todo estaba perdido.

—Juro que, si no es porque la ley me lo impide, te mataría aquí mismo —bramó Seth, apuntándola con su lanza de cuarzo.

«Regresamos al ruedo. Deberías agradecérmelo», se mofó satisfecha la voz de su cabeza.

31
Kintyre

Lys se levantó despacio sin despegar sus ojos de Käre. La mujer con la mirada perdida conservaba una expresión de preocupación en el rostro. El salón donde se encontraban estaba a punto de explotar por cuenta de la algarabía. Nadie podía creer que la magia de los Vanir no hubiera funcionado con Nótt. Qué había sucedido para que la chica, de la que se suponía que controlaba los elementos, no se hubiera transportado.

—¿Qué fue eso, maestra? —Lys la increpó. Estaba igual o incluso más asustada que ella—. Sus pupilas cambiaron; tomaron un color ámbar como las suyas.

Käre la miró por primera vez. Un nudo en la garganta le impedía hablar. Respiró profundo y observó a su alrededor. Se encontraban en una de las ciudades más distantes de los Vanir. Esta se erguía sobre la isla volcánica de Valky, muy al este de la ciudad de Eidyn, incluso del mismo muro. Eirik decidió hacer la operación en ese lugar, porque para cuando los Clovek se enteraran de lo ocurrido, Nótt estaría demasiado lejos para que la atraparan con sus garras metálicas.

La mujer avanzó con paso lento, reflexionando sobre las posibilidades de que aquello que imaginaba fuera cierto. El edificio en el que se encontraban era enorme, muy al estilo de los Vanir. Techos de madera elevados, decorados con columnas lisas y grandes portones. La belleza del lugar era exquisita y, además, estaban rodeados de los cuatro elementos. Allí los pequeños convertidos en aprendices duraban años perfeccionando sus dones. Aunque en este caso, era el sitio perfecto por si algo salía mal. Lo que nadie imaginó fue que el desvanecimiento no se hubiera podido realizar en Nótt.

—Debo regresar ahora mismo. —balbuceó Käre entre dientes—. Seth necesita mi consejo antes de que sea demasiado tarde.

—Dígame qué fue lo que vi, maestra. —Lys no se había desprendido de su lado.

Cuando la sacerdotisa Käre le ofreció el trabajo, Lys lo vio como una oportunidad de salir y conocer el mundo. Vivía bien como guerrera protectora del templo, pero con el paso del tiempo sus cuatro paredes comenzaron a asfixiarla. Sin un carácter aventurero, la propuesta le pareció conservadora y fácil de llevar. Le ofreció techo y comida, siempre y cuando cumpliera con sus órdenes. Sería su mano derecha, por lo que estaba orgullosa de su logro. Que alguien tan importante como la sacerdotisa se hubiera fijado en sus capacidades la hacía sentir bien.

Todo parecía perfecto hasta que arribaron a Galt. Un día Käre llegó muy alterada. Algo había ocurrido con una joven cazadora y los Clovek la buscaban por todo el pueblo. Le ordenó camuflarse como prisionera y le explicó que un tal Kolbein le ayudaría con el plan. La golpiza en las filas de los Rakkun fue preparada, pero no por eso menos real. El líder de los guardianes disfrutó del papel que le asignó la maestra, además porque fue muy bien pago. Cuando Lys regresó para que la sanara con su magia, Käre le agradeció con varias monedas de oro porque todo había salido a la perfección. Inesperadamente apareció un joven devoto que Nótt reconoció enseguida. Y aunque en ese momento ninguna de las dos sabía de quién se trataba, el hecho fue que la llegada de Kiel indudablemente ayudó a que su amiga atravesara el muro. Eso molestó a Lys sobremanera e intentó renunciar, pero entonces su misión cambió. La sacerdotisa le pidió que la ayudara. Aquella orden le pareció más sensata, porque en el templo se preparó toda la vida para proteger a los débiles y no para dañarlos.

—Maestra —repitió al ver que no le respondía—. ¿Qué sucedió?

—No lo sé, Lys. Aún no estoy segura. —Retrocedió vacilante, aunque en su fuero interno conocía la respuesta. Solo necesitaba tiempo para pensar, pero no lo tenía. Si no actuaban de una vez, todo lo que construyeron por siglos se vendría abajo.

Se acercó a Eirik, quien discutía con sus hombres el paso a seguir. Al verla, el líder de los Vanir calló de inmediato. El aspecto que proyectaba la sacerdotisa lo asustó.

—¿Qué sabes, Käre, que aún no has dicho? —preguntó con temor.

—Es solo una hipótesis. —Tragó saliva—. Partiré enseguida. Debo verla y, además, hablar con Seth.

—Está bien. Tienes mi aprobación —convino al rato.

—No lo retrases más —espetó, mirándolo fijamente—. Debes atacar.

—Lo haremos, pero…

—Si ella llega a la laguna, todo estará perdido. Sé de lo que hablo.

—Nótt no lastimaría a nadie. Nunca lo haría —replicó Aron, con el semblante serio. Estaba tan consternado como los demás.

—No me refiero a ella, sino a lo que lleva en su interior.

Los murmullos invadieron el lugar, pero Eirik los calló con solo mirarlos.

—¡Quieres explicarte! No es momento para rodeos.

—Ya lo dije. No estoy segura y solo espero que esto sea una equivocación por el bien de nosotros.

—No hables con acertijos y suéltalo de una vez.

Käre levantó la mirada para enfrentarlo. Sus ojos ámbar brillaban por culpa del miedo.

—Las escrituras hablan de los primeros hombres que fueron capaces de dominar los elementos. Seres bendecidos por los espíritus de la nueva era, a los que llamaron Kvasir.

—Todos conocemos la historia.

—¿En serio? —Los observó desafiante—. ¿Y qué saben en realidad? Que eran capaces de destruir ciudades enteras con solo mirarlas o que sus estatuas representan a los grandes sabios del antiguo bosque de Urth. O incluso que su poder era demasiado peligroso y por eso tuvieron que eliminarlos por el bien de la humanidad… Eso son solo leyendas.

—Ve al grano —espetó, molesto.

—No eran hombres, ni tampoco sabios —soltó.

Los murmullos inundaron la estancia.

—¡¿Qué estás diciendo?! —preguntó Eirik con expresión pétrea. La extranjera se estaba sobrepasando y él tenía un límite.

—Que los Kvasir eran mujeres y no hombres como siempre lo han querido ver.

—¿De dónde sacaste eso? —bufó.

No pretendía juzgarla; sabía con quién estaba hablando. Más de una vez, su espía le había demostrado el estudio profundo que tenía de las antiguas escrituras. Incluso cómo usar la magia elemental. Un conocimiento extraño para alguien que era mortal. Pero aquello que decía era un disparate.

—En la biblioteca de… —Buscó algo rápido y creíble en su mente —. Kintyre —dijo al fin y se movió incómoda; odiaba llamar la atención y ahora veía que se había dejado llevar por la emoción.

—¡Qué historia más absurda! —soltó Ottilia desde el fondo.

—Es la verdad. Pueden leerlo ustedes mismos, si algún día quieren compartir con los pueblos que hay más allá del mar.

El comentario sentó mal y Eirik movió su mano a modo de protesta. Los presentes se callaron y él la instó para que continuara; quería saber cómo terminaba aquella historia.

—Está bien, digamos que eran mujeres. Eso no cambia en nada lo que sucedió.

—Las asesinaron porque empezaron a estorbar y querían sacarlas del camino.

—Abusaron de su poder —aseveró Eirik—. Las escrituras no mienten.

—Tal vez, todo depende de cómo lo mires —convino ella y los presentes guardaron silencio. Solo el graznido de las gaviotas se escuchaba a lo lejos—. Aun así, lo que hicieron con ellas fue un asesinato vil y traicionero. Nunca pensé que volvería a presenciar lo que la humanidad había desterrado siglos atrás, pero me equivoqué. En menos de dos horas fueron juzgadas, acusadas de brujería y quemadas vivas solo por ser mujeres. El repudio de su pueblo dolió, pero más los ojos inquisidores de… —Cerró la boca por un momento. Quería callarlo, pero su rabia tomó posesión de sus labios

—, sus hermanos, los Vanir. Sí, ustedes a los que ellas les obsequiaron parte de su poder. Esa fue la peor de las traiciones.

Silencio. Cualquiera conocía la historia del nacimiento de su pueblo. Lo que hicieron con los cinco Kvasir fue en defensa del mundo al que protegían.

—¿Qué tratas de decir…? —preguntó Eirik con el semblante serio.

—Lo que sea que esté en el interior de Nótt, está intentando llegar a la laguna. Es obvio que necesita el poder de la estrella para luego… —calló por un momento y negó para sí misma—. No sé qué pasará.

—¿Y por qué escoger a Nótt? —Fue Aron quien formuló la pregunta—. Ni siquiera es creyente.

—Así es. Tengo entendido que su alma no ha sido aún purificada por los espíritus —confirmó Eirik.

—En realidad, no lo sé —confesó la sacerdotisa. Se había girado para mirarlo—. El día que tocó la estatua en la colina, de alguna manera despertó a una de ellas —dijo y enseguida lo comprendió. *«¿Así que este es tu plan, Ëla?»*, aseveró para sí misma y apretó la boca. *«¿A quién despertaste?».*

—Puede ser —balbuceó Aron, pensativo—. Kiel me contó hace unos días que la estatua se vino abajo cuando la tocaron. Fue como si estuviera hecha de arena.

—Exacto. —Respiró Käre profundo al recordarlo—. La magia que hemos sentido no viene de Nótt, sino de uno de las Kvasir que reside en su interior. Ahora lo tengo claro, fue ella la que impidió que la transportáramos. Se hace fuerte, y seguirá así, mientras siga aproximándose a la laguna.

—¿Qué tanto saben los clovek de esto? —preguntó Eirik sin dejar su expresión pétrea. La situación era peor de lo que imaginaban.

—Nada. Por eso debo regresar con Seth. Tengo que convencerlo de que retroceda. Cuanto más se acerque, menos posibilidades hay de detenerla.

—Puedes marcharte —convino él—. Haz lo que sea necesario para retenerlo. Atacaremos cuando estemos listos. Tendremos que hacerlo nosotros mismos y entrar.

Käre asintió.

La vieron partir envuelta entre las chispas azul-violeta. El miedo en sus ojos no les permitía hablar. Por primera vez, sentían que sus vidas eran tan frágiles como las de cualquier mortal.

32
Las Trillizas

Sumergida en su letargo, Nótt intentaba no sucumbir al mundo onírico en el que permanecía la mayor parte del tiempo. Los clovek le suministraban un brebaje blancuzco con sabor amargo que la mantenía en un estado de adormecimiento insoportable. Su temor a que utilizara magia sobre ellos los obligó a sedarla. Seth estaba obsesionado con presentarla ante sus líderes y hacer justicia lo más pronto posible. Le atribuía no solo el incendio que acabó con la torre de entrenamiento, sino también la muerte de Kolbein. En ambas situaciones, para él, la prisionera utilizó magia, transgrediendo cualquier tratado firmado en el pasado. Era lo que necesitaban para liberarse de una vez por todas de los Vanir y conseguir que el flujo de energía que absorbían de la laguna terminara.

Cuando Nótt logró abrir los ojos, se dio cuenta de que estaba siendo transportada en dirección al bosque de Urth. El carruaje bordeó el acantilado y descendió la cuesta por una vía estrecha que daba al abismo. Ella, a través de los barrotes, contempló la vista que le proporcionaba la altura. Vio a Eidyn a lo lejos e, incluso, a la mítica laguna con sus aguas azul-violeta rodeadas de vegetación. Lo que más le asombró fue ver un chorro de energía que ascendía hasta tocar el cielo. La mancha del mismo color de las aguas se esparcía gracias a las nubes y el viento, y ladeó la cabeza. Por primera vez, consideró que en la antigüedad el cielo en realidad era azul, como lo mostraban los recuerdos de Ebbe.

Intentó estirarse; su cuerpo le dolía, presa de la incomodidad a la que estaba siendo sometido. Su pequeña prisión no le permitía cambiar de posición, por lo que se mantenía sentada, con sus pies descalzos fuera de los hierros. Los calambres se convirtieron en el pan de cada día, tolerándolos lo mejor posible.

—Toma. Esto te ayudará a dormir un poco. Calmará el dolor. —Viggo le ofreció una pequeña botella a través de los barrotes.

—Ayúdame a salir de aquí.

—No puedo —susurraba el curandero. Sin Lys a su lado se sentía como un cobarde.

Nótt lo vio partir y respiró profundo. No quería que Seth la viera débil e intentaba conservar un semblante tranquilo, aunque en su interior se sentía rota. Por suerte, la vigilia le duraba poco y, por más que luchaba para no sucumbir, sus ojos irremediablemente volvían a cerrarse.

Siriana siempre la acompañaba. Su recuerdo la esperaba con los brazos abiertos para acogerla en su regazo. Allí volvía a ser una chiquilla que correteaba en el bosque Huldrefolk junto a su arco. Su madre le enseñaba a cazar y ella se embelesaba escuchándola. Cuando regresaban, Sassa y Anne la esperaban en su pequeño hogar junto a la chimenea. El fuego abrazaba sus cuerpos, así como sus almas. Se sentía segura y amada, pero la dicha duraba poco. Su utopía se mezclaba con una vida que no era la suya, sino la de Ebbe, y allí sus emociones cambiaban.

—¿Por qué lo hiciste?

Thyra gritaba de manera desgarradora y la calidez de su hogar mutó. Ahora se hallaba en un enorme salón con techo de madera y pesadas lámparas con lágrimas de cristal. Era un lugar tan bonito y elegante, que contrastaba con la rústica vivienda donde creció en Galt.

—Demasiado dramatismo por un simple gato. —Dagny levantó las cejas, molesta con la recién llegada.

Los atuendos de las Kvasir empezaban a dejar de ser extraños para Nótt. Vestidos con faldas largas y ceñidas al cuerpo, tan glamorosos como el mismo recinto en el que se encontraban. Thyra acababa de llegar con los ojos húmedos, a punto de llorar. Retiró su sombrero de ala ancha junto con sus guantes de cuero fino y se acercó para enfrentar a su hermana.

—Zath no se merecía eso —dijo avanzando hacia ella.

Nótt se giró para entender lo que ocurría. Caminó a través del pasillo con paso lento. Las paredes de piedra gris y los pequeños

vitrales en la parte superior añadían un toque misterioso a la atmósfera. La joven de cabello rojo lloraba demasiado, afectada por lo que Dagny había hecho.

—¿Por qué lo hiciste? Era mi mascota. —La voz temblaba de impotencia.

—Thyra —susurró Dagny melosa acariciando su rostro—. Mañana te traeré otro igual. Uno más bonito que este… ¿Qué te parece?

—No me hables como si fuera una retrasada —espetó, retrocediendo un paso para que no la tocara—. ¿Acaso no entiendes la gravedad del asunto?

—En lugar de quejarte, deberías ayudarme a buscar una solución al problema. Mientras ustedes miran para otro lado, yo intento resolverlo.

—¿A costa de qué? —Thyra estaba devastada, por lo que Hailie posó su mano en el hombro para que se calmara y la dejara intervenir.

—No estoy muy segura de que esto resuelva algo. —Miró a su trilliza con el semblante serio—. De hecho, creo que lo estás agravando.

—¡Vamos, Hailie! Sabes a qué me refiero. La energía de las piedras supercalientes no es suficiente para él.

—Zath era un ser vivo, ¿entiendes eso?

—¡Hey! Yo solo intento probar otras cosas.

—No lo sé… —dijo Hailie y volvió a posar su mano para tranquilizar a Thyra. Conocía el temperamento de Dagny; si querías razonar con ella, no podías entrar chocando.

Dagny mostró sus dientes de manera forzada. En ese momento, se dio cuenta de la presencia de su hermana mayor y se giró para verla.

—Ebbe lo sabe. —La señaló—. Yo se lo conté anoche.

Aquello tomó por sorpresa a Nótt. Las jóvenes habían clavado sus ojos en ella. Tragó saliva sin saber qué contestar, pero en ese momento Airén pasó de largo y la conversación volvió a desviarse en Zath.

—¿De qué están hablando? —dijo la recién llegada.

—Dagny mató a mi gato. —Thyra se había secado las lágrimas y ahora se erguía furiosa contra su hermana menor.

—Ya escuché esa parte. Me refiero al resto. —Airén movía los brazos para que empezaran a hablar—. ¿Pudiste calmarlo?

—¡¿Acaso están locas?! —Thyra las miró con la rabia quemando sus entrañas. No podía creer lo que escuchaba—. Este don es un regalo. No deberíamos utilizarlo para lastimar a nadie.

—Eres demasiado dramática —bufó Dagny.

—¡¿DRAMÁTICA?! —explotó Thyra, furiosa—. ¿Qué piensa Ëla de esto? ¿Ya lo consultaste con ella?

—No. —Abrió sus ojos como platos, hastiada por la conversación —. Con la única persona que habla es contigo, ¿lo recuerdas?

—Deberías preguntarle —intervino Hailie para intentar calmar los ánimos—. ¿No te parece?

—Claro que lo haré. Todo esto es…

—Una mentira —dijo Asa. Que hasta el momento se había mantenido callada.

—¿Qué?

—La estrella no habla contigo. Ya crecí y ahora entiendo toda tu farsa.

—¡ASA! —La voz gruesa de Hailie la detuvo por un momento—. Discúlpate con Thyra o…

—Ebbe, ¿tú qué piensas? —interrumpió Dagny. No iba a seguirles el juego y miró a su hermana mayor. Su opinión era la más importante de todas.

—Yo… —balbuceó. Dagny la observaba con los brazos cruzados, mientras que los ojos de Thyra permanecían atentos—. Yo…

—¿NÓTT?

Escuchó su nombre desde la lejanía y se giró en redondo. Un paisaje agreste se enredó con la imagen del gran salón donde se encontraba. Soñaba, por lo que agitó su cabeza para lograr despertar y el mundo comenzó a desvanecerse como el humo de una vela.

—Pequeña, ¿eres tú?

Miró sus brazos y descubrió los barrotes que limitaban su movimiento. Suspiró.

—Despierta… Soy yo.

Los párpados le pesaban, pero logró abrirlos por completo. La luz del atardecer caía directamente sobre su rostro, por lo que su mareo se acrecentó. Se sentía tan cansada que le costaba trabajo mantener la cabeza erguida.

—Niña, ¿qué haces aquí?

Distinguió la voz de un tiempo que ya no le pertenecía. Uno que parecía tan lejano e inalcanzable, pero al que deseaba volver con todas sus fuerzas.

—¿Me escuchas? —insistió.

—Señora Agnetha. —Logró articular con dificultad aquellas dos palabras. Intentó sonreír, pero sus labios estaban tan resecos que le dolió hacerlo.

—¿Qué sucedió contigo?

—Ya lo ve —susurró encogiéndose de hombros. De un momento a otro sintió que necesitaba agua. Demasiada—. Azares del destino.

Ambas callaron por unos instantes.

—Tengo sed.

—Claro —contestó la mujer de inmediato. Buscó entre sus pertenencias y abrió el orbe que cargaba en el cinturón. Con dificultad logró introducirlo a través de los barrotes para acercarlo a su boca.

—Gracias —murmuró después de mojar sus labios. Aquello le devolvió el alma al cuerpo y respiró profundo—. ¿Qué hace tan lejos de Galt?

—Voy detrás de mi hija. La extraño mucho —anunció con nerviosismo y le mostró un pequeño colgante hecho de cobre, donde se dibujaba el rostro de ella. —Me lo regaló antes de partir, pero no es suficiente. Necesito tenerla cerca—. Suspiró. Señaló la fila de voluntarios listos para reanudar la marcha hacia la Ciudad de Luz y sonrió—. Ya casi llego.

—Ya… Pues me alegro por usted —balbuceó, pero la señora Agnetha no alcanzó a escucharla. Partió en dirección de su grupo; los clovek los llamaron para reagruparlos.

Fue cuando se percató de que había llegado al puesto de control del bosque de Urth. Buscó a Seth con la mirada, pero no lo

encontró. De seguro se encontraba hablando con los altos líderes de los Clovek y muy pronto la presentaría para su escrutinio. Se centró en los voluntarios y los detalló con el corazón contraído. Hombres y mujeres de rostros agotados, pero que se colocaban de pie con la esperanza de una vida mejor. Aun si la fatiga colgaba de sus hombros, cantaban y reían para aminorar el peso de la incertidumbre. Ya en ese punto, la señora Agnetha y los demás debieron darse cuenta de que las tierras de Eidyn no eran las mismas que se creían en Galt. El paraíso que les habían vendido era por completo opuesto al territorio agreste y desolado donde se encontraban. Días calurosos con noches frías, sin agua a sus alrededores. Un desierto que los conducía hacia la urbe más importante de todas y en donde deseaban prosperar.

Nótt los siguió con la mirada. Una fila desordenada de voluntarios cargando sus objetos más preciados. Se dirigían hacia la única área de vegetación frondosa que existía a más de treinta leguas a la redonda. El bosque de Urth era la entrada hacia la enigmática Ciudad de Luz. Los ríos de energía de los cultivos de rocas supercalientes se resaltaban. Miles de hilos sinuosos que brillaban incluso en la oscuridad ayudaban a concebir un aura mística que hacía que Eidyn y su laguna fueran considerados el lugar más hermoso del mundo.

—¿Crees que puedas correr?

Una mujer formulaba una pregunta a su espalda. Con pesadez, Nótt giró su cabeza para encontrarse con un rostro marcado por una enorme cicatriz y dos ojos ámbar que reconoció enseguida.

—Te sacaré de aquí —susurró Käre lo más bajo que pudo y miró en dirección del bosque de Urth. Llevaba siglos sin entrar en ese lugar; desde el día que…

—Ya escuché eso antes, pero ya ves. Me empeño en mantenerme encerrada en jaulas muy pequeñas —espetó casi sin aliento e intentó reír ante su ocurrencia.

La recién llegada, sin prestar atención al comentario, introdujo la mano para tocar su frente. Nótt, desconfiada, echó su cuerpo hacia atrás, pero no había un lugar donde esconderse.

—Tranquila. No te haré daño —susurró, dibujando una sonrisa sincera.

Apenas su mano rozó la piel de Nótt, una descarga eléctrica bajó por su espina dorsal. El corazón se aceleró a punto de explotar y sus pupilas se dilataron. Contuvo el aliento, mientras sentía que a la extraña mujer le sucedía lo mismo. Los ojos se tornaron ámbar y, de repente, los recuerdos de todo lo que pasó llegaron.

—¡¿TÚ?! —soltó con la voz entrecortada, cargada de ira—. ¡ALÉJATE DE MÍ, THYRA! NO TE ATREVAS A TOCARME, TRAIDORA.

33
Thyra

El sol comenzó con su partida vertiginosa hacia el horizonte, por lo que los tonos azul-violeta del cielo se acentuaron aún más. Los voluntarios marchaban con prisa para internarse en el bosque de Urth. Esperaban llegar a la ciudad antes del anochecer. La enorme columna de chispas y energía que se erguía hasta tocar las nubes era el último impulso que necesitaban para atrapar un sueño cumplido. Pronto terminarían la larga travesía; el futuro estaba cerca.

Cuando los voluntarios desaparecieron a través de la vegetación, la velocidad del viento se acrecentó. De un momento a otro. El polvo del suelo desértico en el que se encontraban se levantó formando una decena de remolinos. Recorrían las callejuelas del punto de control, mientras a su paso agitaban con violencia los techos de paja y hacían relinchar los caballos. Los Clovek, que ya se preparaban para entregar su turno, tuvieron que postergarlo. Entre gritos, controlaban el desastre que estaba provocando la pequeña tempestad.

—¿Qué haces acá? —espetó con voz grave, Ebbe en el cuerpo de Nótt. Su voz sonaba hueca por culpa de la droga que recorría sus venas.

—Vine a liberarte —balbuceó Käre, aún confundida.

Dudó por un momento. Al tocarla, percibió demasiada ira en su interior y no sabía si lo que estaba haciendo era correcto.

—Nos vendiste a los Vanir —gruñó su hermana mayor con rabia. La lengua tendía a pegarse en el paladar, por lo que pronunciaba con dificultad.

—No. —Negó con la cabeza—. Cómo puedes decir eso.

—Ese día te fuiste —bufó furiosa—. Y ahora entiendo por qué. Nos traicionaste, esa es la única explicación de que sigas con vida. ¿Acaso gozaste cuando nos quemaron en la hoguera?

—Qué locuras estás diciendo. Esa tarde tuve que salir, ¿lo recuerdas? —contestó y, sin darse cuenta, tocó la cicatriz que decoraba su rostro. Cuando se enteró de lo que ocurría, intentó detenerlo, pero su amado se enfrentó a ella. La confrontación terminó con la muerte de él, su rostro marcado para siempre y un corazón roto por la traición—. Te juro que, de haber sabido, nunca me hubiera separado de ustedes.

—¿A dónde fuiste? —preguntó, pero en lugar de responder, Käre tragó saliva.

El ruido del entorno captó la atención de Ebbe, por lo que miró nerviosa a su alrededor. Sentía que el cuerpo de Nótt estaba débil y necesitaba despertar a sus hermanas. Ëla debía hacerlo; se lo exigiría.

—Llévame a la laguna —ordenó.

Käre retrocedió. Entonces, abrió los ojos, decepcionada.

—¿Vas a volver a traicionarme, Thyra?

—Ya te dije que nunca lo hice —respondió con el semblante serio —. Además, ya no uso ese nombre.

—¿Qué significa? ¿Te avergüenzas de quién eres?

—No, pero… —Tomó aire. Necesitaba organizar sus ideas—. No sabes cómo fue.

—Nos quemaron después de lacerar y escupir sobre nuestros cuerpos. ¿Te parece que no lo sé?

—No quise decir eso, pero… Me quedé sola y aterrada. Debía alejarme del bosque. Eran tiempos difíciles y yo…

—Sácame de acá. Necesito llegar a la laguna —la interrumpió. Lo último que quería era escuchar sus disculpas.

Käre observó el campamento. Su pequeña tempestad había hecho efecto, pero el tiempo se le agotaba. Intentó hablar con Seth; el clovek no escuchaba razones y por eso estaba allí. Creyó que sería fácil llevarse a Nótt, aunque nunca imaginó encontrar a Ebbe en su lugar. La cercanía con la laguna la estaba fortaleciendo y aquello complicaba todo.

—Te liberaré, pero no iremos hacia allá. —Los ojos de Ebbe crecieron tanto que parecían salirse de sus órbitas—. Es peligroso llevar magia a la laguna. Los Vanir pueden protegerte y…

—¿Te arrodillaste ante ellos?

—Escúchame, por favor. No es nuestro enemigo.

Ebbe abrió los ojos. Ahora recordaba lo que sucedió aquel día. Thyra desapareció esa tarde. Su hermana nunca estuvo en lo alto de la colina. No fue juzgada ni humillada. Ni siquiera apareció cuando encendieron la hoguera que acabó con sus vidas. Las abandonó a su suerte.

—No hubo un secuestro.

—¿Qué?

—Pensé que te habían raptado, pero no fue así —masculló con rabia—. Tu novio Vanir te sacó de apuros. Él sabía lo que iba a ocurrir y te escondió mientras los demás hacían lo suyo.

Käre tragó saliva.

—¿Sigues con él?

—Han pasado muchas cosas desde aquel día —confesó y las cejas de Ebbe se levantaron—. Demasiados inviernos.

—¿Cuánto tiempo?

—Siglos.

Ebbe respiró profundo. No podía creer que los Vanir les hubieran robado sus vidas.

—¿Y ahora qué eres? ¿Uno de ellos?

—No —respondió rotundo y guardó silencio por unos segundos. Necesitaba convencerla de alejarse de allí. Los Clovek se acercaban —. Te explicaré todo después, ¿vale?, pero por ahora debemos irnos. Te lo ruego. Ven conmigo.

Se apresuró a abrir la jaula, pero la voz de Seth la detuvo en el acto.

—¿Qué sucede, Käre?

El clovek se acercaba haciendo sonar un juego de llaves que cargaba en la mano. Ella se giró para verlo bajo la mirada atenta de Ebbe. Ahora sabía su nuevo nombre. Intentó ocultar su miedo con una expresión severa, aunque sus manos temblaban.

—¿Por qué sigues acá? —indagó Seth, curioso.

—Me pediste que verificara que todo estuviera en orden. Pues eso es lo que hago. Se acerca una tormenta y tus hombres están distraídos. Vi a la prisionera sola y me acerqué —respondió con tranquilidad.

«¿Mientes?», pensó Ebbe. Nunca hubiera creído que su hermana menor llegara a tanto. Ella, que se ufanaba de ser la más correcta de las cinco.

—Regrésala a Fjord. —Se aventuró a decir. Tenía que volver a intentarlo—. Está malherida y su estado es lamentable. Espera a que se recupere y después…

—Nada de eso. Tiene magia y es una Vanir.

—¿Cómo te atreves? —La voz pastosa de Ebbe se escuchó entre los barrotes. No fue tan grave como esperaba. Estaba tan débil que nadie prestó atención a su comentario.

—No lo creo… Si fuera tan poderosa como dices, ¿por qué no se escapa o, mejor, por qué se dejó atrapar?

—Está drogada —desestimó el clovek.

—Vamos, Seth. Usted es un hombre inteligente y sabe que si ella tuviera tanta magia como dice, no podría encerrarla en una celda. Mucho menos, tus hombres estarían contando la historia.

Seth se cruzó de brazos, mientras Käre lo miraba sin parpadear. El viento aún revoloteaba por el campamento, pero sin demasiada fuerza.

—Puede que tengas razón —concedió y Käre recuperó el aliento —, pero no me fío. Este ratón de Galt no ha hecho otra cosa que traer problemas. Así que seguirá sedada hasta que los líderes me autoricen su entrada al bosque de Urth —dijo y se cruzó de brazos.

—¿Cuándo será eso?

—En una o, tal vez, en dos lunas. Ahora resulta que no se encuentran y me piden que espere.

—Tenemos tiempo —dijo aliviada. —Yo me encargo de ella. La llevaré al campo de entrenamiento y en dos semanas te la traeré de vuelta. Viggo me ayudará con su recuperación.

—¿Para qué? Al fin y al cabo, va a morir. La ley es muy clara, y en ese cuello lo único que pesa es la horca.

Ebbe los escuchaba con atención. Estaba drogada y su mente reflexionaba con lentitud, pero no iba a renunciar a su plan. Cerró los ojos y se concentró. Le costaba demasiado que la energía obedeciera a sus designios. Aquello que la hacían ingerir no la dejaba encontrar su don, pero ya lo haría.

—¿Acaso no tienen un poco de humanidad, Seth? —refutó Käre a modo de burla. Necesitaba aligerar el ambiente.

—Con alimañas como ella, nunca. —Su semblante era serio, pero al final dibujó una efímera sonrisa.

«Algo pequeño», pensó Ebbe, frunciendo la frente por el esfuerzo.

—Entonces, ¿qué dice? —le insistió a Seth. Ya casi lo convencía.

Las manos de Ebbe comenzaron a iluminarse y Käre se dio cuenta enseguida. Pensó con rapidez lo que debía hacer; podía impedir que utilizara magia. Un solo gesto sería suficiente para bloquearla, pero, entonces, su coartada se vendría abajo.

«Vamos… Solo un poco de magia y así te saco de mi camino, querida hermana», pensó.

Los remolinos volvieron y el suelo comenzó a estremecerse. Las pequeñas rocas vibraban, para luego formar estelas de polvo que subían en espiral. Los clovek retrocedieron extrañados, pero lejos de terminar, el viento se acrecentó y la tierra tembló.

—Traigan el calmante —ordenó Seth. Cada vez estaba más seguro de que la magia elemental provenía de esa cazadora de Galt —. ¡Maldita Vanir!

Mientras sus hombres corrían a su encuentro, una bruma reptó para apoderarse de su pierna. La levantó con facilidad, haciéndolo perder el equilibrio. Su cabeza golpeó las rocas y el sabor metálico de la sangre invadió sus labios. Enfurecido, Seth no dejaba de gritar para que lo soltara.

Käre actuó enseguida, antes de que las cosas acabaran peor. Iluminó sus manos para disipar la ventisca y en un segundo los remolinos obedecieron. Neutralizó con facilidad la magia de Ebbe y liberó a Seth de su agarre. La seguridad en el puesto de control regresaba. Ella suspiró satisfecha. Hacía mucho que no utilizaba la energía que viajaba en su cuerpo.

—¿Quién demonios eres? —explotó Seth y ella abrió los ojos; lo había arruinado—. ¿Eres una espía de los malditos Vanir?

Käre retrocedió con sus manos levantadas. No quería hacerles daño, pero los clovek la cercaban. Los bastones de cuarzo permanecían activados y listos para atacar. Por un segundo consideró defenderse, pero no provocaría una masacre; tendría que buscar otra manera de impedir que Ebbe llegara a la laguna. Pensó en Ëla; era momento de hacerla hablar. Necesitaba entender qué se proponía con todo eso. Negó sutilmente para sí misma; había fallado de todas las maneras posibles y se lamentó de su torpeza, pero lo que más le dolía era la sonrisa sarcástica de Ebbe.

—Estás cometiendo un error.

—No lo creo. —El que contestó fue Seth, aunque Ebbe sabía que su hermana le hablaba a ella.

—No debes acercarte a la laguna. Ëla está equivocada. Es peligroso.

Ebbe, sin dejar su expresión burlona, la despidió con la mano. Käre apretó la mandíbula derrotada y se desvaneció frente a la mirada atónita de decenas de guardianes que no alcanzaron a atraparla.

34
Kvasir

Ebbe abrió la prisión con un ligero movimiento de su dedo. Las trazas de droga en sus venas desaparecieron con el encuentro de Thyra. La llama de la venganza era lo único que ocupaba su cabeza en ese momento. Ahora que sabía que su encierro duró siglos enteros, quería hacerles pagar. Su rabia le nublaba el juicio y, para su suerte, aquellos mortales osaban amenazarla sin medir las consecuencias. La mirada penetrante de ojos ámbar de la kvasir se acrecentó en compañía de una leve sonrisa; nadie tenía la más mínima posibilidad de sobrevivir a ella. Sus pies descalzos acariciaron la tierra fría con vehemencia y la energía de vida alimentó su cuerpo.

—¡Quédate quieta! —bramó un Seth cada vez más nervioso.

Ella alzó su rostro y lo contempló por un momento sin expresión alguna. La que murió siendo una bruja siglos atrás arremetería contra el puesto del bosque de Urth sin clemencia. En ese momento, el caos consumió todo.

Armada con un escudo de llamas, abrazó con lenguas de fuego las edificaciones donde descansaban los clovek. Seth, a su espalda, lanzó rayos de energía azul-violeta gracias a su vara con punta de cuarzo, pero Ebbe no se inmutó. Las cortinas de viento que elevaba a más de siete pies de altura detenían con facilidad las arremetidas de los guardianes que tenía al frente. Las lenguas de fuego se dispersaron a gran velocidad y, en un segundo, el campamento ardió.

Seth, desesperado, reunió a los guardianes que estaban a su lado para cortarle el paso. Combatió con entereza, acercándose y evitando que la cazadora de Galt se escapara. Ebbe, divertida, retrocedió hasta que su espalda tocó los barrotes de hierro. El frío la

hizo erguir su tórax por un momento y gruñó, pero al ver lo que tenía enfrente, su sonrisa volvió a aparecer. Más de quince guardianes le apuntaban directo al corazón, con Seth en primera fila.

—¿Quién te crees que eres? —escupió el líder de los clovek.

Ebbe ladeó la cabeza, sin apartar la sonrisa burlona. Lo escuchaba, pero también analizaba sus movimientos. El sujeto sudaba a raudales y respiraba de manera entrecortada. Estaba agotado y, aun así, creía tener el poder sobre ella. No sabía si pensar que era valiente o el más estúpido de los mortales. Sin los Vanir a su favor, aquel centinela del muro no era nadie. Sus pupilas juguetonas detallaron de soslayo la magnificencia de su obra y asintió para sí misma. Todo el puesto de control se consumía bajo las llamas. Los maderos se estremecían bajo el calor ardiente de las brasas hasta desplomarse y, en su caída precipitada, terminaban de destruir todo a su paso.

«Igual que aquel día», pensó satisfecha. Era el fuego purificador que utilizaron contra ella y sus hermanas.

—Ingresa a la jaula, impura. —La mandíbula de Seth temblaba. Los ojos de Ebbe regresaron para contemplarlo—. El hedor de una rata como tú hay que enterrarlo bajo tierra. Que se pudra con los espíritus impuros de los primigenios. —Escupió al suelo—. Eres la manzana que contamina a todo aquel que la toca.

—Me aburres —respondió arrastrando las palabras y, entonces, chasqueó sus dedos.

El cuello de Seth se rompió en dos. La descomunal corpulencia del clovek se derrumbó como una torre de cartas. La pequeña cortina de humo que se desprendió con su caída hizo retroceder a los demás.

Sin un líder, el caos se acrecentó. Ebbe arremetió con lo que quedaba, levantándolos sin siquiera tocarlos y lanzándolos al calor de las llamas. El bullicio que pedía a gritos que la destruyeran se fue apagando. Al final, el silencio la acompañó por varios minutos y la tranquilidad trajo consigo el peso de la droga. Esta empezó a manifestarse de nuevo, por lo que agitó su cabeza, negándose a aceptar que el brebaje maloliente pudiera controlarla. Miró su obra

complacida; no se merecían morir de otra manera que no fuera con el estilo purificador de los Vanir.

Sonrió.

Su pecho se hinchó de orgullo, pero el cansancio la embargó. La droga que volvía a recorrer sus venas la adormecía. Sus párpados le pesaban; había utilizado demasiada energía que no tenía. Respirar se volvió complicado y cayó de rodillas. El mundo giró a su alrededor, por lo que cerró los ojos para calmarse, pero estaba exhausta. Por más que intentaba mantenerse consciente, su cuerpo partía sin su permiso al mundo onírico. La oscuridad la envolvió y Ebbe se quedó dormida.



Käre miró el manto que cubría la noche. Detrás de un grueso cúmulo de nubes, una tímida luna intentaba que su luz acariciara la tierra. En apenas unas horas el alba iluminaría los nevados de Rhös y la vida seguiría su ciclo interminable. Debía avisarles a los Vanir del desastre que había provocado, pero primero quería hablar con Ëla. Por eso estaba allí en la montaña más alta del continente. Su frío le ayudaba a pensar, a tranquilizarse para lograr escucharla. Necesitaba llegar a ella.

Desde que la estrella entró en sus vidas, ella era la única que podía verla. Nunca entendió el motivo, pero no le molestaba. Al contrario, se sentía privilegiada y protegida por su magia. Cuando se alejó de Eidyn para olvidar y empezar de nuevo, Ëla fue una de las cosas que quedó en el pasado. Sumida en la tristeza e intentando expiar sus culpas, se convirtió en sacerdotisa y fundó uno de los templos más influyentes de Kintyre. El mundo había cambiado de la noche a la mañana, y ella se adaptó al nuevo régimen que dictaba la vida. Por siglos predicó el amor y la comprensión entre los mortales, incluso el respeto por los animales que servían de alimento. Fue allí que conoció a Siriana, siendo apenas una niña temeraria, pero muy inteligente. La chiquilla pertenecía a una de las familias de cazadores de Trayk. Era tan ágil que le recordaba a Ebbe, su hermana mayor. Por lo que se ganó su amistad casi de inmediato. La acompañó

mientras crecía, guiándola con sabiduría hacia el respeto con los suyos y la naturaleza. La amó casi como a una hija, pero todo cambió cuando un día decidió que el estrecho de Brijan la asfixiaba. Quería salir y conocer el mundo. La joven Siriana la invitó a su travesía, pero ella aún no se sentía preparada para volver. Los recuerdos aún se le atragantaban en la garganta.

Un día regresó acompañada de una inmensa tristeza. Sin saber lo que le ocurría, Käre la apoyó a diario. Siriana se recuperó, pero tuvieron que pasar varios inviernos para que le contara lo que sucedió en Galt. Había sido desterrada y su amado, enviado a prisión. Si como aquello no fuera suficiente, la obligaron a abandonar a su pequeña hija de tan solo cinco inviernos.

Algo en Käre se estremeció al escucharla y el dolor despertó de su letargo. Los Vanir y todo aquello que representaban volvían a tocar su vida. Fue allí cuando volvió a sentir a Ëla, pero esta vez en sueños.

Experimentó de nuevo la magia. Hacía tanto tiempo que no utilizaba la energía que portaban sus venas que al percibirla se sintió extraña… Era rara y embriagante a la vez. Le ocultó a Siriana la verdad y partió hacia Galt; quería conocer a la niña que había nacido en el bosque Huldrefolk, al abrigo de los espíritus primigenios. Sin embargo, sus esperanzas se vinieron abajo al constatar que Nótt era una simple mortal.

«¿Qué esperabas?», pensó aquella vez y regresó a Kintyre. Aunque siempre mantuvo la duda y por eso la vigiló por tantos inviernos. Hasta el día que tocó las estatuas y Ëla le habló de ella.

Sentada en una de las ramas más altas de un viejo abeto, se amarró al tronco y se dispuso a meditar. Solo así llegaría a donde la estrella aguardaba. Käre navegó con su mente en blanco hasta el interior de su consciencia. Allí donde las sensaciones físicas de su cuerpo se confundían con los pensamientos y las emociones. Su corazón latió con menos prisa y su respiración pausada le indicaron que su mente ya no estaba en los nevados de Rhös. Buscó su lugar favorito. Aquel que seleccionó siglos atrás como su refugio y la hermosa laguna de aguas cristalinas apareció enfrente de ella.

—¿ËLA? —Su voz sonó extraña, como si el miedo por lo que estaba sucediendo la paralizara—. Ëla, estoy aquí. Responde, por favor. —Enredó sus pies desnudos con las pequeñas rocas de la orilla y caminó hacia sus aguas—. Quiero hablar contigo.

Silencio.

—¿Por qué despertaste a Ebbe? —Giró sobre sus talones. La buscaba, pero estaba sola y eso la desilusionó—. ¿Cómo quieres que te ayude si siempre me ocultas cosas? —Varias lágrimas brotaron de sus ojos y se cubrió la cara.

El día que sus hermanas murieron, Ëla le pidió que fuera al pueblo y se encontrara con su amante. Un romance secreto del que solo la estrella y Ebbe conocían. Pero cuando llegó a su cita, el sitio estaba vacío. Decidió esperarlo. Permaneció allí por horas, hasta que el bullicio de la gente la alertó. Su amado llegó en ese instante. Sus ropas negras untadas de hollín la hicieron pensar en lo peor. Su confesión terminó con su muerte. Destrozada, Ëla la protegió con su magia. La envió a los nevados de Rhös, a la montaña donde se encontraba en ese momento. Cuando la estrella le permitió regresar, su hogar estaba destruido. Se enteró de lo que hicieron las personas del pueblo y se sintió culpable. Nunca volvió a comunicarse con ella, hasta el día que Siriana regresó a Kintyre.

—¿Por qué quieres que llegue a la laguna? —Se refería a Ebbe. Limpió sus ojos con el borde de la manga e intentó tranquilizarse—. ¿Por qué?

—Jörmun regresó —contestó Ëra y la sangre de Käre se heló.

Käre apareció en medio de la estancia. Su expresión estaba tan pálida como la hoja de un papel. Miró a los vanir y a los mortales que se encontraban en el campamento provisional con apremio. Avanzó con la frente en alto buscando al líder Eirik, aunque la presencia de mil ojos en su nuca la perturbaba. Los murmullos le decían que les debía una explicación, pero no tenía tiempo para eso. Si no actuaban, las cosas terminarían mal. El pasado parecía volver a tocar de nuevo a la puerta.

—Hay que atacar enseguida —dijo cuando logró estar junto a él.

—¿Qué significa esto? —Eirik retrocedió por un segundo. La sacerdotisa había utilizado magia elemental frente a todos. Su mirada penetrante la instaba a hablar. Una aparición repentina entre chispas azul-violeta solo indicaba que Käre le había estado mintiendo desde el principio. ¿Acaso era una Vanir?

—No tengo tiempo para explicarlo.

—HAZLO —espetó con voz grave—. Es una orden. El campamento enmudeció y la incomodidad de Käre creció—. ¿Quién eres?

—Soy una kvasir —confesó y los murmullos no se hicieron esperar. Käre los miró nerviosa, mientras Eirik la observaba con sus pupilas dilatadas.

—¡¿Qué significa eso?! —Tensó la mandíbula—. ¿De qué se trata? No me gustan las mentiras.

Käre movió la tierra a sus pies, elevándola unos cuantos palmos, y luego invocó al fuego. Su rostro se iluminó a su contacto para luego desaparecer con el viento.

—¿Desde cuándo eres una kvasir?

—Desde que la estrella me regaló su energía. —Sonrió. Solo había existido cinco de ellas en toda la historia. Su magia fue proporcionada por Ëra, y no por los espíritus primigenios como se creía. Estos últimos eran mucho más antiguos que la misma estrella.

El líder la detalló con el semblante serio. Aron y otros más se acercaron.

—¿Käre, es tu nombre verdadero? —preguntó.

Ninguno de los Kvasir que se mencionaban en los libros eran mujeres. Ella ya lo había revelado antes, pero era difícil de creer. Käre negó y el líder hizo una mueca con la boca. ¿En qué más le había mentido?

—Mi nombre es Thyra y… la que domina el cuerpo de Nótt se llama Ebbe. Mi hermana mayor.

Eirik respiró profundo, así como Aron unos pasos más atrás. Los libros decían que los Kvasir más fuertes habían sido los mayores.

—Llevo viviendo bajo las sombras siglos enteros. Cada mañana despierto con el único deseo de lograr por fin expiar mis culpas. Es

difícil aceptar lo que sucedió aquella noche. —Se refería a la muerte de sus hermanas.

—¡Nos mentiste!

—No. Ustedes nunca preguntaron. —Eirik arrugó los labios; era cierto—. Volví porque, si no hacemos algo, la paz que se preservó desde entonces desaparecerá. —Los miró a todos, sin poder disimular el temor en su rostro. Sus pupilas se detuvieron en Aron y tragó saliva; tendría que hablar con él.

El mutismo rasgó el aire que respiraban. Käre les contó sobre su pasado. De las cinco hermanas que, de un momento a otro, perdieron su buen juicio al querer mantener con vida al Jörmun. Ëla también intentó ayudarlo; al fin y al cabo, era parte de su esencia. Aunque… se guardó para sí misma lo que sucedió en el bosque de Urth, especialmente eso. Un secreto a voces, que se había olvidado con el paso del tiempo. Aquello era parte de un mundo al que no quería volver. Por eso debía detener a Ebbe.

Eirik, en su ausencia, logró reunir el grueso de su ejército. En ese momento se encontraban muy cerca del lado este del muro. Tanto mortales devotos como vanir esperaban ingresar a la Ciudad de Luz apenas se diera la orden. Después de siglos de su autoexilio, temían por lo que podían encontrar, y más ahora con las noticias que portaba Käre. Detener a los Clovek se volvió imperativo.

—¿En cuánto tiempo estarán listos? —preguntó Käre. No podía esperar más tiempo; debían asimilar la noticia de una vez. La impaciencia se reflejaba en su voz.

—Dame un día —contestó Eirik con el semblante serio. La miraba con recelo como la mayoría de los que se encontraban allí—. Mientras mis hombres se organizan, tú y yo tenemos que hablar… Kvasir —dijo acentuando la última palabra.

Käre hizo un gesto para darle a entender que aceptaba la solicitud. Era lo mínimo que podía hacer para aclarar el asunto.

35
Urth

Kiel pasó la noche escuchando el cotorreo incesante del exterior. El campamento entero no daba crédito al relato de Käre. Eirik convocó a una reunión extraordinaria que duró hasta tarde. En ella asistieron su círculo más cercano; evidentemente, todos eran Vanir. Su objetivo era definir hasta el más mínimo de los pormenores antes de atacar. Kiel los observó desde la lejanía mientras tomaba licor de Geniev. Esperaba con impaciencia la menor oportunidad para hablar con Aron, pero no lo logró. A medianoche, el sueño le ganó la partida. Terminó borracho y sentado en frente de su carpa mientras se entregaba a los brazos del mundo onírico.

Media hora después, la reunión acabó. Aron caminaba cabizbajo hacia su tienda. La preocupación por la situación le provocaba punzadas en el estómago que apenas podía soportar. Todo lo que sucedía lo hubiera podido evitar si comprendiera sus interminables premoniciones. Pero había llegado a la conclusión de que aquel don era errático e inservible.

Estaba a punto de entrar cuando la voz inconfundible de Käre lo hizo detenerse. Se giró sobre los talones y esperó su llegada. La mujer tenía los ojos tan agotados como la mayoría en el campamento. Eran tiempos difíciles, pero la expresión desesperada se marcaba aún más en su rostro. La joven cazadora que llegó con el rescate infructuoso de Nótt no se le despegaba. Lys, como escuchó que le llamaban, parecía preocupada por el avenir de Nótt e intentaba ayudar en todo lo que estuviera a su alcance.

—Aron —murmuró Käre mientras seguía avanzando para estar lo más cerca posible—. Me gustaría hablar con usted.

—Claro —respondió Aron con amabilidad y extendió su brazo para que siguiera al interior de su carpa.

—Tú espérame acá —ordenó la kvasir y la chica puso sus ojos en blanco y apretó la boca. Acto que no pasó desapercibido para él—. No le prestes atención. Lys aunque es una excelente espía, tiene un carácter complicado —mencionó Käre e ingresó a la tienda

Aron asintió con un ligero movimiento de su cabeza y tomaron asiento. Por unos segundos nadie se atrevió a hablar, pero la noche avanzaba y la fatiga comenzaba a hacer mella en sus cuerpos.

—Lo que voy a contarte es difícil para mí, pero quiero que entiendas lo que sucedió de boca mía. Ebbe no es mala, solo está desesperada.

—Y furiosa.

—Y furiosa —concedió—. Por eso es tan peligrosa en realidad.

—Te escucho —dijo al rato.

—Después de encontrar la estrella —Käre respiró profundo y comenzó su relato—. Todo fue diferente…

»Ir a bañarse a la laguna se convirtió en nuestro ritual matutino. Lo hacíamos cada vez que podíamos escabullirnos sin ser vistas. Los inviernos transcurrieron y, con él, el color de nuestras pupilas se acrecentó. La magia que recorría nuestras venas nos mantenía jóvenes. No envejecíamos como los demás y eso nos trajo más temores. Intentamos hablar con Ëla, pero para mi sorpresa solo respondía a mis llamados, así que me convertí en la mediadora sin darme cuenta.

»Éramos jóvenes y no aceptábamos perder a nuestros seres queridos. Por lo que le rogamos a la estrella poder compartir nuestro secreto con las personas que amábamos, y ella nos lo concedió.

»Para Ebbe fue difícil explicarles que en las profundidades vivía Ëla, una estrella que había caído del cielo. Se rieron en nuestra cara ante la ocurrencia, pero luego tuvieron que aceptarlo cuando la energía los tocó. Ingresaron a la laguna, pero al no tener contacto directo con el cristal. La magia funcionó en ellos de manera distinta. Las heridas infligidas sanaban con extrema rapidez. Eso los convirtió en invencibles, aunque sus cuerpos envejecieron como cualquier mortal. Sin embargo, la estrella permitió que sus descendientes heredaran sus dones, así que la capacidad de dominar los elementos se extendió por el continente.

»Eidyn dejó de ser un pueblo y se convirtió en una ciudad pujante dispuesta a ser el centro del comercio global. Con el tiempo, perdimos a nuestros seres queridos y los Vanir se extendieron sin ningún lazo que nos atara. Nos convertimos en desconocidas en nuestra propia casa. Fue cuando conocimos a Jörmun. Un pequeño travieso que había surgido de la energía de Ëla, según ella, el mismo día de su arribo. Era una criatura indefensa y pequeña que nos alegró la vida. Él recuperó el sentimiento de familia que habíamos perdido.

Con el tiempo, la estrella nos ayudó a dominar la magia, pero nuestro poder no pasó desapercibido y mucho menos nuestra inmortalidad. Un día se instaló en la ciudad un grupo de sacerdotes llegados del sur. Devotos de una religión que se ufanaba de purificar almas para hacerlas trascender y elevarlas al cielo. Los ojos ámbar eran un problema y la gente comenzó a hablar. Las acusaciones de brujería se convirtieron en el pan de cada día, y con dolor, tuvimos que ver cómo la buena vida en Eidyn se transformaba en un torbellino de miedos y desesperanza.

»Muchas mujeres jóvenes murieron bajo el deseo delirante de una purificación del territorio. Pero las cosas se complicaron aún más cuando los magos descendientes de los primeros Vanir se pusieron a favor de los sacerdotes.

»El estandarte del zorro ártico invadió el corazón de sus seguidores. Yo, que siempre pensé que aquello era del momento, me enamoré de uno de ustedes. Nuestro lazo era fuerte y Ëla lo veía con buenos ojos. Él empezó a contarme lo que sucedía en sus reuniones. Nuestros nombres no demoraron en estar entre sus bocas, así que decidimos que lo mejor para la ciudad era partir. Sin embargo, las trillizas no estaban de acuerdo.

—Debemos irnos. No nos queda otra —decretó Ebbe con expresión seria—. Volveremos cuando todo esto haya acabado.

—¡¿Y abandonar a Jörmun?! —soltó Dagny con sus brazos en jarras—. Él está atado a la laguna.

—Regresaremos en unos cuantos inviernos. Las personas nos habrán olvidado y todo será más fácil.

—No es así. Huir no va a resolver nada porque Jörmun hace parte del problema —les aclaré y Dagny me fulminó con la mirada—. Son más ciegas de lo que creí si no se dan cuenta de eso.

—Él es nuestra familia.

—No. —dije alzando la voz—. Nuestros seres queridos murieron hace muchos años.

Dagny mantenía su expresión pétrea. No estaba de acuerdo.

—Ebbe, no puedo creer que le hagas esto. —Se refería a Jörmun. Dagny esperaba que ella, como hermana mayor, pusiera punto final a la discusión.

—Thyra tiene razón —decretó y yo sonreí por mi pequeña victoria.

»Las trillizas siempre se apoyaban, así que salieron malhumoradas del salón y yo pensé en disculparme más tarde. Ese día partí, sin imaginar que nunca más volvería a verlas. Los Vanir nos traicionaron y las asesinaron, incluso al indefenso de Jörmun; él solo era un niño. Pero ya ves, Ebbe regresó y parece que él… también.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Aron con apremio.

Respiró profundo; el plan de Ëla se complicaba. Sacó de entre sus ropas un pequeño frasco de color violeta y lo miró. Desde que sus hermanas murieron calcinadas, siempre mantenía un poco de veneno con magia especial consigo. Ese día decidió que sería ella quien escogería cómo y cuándo debía morir. Su vida no volvería a depender de los demás.

—Tengo miedo de lo que vaya a pasar. —Lo miró y guardó el frasco con cuidado. Respiró profundo—. Aron, sé que Ëla te habla.

El susodicho ladeó la cabeza tratando de entender.

—¡¿Te refieres a mis premoniciones?!

—Sí, y quiero saber qué te dice.

—Es confuso. Hay muchas imágenes, pero no soy capaz de unirlas en algo coherente. Lo único en lo que siempre estuve seguro fue en Nótt y lo que percibía de ella. —Miró hacia el pequeño agujero en la parte superior de su tienda. Allí donde el cielo a punto de amanecer mostraba un cielo cargado de puntos luminosos—. Tu estrella, me pido que fuera al bosque de Urth.

Käre se quedó callada por unos segundos. Reflexionaba.

—Llevo siglos sin poner un pie en ese sitio. En nombre de Jörmun, las trillizas hicieron muchas cosas de las que me avergüenzo. —Tragó saliva y Aron la miró ceñudo—. Solo digo que debemos estar preparados. Ëla te escogió por alguna razón, así que te pido que me permitas acompañarte.

—Sería un ciego si rechazara el poder de una kvasir. Nótt está en problemas y por fin tengo la manera de ayudarla. Iría hasta el fin del mundo por ella —soltó sin darse cuenta y calló. ¿Acaso era cierto? Se sonrojó de solo pensarlo y Käre sonrió.

—No será fácil.

—Lo sé, pero estoy dispuesto a todo con tal de sacarla de allí.

Cuando Kiel abrió los ojos, amanecía. La neblina azul-violeta se arrastraba perezosa, vigilando el mundo de los sueños en el que se encontraban. Arrugó la frente, presa de la fuerte resaca que lo azotaba, y bostezó. Recordó la faena del día anterior y su eterna espera. Escupió al suelo molesto y se levantó con su cabeza a punto de estallar. El licor, que consumió mientras aguardaba a Aron, no tenía la misma calidad que el que se producía en Galt. Pero era lo único que se encontraba a tantas leguas de distancia de su pueblo natal. Recordar su vieja vida lo puso de malhumor y torció la boca con desagrado.

Con la manta que cubría sus hombros, se levantó con desgana. Necesitaba sumergir su cabeza en agua y qué mejor lugar que el abrevadero donde los animales saciaban su sed. Estaba fría y sonrió. Le recordó los inviernos helados donde creció. Allí donde imaginó que al otro lado del muro la vida era estupenda.

—Basura —murmuró para sí mismo.

Con el cabello empapado, pero más lúcido que antes, recorrió el campamento en busca de Aron. Un efímero olor a sal le anunció su proximidad con el mar del este, y pensó que tal vez cuando todo esto acabara, se aventuraría a recorrerlo subido en un enorme barco.

—Seré pirata, ¿por qué no? —Respiró profundo, asentando con firmeza su resolución. Necesitaba cambiar de aires.

Mientras se aproximaba a la tienda de su amigo en los límites del campamento, se encontró con varios de sus compañeros. Saludaba a mortales y a vanir por igual. Al fin y al cabo, era la devoción hacia los espíritus lo que consolidaba su alianza. Sin ellos el mundo hubiera sucumbido en la oscuridad, o bueno, eso era lo que decían las escrituras. De todas maneras, no podía negar que los protegían, incluso la misma distribución del campamento lo demostraba. Ellos estaban en el centro, mientras que los magos se situaban a su alrededor.

En la medida en que el sol se asomaba por el horizonte, el número de guerreros deambulando por el refugio aumentó. Supuso que se preparaban para algo, aunque él no había recibido ninguna orden de sus superiores. Apresuró el paso. Tenía que hablar con Aron.

Cuando entró en su carpa, lo encontró meditando, con el torso desnudo y sus piernas cruzadas. Así que se sentó muy cerca de la lona y esperó. No era la primera vez que veía a los vanir realizar demostraciones donde controlaban a los elementos. Recién llegado, todo eso le parecía asombroso, pero ahora, después de tantos inviernos conviviendo junto a ellos, no era nada del otro mundo.

Detalló lo que su amigo hacía. El joven dibujaba aros de tierra con sus manos, mientras lograba que pequeñas bolas de fuego viajaran a su alrededor.

«Trucos de magia. ¿Cómo se supone que vamos a ganar con eso?», pensó. Expulsó aire por la boca a modo de desaprobación, mientras acariciaba su espada.

Aron percibió enseguida la presencia de alguien en su carpa y abrió los ojos. Sus manos se encendieron, listas para atacar.

—¡HEY! —El intruso levantó los brazos—. Estoy de tu lado.

—No vuelvas a aparecer así. —Se quejó y cerró el puño—. Pude haberte matado.

—Entré y como te vi haciendo piruetas —dijo burlón, simulando sus gestos con los brazos—. No quise interrumpirte.

—Intentaba conectar con Nótt.

—¿No escuchaste lo que dijeron? Ella no tiene magia. —La última parte la pronunció despacio, como si le hablara a un tonto—. Te lo dije la primera vez que lo insinuaste, Nótt es tan mortal como yo.

—Solo quise probar. —respondió con molestia y se colocó la camisa de lino.

—Pierdes el tiempo.

—No. —Käre entró a la tienda junto con Lys, que ahora volvía a ser su guardaespaldas. La chica se puso cerca de la puerta, mientras Aron se adelantaba a saludar—. Yo le pedí que lo hiciera.

Se abrazaron bajo la mirada perpleja de Kiel. ¿Desde cuándo eran tan buenos amigos? ¿Qué se había perdido la noche anterior? Y para colmo de males, en ese instante entendió que su hora de preguntar había pasado.

—Lo siento. Lo intenté, pero fue imposible —se excusó Aron.

—No te preocupes, era una opción —susurró pensativa Käre.

—¿Y si lo haces tú? Tu poder es mucho más grande que el mío.

—Y por esa razón lo bloqueará. No… ese no es el camino. —Lo miró a los ojos—. ¿Estás listo?

—Sí. —Se ajustó la chaqueta de cuero y la observó, con temor. Lo que percibió lo tenía pensativo—. Su mente está cerrada y… oscura…

—Capté lo mismo que tú —confirmó—. No te preocupes, la oscuridad viene de Ebbe, no de ella. Vamos, los demás nos esperan.

Tenía sed, demasiada. Nótt se mojó los labios y abrió los ojos desorientada. El ambiente estaba viciado y tenía un olor fuerte que le dificultaba respirar. Todo a su alrededor estaba opaco, aun cuando el sol ya acariciaba el suelo con su calidez. El sabor metálico de la sangre le recordó las peleas a las que a diario se enfrentó en el campo de Fjord, pero no estaba allí. Se sentó desubicada; todo le daba vueltas. Para completar, el olor a humo le invadía los pulmones y la hacía toser sin remedio.

Poco a poco recordó su jaula, en la que duró confinada por más de diez días. Sin embargo, no conseguía entender lo que había

ocurrido en ese lugar. Lo último que llegaba a su mente era el rostro de la señora Agnetha. Estaba contenta porque se encontraría con su hija y se había despedido de ella. Incluso vio cuando entró en el bosque de Urth rumbo a Eidyn, pero después de eso… nada.

Se levantó, sopesando cada palmo de su cuerpo. Haber permanecido durante tantos días encerrada le había entumecido hasta los huesos. Caminó con cuidado; sus pies estaban desnudos y los escombros lastimaban su piel. Encorvada, recorrió los pasillos de lo que quedaba del último asentamiento de los Clovek: la puerta de entrada a la hermosa Eidyn. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver el cuerpo de Viggo. Se arrodilló junto al curandero y le pidió a los espíritus que lo protegieran; aún respiraba. Lo acomodó como pudo y hurgó entre el maletín que siempre mantenía terciado en su hombro, pero los frascos estaban rotos.

—Aguanta un poco —susurró—. Voy a buscar ayuda.

Se levantó despacio con un nudo aprisionándole la garganta. Más lejos, encontró los restos de Seth junto a sus compañeros y tragó saliva. Solo conocía a alguien con el suficiente poder para arrasar un lugar repleto de clovek de esa manera. Retrocedió desconcertada y se sentó en una roca para procesarlo.

—¿Qué hiciste? —preguntó, pero no consiguió que Ebbe le respondiera—. ¿Acaso esto es tu venganza?

Percibió algo raro en el bosque. Una fuerza que la atraía y sus ojos se dirigieron en su dirección. Desde donde ella estaba, el resplandor de la luz que venía de Eidyn podía apreciarse sin problema. Aun con la claridad del día, el destello azul-violeta se mostraba a simple vista. Un rayo potente que viciaba la bóveda repleta de nubes.

Recordó la vez que Eivor le explicó que Eidyn se encontraba rodeado de un hermoso bosque. Su propósito era protegerlo del resto del mundo. El tendero lo describió como un lugar mágico, donde árboles frondosos, con hojas de diferentes colores, servían de refugio a miles de animales. Era el tesoro más preciado de la Ciudad de Luz y una parte fundamental de su indiscutible esplendor. Aunque ese mismo día también le contó sobre la leyenda que ensombrecía el nombre del bosque de Urth. Los Athair desmentían esas historias,

argumentando que la eliminación de los Kvasir permitió purificar la tierra de cualquier ser maligno. Sin embargo, la tradición oral mantuvo vivo el recuerdo, por lo que era usado a menudo para asustar a los más pequeños.

El gemido de Viggo hizo que lo mirara de nuevo. Tenía que buscar ayuda. Ya no era una niña y aquellos cuentos no la asustaban. Debía atravesar el bosque y traer a un curandero lo antes posible.

—Me encerrarán. —Dudó por un segundo, pero un nuevo gemido de su amigo la hizo ponerse de pie.

Escudriñó la arboleda y se mordió los labios, nerviosa. Avanzó con el temor golpeando en su pecho. El paisaje era oscuro, pero a diferencia de lo que había a su alrededor, este contenía vida. Eso la alentaba a seguir; se convencía de que era la mejor decisión. Sin embargo, a cada paso que daba su temor se acrecentaba. No le gustaba lo que percibía, pero tampoco quería quedarse allí. No se sentía capaz de regresar al campo de entrenamiento con los Clovek. Tal vez, si llegaba a Eidyn, podría iniciar una nueva vida, y por qué no, volver algún día junto a Sassa y la pequeña Anne. Negó con la cabeza. No sería fácil explicarles a los líderes lo que ocurrió en el puesto de control, y menos aún, cómo había escapado. Pero, por otro lado, siempre existía la opción de esconderse. En una ciudad tan grande como esa, una intrusa como ella podía pasar desapercibida.

Detalló el campamento por última vez. Todo había sido arrasado por las llamas. El hollín manchaba cualquier cosa que lo tocara. Sus manos untadas de negro eran prueba de eso. La frescura de los árboles la hizo levantar la mirada. La invitaban a seguir, a huir de ese lugar que se empeñaba en convertirla en una persona que no era. Respiró profundo y buscó el mejor arco entre los restos; lo tomó prestado al igual que un buen par de botas. Después los devolvería, cuando aquella locura llegara a su fin. Llenó uno de los carcajes con todas las flechas que pudo contener y se armó de valor. Lo necesitaba.

«Eres una cazadora. Una guerrera. No lo olvides», recordó las palabras de Siriana.

Se acercó con timidez al camino. Notó los efímeros hilos de luz que venían de los campamentos de piedras supercalientes y respiró profundo. La fuerza que venía de allí la atraía como el más potente de los imanes, pero al mismo tiempo percibía una esencia oscura que la atemorizaba.

—¡Deténgase! ¡No se mueva!

Escuchó que gritaban a su espalda y se paralizó por un momento. La posibilidad de morir atravesada por una de las lanzas de cuarzo de uno de los clovek le congeló la sangre. Enseguida desechó la idea. No iba a rendirse sin luchar; nunca se lo perdonaría. Apretó los puños y corrió sin mirar atrás. El bosque la protegería como tantas veces lo había hecho.

36
Agnetha



Un ruido asustó a Nótt, que giró en redondo. Aquel bosque no se parecía al que se erguía cerca de Galt. Los árboles eran demasiado altos y tapaban la entrada de los rayos del sol. Los troncos eran gruesos, con poco espacio entre ellos, por lo que la ausencia de luz ahogaba a las pequeñas plantas que intentaban sobrevivir en tierra. Una amalgama de hojas a medio pudrir cubría el área por completo. Era como ver un tapete de color ocre intenso, que servía de guarida a cientos de roedores.

Tensó su arco por seguridad y se desplazó despacio, sin despegarse del camino de piedra que la llevaría a la Ciudad de Luz. Levantó la mirada para ubicarse, pero no lo consiguió. La copa de los árboles cubría el cielo por completo. La atmósfera era espesa; solo aves e insectos irrumpían en aquel silencio ensordecedor. Un pequeño búho la miró desde una de las ramas y ella bajó su arma; no estaba allí para cazar. Asintió para sí misma sin desprender los ojos de él. Se contemplaron por varios segundos hasta que el animal alzó vuelo. Lo siguió con la mirada, deseando tener alas para huir con rapidez. Viggo necesitaba su ayuda.

Un murmullo en la lejanía la trajo de vuelta. Alguien la llamaba, así que apresuró la marcha para que no la encontraran. Avanzó sin contratiempo hasta que el camino desapareció de repente. Un muro de hojas y ramas se erguía frente a ella. Giró sobre sus talones buscando la manera de continuar. Incluso pensó que tal vez había perdido el rumbo de un momento a otro. Retrocedió, pero los gritos los escuchaba cada vez más cerca, y con él, el deseo de huir crecía sin importar en qué dirección.

Se internó en la arboleda con su arco listo por si tenía que defenderse. Caminó rápido, temiendo que la atraparan. Cuando el

terreno se lo permitía, aceleraba el paso, pero las raíces eran gruesas y sobresalían demasiado de la superficie. Cada vez que escuchaba su nombre, su corazón se aceleraba. Era un murmullo incesante que la perseguía para darle caza. Estaban demasiado cerca, por lo que echó a correr sin mirar atrás.

El viento cálido rozaba su cara mientras saltaba los obstáculos que se cruzaban por el camino. Cayó de bruces más de una vez e inclusive perdió la mitad de sus flechas al quedar atrapada entre la floresta, pero no se detuvo. La perseguían y debía salir de allí lo antes posible.

Fatigada y desorientada, se paró a descansar. Necesitaba tomar un respiro, o no lo lograría. Se sentó en una de las raíces que se erguían por todo el bosque sin soltar su arco. Las gotas de sudor se deslizaban por su rostro, pero asintió satisfecha. Ahora el susurro parecía lejano, por lo que podía continuar con más calma. Miró a su alrededor; sin lograr ver la bóveda celeste, le era difícil orientarse.

«Tal vez están igual de perdidos que yo», pensó, pero enseguida negó con la cabeza.

Los Vanir entregaron ese lugar a los Clovek para su protección. Al igual que la ciudad, la misión era preservarlo y evitar que las ideas del pasado lo contaminaran de nuevo. Por lo que era lógico, cree que ellos conocían el bosque de Urth como la palma de su mano. Se levantó una vez más con la intención de continuar. Debía salir de allí; la vida de Viggo estaba en juego, pero cuando intentó avanzar, una de sus botas se enredó con una de las lianas. La aprisionó a la altura del tobillo y no la dejaba moverse. Nótt se agachó para soltarla, y en ese instante, alguien susurró a su oído. Brincó hacia atrás y tragó saliva.

—Ayúdanos —susurró el viento.

Escudriñó los matorrales con el corazón dando tumbos desordenados, pero no vio nada. Respiró profundo, necesitaba calmarse.

No fue fácil soltarse, pero al final lo consiguió. No entendía cómo pudo enredarse tanto cuando apenas se había sentado un segundo. Satisfecha, intentó reanudar la marcha, pero enseguida se dio cuenta de que su otra bota también estaba atrapada.

—¿Qué sucede? —susurró contrariada y se dispuso a liberarla.

Fue cuando lo vio.

Su corazón parecía detenerse en su marcha acelerada. Ya no se agitaba como un potro clamando por libertad, sino todo lo contrario. Un frío recorrió su espalda y su reacción fue retroceder. Tiró hacia atrás en repetidas ocasiones, pero entre más lo hacía, la fuerza que la retenía era mayor. Desesperada, intentó desamarrarse, pero la raíz, una mezcla de dedos huesudos y lianas, se esmeraba en impedirlo.

—Suéltame —ordenó y, como por arte de magia, aquella cosa obedeció.

Se levantó de un salto y retrocedió sin despegar los ojos del árbol que parecía tener vida. Los nudos de la corteza se movían; fluían haciendo remolinos que subían y bajaban sin cesar. Intentaban mostrarle algo.

—Ayúdanos… —suplicaron voces discordantes que el viento diluía con facilidad.

Giró en redondo. El canturreo de los susurros le helaba la sangre. Buscó la fuente del sonido con apremio. Sus ojos regresaron a la danza sinuosa del tronco al frente de ella, y fue cuando distinguió lo que ocurría. Una decena de rostros emergían de la corteza, como si quisieran salir de allí.

—¡¿Qué…?!

Estaba nerviosa, pero no fue capaz de huir; aquellas personas imploraban por su ayuda. Así que se abalanzó sobre el árbol para sacar los cuerpos de allí. Agarró sus manos y jaló, pero aquello que los retenía era imposible romperlo. En lugar de liberarlos, se encontró atrapada. La arrastraba hacia el interior junto con los demás. Gritó. Se soltó como pudo y corrió desaforada, intentando mantener la cordura de lo que había pasado. Cayó y se levantó de nuevo. Algo tomó su brazo y detuvo su avance por un segundo. Era una liana o eso suponía Nótt, pero los huesos que la componían helaron su corazón una vez más.

—¿Quiénes son?

—Todos y nadie —susurraron.

Giró sobre sí misma. Utilizó lo que estaba a su alcance para soltar las ataduras, pero la aprisionaban con demasiada fuerza. La arrastraron intentando que entrara por un pequeño agujero bajo tierra. El tronco que se erguía sobre él era viejo y mostraba miles de rostros que intentaban salir de su corteza. Se quejaban, gritaban por su ayuda. Una boca escupió un colgante hecho de cobre con un rostro dibujado en él y pronunció su nombre.

—¡¿Señora Agnetha?! —balbuceó sin poder creerlo. Lo que quedaba de sus ojos parpadearon por un segundo—. ¿Qué es esto? ¿Y la ciudad? ¿Qué hace usted acá?

Nadie respondió, solo el viento cargado de voces que rogaban por auxilio. Se zafó del abrazo asfixiante y a gatas se alejó de allí lo máximo que pudo. Los miró con apremio. Sintió pena por ellos; quedaba muy poco de su humanidad y pronto se convertirían en el susurro incesante de ese horrible lugar. El rostro deforme de la señora Agnetha le provocó arcadas. Se tumbó al suelo y vomitó, pero aquella cosa aprovechó para enredarse de nuevo en su cuello. Nótt forcejeó como un animal enfurecido. Rompió las raíces que la tenían prisionera a punta de patadas y se colocó de pie entre trompicones. Salió corriendo sin mirar atrás; su vida dependía de eso. Cayó un sinnúmero de veces más, pero sus piernas laceradas volvían a levantarla. Decenas de brazos y rostros desfigurados hacían hasta lo imposible para atraparla, pero ella no cedía.

Agotada, emprendió de nuevo la huida entre tropiezos y maldiciones hasta que llegó a una playa y, de repente, los murmullos cesaron. La calma que se respiraba era tan extraña que avanzó con cautela. Temía que lo que vivía en el bosque volviera a por ella, pero no sucedió.

Observó la laguna con su corazón aún acelerado. El agua ardía envuelta en llamas azul-violeta, y en el centro, un chorro de energía subía hasta tocar el cielo. Se acercó a la orilla y sus botas se mojaron. Contempló aquella maravilla por un momento y, luego, detalló el espacio en el que se encontraba. A través de la cortina de luz, vislumbró a la gran Eidyn detrás de ella, muy al fondo, y sonrió. Aún le quedaban más de diez minutos de marcha, pero ahora sabía

que podía lograrlo. Aunque, casi de inmediato, su aspecto le pareció extraño.

Los edificios eran viejos y algunos, con su estructura a punto de caer. ¿Esa era la ciudad? No estaba segura. Tal vez se había equivocado de rumbo y debía regresar. Se detuvo en seco para pensarlo. No, nunca lo haría. Atravesar de nuevo el bosque de Urth sería una locura.

Un murmullo la puso en alerta. El miedo atizó sus entrañas y pensó con rapidez lo que debía hacer. Le dio la espalda al bosque y se centró en lo que tenía al frente. Concentrada, caminó de un lado a otro con las manos tapando sus oídos. No quería escuchar los ruidos sordos que venían detrás de ella. Cuando decidió avanzar, no logró hacerlo. Algo envolvió su tronco, impidiéndole moverse. Gritó para que la soltara. Maniatada, agitó sus piernas con violencia; no regresaría a ese lugar.

—¡Shhh! Soy yo —susurró el recién llegado a su oído y Nótt dio un respingo.

Su respiración acelerada se detuvo y entonces pudo sentirlo. Su calor la protegía y su olor la embriagó. Entonces, sus ojos se llenaron de lágrimas. No podía ser cierto.

— *Hãmäwy* —murmuró Nótt con voz queda.

—*Hãmäwy* —le respondió él, abrazándola.

37
Eidyn

Mortales y vanir llegaron listos para atacar en una ofensiva sin precedentes a los límites con el bosque de Urth, pero lo que encontraron los dejó con la boca abierta. Una mancha negra se extendía más allá de sus ojos. Cubría una gran área a la redonda donde el chillido de los cuervos acompañaba el campo repleto de muertos. Las voces de los guerreros se elevaron en busca de una explicación. Muchos intentaban adivinar lo que provocó un incendio de tal magnitud y cómo había logrado eliminar a todo un campamento de clovek en un solo día. Eirik buscó con la mirada a la única que podía responder esas respuestas. La vio a lo lejos y se encaminó hacia su encuentro.

La kvasir curioseaba entre los escombros como muchos de los que se encontraban allí. La imagen de su hermana arremetiendo contra todos sin piedad la atormentaba. Lys no se separaba de ella; parecía su sombra con el rostro contrariado por la violencia con la que se perpetró el ataque. Käre encontró la jaula donde confinaron a Nótt y enseguida supo lo que sucedió. La estructura fue doblada como si los barrotes hubieran sido fabricados de barro y no de hierro, y a solo unas varas, permanecía el cuerpo calcinado de Seth. La estructura metálica que se conectaba con su cuello estaba quebrada en dos, como quien rasga un simple papel.

«Ya vas en camino», caviló a su pesar. No sabía cuántas horas de ventaja les llevaba.

—Fue ella, ¿verdad? —Lys interrumpió sus pensamientos.

—Fue Ebbe —dijo Käre, consternada.

Todo el lugar era un desastre. Su fiel compañera desapareció de repente cuando descubrió a lo lejos el cuerpo de Viggo. La kvasir la

siguió con la mirada y asintió con tristeza. Sabía lo que ese hombre significaba para ella.

—¡Deténgase! ¡No se mueva!

Los gritos de uno de los Vanir alertaron a todos. Decenas de ojos orientaron su mirada hacia el bosque. Uno de ellos intentaba detener a una mujer. Esta pareció obedecer por un segundo, pero después se internó con rapidez entre la vegetación. La oscuridad la devoró y el sujeto se apresuró a seguirla.

—¡NO! ¡ESPERE! —exclamó Käre, muerta de miedo—. Que nadie entre al bosque.

El hombre se detuvo, atento a las órdenes de su líder. Ella miró a Eirik con expresión severa.

—Es peligroso para los mortales —explicó con rapidez entre murmullos. No quería crear más pánico del que ya se percibía—. El bosque… —calló y respiró profundo—. Hay mucha oscuridad en su interior.

—¿Qué hay adentro? —preguntó el líder de los Vanir con el semblante serio.

—No estoy segura…

—¡Habla de una vez, Käre! Desde que llegaste advirtiéndonos de las andanzas de los Clovek, no has hecho otra cosa que mentirnos.

—Hace más de ocho siglos que no entro en ese lugar —contestó con apremio—. Créeme, no sé lo que hay… Solo espero que no sea lo que imagino.

—¿Y qué imaginas?

—Temo —dijo y sus ojos se internaron en la floresta—, que las cosas hubieran regresado al inicio.

—¡Explícate, mujer! —explotó Eirik elevando los brazos—. Estoy harto de escucharte hablar entre enigmas.

—Las leyendas del bosque de Urth son ciertas. —Fue Aron el que habló, quien ya se encontraba a su lado.

Eirik frunció el entrecejo y escudriñó la vieja arboleda. El miedo hizo que sus pupilas brillaran.

—Yo entraré —continuó el joven Ek. Podía jurar que se trataba de Nótt y no la dejaría a merced de la maldad que vivía en el bosque.

—¿Nótt hizo todo esto? —Kiel se acercaba, junto a varios guerreros más.

—No fue ella —espetó Aron, molesto.

Parecía que todos estaban muertos. Salvo quizás por el curandero, aunque sin ayuda oportuna en una o dos horas acompañaría a los demás. Así que Kiel necesitaba recibir instrucciones; lo último que quería era morir ese día.

Eirik miraba a la kvasir con la respiración entrecortada. Venían a detener una simple rebelión de los Clovek, pero por lo que veía el problema era mucho más grave.

—Debiste advertirnos.

—No pensé que los atacaría de esta forma. No soy adivina.

—Me refiero al maldito bosque de Urth.

—Ya lo expliqué, hace siglos que no entro en ese lugar. No sé lo que hay allí, pero… —Su voz tembló.

Eirik, contrariado por la situación, se giró en redondo. Sus hombres buscaban sobrevivientes, pero aquello parecía imposible.

—Dijiste que es peligroso para los mortales. ¿Por qué?

—No quiero que salga más gente herida.

—Pues eso no se va a poder. —Kiel señalaba un punto en el fondo del valle. Los estandartes indicaban que se trataba de los altos líderes de los Clovek—. Creo que ya se enteraron de lo que sucedió y vienen a por nosotros.

—Entraré con Käre. —soltó Aron, desesperado. Después de lo que hablaron, sabía que era el más capacitado para ir en su búsqueda. Sus dones estaban por encima del promedio de los demás y, según Käre, sus presagios que venían de Ëla eran una buena señal. Además, la misma estrella se lo pidió.

Ella lo miró y asintió. Sacó su pequeño frasco de color violeta del abrigo y lo miró por un segundo.

—Vamos —dijo, guardando el recipiente entre sus ropas—. Estoy lista.

—Esto no me gusta —gruñó Eirik y Aron se detuvo.

—Soy una Kvasir. Yo lo protegeré.

—Iré con usted —solicitó Lys a su lado, pero Käre negó con un ligero gesto—. Ningún mortal puede entrar.

—Está bien… Está bien —soltó finalmente el líder alzando las manos. El tic nervioso en su ojo volvía a molestarlo—, pero debes manifestar tu magia todo el tiempo.

—Lo haré —respondió Aron con voz grave.

—Puede que no te guste, pero en esta ocasión llevarás tus espadas. No quiero tener que darle explicaciones a tu madre si algo te pasa. No me lo perdonaría jamás. Aron dibujó una efímera sonrisa que deshizo de inmediato al ver la expresión pétrea de su líder—. No te burles, hablo en serio.

—Si es lo que imagino, veremos cosas horribles —advirtió Käre—. El bosque de la antigua era fue corrompido. Una abominación con la que nunca estuve de acuerdo.

Eirik apretó la boca.

—Trae a esa muchacha de regreso. Quiero saber a qué nos enfrentamos en realidad —espetó el líder y miró al horizonte—. Nosotros nos encargamos de los Clovek. Presiento que este asunto es ajeno a ellos.

—No estoy segura —replicó Käre—. Tal vez no todos sabían, pero sus líderes… Tienen un trato; la pregunta es ¿con quién?

—Lo averiguaremos. Los que tengan que pagar, pagarán —decretó Eirik y los instó para que se marcharan.

Aron se alistó con rapidez bajo la mirada atenta de Kiel. El chico intentaba convencerlo de que se detuviera. Al igual que los demás, percibía la oscuridad en el interior del bosque y temía por él.

—Morirás en vano —dijo y Aron alzó la vista—. Si la leyenda es cierta, Nótt no tiene manera de salir viva de allí. Olvídate de ella, ya debe estar muerta.

—No demoraré —respondió hastiado por el comportamiento del que en algún momento fue amigo de Nótt.

Se despidió de Eirik y de los demás, y se internó en el bosque junto a la kvasir que lo seguía de cerca. Durante el primer tramo, Aron portó sus armas empuñadas en ambas manos. La luz que expedía su cuerpo se proyectaba en el suelo, haciendo que pequeños filamentos azul-violeta se mostraran a cada paso que daba. Käre caminaba más tranquila. Al igual que él, su esplendor evitaba que cualquier cosa se acercara. Cada tanto gritaban el

nombre de Nótt, pero solo los búhos parecían responder a su llamado. Cuando el camino se diluyó de repente, el miedo los puso en alerta. Aron olvidó la discreción con la que marchaba y el fuego cubrió sus espadas. La llamó con insistencia, pero al ver que no contestaba, decidió internarse.

—Es mala idea —advirtió Käre, pero él no la escuchó.

Sin esperar su aprobación. Aron atravesó el muro de ramas y hojas que impedían el avance. Casi al instante, el vanir percibió el murmullo incesante de muchas voces que lo perseguían, aunque no le hacían daño. Caminó sin rumbo fijo por varios minutos, y cuando se giró en redondo, se dio cuenta de que su compañera ya no lo seguía.

El ruido del susurro se proyectaba de todos los rincones y a ninguno. Intentó no escucharlo, pero era como si los lamentos rasgaran sus oídos. Sumido en medio de una tensión sin límites, el trayecto le pareció interminable. Desorientado, decidió parar. Cerró sus ojos para conectar con los espíritus. Ellos le mostrarían el camino.

El murmullo de la energía que se transportaba bajo tierra lo trajo de vuelta, porque no había duda de que se dirigían a la ciudad. Escuchó varios gritos en la lejanía y corrió sin detenerse a pensar. Atravesó cortinas de hojas y troncos delgados de más de ocho pies de altura. Los gemidos se agudizaron cuando las llamas abrazaban las lianas que se descolgaban de las ramas más altas. Con sus manos aferradas a sus armas, Aron no se detuvo hasta que por fin la vio.

Por un momento quedó paralizado. Las botas de Nótt tocaban la laguna que ardía en llamas. Estelas de vapor de agua subían formando cortinas que distorsionaban el entorno. En el medio, una extraña figura sobresalía. La observaba.

Nótt, ajena a lo que sucedía, se movía de un lado a otro presa del pánico. Aron avanzó con cuidado, evitando asustarla más de lo que ya estaba, y la cubrió con sus brazos para protegerla. La magia de sus ancestros envolvió todo su cuerpo y la presencia se esfumó.

—¡No! ¡Suéltame! —gritó enfurecida mientras se agitaba para que la soltara.

—¡Shhh! Soy yo… —susurró Aron. Nótt estaba al borde de la histeria.

Ella se detuvo y su respiración se agitó.

—*Hãmäwy* —murmuró en un suspiro.

Aron sonrió. No había olvidado su palabra secreta.

—*Hãmäwy* —respondió abrazándola con fuerza.

La giró con delicadeza y la miró con una sonrisa en sus labios. Nótt no podía creer que él estuviera allí. Sus brazos se enredaron en su cuello. Lloraba y él intentaba calmarla, pero la joven no dejaba de temblar.

—Shhh —murmuró para que se tranquilizara, mientras retiraba con suavidad el cabello que cubría su rostro. Estaba pálida y había adelgazado bastante, pero sus ojos seguían siendo tan hermosos como siempre—. Ya estoy aquí.

—¿Cómo es que…?

—Es una larga historia que te contaré cuando salgamos de aquí. Vamos, el bosque está maldito.

—No. No voy a regresar a ese lugar. —Su voz tembló—. Los Clovek los matan. Nunca fue una oportunidad para nadie… Todos ellos están allí, atrapados por algún tipo de hechizo. —Retrocedió un paso con la expresión contraída—. La señora Agnetha… ella… —No pudo continuar.

Aron volvió a abrazarla. Nótt parecía fuera de sí y eso lo preocupaba.

—No voy a llevarte con ellos —dijo, pero Nótt solo negaba con la cabeza—. Iremos juntos. Confía en mí. Soy un Ek, ¿lo recuerdas?

Aquella palabra surtió el efecto esperado. Nótt alzó su rostro y lo miró por primera vez. La magia que proyectaba el cuerpo de Aron hacía que sus pupilas brillaran de manera especial. Detalló las chispas azul-violeta que se esparcían sobre la arena en la que se encontraban parados y suspiró. Nótt hundió la cabeza en su pecho y él volvió a abrazarla. El calor de su cuerpo la reconfortó. Percibió su aroma y sonrió; lo había extrañado tanto.

—Gracias por venir —dijo en un suspiro con sus ojos llenos de lágrimas.

—Nunca te abandonaría. Intenté llegar antes, pero… —Enmudeció.

Una enorme ola de fuego se abalanzó sobre ellos. Aron levantó el brazo y, gracias al viento, consiguió desviar el poder mágico que los acechaba.

—¡Cuidado! —gritaron desde atrás y ambos cayeron al suelo. Käre corrió a su encuentro—. ¿Están bien?

—Sí. —Aron respondió atónito.

La mujer, aunque los miraba, sostenía con su mente una pared de agua hirviendo lista para caer sobre ellos. Retrocedieron enseguida y solo hasta que estuvieron a salvo, Käre dejó que el líquido aterrizara en la arena.

—Así que por fin te dignaste a volver por mí. —Una sombra brillante, tan alta como dos hombres, se asomaba en el fondo.

Käre enmudeció enseguida. Entrecerró los ojos para intentar distinguir a la figura esbelta que se elevaba a varios pies de altura. El color de sus pupilas la hizo estremecerse.

«¿¡Tú?!». No podía creerlo.

—¿Ya no hablas, Thyra? —insistió con un rostro que no tenía expresión alguna.

—¡¿Dagny, eres tú?! —Logró articular sin aún creer que fuera cierto.

38
Jörmun

El agua cargada de fuego rugió bajo la presencia de Käre. Un remolino se levantó de manera vertical hasta estar a la altura de la figura con alas doradas. En su frente tenía dos pequeñas protuberancias a modo de cachos y varias runas marcaban su rostro. La criatura observaba sin inmutarse por la magia que expedía la kvasir. El viento rugía, estremeciendo con violencia los árboles del bosque de Urth. Los murmullos implorando clemencia se intensificaron y Nótt volvió a taparse los oídos. La imagen de la señora Agnetha aún la atormentaba. Aron, por el contrario, se levantó despacio con su atención puesta en lo que ocurría. Detalló atónito la escena con el fuego cubriendo sus manos y esperó.

Nunca había visitado la ciudad de Eidyn; ningún vanir de su tiempo lo había hecho. Los libros hablaban maravillas sobre el esplendor que cubría los cielos y de la hermosura de sus construcciones. Pero ellos mismos se prohibieron el poder admirar todo aquello por el bien del nuevo mundo. Ahora estaba seguro de que fallaron. Su confianza ciega depositada en los Clovek era la culpable de lo que observaba Aron en ese momento.

En primer plano se veía la laguna. Era inmensa, y aunque su superficie ardía en llamas, en el tiempo de Käre debió ser perfecta. Aunque la columna de energía y el vapor de agua creaban un muro gaseoso que limitaba la vista, en el fondo aún podían verse los vestigios de lo que debió ser la magnífica urbe de Eidyn. Para su desgracia, ahora parecía un remedo de despojos grises a punto de caer. No podía creer lo que veía; la Ciudad de Luz respiraba muerte y desolación.

—¿Ahora te aliaste con ellos? —bufó Dagny molesta, sin despegar sus ojos de Aron.

—No tuve alternativa y, por lo visto, tú tampoco. Tú lo hiciste con los Clovek —respondió Käre. La detallaba de arriba abajo; su hermana se había transformado en algo diferente. Brillaba tanto como lo hizo Ëla en su momento, pero sus ojos ámbar eran inconfundibles. Apretó los puños por ingenua. ¿Cuántos siglos habían pasado y, durante todo ese tiempo, nunca quiso volver a la laguna?—. ¿Ahora te dedicas a robar el alma de los demás?

—Eres lista —dijo y la figura se ocultó entre el vapor de agua—. ¿Y por qué no? Con Jörmun lo hacíamos, ¿lo recuerdas?

Al mencionarlo, una chispa de fuego cubrió los ojos de Dagny por completo. Era lo único que se veía a través de la cortina que distorsionaba la figura.

—Retrocedan —murmuró la kvasir preocupada.

Aron se colocó delante de Nótt e invocó sus dones. Ya no tenía espadas; en algún momento, en su avance precipitado, las había perdido.

—¿Qué es ella exactamente? —preguntó el Ek.

—La culpable de que el bosque se hubiera corrompido —confesó Käre a su pesar—. Dagny siempre protegió a Jörmun, pero él era un problema que se salió de control.

—¿Un problema? —repitió indignada—. No sé por qué no me extraña tu comentario. Siempre estuviste a favor de los demás y no de tu propia familia. Eres una cobarde, Käre. El día que más te necesitábamos, nos abandonaste a merced de los Vanir.

La kvasir la miró sin responder. Estaba cansada de dar explicaciones.

—¿Sabías que el pequeño Jörmun fue desmembrado sin piedad alguna? —continuó—. Los miserables arrancaron su esencia para transformarla en horrendos yórik al servicio de ellos. Al no funcionarles, lo desecharon como basura. Menos mal que los Clovek aún conservan ejemplares. Jördum de alguna manera vive a través de ellos.

Aron alzó las cejas por la frialdad del relato.

—Es cierto —confirmó Nótt a su lado.

Käre, en cambio, dio un respingo y eso acrecentó la mirada de Dagny sobre ella.

—¿Así que eso también lo sabías? Y aun así no hiciste nada por él.

—Jörmun está muerto.

—Fue lo que siempre quisiste para él. —respondió Dagny con un deje en su voz.

Käre apretó la boca. Aquello era cierto.

Una porción de agua salió de la laguna como un tentáculo. Posicionó el cuerpo de su hermana sobre la arena. No había dudas, era Dagny la que se encontraba allí, pero ahora lucía dos inmensas alas traslúcidas en su espalda. Brillaba y, al mismo tiempo, las llamas abrazaban su cuerpo dorado con destellos azul-violeta. Sus ojos ámbar la miraban desnudándola por completo.

—Él solo quería vivir. —Su voz alcanzó a cortarse por el dolor.

—Si para lograrlo debes arrasar pueblos enteros, no estoy de acuerdo —soltó Käre, mientras la figura de cuerpo esbelto avanzaba hacia ella.

—No pienso igual. Si para respirar un día más debes pasar por encima de otros, se hace. A eso se le llama supervivencia del más fuerte.

—¿Te refieres a lo que sucede en el bosque? —soltó al ver que se acercaba de forma imperiosa—. Eres tú.

—¿Y quién más podría ser? —respondió sin entender, pero enseguida cayó en cuenta—. ¿Pensaste que era Jörmun?

Käre no se movió; no podía hacer como si no recordara el pasado. Era el momento de redimir tantas culpas guardadas por siglos. Se irguió sintiendo la energía de Ëla en las venas de su hermana y pensó en la estrella. ¿Dónde estaba?

—Él era solo un niño cuando lo asesinaron —afirmó Dagny escudriñando su rostro.

Jördum les devolvió el cariño de una familia perdida. Al principio todo marchó bien; la energía del astro lo nutrió por muchos inviernos, pero la esencia irremediablemente creció, así como su apetito. Los cultivos de piedras supercalientes no daban abasto y, de un momento a otro, necesitó más.

Dagny caminaba a su alrededor. Escudriñaba de pies a cabeza a la única sobreviviente de la familia. Después de ser una de las más

poderosas de las Kvasir, terminó convertida en una espía de sus mismos verdugos. Gruñó, molesta. Con cada paso que daba, los hilos de energía que desembocaban en la laguna se desviaban para alimentarla. Recordó con rabia lo difíciles que fueron los primeros inviernos después del despertar. Ëla fue quien lo hizo, y para su asombro, comenzó a hablarle. No sé qué esperaba la estrella de ella, pero no le gustó que intentara dominarla y se reveló. Gracias a su trato con los Clovek; oro a cambio de energía, volteó el destino a su favor. Por fin las cosas marchaban a la perfección, entonces… ¿Por qué aparecía de repente Käre a estropearlo todo?

—¿A qué viniste?

—A detener esta locura.

Dagny soltó una carcajada cargada de arrogancia y la detalló divertida.

—¿Te has observado en el espejo últimamente? —respondió sin dejar de reír—. ¡Mírame! Luzco mejor ahora; en cambio, tú…

—No justifica que traigas muerte y desolación para lograrlo.

—¿Te hubiera gustado que fuera yo la que estuviera allí? —Señaló el bosque.

—Claro que no, pero nada te da derecho a destruir vidas enteras para que puedas respirar un día más.

—A ver, cómo te lo explico —Ladeó la cabeza burlona—. Fueron ellos quienes me convirtieron en lo que soy. Nunca se los pedí. Fueron ellos quienes envenenaron las aguas de la laguna porque deseaban exterminarnos. No contentos, fueron ellos a los que se les ocurrió drenar el poder de Ëla… a diario —dijo e hizo una pausa. Al mencionar a la estrella, Käre intentó buscarla. ¿Dónde estaba?—. Me adapté a lo que me dejaron, eso es lo que se hace si quieres sobrevivir y no voy a permitir que nadie me lo arrebate.

Käre apretó la boca; era cierto. Sin embargo, nunca estuvo de acuerdo. Las trillizas lideradas por Dagny crearon un monstruo de sed insaciable. Cuando la muerte de un centenar de animales no fue suficiente, se volcaron hacia los humanos. El bosque se tornó oscuro y la leyenda sobre lo que vivían cerca de Eidyn trascendió a los pueblos aledaños. Eso, más que su magia, fue lo que asustó a los Vanir de la Ciudad de Luz. Los sacerdotes llegaron cegados por su

fanatismo exacerbado y lo quemaron todo. El bosque ardió por semanas, pero no contentos con eso, envenenaron las aguas de la laguna para evitar que algo así volviera a repetirse. Todo debió acabar ese día; las brujas fueron derrotadas junto a su pequeño demonio y el orden restaurado con nuevas leyes para proteger al continente del abuso de la magia. La espléndida Eidyn resurgió de las cenizas, pero al parecer no funcionó.

Käre, desesperanzada, la observó con detenimiento. Ni la prohibición de la magia cerca de Eidyn, ni la de la caza para evitar el derramamiento de sangre, ni siquiera el exilio autoimpuesto de los Vanir sirvió para que la paz perdurara. Las abominaciones en la Ciudad de Luz regresaron de la mano de una de sus hermanas.

—¿Dónde está Ëla?

—Así que fue ella la que te envió —dijo Dagny, pensativa.

—¿Dónde la tienes?

—Eso no importa. Ya no molestará.

«Estoy aquí». Al escucharla, Käre sintió un alivio. «Me tiene prisionera en la laguna. No puedo salir. Cada día estoy más débil. Mi fuerza empieza a desaparecer y ya no puedo proteger al bosque como antes. Lamento haber perturbado tu paz, pero todo salió mal. Estabas asustada, con demasiado miedo para regresar, y no me escuchabas. Conseguí despertar a Dagny, pero lo empeoré. Por eso te busqué de nuevo; a diferencia de Abbe, tú necesitabas verlo con tus propios ojos o no actuarías».

Käre miró la gran columna de energía que se dirigía a Helmi. Sin ella, su magia se desvanecía. Era el poder que alimentaba a los vanir.

—Esto tiene que acabar —decretó Käre y levantó el rostro con resolución.

Apenas extendió su brazo para atacarla con su magia, Dagny lo tomó por la muñeca; como si se tratase de un juego de niños. La sensación fue extraña, como si mil agujas rasgaran su piel al mismo tiempo. Su hermana sonrió con malicia y la levantó con facilidad. El carmesí empezó a deslizarse por su brazo, mientras quebraba cada uno de sus huesos. Käre gritó, pero Dagny continuó su trabajo con expresión pétrea hasta que lo desprendió de su cuerpo. La kvasir

cayó de medio lado, aún colapsada por el dolor, pero antes de poder alejarse, la criatura etérea voló a su encuentro para apresarla por una de sus piernas.

Aron reaccionó enseguida enviando una ráfaga de agua convertida en pequeños filamentos congelados que cayeron directo a su espalda. La embestida tomó por sorpresa a Dagny, que se giró sobre sí misma dispuesta a eliminar al vanir que la importunaba.

—¡Ebbe está aquí! —gritó Käre para detenerla.

Necesitaba ganar un poco más de tiempo. Tenía una idea y, para que funcionara, debía distraerla. Ëla no dejaría que le pasara nada a la mortal, estaba segura de eso. Por algo la había traído hasta allí. Pero Aron no pensaba lo mismo, abrió los ojos sin entender lo que Käre pretendía y retrocedió con Nótt a su espalda.

La mirada de Dagny regresó a Käre y sus garras la liberaron. Desde esa altura, la kvasir cayó sobre la arena dando varias volteretas que le sacaron el aire. Su pierna se fracturó con el impacto, pero se mordió la lengua para no gritar. Había conseguido desviar la atención de su hermana y empuñó el pequeño frasco violeta en sus manos.

La figura que parecía un espectro dorado escudriñó a su alrededor buscando a Ebbe.

—Ella está muerta —espetó Dagny y regresó sus ojos hacia ella.

—No… aún vive. Habita en el cuerpo de esa mortal —murmuró apretando los dientes debido al dolor. La señaló con su único brazo.

Aron comenzó a retroceder junto a Nótt. Ella miró el bosque de Urth y tragó saliva. De no ser por la energía que emitía el cuerpo del vanir, las lianas ya la hubieran atrapado. Cerró los ojos, buscando la voz de su mente, pero no la encontró. De pronto, algo la tomó de la cintura y la elevó unas pulgadas del suelo.

—¡Aron, ayúdame! —exclamó asustada y este se giró para verla.

—¡¿Qué haces, Käre?! —gritó, mientras intentaba agarrar la mano de Nótt, pero la kvasir creó un muro de viento y tierra que lo separó del resto.

Destellos azul-violeta envolvieron el cuerpo de Nótt de pies a cabeza. Una crisálida la transportaba hasta lo alto de la laguna.

Dagny la siguió con la mirada y se movió a su encuentro. Aún no percibía la presencia de Ebbe en ella.

—Es solo una mortal. —Se quejó descontenta. El brazo de agua la elevaba por encima de los demás y se acercó lo máximo que pudo a Nótt. El fuego de sus pupilas se intensificó mientras la escudriñaba, pero aparte de miedo no percibía nada más—. ¿Por qué me engañas? —Esta vez se giró de nuevo hacia Käre.

—No, no lo hago.

Nótt se resistió, agitándose para liberarse de sus ataduras invisibles. Aunque estaba agotada, no aceptaba que fuera manipulada como si fuera una ficha de un juego.

—¿Qué haces? ¡Detente! —Aron no se cansaba de gritar—. Déjame entrar—. Su voz era apenas audible a través del muro mágico que los separaba. Lo golpeaba con fuerza, pero estos eran absorbidos con facilidad. El poder de Käre lo superaba.

—Sabes que Ebbe es la verdadera responsable. Nunca estuvo a tu favor —siguió Käre. —Vine con mi hermana, para hablar con Ëla, pero… —dijo con toda la serenidad de la que era capaz. No quería que supiera que estaba a punto de desfallecer por culpa del dolor—. No sabía que seguías con vida, pero se me ocurre que podríamos hablar… Las tres.

—¿Cómo logró poseer el cuerpo de la mortal? —preguntó intrigada. Las demandas de Käre la tenían sin cuidado.

—Ëla le ayudó —dijo y los ojos ámbar de Dagny se abrieron como platos. Aquello le molestó sobremanera—. Así que sigue entrometiéndose aunque la tenga encerrada.

—No puedes tenerla allí por siempre, ¿o sí…? Deberíamos hablar. —Käre, con su cuerpo teñido de sangre, apoyó su espalda en una de las rocas. Su cuerpo empezaba a curarse con rapidez, pero no la suficiente, por lo que luchaba para no desmayarse.

Desde el otro lado del muro, Aron contempló cómo la figura humanoide intentaba acariciar el rostro de Nótt, por lo que intensificó sus arremetidas. Ella, atada de pies y manos con ayuda de la magia, se mantenía estática sin poder hacer nada para defenderse.

Dagny levantó uno de sus dedos de energía y tocó su frente. Un corrientazo azotó el cuerpo de Nótt y convulsionó con violencia. Dejó de moverse y Käre apretó la boca pensando lo peor. Aquello funcionó, porque Ebbe despertó con un movimiento brusco. Abrió los ojos y sus pupilas se tornaron ámbar en un segundo. La figura etérea bufó contenta.

«Déjalo entrar», susurró Ëla en la mente de Käre. Se refería a Aron.

—No. Lo matará y debo protegerlo. La mortal nunca me lo perdonaría —murmuró mirando de reojo al vanir.

«Necesitas su distracción. Sin la magia de Aron es imposible vencerla. Haz que toque la laguna».

Käre asintió, conteniendo la respiración. Levantó la mano y el muro que contenía a Aron cayó.

39
Ëla

Dagny mantenía a Nótt envuelta en una crisálida de energía. La criatura la miraba con detenimiento mientras reflexionaba. ¿Cómo había sido capaz Ebbe de volver dentro de otro cuerpo? Aquello la intrigaba; podría ser una nueva manera de sobrevivir. De salir de su encierro. Llevaba muchos inviernos atada a la laguna, y ya era hora de tomar otros aires. Tal vez lo que hacía Ebbe podía ser una solución.

Con sus manos etéreas, cargadas de la esencia que le proporcionaba el bosque junto a los filamentos que venían de los cultivos de rocas, envolvió el cuerpo de su prisionera intentando leer su alma, hasta que por fin percibió la magia de Ebbe.

—¡No solo tienes un cuerpo nuevo, también puedes utilizar tu magia! Interesante… —balbuceó Dagny, más para ella que para su prisionera.

—¿Qué sucede? —murmuró Ebbe abriendo los ojos. Estaba desorientada y miraba para todos lados.

Aron atacó al espectro dorado. El primer destello de magia hizo que Dagny retrocediera solo unas cuantas pulgadas. Miró al culpable; parecía fuerte y gruñó. Nadie iba a venir a su propia casa a destruirla como antes, y menos uno de ellos. Una segunda arremetida y sus alas de fuego se agitaron para evitar girar en el aire. Se cubrió con un escudo de viento y agua y sonrió. Sus ojos se centraron en aquel estorboso enemigo, pero cuando iba a responder, la voz de su prisionera llamó su atención.

—¡Suéltame! —gritó. Poco a poco empezaba a ubicarse. Se dio cuenta de dónde estaba y enseguida levantó las cejas. La laguna no se parecía en nada a la que recordaba.

—¿Eres Ebbe? —Dudaba. Sin embargo, no pudo evitar que sus labios se estiraran un poco a modo de sonrisa, aunque enseguida se crisparon—. Nos traicionaste.

Por un momento la kvasir se mantuvo callada. La esencia que la atrapaba entre sus garras era fuerte y no era capaz de liberarse. La mortal que poseía estaba débil y eso limitaba su magia. Mientras pensaba, los ojos ámbar de su verdugo se clavaron en ella y, enseguida, una punzada de dolor se aferró a su pecho. Contuvo el aliento y buscó a Käre con la mirada y la encontró un poco más lejos. Su hermana estaba gravemente herida y apretó la boca.

—¿Qué sucede?

—Por tu culpa ellos vinieron. Nunca debiste hablar con los Vanir.

—Yo no hablé con nadie —soltó en su defensa. Intentaba descifrar quién era esa criatura alada que la retenía—. ¿Por qué me haces reclamos? —Vio los dos cachos en la frente y frunció el entrecejo—. ¿Qué eres? ¿Un hada?

Dagny, en lugar de reír por su ocurrencia, la miró con más cizaña. Ya no era la hermana pequeña a la que podía regañar si quería y gruñó.

—Esta es mi mejor cara.

—¡¿En serio?! Si tú lo dices…

Se burlaba de ella, por lo que su hermana menor mutó de repente. Hizo que su cuerpo creciera con la forma de una serpiente. Los tentáculos de agua se unieron configurando una cola enorme, bífida al final.

La espía de los Vanir miró la escena con los ojos abiertos. Ebbe aún se mantenía maniatada y se encontraba tan cerca de esa cosa que podía eliminarla con un solo gesto. Estática, como una roca, Käre esperaba que su plan funcionara. Buscó debajo del agua para encontrar con alivio los destellos fulgurantes de la bella Ëla. El fuego podía verse dentro del cristal donde había llegado siglos atrás. Miró a Aron, con su expresión desesperada. El Ek sudaba a raudales mientras no desistía de su ataque. Pero era evidente que nunca lo lograría; por más que insistiera, su magia no atravesaba el escudo de Dagny.

—Ahora me parezco más a la serpiente de las leyendas. A la que se supone que eliminó el zorro ártico. —Agudizó la mirada—. Ahora es mi turno de acabar con ellos.

—No me digas… Sea lo que seas, no tienes derecho de retenerme. Vine a liberar a mis hermanas.

—Es tarde para eso, Ebbe.

Al pronunciar su nombre, la kvasir ladeó la cabeza. La escudriñó con más ímpetu y descubrió a la dueña en el color ámbar de sus ojos. Eso la molestó aún más.

—Ya no las necesito para sobrevivir. Ahora soy quien gobierna Eidyn y la laguna. —continuó la criatura. Ebbe desvió la mirada. La ciudad que conoció ahora solo era una mancha oscura en el horizonte—. Pagarás por lo que hiciste.

—¿En serio? Lo que veo es que los siglos te volvieron un poco teatral… Dagny.

Ella sonrió al escuchar su nombre.

—Te equivocas. Eliminé cualquier emoción de mi esencia y me volví fuerte. Mucho más de lo que eras tú.

—Si la rabia no es una emoción, entonces no sé por qué me miras de esa forma —escupió sin dejar el tono burlón. Dagny endureció la expresión—. ¿Acaso también eliminaste el sentido común?

—¡Cállate! —gritó—. Solo quiero que me digas una cosa: ¿qué pretendías obtener al entregar a Jördum a los Vanir? —Su apariencia volvió al estado original; una figura esbelta con dos alas a su espalda—. Murió por tu culpa.

—¿Quién te crees para juzgarme? ¿Acaso te volviste como los sacerdotes que nos quemaron vivas?

—No digas eso —gruñó—. Mejor respóndeme porque en este momento, tu vida depende de mí. Así que ándate con cuidado.

—¿Y qué vas a hacer? Entrar en mi mente y forzarme a confesar cosas que no hice.

—Excelente idea —sonrió y extendió su brazo.

—¡NO! —gritó Aron, al ver que la criatura buscaba colocar de nuevo sus dedos sobre la frente de Nótt.

Cambió de hechizo e intentó absorber el fuego que envolvía al ser humanoide, pero no funcionó. Su magia era insuficiente e inútil.

«Hazlo entrar a la laguna», Käre recordó las palabras de Ëla. Acostada como estaba, utilizó su magia para lograr que el agua tocara las botas de Aron. No lo consiguió, había perdido mucha sangre y estaba débil.

—¡ARON! —soltó y él la miró con apremio—. Ëla te llama —dijo señalando el punto brillante que palpitaba debajo del agua—. ¡Entra de una vez!

Mientras tanto, Dagny movía sus falanges de manera circular. Hilaba. Al principio parecía no tejer nada, pero de un momento a otro, un pequeño filamento del color del sol empezó a enredarse en sus dedos. La cabeza de Nótt se echó para atrás, sumida en una especie de trance. Al mismo tiempo, un diminuto ovillo incandescente crecía bajo la mirada impotente de Aron.

—¡Detente! —gritó él, fuera de sí. Con el agua cubriéndolo hasta los muslos, disparó sobre la criatura lanzas de roca sólida sacadas de la orilla. Ni siquiera eso inmutó a Dagny, concentrada en lo que hacía. El cuerpo sin fuerzas de Nótt paró de moverse, por lo que Aron volvió a insistir con Käre. —La estás dejando morir. ¡Haz algo!

Fue allí donde percibió una extraña sensación que subía por su cuerpo. Los hilos de energía que venían de los cultivos de rocas ahora lo rodeaban. Aron los miró desconcertado, giró sobre sí mismo mientras subían por su pantorrilla para colarse a través de su piel. El dolor fue intenso y se flexionó para no caer. Con la respiración entrecortada, notó que su malestar se mitigaba y que ahora sus ojos veían todo de manera diferente. La luz que provenía de la laguna se volvió nítida y con ella una sensación de bienestar que nunca antes había experimentado. La esencia de magia pura que corría por sus venas ya no lo quemaba. Sus pupilas se dilataron y miró a la kvasir con incertidumbre.

—Te ha ungido —explicó Käre a su pregunta sin formular.

«Ahora».

La orden retumbó en su cabeza, y cuando miró a Aron, supo que él también la había escuchado. Un hilo de agua se aproximó hacia el lugar donde Käre permanecía recostada y la tocó. Ella sonrió como

la primera vez que sintió a Ëla viajar por sus venas y observó al vanir. Sus brazos ya no se envolvían en fuego, sino en miles de destellos azul-violeta que brillaban de manera incandescente.

—TE MENTÍ, DAGNY. —Käre se colocó de pie con dificultad. El toque del agua bajo sus botas la enardecía y la magia de la estrella terminaba de sanar sus heridas de manera vertiginosa. Cuando sintió que la atención de su hermana menor estaba puesta en ella, transformó sus facciones sin dejar de mirarla. Su cabello pelirrojo se tornó rubio y varias pecas cubrieron su rostro—. Yo soy Ebbe.

Dagny ladeó la cabeza, molesta, y el fuego de sus ojos se intensificó. Ahora sí la reconocía, con su contextura delgada y piel blanca. Ebbe siempre había sido la más bella de las cinco, la preferida de sus padres.

—¡Ebbe! —exclamó con una voz hueca y desechó como una muñeca de trapo al cuerpo que sostenía en la crisálida.

Käre reaccionó de inmediato, evitando que Nótt se golpeara con las rocas de la orilla. Aron, por su parte, aprovechó la pequeña distracción para atacarla. Congeló la superficie de la laguna con tanta facilidad que él mismo se asombró de lo que podía hacer ahora. Los cristales montaron con rapidez hasta tocar los pies de Dagny. Su contacto frío la hizo estremecerse y miró al vanir desafiante. Sin dar un compás de espera, este disparó un centenar de pequeñas lanzas de hielo que se incrustaron en el pecho de la criatura. Ella rugió como un animal; su humanidad parecía desaparecer por momentos. Su aspecto mutó al monstruo reptiliano que habían presenciado segundos antes.

Käre atacó y Dagny se lanzó a por ella.

Su cola dejó una estela de fuego en su rápido descenso, impactando sobre Käre. La kvasir rodó varios pies más lejos. Cuando intentó levantarse, la criatura la doblegó con sus tentáculos de agua hasta la orilla. Enroscada, la arrastró hacia las profundidades de la laguna, para luego salir al exterior. La estrangulaba con su cuerpo etéreo, hundiéndola sin remedio.

Entre el caos e intentando librarse de su abrazo mortal, Käre descubrió una pequeña chispa dorada que se movía de un lado a

otro sobre la superficie. El ovillo que había salido de la boca de Nótt tenía vida.

«Ebbe», pensó, mientras era arrastrada nuevamente a las profundidades y tomó agua.

Su hermana siempre fue la más valiente de todas. Ni siquiera huyó cuando los sacerdotes llegaron con sus antorchas encendidas. Había sido un error confiar en los Vanir, pero, aún a sabiendas de eso, los enfrentó hasta el final; no como ella. Tragó saliva. Estaba fuera del cuerpo de Nótt, era libre para huir si quería, y aun así, decidió atacar aquella cosa que decía ser Dagny.

El movimiento insistente del pequeño ovillo brillante interrumpió la arremetida de Dagny sobre ella. La seguía con la mirada.

—¿Cómo puedo entrar en una persona? —preguntó con apremio.

Käre no respondió.

—¡DILO O MORIRÁS! —Estranguló un poco más el cuerpo de su hermana y ella gimió.

—No vas a ser tú quien me elimine —susurró la sacerdotisa casi sin poder hablar.

El rostro de la serpiente se acercó lo máximo que pudo y la olió deslizando su cabeza de un lado a otro.

—Tienes miedo.

—No, ¿y tú? —mintió.

—Encontraré la manera de llegar a otro cuerpo. —Observó de soslayo a Nótt inconsciente. Ella era la clave—. Sobreviviré, pero tú…

Abrió las fauces para devorarla de una vez y Käre cerró los ojos. Empuñaba en sus manos el pequeño frasco violeta y buscó sus labios con rapidez. Nadie le diría cómo morir. Nadie.

Una descarga de energía parecida a un rayo retumbó en el ambiente.

—¿Estás bien? —Aron intentaba que Nótt recuperara el aliento.

—Ayúdala —susurró con sus ojos a medio abrir, señalando a Käre.

El vanir volvió a la realidad de lo que sucedía. Escudriñó el horizonte para encontrarse con el cuerpo de la kvasir inmóvil. Käre estaba inconsciente muy cerca de la orilla. Del otro lado, la criatura

se retorcía por culpa de varias descargas eléctricas que venían de las profundidades.

Ëla atacaba.

Aron se levantó de un salto con el temor aprisionando su pecho. Se había descuidado y ahora Käre permanecía inconsciente. Sin el poder de la kvasir, no sabía cómo salir con vida de allí.

Aprovechando que el agua lastimaba a la criatura, Aron atacó impulsado por la magia que le entregaba la estrella. Dagny, transformada en el monstruo con cachos y cola larga, lo miró con desdén. Estaba furiosa porque Ëla, aún encerrada, parecía revelarse de lo que era inevitable: su eterna condena. Escupió un líquido cargado de fuego y agua por su boca. Aron a duras penas alcanzó a levantar un escudo para protegerse, pero no fue lo suficientemente rápido y su piel empezó a arder. El ácido carcomía su cuerpo, por lo que se retorció en la arena presa del dolor. La criatura aprovechó y desvió su atención a algo más importante: Nótt. Ladeó la cabeza y se lanzó en picada. Iba por ella.

—¡Espera! —El gritó desgarrado de Käre hizo que Aron se estremeciera. La mujer se levantó tambaleándose. El veneno ahora corría como un huracán por sus venas.

«No lo hagas», la voz suplicante de Ëra se coló por su mente. Había logrado salvarla, pero no sabía si tenía la fuerza suficiente para hacerlo de nuevo.

—Aún no has acabado conmigo —continuó Käre sin escucharla. No podía dejar que la historia se repitiera—. ¿Acaso crees que soy tan fácil de vencer…? ¡Soy una kvasir! No uno más de tus títeres, los Clovek.

Dagny se lanzó como un toro enfurecido en su dirección. Más de veinte pies de altura, corrían con desespero para devorarla. Si había sido capaz de encerrar a Ëla, ¿por qué no a su simple hermana? Ya era hora de salir de la laguna y recorrer el mundo.

Käre cerró los ojos y esperó la embestida. Su boca no dejaba de sonreír. Su plan había funcionado y Dagny caía en su propia trampa mortal.

Aron intentó impedirlo. Incluso con el dolor palpitante en la piel, el joven vanir invocó al fuego en sus brazos y corrió. Llegó tarde, la

criatura la engulló de un solo bocado y se sumergió en la laguna. Retorciéndose como una serpiente mientras disfrutaba de su victoria.

El vanir se quedó paralizado, con la mirada perdida en el agua que se cerraba mientras el cuerpo escamoso del monstruo desaparecía de vez en cuando. Nótt se adelantó a la playa a trompicones, seguida de la chispa de energía que se movía inquieta de un lado para otro.

—Sálvala —balbuceó casi sin poder respirar. Le costaba mantenerse en pie, pero aún entendía la voz de su cabeza.

—No, debemos irnos —repuso Aron, preocupado, pero Nótt no lo escuchaba.

—Está bien, pero que sea rápido. ¿Estás segura de que podrás hacer magia de nuevo?

—¿Hablas con Ebbe? —preguntó Aron sin obtener una respuesta.

—No hay tiempo que perder —comentó Nótt con sus ojos puestos en las aguas agitadas de la laguna—. Intenta que Ëra te escuche y haz lo que tengas que hacer.

Dicho eso, la chispa se elevó unas cuantas pulgadas de su cabeza e ingresó de nuevo a su cuerpo.

40
Dagny

Las olas se dirigían a tierra con tanta furia que Aron y Nótt retrocedieron sin saber muy bien qué hacer. La laguna bullía enfurecida y Dagny se retorcía dentro de ella. Transformada en una serpiente, daba vueltas sobre sí misma en una danza caótica y violenta. De pronto emergió a la superficie cargando consigo un gemido desesperado. Su piel, antes dorada como el sol, ahora se tornaba oscura; carente de vida. En las profundidades, el esplendor de la estrella era notorio. Esta brillaba en su interior, contrastando con la piel escamosa de la antigua kvasir. Un olor nauseabundo se extendió con rapidez, hasta llegar a sus narices. Nótt sintió arcadas, pero apretó los dientes para no sucumbir. No debían perder ningún detalle de lo que ocurría. Cualquier cosa podía suceder bajo la amenaza violenta de Dagny. Los minutos se volvieron eternos, y entonces, de la misma manera como todo empezó, el silencio marcó el fin de la batalla y las aguas se abrieron para cubrir por completo a la criatura.

—Debemos irnos —articuló Aron de inmediato.

—¡No! ¡Espera! Ebbe está intentando hablar con Ëla. —Nótt lo retuvo con el brazo. Estaba débil y sin su apoyo, no sabía si podía enfrentar a esa cosa—. No creo que esto haya acabado.

Aron abrió los ojos; la superficie empezaba a bullir de nuevo.

—Los Kvasir son más fuertes que cualquier ser vivo de este planeta —recitó Nótt de memoria.

—¡¿Qué dices?!

—Kiel me lo advirtió antes de que ustedes lo reclutaran, pero no le creí en el momento.

—Vamos, Nótt. Alejémonos de aquí, no quiero que esa cosa regrese. —Le ofreció su mano, pero ella la rehusó.

—Ebbe me necesita y yo a ti. —Su mirada se clavó en sus ojos color miel—. Ayúdame a acabar con esto.

La serpiente se asomó entre las aguas y rugió con furia. Su piel había dejado de brillar, por lo que sus pupilas se resaltaban demasiado en las escamas negras que lo bordeaban.

—Käre se sacrificó por nosotros, pero no es suficiente —explicó Nótt con la voz temblante—. Se necesita más.

—Aún hay tiempo.

—No.

Aron la miraba, impotente. La estrella parecía hablar con cada uno por separado, así que comprendía su negativa. Era solo que… No quería perderla. Con el pasar de las lunas se dio cuenta de que, de todas las chicas en el mundo, su alma eligió a una mortal que no era devota de los espíritus. Aquella cazadora de sonrisa sincera y ojos rasgados, irremediablemente se había robado su corazón. Por eso se negaba a aceptar que alguien la dañara por culpa de la magia.

Ëla habló con Ebbe por primera vez. Fue extraño, la energía que emanaba de sus palabras se parecía a la misma que percibió la mañana en que la conoció. Cuando solo tenía quince inviernos y paseaba con sus hermanas en el campo.

—¿Así que siempre me has hablado? —balbuceó, desconcertada.

Ambas esencias permanecían en una especie de limbo que las protegía del exterior.

—Sí —respondió con ternura y acarició su rostro.

—Pero solo Thyra fue capaz de escucharte —concluyó con pesar y negó con la cabeza—. Lo siento, es que siempre fui tan testaruda que…

—Eso ya no importa.

Como lo hizo aquella mañana en que tocó el cristal, Ëla le ofreció lo que quedaba de su poder.

—Tómalo.

—Morirás —decretó Ebbe con tristeza.

—No, solo dormiré —dijo y la miró con ternura—. Nuestros caminos terminan aquí.

—¡Ëra! —balbuceó, pero el pequeño ambiente donde estaban se deshizo enseguida.

Observó a Dagny. Su hermana se revolcaba con desesperación a causa del veneno que dejó Käre en su cuerpo. Los ojos de Ebbe, ahora en Nótt, se movían inquietos de un lado a otro. La piel ennegrecida por la magia expulsaba parte de la energía oscura que portaba la serpiente. El aire a su alrededor se tornó espeso y asfixiante. Viciado por las abominaciones que aún prevalecían a su espalda.

—Nótt. No quiero perderte —dijo Aron en su afán de convencerla. Era la ansiedad la que lo hacía hablar.

—Confía en mí. Los sacaré a los dos vivos de este lugar —respondió una voz de tono grave.

Aron abrió los ojos. No era Nótt quien hablaba.

—¡¿Ebbe?!

—Tengo que acercarme lo máximo que pueda —continuó la kvasir con el semblante serio.

—¿Qué debo hacer? —preguntó después de reponerse de la primera impresión.

—Si fallo, usar la magia que Ëla te dio. No escatimes en violencia. Ataca con todo lo que tengas.

—¿Cómo es eso de que si fallas?

—¡Escúchame! —Las pupilas ámbar se dilataron—. No estamos para juegos. Si las cosas salen mal, debes arremeter como si fuera tu último aliento. Por nada del mundo debes permitir que mi hermana abandone el bosque de Urth, ¿entiendes?

El vanir no alcanzó a responder. La kvasir se alejó con rapidez al encuentro con Dagny. Al verla, la susodicha estiró el cuello y los murmullos del bosque de Urth se intensificaron. Los hilos de energía parecieron florecer entre la arena que bordeaba la orilla, al tiempo que los gemidos pidiendo un poco de clemencia explotaban. Aron tensó la mandíbula recordando las viejas leyendas; la realidad lo desbordaba. La criatura, indiferente al clamor de sus víctimas, exprimía hasta la más mínima gota de su esencia sagrada. Necesitaba de alguna forma contrarrestar las toxinas que continuaban esparciéndose por su sangre.

Ëla desde su jaula monitoreaba el corazón de su carcelera. El veneno que Käre logró inocular pronto desaparecería por completo y entonces sería muy difícil atacar. Con lo que quedaba de su poder, le susurró a Ebbe a través del agua que debía apurarse. Ella acrecentó su mirada mientras mil pensamientos recorrían su mente.

«Para sobrevivir, Dagny se alimenta de la energía de los espíritus», pensó con rapidez. Fue lo mismo que utilizó para que Jördum no muriera, solo que ahora lo hacía a su favor.

Los devotos purificaban sus almas en las pilas sagradas de los sacerdotes, por lo que era fácil absorberlos hasta convertirlos en cáscaras vacías. Pero Nótt no era como los demás; su esencia de vida seguía siendo primigenia. Ella, al fusionarse con una mortal impura, tenía acceso a los primeros espíritus. Se concentró y percibió las trazas de poder indomable y salvaje en el interior.

«¡Eureka!», pensó satisfecha. Tenía la solución. «*Vamos, tú puedes*», se animó, aunque el miedo parecía dominarla. Respiró profundo y se acercó despacio.

Su hermana aún luchaba por no sucumbir ante lo que Käre inoculó en sus venas.

—Estás muriendo —mencionó Ebbe con voz grave para llamar su atención.

Los ojos ojivales de la serpiente la miraron por un momento. Las runas de su rostro brillaban con el carmesí que supuraba a través de su piel. Parecía desesperada, pero sus ojos indicaban otra cosa. Mostró sus colmillos y, en respuesta al comentario, acrecentó la absorción de energía que venía del bosque. Los murmullos, ahora convertidos en gritos, perturbaron a la kvasir por un segundo.

—Si me dejas, acabaré con tu sufrimiento de una vez por todas —continuó Ebbe, iluminando su mano con intensidad—. Podrías salir por fin de esta laguna.

Dagny se transformó enseguida en la figura humanoide de alas transparentes. La velocidad con que lo hizo sorprendió a Ebbe, que no tuvo tiempo de retroceder. Cuando cayó en cuenta, las garras de su hermana capturaron su cuello y la inmovilizaron.

—Te partiré en dos, si no me dices lo que quiero saber —bramó con furia contenida. Su piel marchita por culpa del veneno se

desprendía de su rostro, cubriéndola de un tono rojo incandescente. Toda su belleza había desaparecido—. Me alimentaré de ti, aunque primero invadiré tu mente. Te haré sufrir hasta que encuentre eso que me ocultas y al final, por más que te resistas, lo conseguiré. El sacrificio de Käre y el tuyo serán en vano.

—No tienes por qué hacerlo, te lo daré encantada… Aunque, te advierto, dolerá —dijo con voz pausada sin quitar sus ojos de ella. Su expresión era seria—. Después te sentirás desorientada, maniatada por no conseguir que el mortal que poseíste te obedezca. Aborrecerás tu nueva vida, pero…

—Pero…

—Lo lograrás, como yo lo hago en este momento. —Una sonrisa sarcástica hizo que Aron tragara saliva.

—Dámelo. Lo quiero.

Ebbe levantó sus brazos con la intención de tomar su cara con las dos manos, pero Dagny retrocedió temerosa.

—¿Por qué lo haces? —preguntó, dudosa.

Ebbe tragó saliva. Necesitaba convencerla de alguna forma.

—Al igual que tú, quiero venganza —comenzó diciendo—. Vine hasta aquí a exigirle a Ëbe que las despertara, pero… Esto es peor de lo que creía. Ellos deben pagar y yo te ayudaré a hacerlo.

—Mientes.

—No, pero tampoco tienes forma de saber si digo la verdad. —La miró fijamente, con la seguridad instaurada en su rostro—. ¿Lo quieres o prefieres que me marche de aquí? Te dejaré sola, si me lo pides.

Su hermana gruñó por lo bajo.

—¿Me dolerá?

—Sí… y mucho —advirtió.

Aron no separó los ojos ni por un instante de la escena. Ebbe en el cuerpo de Nótt; acercaba su boca entreabierta a la de ella para regalarle el soplo de vida. El pequeño ovillo de luz salió de los labios de la cazadora con delicadeza, para ingresar con fuerza al cuerpo de la criatura alada que parecía marchitarse poco a poco.

La reacción fue inmediata. Nótt cayó al suelo inconsciente, por lo que Aron corrió en su auxilio, manteniendo la luz en sus manos por

si debía defenderse. Dagny, bajo el hechizo de Ebbe, se tensó por un segundo y retrocedió confundida. La esencia oscura que la albergaba se enredó con los espíritus salvajes de los primeros tiempos. Se llevó las manos al cuello para escupir aquello que la asfixiaba, pero el dolor no la dejaba moverse.

—Recuerda lo que te dije —susurró Ebbe en su mente y Dagny intentó calmarse.

Pero en lugar de dimitir, el malestar aumentó. La energía que Ëla le proporcionó a Ebbe minutos antes se liberó en su interior, junto con el poder salvaje de los espíritus primigenios. Un torrente de luz y sombra estalló como una jauría dispuesta a devorar todo lo que encontrara a su paso. El cielo se cubrió de un gris intenso mientras la criatura convulsionaba. Su carne se descomponía en una espiral de energía descontrolada.

Aron miró todo expectante. La insaciable sed de supervivencia de Dagny se volvió en su contra, por lo que el exceso de poder la consumía por dentro. Sus gritos desgarraron los cielos y el cuerpo ya oscurecido comenzó a petrificarse. Las aguas de la laguna giraron con violencia. El viento azotó los árboles con tanta fuerza que se flexionaron casi tocando el suelo. Las aguas burbujearon desesperadas, intentando cubrir a su presa. Un remolino abismal succionó todo a su paso, hasta que la figura convertida en roca entró en su poder. Las olas convergieron entre ellas, eliminando lo último que quedaba de la antigua kvasir.

La luz en el fondo de la laguna titiló varias veces, hasta que de un momento a otro dejó de brillar. Fue allí donde todo acabó. El silencio cubrió las aguas de la laguna de Eidyn y Aron se encontró solo, abrazando el cuerpo inconsciente de Nótt que se resistía a volver en sí.

41
Galt

Una pequeña niña corría, zigzagueando por entre los puestos de verdura para que no la atraparan. En sus manos, llevaba dos manzanas rojas que había robado. Su cabello rubio y su piel blanca brillaban con los rayos del sol. La primavera por fin había llegado al pueblo de Galt y, con ella, el bullicio de los chicos que disfrutaban de la temperatura. Anne se escondió detrás de una estiba de madera. Agazapada como un ratón, esperó la oportunidad para salir de allí antes de que la pillaran. Su rostro perlado por las gotas de sudor estaba tenso, aunque trataba de controlar la respiración para que no la escucharan. Intentó calmarse; la adrenalina corría por todo su cuerpo. Cuando decidió salir, las manos de Eivor la capturaron en el acto.

—¿Qué haces en esta parte del pueblo? —gruñó, enfadado.

—Yo…

—Es una ladrona —decretó una mujer que se acercaba, casi sin poder hablar por el cansancio—. Deberían educarla. Llevarla al templo para purificar su espíritu primigenio y…

—Mejor no siga —espetó Eivor levantando la mano para que se detuviera. La tendera cerró la boca enseguida; nadie pelearía con un hombre de semejante contextura—. Tome, se las devuelvo y le aseguro que esta será la última vez que mi hija —acentuó las palabras sin despegar los ojos de Anne—, venga por estos lados.

—Eso espero —respondió haciendo una mueca despectiva y se marchó.

La pequeña delincuente bajó la mirada al suelo, avergonzada.

—¿Por qué mortificas así a tu madre?

—Solo quería ayudar —susurró sin alzar la vista.

Eivor se arrodilló para estar a su altura y levantó su rostro con delicadeza.

—No te he dicho que puedes tomar todo lo que quieras de mi tienda —dijo con ternura y la chiquilla lo abrazó del cuello. Sassa y él habían decidido vivir juntos, así que para él, Anne y Nótt eran sus hijas y las protegía como tal—. ¿Para quién eran las manzanas?

—La señora Yrsa me contó el otro día que llevaba mucho tiempo sin comer una de ellas. Así que decidí…

—Robarlas.

Habían empezado a caminar. Sassa debía estar preocupada por la ausencia de Anne. Eivor sabía que la niña lo único que hacía era copiar el comportamiento que vio de Nótt. Solo que al no poder cazar, la pequeña las robaba.

—No lo hice, yo solo las tomé prestadas. —Lo corrigió enseguida y el hombre levantó las cejas—. Se las iba a devolver… Lo juro.

—¿Cómo?

Anne se encogió de hombros.

—Está bien… Yo le llevaré más tarde las manzanas a la señora Yrsa —concedió Eivor al rato—. Pero la próxima vez, ve primero a mi tienda.

Le dio un beso en la frente y la pequeña corrió hacia el edificio donde vivían. Él se quedó un momento más, vio a lo lejos a Aron y prefirió esperarlo. Sentía pena por el joven Ek; ninguna de sus ideas para recuperar la memoria de Nótt había funcionado. La primera vez, después de su regreso, la llevó a ver las cinco estatuas de las Kvasir, pero fue una pérdida de tiempo. También intentó que sus pies mojaran las aguas sagradas, ahora que ya no era prohibido, pero tampoco funcionó. Incluso la motivó para que fuera a cazar, pero ni eso quería hacer. Lo cierto era que su melrakki ya no era la misma. Permanecía triste, atormentada por su olvido, y solo las visitas de Aron la animaban.

¿Qué sucedió del otro lado del muro? Las historias que llegaron a Galt eran tan inverosímiles como extrañas. Algunos decían que el monstruo del bosque de Urth había despertado y quiso apoderarse de todo, que la ciudad de Luz era solo un agujero oscuro lleno de cenizas como un barco a la deriva y que los Clovek fueron castigados

por traicionar el tratado que firmaron con los Vanir siglos atrás. Esas eran las más creíbles, pero había otro tanto que eran peores o demasiado fantásticas para siquiera hacerles caso. De todas maneras, indiferente a la palabrería, nadie podía negar que las cosas habían cambiado.

Para el asombro de muchos, después de lo sucedido, el cielo empezó a perder el color violeta que lo manchaba. De unas lunas para acá, se vestía con el azul de los primeros tiempos. los Vanir volvían a gobernar al otro lado del muro. Según Aron, Eidyn estaba siendo reconstruida para que volviera a tener el esplendor de épocas anteriores. Las migraciones hacia la ciudad se detuvieron, por lo que los Rakkun se quedaron sin empleo de la noche a la mañana. Sin un rostro visible, podían mezclarse entre las gentes sin ser juzgados por sus acciones pasadas. El grupo de los Clovek fue desmantelado por orden del mismo Eirik, aunque hubo cierta renuencia para que se conservara; no todos los guardianes y centinelas sabían lo que sucedía del otro lado del bosque de Urth. Sin embargo, al encontrar varias cuevas cargadas de oro hasta el tope, fruto de la trata de personas, el líder de los Vanir y su consejo no dieron su brazo a torcer.

Eivor dibujó una amplia sonrisa cuando Aron estuvo cerca.

—Encontré su arco entre mis cosas —dijo el recién llegado—. Lo guardé cuando Seth capturó a Nótt, pero lo había olvidado.

Eivor asintió satisfecho; aquello eran buenas noticias. De pronto, el arco de su madre podía devolverle los recuerdos.

—Vamos, quiero entregárselo.

—No está —anunció y Aron levantó las cejas.

Después de que todo hubiera acabado. El bosque de Urth pareció sucumbir en un parpadeo. Los árboles frondosos que lo componían se marchitaron y el tono verde adquirió un ocre malsano. Aron salió de allí con ella en brazos, esperando que los curanderos pudieran ayudarlo. Pero lo que encontró del otro lado fue peor de lo que imaginaba.

La batalla con los altos clovek se extendió hasta la medianoche, dejando un mar de sangre y desolación inimaginable. Ver a varios yórik combatir junto a ellos disparó las alertas por lo que podían

encontrar en el territorio. Durante un mes completo, los Vanir hicieron una limpieza calculada y meticulosa sobre toda la región ocupada por sus antiguos aliados.

De esta forma, al desmantelar a los Clovek, se decidió que tanto guerreros mortales como vanir adiestrados en el arte de la guerra los reemplazaran. Ellos asumieron el reto de proteger a las personas para que nunca más volviera a repetirse algo así. Kiel fue uno de los elegidos; la noticia de su retorno a su pueblo natal le devolvió la esperanza robada y ahora podía verse a diario deambular por Galt con una sonrisa cargada de orgullo.

Asimismo, para los Athair, el zorro ártico volvía a prevalecer sobre la serpiente dorada y eso los engrandecía. La popularidad de sus templos se acrecentó para descontento de Aron. Su devoción parecía haberse fracturado después de ver las atrocidades en el bosque de Urth y prefirió retirarse bajo el consentimiento de Eirik. Seguía siendo un Ek, porque el poder que adquirió de la estrella lo convirtió aún más fuerte que los demás, pero ya no hacía parte de los Athair. Si permanecía en Galt era por Nótt.

—No debería ir tanto al bosque —dijo Aron, y mojó los labios, nervioso—. Temo que…

—¿Y quién la va a detener? ¿Tú? Parece que no la conocieras. —Sonrió y puso el brazo en su hombro—. Entiéndela, no recuerda nada y eso la atormenta a diario. Estar encerrada aquí no la ayudará.

Aron lo miró sin responder. El viejo tenía razón.

—¿Dónde está exactamente?

Eivor se encogió de hombros. El bosque de Huldrefolk era demasiado grande y él no lo conocía bien.

—Deja de preocuparte, los espíritus nunca la han lastimado. De alguna manera, ese lugar la protege. —Hizo una pausa—. Ve. Tu compañía también le hace bien.

Después de despedirse, se encaminó a su encuentro. No fue difícil encontrarla. Habían pasado tres lunas llenas y Aron empezaba a conocer cuáles eran sus lugares predilectos. Allí, Nótt pasaba largas horas mirando el muro. El lugar donde había perdido la memoria.

—Te demoraste en llegar. —Nótt dibujó una sonrisa y se colocó de pie para recibirlo.

Aunque no lo recordara, Aron siempre estaba allí para ayudarla. Sentía algo muy fuerte por él, pero no se lo había dicho. Sin un pasado, no se aventuraba a meter la pata y perder su amistad. Al fin y al cabo, era un vanir… Un Ek para completar. Alguien demasiado importante y, según escuchó, un ungido de Ëla.

—Fui primero a tu casa; pensé que estarías allí. Eivor fue el que me avisó dónde encontrarte —dijo y besó sus mejillas. Los ojos de Nótt brillaron; su cercanía le gustaba—. Encontré esto entre mis cosas.

—¿Qué es? —Lo tomó curiosa. El arco fabricado con madera de olmo tenía varias runas que decoraban su cuerpo. No había visto algo parecido en Galt—. ¿De quién es?

—Tuyo.

Alzó las cejas, asombrada. Lo detalló con más minuciosidad, intentando recordar.

—Según entendí, te lo dio tu madre antes de partir.

—¡¿Sassa?! —alzó sus ojos, confundida.

—No. Siriana.

—¡Ah! —Nótt se mordió los labios. Un nombre más que no le decía nada.

Aron se dio cuenta e intentó explicarle de quién se trataba.

—Tuvo que irse, pero vive en Kintyre. De hecho, las runas que ves son muy características de ese lugar.

Nótt pasó sus dedos con delicadeza sobre ellas.

—Son hermosas —balbuceó.

—¿Sabías que Lys y Viggo se mudaron para allá? —preguntó Aron entusiasmado, pero calló enseguida. Se dio cuenta de que tampoco los recordaba.

En su última visita a la ciudad de Helmi, su madre le contó que el curandero viajó con Lys para alejarse de todo. Por lo visto, lo que sucedió en el bosque de Urth había marcado a más de uno. Según escuchó, ahora se dedicaban a cuidar de las personas en uno de los templos de Kintyre.

Nótt levantó la vista al sentir su silencio. Los ojos del Ek no se desprendían del arco que sostenía en sus manos.

—La curiosidad te carcome, ¿no es así? —dijo risueña.

—No, claro que no —mintió y Nótt dibujó una expresión pícara en su rostro—. ¿Por qué siempre haces eso?

—¿Qué?

—Obligarme a confesar —respondió en el mismo tono.

—Es que eres muy fácil de leer.

—¿En serio?

—No. —Volvió a reír—. Pero me gustan las caras que haces cuando te sientes pillado.

Al menos en eso, Nótt seguía siendo la misma. Amaba verla contenta, con esa actitud alegre que la hacía ver aún más bella.

—Yo solo me preguntaba si no te gustaría usarlo. —Revisó entre sus bolsillos y asintió cuando encontró lo que buscaba—. Traje una flecha.

—¿Qué hace un athair con un elemento tan mortal? —se burló.

—Recuerda que ya no lo soy.

Nótt asintió sin dejar de bromear; para ella, Aron seguía teniendo el porte de los sacerdotes del templo. De hecho, aún lucía el colgante de su cuello donde aparecía el zorro ártico devorando la serpiente dorada.

—Tienes su sello.

Aron lo retiró enseguida y lo guardó en el bolsillo.

—Listo. Así está mejor —dijo. Ni siquiera entendía por qué lo portaba aún. Tal vez, porque seguía siendo un vanir; un zorro ártico que destruyó a la serpiente de Dagny y necesitaba recordarlo. Tenía que convencerse de que jamás volvería para poder continuar.

Nótt sonrió. Tomó el arma y la giró sobre su muñeca con destreza. Apuntó a uno de los árboles.

El disparo fue perfecto.

—¡Que bien! —Aron, exaltado, fue a recogerla.

Unas pequeñas chispas azul-violeta se enredaron en las botas de Nótt. Jugaban con ella, por lo que bajó sus dedos y las acarició con ternura.

—¿Los oyes? —preguntó curioso. Regresaba con la saeta en sus manos.

—No. —Negó ligeramente—, pero me reconfortan. Según Sassa, nací en este lugar y hay algo en él que me hace sentir… en casa —dijo pensativa.

Regresaron al pueblo cuando el sol ya estaba en su punto más alto. El hambre los hizo volver, aunque sin prisa. Nótt portaba su arco terciado en la espalda para que no le incomodara. No paraban de hablar, porque ella azotaba a Aron con mil preguntas al mismo tiempo. Le encantaba escuchar sus relatos y a él le gustaba contarlos. Sin poder recordar su pasado, tenía un deseo insaciable por aprender. De pronto así sus recuerdos volverían.

Reían a carcajadas cuando, al cruzar la esquina, un tumulto de gente les cerró el paso. La piel en el cuello de Nótt se erizó y un mal presentimiento atizó la boca de su estómago.

—Espera acá —dijo él al ver su expresión de pánico.

—No. —Los recuerdos se le escapaban de la mente, pero podía jurar que aquella situación ya la había vivido en el pasado. El nombre de Axel se coló en su mente.

El chico seguía trabajando con los arponeros. Aunque la energía de las piedras supercalientes ahora se utilizaba para beneficio del pueblo y no se desperdiciaba en el bosque de Urth. Para sorpresa de muchos, incluida la lideresa Revna, Xander fue condecorado por su excelente servicio a la comunidad. Él y un grupo de diez chicos más habían ayudado a los Vanir a pasar guerreros devotos al otro lado del muro. Sin ellos, acorralar a los Clovek hubiera sido imposible.

—¿Puedes ver qué sucede? —le preguntó temerosa.

Se empinaba, pero su estatura no la dejaba detallar nada más allá de cientos de cabezas que se atravesaban en su campo de visión. Al escucharla, varios de los chismosos se giraron en redondo. La escudriñaron de arriba a abajo, por lo que Nótt tragó saliva.

Aron se estiró tan alto era. Una silueta con el cabello negro como el azabache se acercaba. Cuando la miró para advertirle, Nótt ya se había dado cuenta.

—¿Estás bien? —murmuró y acarició su espalda para tranquilizarla; sus manos temblaban.

Nótt estaba tan rígida como una roca. Las sensaciones de su cuerpo eran extrañas. Sentía un deseo enorme de correr a su encuentro, pero, al mismo tiempo, algo la detenía. Su corazón no la perdonaba aunque la amara. Sus ojos se llenaron de lágrimas y retrocedió indecisa. Un bombardeo de imágenes invadió su mente y contuvo el aliento por un momento. Ahora lo recordaba todo. Incluso, el dolor de su partida por culpa de los sacerdotes del pueblo.

—Mamá —susurró en un suspiro y la susodicha extendió los brazos.

Siriana se acercaba a grandes zancadas, sorteando a la multitud que se atiborraba para ver el encuentro de madre e hija. Con el corazón lleno de esperanza pronunciaba su nombre, pero Nótt seguía retrocediendo.

Su destierro fue levantado por orden de los Vanir. Lys le llevó la misiva semanas atrás, y aunque demoró la travesía porque no se sentía preparada, regresó para ver a su pequeña de ojos negros y piel canela. Recorrió el camino hasta Galt con el corazón pendiendo de un hilo; no sabía cómo la recibiría su hija. Su mensajera le contó lo que sucedió del otro lado del muro y ella se sintió culpable, aunque en realidad, nunca fue su error.

Nótt volvió a retroceder; su expresión de asombro mutó a la de tristeza, por lo que se esforzaba para no llorar.

—No puedo —dijo y su madre se detuvo—. Lo siento, pero no puedo hacer esto.

Se giró en redondo y sus piernas comenzaron a correr hacia el bosque de Huldrefolk. Aron la siguió, no podía dejarla sola. Nótt lloraba a raudales sin poder contenerse.

—¡Espera! —dijo cuando por fin llegó a su lado—. Mírame… Todo está bien. No hay nada que temer. —Levantó su rostro con delicadeza y limpió sus lágrimas con la yema de los dedos.

Nótt hundió su cabeza en su pecho y él la abrazó para consolarla. Se sentaron junto a uno de los árboles y miraron al muro desde allí. Los espíritus no se demoraron en llegar y ella los observó con confianza. El silencio los acompañó hasta que el atardecer dibujó los cielos y los animales empezaron a buscar un refugio para descansar.

—Me gusta estar junto a ti —confesó y alzó la mirada. Sus ojos rojos por el llanto tocaron el corazón de Aron. No le gustaba verla así.

—A mí también. Podría pasar horas enteras a tu lado, pero creo que es mejor regresar. Anochece.

—Lo sé, es solo que… —Se mojó los labios—. Recuperé mis recuerdos.

Aron contuvo el aire sin proponérselo. Llevaba semanas enteras esperando aquello y, ahora, no sabía cómo reaccionar.

—Yo…

—¡Shhh! —Nótt puso el dedo índice en sus labios y él calló enseguida—. Ahora sé lo que significan todos estos sentimientos que tengo hacia ti. Me confundían y no estaba segura, pero…

—Pero…

Nótt sonrió. El gran Ek, el vanir que la estrella había ungido para lograr eliminar a la kvasir Dagny, tragó saliva.

—Creo que me enamoré de ti —susurró apenada. Nunca le había dicho eso a nadie. Él expulsó el aire que llevaba atorado en la garganta y sonrió—. Aron…

No terminó la frase; sus labios la besaban con suavidad. Ella se sorprendió por un momento, aunque enseguida cerró los ojos presa de sus emociones. Se dejó llevar sintiendo que el torbellino de sensaciones la descontrolaba por dentro. Solo había caos en su espíritu primigenio y un hormigueo extraño que le producía cosquillas en el estómago.

—Me vuelves loco —susurró a su oído y ella sonrió.

Se abrazaron con las chispas todavía revoloteando a su alrededor.

—¿Qué tanto recuerdas? —preguntó él al rato.

—Todo.

Silencio.

—Tienes razón, volvamos. No debí correr cuando la vi.

—Es tu madre, ¿cierto?

Nótt asintió y no pudo evitar mirar el muro.

—Le debo una disculpa.

Aron se colocó de pie y le extendió el brazo para ayudarla a levantarse. Ella lo hizo sin despegar los ojos de aquella pared de roca opaca que había comenzado a odiar.

—Quisiera irme con ella. Conocer Kintyre y aprender algo más sobre la vida del pueblo de mamá. —Lo meditó por un momento—. Necesito alejarme de Galt. Lys está allá con Viggo… Me gustaría verla de nuevo. No sé si volveré… Tal vez nunca lo haga.

—Lo entiendo. —Aron tragó saliva.

—¿Irías conmigo?

La sonrisa regresó a Aron. Acarició su rostro con suavidad y la miró con la devoción de alguien que está atrapado por un terrible hechizo de amor.

—Me encantaría —susurró con una sonrisa.



FIN

Nota de Autor



Espero que te haya gustado este libro. Me ayudarías mucho si pudieras dejar tu comentario en Amazon o en Goodreads, ya que muchos lectores se basan en las recomendaciones de otros lectores para comprar sus libros.

Gracias por leer mis libros y darme tu apoyo.

Todos los primeros capítulos de mis libros gratis los encuentras aquí https://linktr.ee/fmaradei

¿Qué continúa?

La Estirpe Dorada

Best Seller en tiendas Amazon



Plumas de cuervo (Libro 1)

La Sombra, ahora solo es una bruma a ras de suelo que se esparce por el territorio, destruyendo todo a su paso. Las tierras del norte son lideradas por los Beltza, humanos poseídos por la diosa de la oscuridad. Una joven logra escapar de sus garras, y ahora es considerada una traidora. Moverán cielo y tierra para encontrarla y hacerle pagar por lo que hizo.



Segundo libro

Xaruk busca a la traidora que desestabilizó el poder de la Estirpe Oscura. Los Beltza tendrán que llevarla ante sus pies. Las tierras del sur nunca volverán a ser las mismas.



Tercer libro

Después de siglos, olvidada entre las rocas de arcilla, la amenaza despierta de su letargo. Su sed de venganza se mantiene inexorable. La era de la diosa Qhara llegara a su fin.

SERIE LA ESTIRPE OSCURA



Précuela (209 c.á.f.)

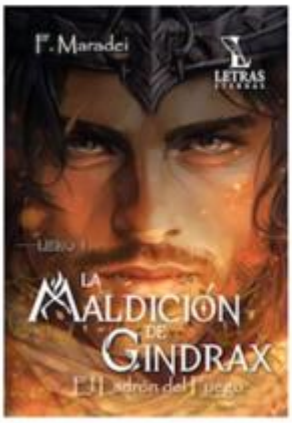
Esta historia es el final del inicio... El final de un tiempo donde la diosa Qhara ungió con la luz sagrada a la Estirpe Draco, y el inicio de la leyenda de las tierras del sur y su pueblo, siempre a merced del demonio de Xaruk.



864 c.á.f

Un imperio en decadencia, a mundo a punto de colapsar, un gran ejército de guerreros poseídos, y una profecía rechazada hasta por sus mismos elegidos. Nada resulta como lo esperaban.

Best Seller en tiendas Amazon



Seguir las órdenes del rey, siempre fue lo más importante en su vida. Era el propósito de cualquier Vikram en Aka. Pero un día, Aquello que amaba desapareció de repente y sin darse cuenta, se sumió en su propio infierno. Sin lugar a duda, la maldición lo transformó. Lo inevitable sucedió. Los dragones ahora amenazan la ciudad que forjó su padre, por lo que Derek tendrá que levantarse y luchar.

Se desarrolla en el año 935 c.á.f.